
CARAS Y CARETAS
CONCURSO DE BELLEZA
Señorita Dinorah Viscaya



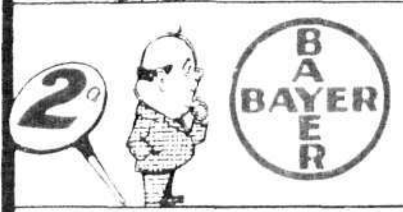
estas 3 cosas en la cabeza!





Que no existe sino una **CAFIASPIRINA** y que ella es el remedio ideal para los dolores y para las consecuencias de las trasnochadas, los abusos alcohólicos y el excesivo trabajo mental, porque alivia rápidamente, levanta las fuerzas y

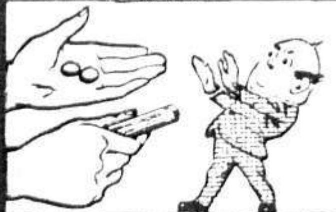
NO AFECTA EL CORAZON



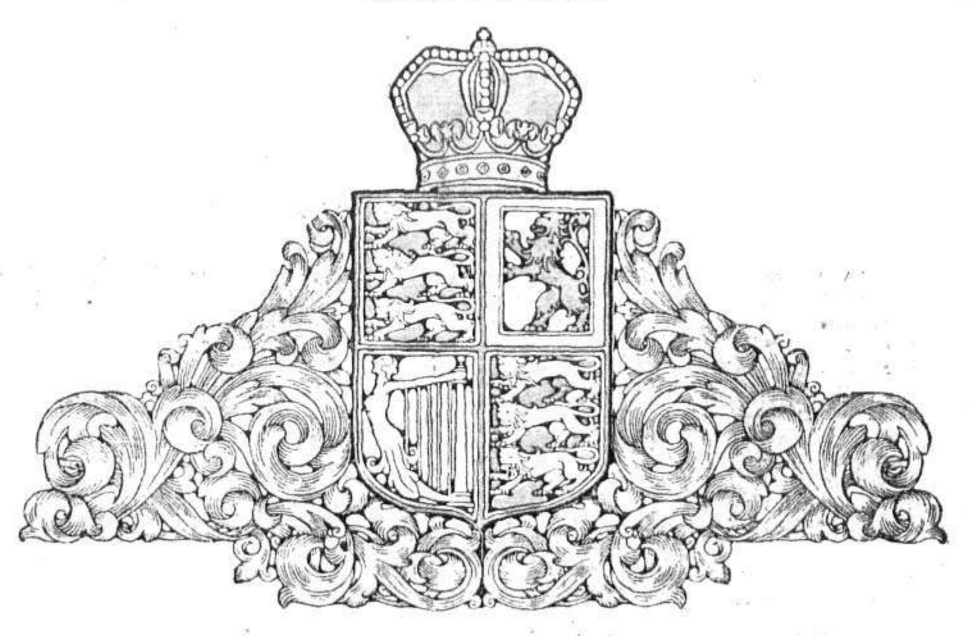
Que la cajita en que va el tubo tiene **la Estampilla Oficial de color amarillo,** con la **Cruz Bayer**—¡fíjese bien, con la **Cruz Bayer!**—que es hoy en el mundo entero el signo más respetable de legitimidad y



Que las tabletas de **CAFIASPIRINA nunca se venden sueltas.** Por tanto, cuando sólo quiera una dosis, debe pedir el higiénico, cómodo y seguro **"SOBRE ROJO BAYER" de dos tabletas.**



¿Tabletas sueltas o una mezcla cualquiera de cafeína? **¡Rotundamente no!** Nada de eso es **CAFIASPIRINA.** Insista en lo legítimo, que es lo único que puede tomarse con confianza.



CARAS Y CARETAS.

NUMERO DEDICADO AL PRINCIPE DE GALES.

"Caras y Caretas", cuyos números extraordinarios siempre se han distinguido por sus caracteres de amenidad y suntuosidad, y por la valía de sus firmas artísticas y literarias, sorprenderá nuevamente al público con el brillante exponente de cultura que, como homenaje a S. A. R. el Príncipe de Gales, está preparando. Los materiales en nuestro poder de notas interesantísimas históricas, biográficas e informativas, todas ellas logradas especialmente para "Caras y Caretas" por nuestro enviado especial en Inglaterra el Vizconde de Lascano Tegui, su presentación de relevante valor estético harán de ese número-álbum la mejor prueba del progreso del periodismo ilustrado argentino.

DICHO NUMERO EXTRAORDINARIO
SERA ENTREGADO AL PUBLICO
SIN RECARGO DE PRECIO

La MISMA SEÑAL



QUELLA mañana, la Dorica Loredo, encontró a su comadre en una actitud asaz curiosa: enarbolando una escoba, intimaba a alguien que, seguramente, manteníase bajo un catre, oculto por los flecos protectores de una colcha serrana:

—¡Salí, chivatón, condenau; salí pa quebrarte la pichana en los cuagriles!

Se oyeron unos débiles quejidos, y el *chivatón* de la Eustolia Avendaño, que resultó ser un pequeño perro barcino, salió de pronto, huyendo precipitadamente.

Un golpe se perdió en el aire y la vieja, harto enfurecida, soltó una palabrota que, indudablemente, no figuraría en el texto de las oraciones cotidianas.

— ¿Qué le pasa, comagre? — interrogó la visitante.

La Eustolia se volvió rápidamente y pareció que se avergonzaba.

— Figurate, Dori — explicó en seguida, — figurate que ese perro endiablau, por jugar con las gallinetas, me ha dau güelta la paila de mote que te prometí de cuantas pa tu hombre. ¡Y tantísimo esmero que había puesto! Io mesma fregué la vasija, y puse el maiz en remojo y regolví con un palo de higuera pa que saliese más sabroso. Creme, hija, que me dan ganitas de descuartizarlo cuando güelva.

La Loredo empezó a apaciguarla diplomáticamente. Inquirióle por el estado de su salud, cumplió en transmitirle los saludos de sus hijas y su marido, y, más tarde — calmada ya la furia de la una y estimulaba la locuacidad de la otra, — las dos lenguas echaron a revolotear sobre las reputaciones ajenas, despedazándolas con el picoteo del comentario malevolente.

— ¿Sabís, Ustolia — dijo por ahí la Dorica; — sabís que a la Purificación Lucero la ievan pa la ciudá los porteños de *Vi'Azucena?* Li han hecho una proposición güenísima. La toman de mucama, le pagan bien y la visten de pies a cabeza. La muchachita no quería, al principio, porque le tiene amor a su casa..., u a otra cosa, pero don Lucero l'exigió, y eya no tuvo otro remedio que aflojar.

— Veia la suerte, ¿no? — opinó la otra vieja. — Hay algunos cristianos que caín al mundo parados; otros, en cambio, vienen de narices y se quedan ñatos'e fortuna pa toda l'existencia. D'este modo, la chica conocerá la ciudá, que dicen que es tan lindísima, y se divertirá en grande. ¿No eres así, Dori?

— Lo mesmo me parece, Ustolia...

Hicieron una pausa las parlanchinas. El mate de poleo fué de una a otra boca desdentada. Minutos después corrían las lenguas como lebreles enardecidos. En la pieza inmediata, Ubaldino, entenado de la Eustolia, que convalecía de una enfermedad benigna, había oído en todos sus pormenores la plática de las dos comadres. La noticia del viaje de la Purificación lo agitó extraordinariamente. Vistióse de prisa y abandonó el rancho saliendo por una puerta que daba a los fondos. Llamó en voz baja al cuzco autor del desaguisado de momentos antes, y echó a andar a lo largo de una pilca (1) que ascendía ondulando por el flanco de la sierra.

Mientras marchaba, la idea del viaje de la muchacha persistía con fuerza en su mente.

Ubaldino y la Purificación se amaban mucho; y él se preocupaba ahora porque imaginábase que los momentos gratos se interrumpirían por un largo período.

Una vez por semana solían encontrarse los enamorados en cualquier sitio de la sierra y hablaban largamente de su cariño, humilde pero sincero, y fuerte y pródigo en manifestaciones espontáneas.

La enfermedad que sufriera Ubaldino cortó las entrevistas, y ocurrieron, en el interín, los acontecimientos que conociera él por la conversación de su madrastra con la Dorica Loredo.

De pronto distinguió a la Purificación que venía descendiendo el camino, vestidita de blanco, fresca y lozana, algo entorpecida en su andar por aquellos zapatos de tacos altos, inadecuados para sus plantas acostumbradas a trepar los riscos y correr por las sendas pedregosas. Así, prolijamente cimpada (2), con el traje endurecido por el almidón, la dentadura blanca, el rostro reluciente, sin pizca de polvos, daba la sensación de una limpieza extremada.

Ubaldino se turbó, como siempre. La quería enormemente, y cada vez era nueva para él la emoción de contemplarla. Estrecháronse las manos, y:

— ¿Onde hais estau, Ubaldino? — interrogó ella. — *Tres ocasiones van con esta que vengo* por aquí, creiendo encontrarte. ¡Tengo tanta cosa que decirte!

— Hi tenío l'influencia, Pura. (El la llamaba así, Pura, porque parecíale que el otro nombre era más propio para mujeres como la Eustolia o la Dorica Loredo.)

Luego preguntó:

— ¿Me querís, Pura?

— Y de no. ¿Hais visto agora qu'el arroyo lleve lagua p'arriba del cerro? Ansina solamente, cuando est'ocurra, te perderé el cariño.

Ya no pudo contenerse el muchacho y brotó,

---

(1) Cerco de piedras.
(2) Peinada.

casi brutal, el reproche que le quemaba en los labios:

—Y antonce, ¿pa qué te vais? Ma ver, explicate; ¿ti has cansau del querer del pobre Ubaldino?...

—¿Cómo sabís que me voy? — preguntó ella azorada. — ¿Quién te lu ha dicho, ah?

—¿Es cierto entonce?...

—¡Sí!... ¿Hay algo de maldá en eso?...

El muchacho tardaba en contestar. Una congoja hondísima prendía en su alma.

—Me voy, Ubaldino — dijo ella. — Mi tata m'exige. Vos sabís ia que no puedo negarle nada. Es por un año solitito, Ubaldino, y no te olvidaré. Cuando güelva te querré como agora y seré tuya y nos iremos a vivir juntos en cualesquier lado.

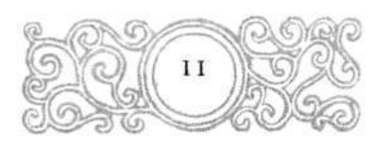
El muchacho callaba, mirándola tristemente. Cuando habló, la voz parecía estrangulada por el llanto:

—¡Quí hacerle, Pura! Io ia sabía que esta tranquilidá nu iba a durar. Andate no más; si tu gusto es ése, cumplilo. Ia sabís que io no teng'otro deseo qu'el tuyo.

Con el consentimiento de su novio, la muchachita pareció regocijarse.

—Gracia, gracia — murmuró. — Ansina estoy más tranquila. Agora te vais a tu casa, pero esta noche nos golveremos a ver. Mi tata da un baile pa despedirme. No dejéis d'ir, Ubaldino; acordate qu'es la última vez qu'estaremos juntos.

¡Ya lo sabía el muchacho! Reprimió un sollozo que se le quedó dentro del pecho, lacerándole como una herida, apretó fuertemente la mano que le alargaba su Purificación, y se quedó inmóvil, mirándola alejarse en la mañana clarísima, bajo la caricia del sol que esplendía en un cielo intensamente azul, a la vera de la pilca que trepaba la sierra como una enorme serpiente...



DESPIDIENDO a la Purificación, en el rancho de don Lucero se bailó hasta el amanecer. En un rincón, Ubaldino y la chinita bebían en el mismo vaso amargo.

El hablaba poco; ella, en cambio, procuraba mostrarse locuaz y expansiva, y aseguraba de continuo, al triste, la fortaleza de su cariño.

Transcurría rápidamente la velada.

Con las primeras luces del alba, el viejo Lucero se adelantó hacia el centro de la pieza. A una señal suya, las guitarras *rompieron a tocar un gato.*

—¡Venga, vieja! — llamó, dirigiéndose a la Domitila, su mujer. — Vamo a enseñarle a la gente joven qu'entodavía tenimo sueltas las coyunturas.

La aludida se colocó al frente de su hombre y empezó el zapateo, suave, elástico, veloz, a veces sobre un mismo lugar del piso, como si se empeñaran los pies en pisotear un imaginario bicho dañino. Los concurrentes acompañaban la música con golpes de manos.

Cesó el rasgueo de las cuerdas. Lucero se aprestó a *echar* su relación, aquellos cuatro versos sencillísimos, convenidos de antemano con la compañera.

—¡Agora, vieja! — anunció. Y recitó luego:

Si juera io un cazador
y tuviese un'escopeta,
ti aseguro, palomita,
que volando ti atrapaba.

La Domitila carraspeó, recogióse las mangas de su bata y lanzó su respuesta, con una expresión de picardía, que produjo la risa en el auditorio:

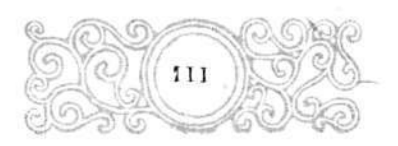
Si io juese una paloma
moriría siendo agüela...,
que a mejores cazadores
les hi hecho errar el tiro.

Largo rato duraron los festejos a la ocurrencia, hasta que empezaron a retirarse los convidados, quedando solos los dueños de casa y Ubaldino, que experimentaba una pena sin medida.

—Andate — díjole la muchacha. — Andate, Ubaldino; que no sepa mi tata que nos querimos... Pero... ¡no te quedéis triste! ¡Si nunca, nunquita te olvidaré! Cuando güelva nos casaremos ¿oyís? ¿Estáis conforme?

Le extendía su mano como despidiéndose. Ubaldino presionó en ella con fuerza.

Miró a la muchacha, largamente. Luego, con brusquedad, bajó la cabeza y echó a andar hacia la puerta, sin volverse, porque entonces habría estallado ese dolor que le desbordaba en el corazón.



DESDE la partida de la Purificación, Ubaldino parecía otro individuo. Su rostro había adquirido una adustez impropia de los veinte años. Olvidó aquellos cantos alegres que solía entonar por las tardes, cuando recogía las cabras de su madrastra para encerrarlas en el redil.

En las noches del invierno, junto al fuego, fumando distraídamente su cigarrillo de chala, entregábase a pensar en su Pura, mientras la Eustolia Avendaño trajinaba con los trastos del rancho o batía leche para hacer el quesillo. Imaginábala linda, como en los mejores días, dulce, sonriente, firme en su querer, acicateada por el deseo de volver junto a él, como se lo decía en esas cartas escritas por una compañera de trabajo, que Ubaldino hacía luego leer con Sixto, su amigo, porque él era incapaz de descifrarlas.

Sixto encargábase también de contestarlas.

—Decile — dictaba el enamorado, — decile que la quero como cuantas, que l'espero pronto, que no la olvido ni en el sueño, ¿oyís?...

A veces la Eustolia solía comentar con la Dorica Loredo:

—Io no sé qué diantres li ha entrau al muchacho. Parece como apensionao (3) y sueña juerte toditita la noche; pero maldito si le oigo lo que rezonga...

—

Pasó un tiempo más, y llegaron para el muchacho los días aciagos del olvido. La corresponden-

(3) Apensionado: melancólico, próximo a la neurastenia.

cia de la *Purificación* habíase interrumpido. El envió varias cartas por intermedio de Sixto, pero su reclamo quedó sin respuesta.

Desesperado ya, llegóse hasta el rancho del viejo Lucero. Allí le informó la Domitila:

—Está güena; ayer no más himos tenío carta d'ella. Pero... decime, muchacho: ¿por qué t'interesáis tanto por la Purificación?...

—Porque sí, no más — balbuceó el muchacho, bastante turbado.

Temeroso de haberse descubierto, volvió a su rancho. Allí, pensando como siempre en la chinita, tuvo la convicción del olvido.



Dos meses más tarde moría Eustolia, y el muchacho quedaba dueño de un pedazo de tierra y cincuenta cabras, *unas cabritas*, como él decía. Para olvidar, trabajó arduamente de sol a sol. Pero el recuerdo no se extinguía.

Cierta tarde, mientras reparaba un boquete abierto en la pilca, vió venir a Sixto. Saludáronse y el recién llegado empezó a decir:

—Mir'Ubaldino: vos sabís ia que io t'estimo como naide; por eso vengo a darte primero la noticia.

Ubaldino estaba perplejo.

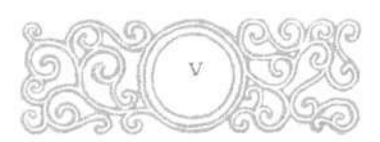
—Es güeno que lo vais sabiendo: la Purificación ha güelto y está en la casa de su viejo.

El corazón de Ubaldino, en plena fiesta, empezó a latir como una campana echada a vuelo. Su rostro atezado resplandeció de júbilo y temblaba su voz cuando preguntó:

—¿Peru es cierto, Sixto?

—Sí, Ubaldino; pero...

El enamorado no oía ya; corría rápidamente hacia su rancho.



Poco después Ubaldino era recibido por don Lucero, mas no con el semblante hosco de otras ocasiones, cuando se consideraba al muchacho pretendiente demasiado joven e inseguro para la hija. Ahora Ubaldino era propietario y tenía un aspecto de mayor seriedad en su fisonomía. Además, por lo que había ocurrido, vendría a ser como tabla de salvación...

Adivinó el viejo el propósito que guiaba al mocetón, y se adelantó:

—La buscáis a la *Purificación*, ¿nu es cierto?

Y antes que el interpelado replicara, se encaminó hacia adentro, llamando:

—¡Muchacha, muchacha!...

Vibrando de emoción, Ubaldino vió salir a su Pura, una Pura menos linda que otrora, más desarrollada, ensombrecido ahora su semblante por vaga melancolía. Se acercó a ella y le tomó la mano, como solía hacerlo antes, en los días felices.

—¡Pura, Purita!... — balbuceó.

Ella guardaba silencio.

—¿Por qué mi has olvidau, ah? — prosiguió. —¿No sabís qu'entodavía ti quero?

Y, en su conversación inconexa, continuó:

—¿Te venís ia del todo? ¿Queris que agora mesmo nos casemos? Hablá, Pura. Decime algo después di haber estau tanto tiempo caidita. Me queris, ¿ah?

Ella lloraba, ahora, calladamente.

—¿Por qué iorás, po? ¿No vis que io sufro tamién? En lugar de reirte y estar gustosa lo que estamo de nuevo juntos, te ponis a lagrimiar como si te doliera verme. ¿No me queris, antences?

—Sí, Ubaldino...

—¿Pa qué los iantos, ma ver? No hay razón pa la tristeza. Reite, Pura, como io. Agora, en seguidita, vamo a casarnos. ¿Estáis conforme?

Pero ello sollozaba aún, y habló, entrecortando las palabras:

—No puedo casarme con vos, Ubaldino. Vos no vais a quererme cuando sepáis.

—¿El qué? ¿Qué cosa?

Por toda contestación, la chinita entró al rancho dejando al muchacho nuevamente intranquilo y nervioso. A los pocos instantes reapareció trayendo en brazos una criatura rubia y sonrosada.

—Mirá, Ubaldino — dijo con voz doliente. — Por esto no podemos casarnos; ¡esta chica es mía, Ubaldino!...

Un sacudimiento interior conmovió al muchacho. En un instante comprendió la razón del silencio inexplicable. ¡Oh, su Pura! En una rápida visión mental, la vió como el día de la despedida, fresca, sonriente, lozana como una flor de las vertientes, limpia como el cielo de esa mañana aciaga, como creyó él que se conservaría a la distancia, como esperó verla a su regreso a la sierra, como la soñó en tantas noches intranquilas. Ahora, en cambio...

Sin embargo, la expresión angustiosa de su semblante se borró en seguida. Un sentimiento extraño, mezcla de generosidad y lástima infinitas, se extendió por su alma. Y era su acento sereno, suave, dulce, compasivo, cuando dijo:

—¡No m'importa que haigás caido, Purificación! ¡Te quero tantísimo!...

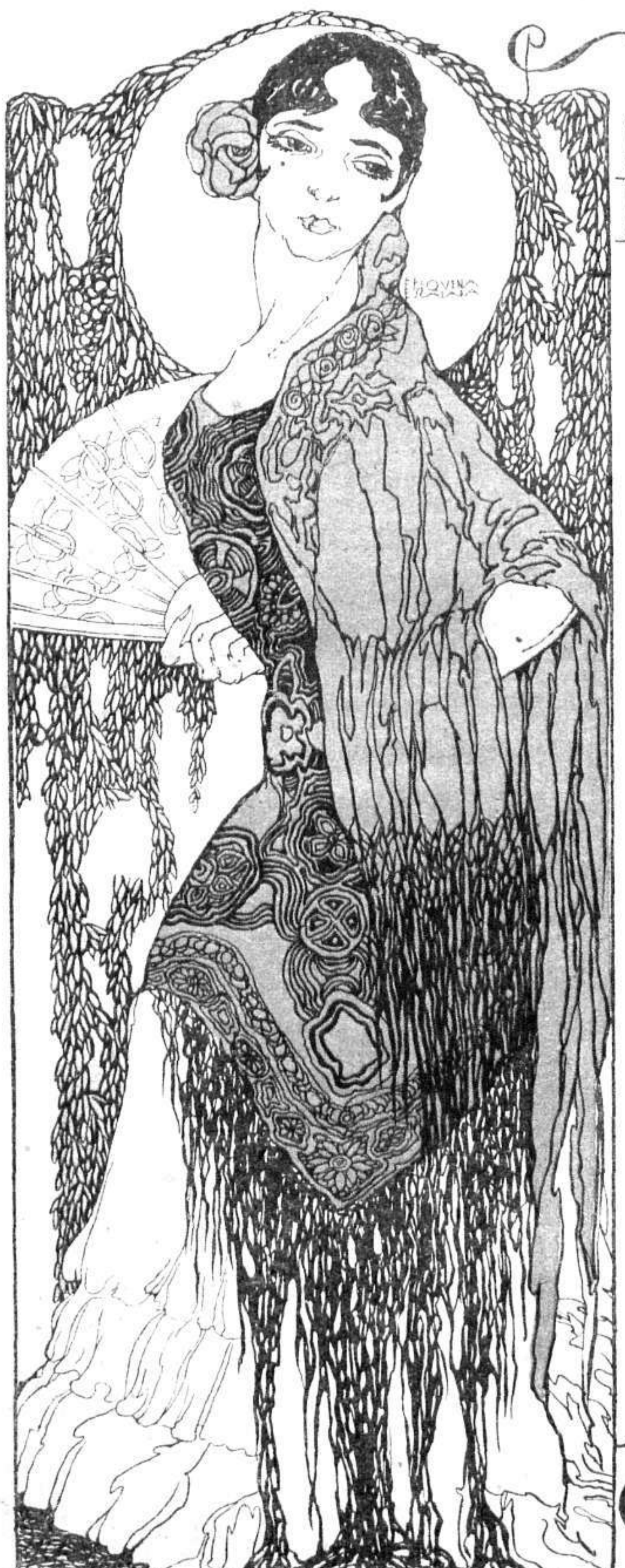
Y tocando con la punta de los dedos encallecidos la cara rubicunda de la chiquilla, murmuró:

—A ésta la ievàis, tamién.

Y añadió, sonriendo y con voz más firme:

—Le pondremos la misma señal de los cabros que nacen en mi corral: horqueta y zarcillo en l'oreja, del lau de montar...

JOMER B. VILLA



VERSOS DE ESPAÑA

Para "CARAS Y CARETAS"

MADRID

Una dulzura fina, leve..
un airecillo muy sutil..
una alegría que suspira...
—¡Ya sé! Madrid...

Una gran luz que el cielo brinda...
un junio que es como un abril...
amor de un gesto religioso..
—¡Sí, sí! Madrid.

Ermitas, santos y verbenas...
ciego que *toca* su *violín*...
calles de nombres como versos...
—¡Oh, sí! Madrid.

Canción perdida en una calle...
canción que vuela para ti...
cara fragante en la mantilla. .
—¡Madrid! ¡Madrid!

NOCTURNO MADRILEÑO

Negro mirar... cabeza chula...
¡Ah, la maja mujer!
Dicha imprecisa finge el alma
y ya comienza a padecer.

Porque en la noche de la fiesta
algún romántico dolor
nos atormenta de deseos
y de imposibles del amor.

¡Cómo en la música y la danza,
cómo en las luces, Ilusión,
tu velo envuelves blandamente,
y preso queda el corazón!

¡Qué sensación de ya esperada
cita, concierto de otra edad!...
Negro mirar... cabeza chula...
¡Y qué fervor de intimidad!

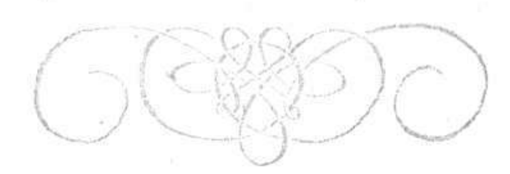
¡Cómo te enredas, Ilusión,
entre las frondas con ardid!
¡Cómo te enredas en las noches
de Madrid!

ARTURO CAPDEVILA

DIBUJO DE Rº. ESCALADA



JUANCHO



Habían colocado el ataúd sobre una mesa cubierta con un paño negro, y a su vez cubrían el ataúd brazadas de grandes crisantemos desgreñados. Seis velas parpadeaban humosas, chorreando de cerote los candelabros de plata. A su luz amarillenta se perfilaban borrosos el hombre y la anciana que, junto al catafalco, parecían extáticos en sus dolorosas sensaciones.

Al niño acurrucado en su escondite una sola idea lo torturaba: ¿por qué habían acostado a su madrecita dormida en aquella caja negra, y por qué, a pesar de las protestas de su padre, unos hombres la habían tapado dejándola encerrada, cuando de un momento a otro podía despertar?

Con una precisión que lo hacía respirar jadeante, revivía el niño su propia agonía, cuando, el año anterior, se quedara sorpresivamente encerrado en el gran arcón del vestíbulo. Recordaba su aturdimiento al sentir cómo caía la tapa, cerrando de golpe la chapa mecánica, sus vanos esfuerzos por levantarla, su miedo a lo negro que se le entraba por los ojos muy abiertos, sus gritos que le llenaban los oídos de un zumbar de abejas, su ahogo al sentir cómo la atmósfera se hacía densa e irrespirable, la atonía que comenzó por cosquillearle en las extremidades para luego dormírselas, la sensación de diluirse en algo que parecía aceite, en algo húmedo, espeso y pegajoso. Después... ¿Después? Nada. El despertar en los brazos de su madre con un atroz dolor en los huesos y en la carne, lleno el espíritu de mil fantasmagorías que hicieron por mucho tiempo pavorosos sus sueños.

¿E iba ahora su madre a sufrir semejante martirio? ¿Por qué su padre dejó que los hombres cerraran la caja? ¿Por qué abuelita repetía: — «Hay que resignarse»? ¿Qué era aquello: resignarse? ¿Y por qué contestaba su padre entre sollozo y sollozo: — «Sí... Sí». ¿Entonces, a pesar de sus protestas, quería él que la madrecita se quedara encerrada?

—

Con la cara sumida entre las manos, de rodillas junto al ataúd, trataba el hombre de coordinar sus ideas: mas huían éstas, como aves que un tiro asusta, dejándolo solo con el dolor.

La anciana, caídas las manos en el regazo, repasaba entre sus dedos amarillosos las cuentas benditas de un rosario. Su dolor era manso; habíale enseñado la vida a recibir con humildad al purificador de almas.

— Hijo — murmuró alzándose tras de besar la cruz. — Hijo ¿por qué no te recuestas un rato?

La cara del hombre se mostró desnuda y desolada, envejecida por surcos profundos que abrillantaban las lágrimas.

— Ven — insistió la anciana. — Te acuestas un rato y luego puedes volver.

— No quiero — balbuceó hosco.

— Sí, mi hijo querido. Ven a descansar un rato.

— No quiero.

— No seas porfiado, mi pobrecito... Necesitas de todas tus fuerzas para mañana. Yo velaré con la Tato. Tú reposa, un poco que sea. Ya, ven... ¿No ves que te estás matando? Hazlo por tu hijo.

El hombre se puso en pie trabajosamente y ambos, apoyado uno en otro, abandonaron la sala.

—

El niño separó las cortinas que lo ocultaban. No le parecía razonable aquella insistencia de la abuela porque su padre se acostara. Si la madrecita despertaba entretanto ¿quién abriría la caja?

La abuela había dicho a su padre que para mañana necesitaba de todas sus fuerzas. Mañana ¿qué iría a pasar mañana? ¿Sería entonces cuando había que destapar la caja? ¿Iría «ella» a despertar mañana? Y la dejaban sola... No, sola no, puesto que él, Juancho, estaba allí. Pero si ella llamaba ¿qué haría?

El niño quedóse largo rato meditativo, con los puños apretados y todos los músculos en tensión por el esfuerzo mental. Como un kaleidoscopio pasaban por su recuerdo los últimos tiempos vividos en la quinta.

La madrecita siempre enferma, siempre tosiendo, un día en pie, otro en cama; el padre preocupado; la abuela silenciosa y triste. A él, desde que la mamá se enfermara, sólo dos veces al día se le dejaba verla: una en la mañana, otra en la noche antes de acostarse. El paréntesis abierto entre esas dos visitas transcurría para él en casa de los quinteros, en el fondo de la arboleda. Después se le dejó verla una sola vez, luego día por medio y últimamente pasaban días de días sin lograr satis-

facer su ansia por verla, por oírla, por acariciarla. Abuelita a sus tímidas preguntas contestaba que la madrecita dormía o que estaba muy cansada para recibir visitas. El sentía una pena muy honda, los sollozos hurgaban en su garganta e inclinando la cabeza iba silenciosamente a esconderse en un rincón en que dar libertad a las lágrimas. Una visita... Como una visita lo consideraban...

Por fin, una mañana se le dejó verla. La madrecita logró con gran esfuerzo levantar una mano translúcida y acariciar la frente del niño. Tomó éste la mano dulcemente — con el mismo gesto protector con que las madres acunan a sus hijos — e inclinando la cara emocionada, unió su mejilla a la piel de cera humedecida.

— La vas a fatigar — advirtió la abuela.

— Mamá no se fatiga conmigo ¿verdad, mamá?

— No, mi niño querido.

Y como ella cerrara los grandes ojos claros, abuelita insistió:

— Ya la has fatigado bastante. ¿Ves? Quiere dormir. Vámonos.

— Déjeme primero que le haga tuto...

Entonces, muy bajito, empezó a canturrear la canción de cuna con que ella misma lo durmiera de pequeño.

— Hace tuto guagua...

Un grito desgarrador cortó la frase. La madre se alzó sobre los almohadones, extendió los brazos al hijo y ambos, un largo rato, sollozaron besándose y murmurando frases incoherentes.

— Mamá... ¡Madrecita querida! ¡Mi mamá mía!

— Hijo mío... ¡Mi Juancho! Al fin... como antes... Déjame besarte... ¡Mi hijo! ¡Mi hijo!

Se interrumpió ahogada por la tos y algo tibio alcanzó a humedecer las manos de Juancho que trataba de sostenerla. La abuela se interpuso rudamente, entregando el niño medio loco a los cuidados de la vieja Tato.

— ¿Qué tiene? ¿Qué le pasó?

— Nada — contestó la sirvienta al par que lavaba con alcohol las manecitas ensangrentadas. — Es que se cansa tosiendo. Tome, chupe esta pastilla, no la vaya a botar no más... A ver, déjeme cambiarle ropa...

La tarde de ese día se llevó a la casa del quintero sus muebles, sus juguetes y sus libros; comía allí, en una mesita puesta en el corredor. En sus cortas visitas abuelita decía que mamá seguía enferma, siempre con tos y con ganas de dormir. Para que no molestara con sus juegos ruidosos, para que la mamá tuviera descanso en el silencio absoluto, a él se lo tenía allí, con la Rosalía y Pancho que tanto lo querían.

— Yo no jugaría — decía el niño tímidamente.

— No, no, los niños deben jugar.

— Pero yo no tengo ganas de jugar, abuelita.

Había un silencio en que ambos se miraban angustiosamente. Por fin, Juancho decía, con ahinco de esperanza:

— Abuelita, déjeme verla ¿quiere? Le prometo que la miraré no más.

— No, no, pequeño, no puedes verla hasta que se mejore; entonces todo será como antes.

— ¿Y no pregunta por mí?

— Sí, mi hijito. Te encarga que seas muy bueno y muy obediente y te manda muchos besitos.

— ¿Por qué no me los da, abuelita? Antes todos me besaban... Ahora hace tanto tiempo que no me besa nadie...

— Mi pobre hijito...

— Abuelita ¿es que ya no me quieren?

— Mi hijito, no es eso. No te atormentes así, no pienses en eso. Todos te queremos mucho y porque es tan grande nuestro cariño te tenemos aquí.

— No entiendo...

— Ya comprenderás algún día, mi pobrecito... Pórtate bien.

Y la abuelita se iba, menuda y diligente, dejándolo más triste y preocupado aún.

Esa mañana, al vestirlo de negro, la Rosalía tuvo para él una ternura envolvente y cálida, que lo hizo salir de su reserva de niño tímido y pensador.

— ¿Cómo estará la mamacita?

— Durmiendo, m'hijito querío. Al fin la Mamita Virgen le dió descanso a la pobrecita...

Viendo a los quinteros ocupados en recolectar flores se arriesgó por las avenidas, hasta enfrentar la ventana abierta del salón que imanaba sus ojos. Y entonces vió el horror... Su madre dormida en la caja... Los hombres que la encerraban... Su padre protestando enloquecido... La abuela dominándolo todo con su hablar de seda...

Cerrada la caja partieron los hombres. El padre parecía entontecido, la abuela rezaba; entonces él, pasito a pasito, entró en la casa, llegó al salón y se escondió detrás de una cortina sin que nadie reparara en él.

Sola, dejaban sola a la madrecita encerrada en la caja negra. De pronto lo cogió el recuerdo de su encierro en el arcón y volvió nuevamente a sentir todo el proceso de esa agonía. La angustia del ahogo le apretó la garganta desorbitándole los ojos.

Crujió un mueble y el niño salió tembloroso de su escondite. Otro crujido... y otro, que parecieron recorrerle los nervios del talón a la nuca. Toda la sangre, en una caliente oleada, le subió al cerebro.

— Ya voy, mamacita — murmuró avanzando.

Tomó el martillo dejado sobre una consola por los obreros de la funeraria y en la quietud de la casa retumbó un golpe, otro, otro.



Acudió despavorida la abuela.

— Niño... ¡Juancho!

Lucharon. Ella tratando de quitarle el martillo, él exasperado, delirante.

— Si ella despertó... Déjeme, déjeme... Por Diosito se lo pido... ¿No oye cómo está llamando? Oiga... Oiga... Se va a ahogar... Déjeme, abuelita, por favor, déjeme...

— ¡Socorro!... ¡Juan! Ven, Juan... ¡Socorro!...

Pudo el hombre dominar la furia del niño, que súbitamente se aplacó en laxitud de desmayo.

Tras muchos días de ansiedad para el padre y la abuela, pudieron ver que si volvía a la vida el niño, era dejando toda la lucidez de su espíritu entre las garras pavorosas de la fiebre.

MARTA BRUNET

EL MINERO JUJEÑO

POR JOSÉ LUIS TORRES



Me concretaré a presentaros algo que en Jujuy es también una nota interesante, tan pintoresca, si se quiere, como una de esas frescas quebradas en donde tanto favorecido de la fortuna viene a pasar los días caliginosos del estío. Os hablaré de un tipo único, de un ser de excepción que, a pesar de ello, no ha movido aún la curiosidad de nadie. De un hombre cuya suerte se parece a la suerte de la tierra en que vegeta. Poseedor de una incalculable fortuna intangible, vive sacando de la ilusión fuerzas para seguir la lucha cotidiana.

Os hablaré del minero jujeño, tipo admirable, digno de un sesudo estudio psicológico que yo no estoy en condiciones de ofreceros. En él se cumple la paradoja de ser pobre y rico a la vez. Su existencia nos prueba que para vivir de ilusiones no es indispensable ser poeta ni bohemio. También pueden hacerlo quienes no han nacido con el excelso destino de crear belleza.

Cuando era niño tenía una idea extraña del minero. Era éste para mí un tipo de leyenda, bravío y fuerte, orgulloso y dominante, rico y generoso, hidalgo y aventurero. Lo imaginaba una reencarnación, en cuerpo envidiable, del alma del conquistador, de Valdivia, de Cortés y de Pizarro, luchando con la soledad de los páramos y desafiando las inclemencias de la Naturaleza, para arrancar a la montaña hostil su tesoro inviolable. Al conocerlo aquí, en Jujuy, experimenté un desencanto más. Su presencia me causó pena y desilusión. Cuando me topé con uno por primera vez fué porque vino a mí para proponerme un negocio. El hombre debía andar mal de la cabeza. ¡Ofrecer un negocio de minas a un periodista de provincia! ¡Y el mismo, meses antes, había rechazado cuatrocientos mil pesos ofrecidos por la cesión de unos derechos!



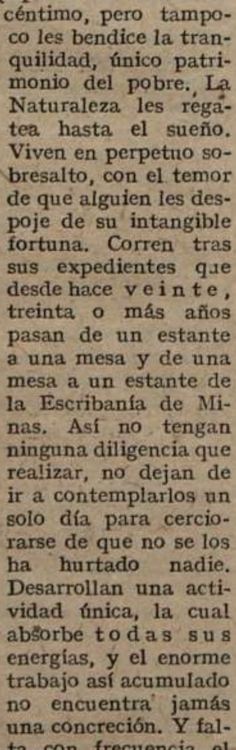
DIBUJO DE BESARES

Era, el ocurrente, un tipo chiquitín, macilento, en cuyo traje, de color verde aceituna, con enormes rodilleras, se advertían, como en todo su físico, las angustias de una vida precaria.

Era el ingenuo Creso que en aquella oportunidad se ofreció a mi admiración, Jeremías redivivo. Jamás escuché parecidas lamentaciones, hechas en tono más patético y conmovedor. Y este tipo, en esta tierra de minas, se reproduce al infinito. La mayor parte del oro, el plomo, la plata y el petróleo de la provincia está distribuda entre gente así.

No cuenta ni contará jamás con los medios para explotar sus filones, pero defiende sus «pedimentos» con tenacidad ejemplar. En cada propuesta recibida, por más razonable que ella sea, advierte, suspicaz, un encubierto propósito de estafa. Sin embargo, vive a la pesca de candidatos, y siempre tiene iniciado algún convenio que jamás termina con felicidad, por su agresiva desconfianza.

En Jujuy, tierra de minas, los mineros hostigados por la miseria forman legión. Existen aquí Rockefelleres a punto de pedir limosna. Se les adivina por su aspecto exterior, pues se produce en ellos un curioso fenómeno psicológico. La ansiedad brilla eternamente en sus pupilas. No tienen un



céntimo, pero tampoco les bendice la tranquilidad, único patrimonio del pobre. La Naturaleza les regatea hasta el sueño. Viven en perpetuo sobresalto, con el temor de que alguien les despoje de su intangible fortuna. Corren tras sus expedientes que desde hace veinte, treinta o más años pasan de un estante a una mesa y de una mesa a un estante de la Escribanía de Minas. Así no tengan ninguna diligencia que realizar, no dejan de ir a contemplarlos un solo día para cerciorarse de que no se los ha hurtado nadie. Desarrollan una actividad única, la cual absorbe todas sus energías, y el enorme trabajo así acumulado no encuentra jamás una concreción. Y falta con frecuencia el pan tierno en el hogar castigado por la necesidad, y el traje se torna raído, y la tensión nerviosa, prolongada indefinidamente, concluye a veces en el delirio de las persecuciones. Todo cuanto consiguen lo invierten en inútiles diligencias, y persisten, acicateados por la sed del oro, en una labor estéril y penosa, que no tiene nunca un feliz acabamiento.

Los términos geológicos, aprendidos a duras penas, trastornan su léxico, de suyo pobre, y para describir sus minas, que algunos no han visitado nunca, emplean una jerigonza tan pintoresca como incomprensible.

¡Cómo se burla el destino de estos hombres, terriblemente voluntariosos y entusiastas, regateándoles todos los bienes terrenos, pues mueren antes de tiempo, consumidos por las vigilias, las privaciones y los sustos, sin haber conseguido el premio de su esfuerzo!

PERROS-DE-MONTE



UNA propiedad rural en el monte de Misiones está constituida por un rancho de sólo tres paredes, perdido en la inmensidad del bosque, del cual logra apenas aislarse por medio de un mínimo desmonte. En ese desmonte, el propietario planta maíz, mandioca, porotos y tabaco, todo ello en la cantidad justa e indispensable para no morirse de hambre y fumar. Pueden dar aspecto de vida al rancho, algunas gallinas de cuello y rabo desplumados, un chancho alto de patas como un galgo, y dos o tres cabras.

Pero nada de esto es indispensable. En cambio, sentados a la vista del fuego, en verano, o arrollados en invierno ante la llama misma, con la cola y el hocico ardidos, se ve siempre tres o cuatro perros flacos como esqueletos, y que al levantarse oscilan con las caderas flojas, prontos a caer.

Nada denuncia en estos perros su calidad particular. Reumáticos, siempre huraños y tristes, no habría optimista capaz de concederles vida para una estación más, fuerzas para

alcanzar hasta el monte, y decisión para hacer frente a un tímido apereá.

El destino de estos perros, sin embargo, es morir en el aire, lanzados allá por las zarpas del tigre. Cuando vuelven a caer, generalmente su vientre está ya vacío. Son, pues, perros de caza, verdaderas fieras de persecución y asalto, capaces de lanzarse sobre su dueño mismo, si llega a interponerse entre ellos y la caza abatida.

Al menor apronte de montería en el rancho, los perros están ya de pie, tembleques siempre, pero con los ojos ya encendidos, puestos en los movimientos del cazador. Y cuando tras un cuarto de hora de monte, esos mismos perros han hallado un rastro, con el primer vibrante ladrido de caza, extenuación, reumatismo y miseria han desaparecido. Van a la carrera, en cuanto el monte se lo permite; y su latido, sonoro tras el rastro tibio, y aullante cuando la proximidad de la presa los enloquece, se oye clarinear sin tregua alguna en el monte, desde el alba a la caída de la noche.

Cuesta creer que esa jauría de imponderable aliento sea la misma que agonizaba de debilidad y artritis diez horas antes. Ella es. Si el animal perseguido trepa a un árbol lejano, y el cazador no acude, tal vez la jauría no vuelva a casa hasta haber agotado al pie del árbol su desesperante gañido de impotencia. Y lo que regresará en la alta noche helada, unos primero, luego otros, serán los esqueletos ambulantes, más cojos y sombríos, que la noche anterior temblaban alrededor del fuego.

Su régimen es vegetariano. No comen sino mandioca y maíz cocido, o seco, que roban grano tras grano a las gallinas. Una cacería, pues, supone para ellos la delirante felicidad de la carne viva, ya pregustada a mandíbula batiente en su latido.

Pero no siempre la persecución se desarrolla a fondo de carrera. A veces, en plena corrida, los perros se detienen bruscamente. Su lomo se eriza, hunden el rabo entre las piernas, y cuanto era ansia y velocidad por llegar, se transforma en un avance alerta y receloso tras el tufo del tigre.

En cierta ocasión, esperando en el monte el fin de la corrida que nuestros perros llevaban desde el amanecer sin mayor entusiasmo, oímos de pronto un aullido, agudo y breve como un relámpago, al que sucedió el más completo silencio.

Era, evidentemente, uno de nuestros perros. Pasó un rato; y en la misma dirección, y con igual carácter, sonó otro aullido. Uno tras otro, nuestros perros nos fueron revelando su existencia en el bosque por este brusco aullido. Y entre uno y otro, y por largo tiempo después, del monte no nos llegó un solo rumor.

Cuando un tigre ha sido corrido una vez sin éxito, adquiere un conocimiento exacto del valer de una jauría de caza. Ocúltase entonces tras un árbol caído, sobre su propio rastro, y cuando el perro erizado pasa, éste lanza un grito, y se acabó. El tigre cambia de rumbo, ocúltase de nuevo; y de esta simple manera, sin fatiga alguna, arranca al cazador, uno tras otro, sus peligrosos aliados. Luego toca el turno al cazador.

Esto es, por lo menos, lo que se cree allá. En la circunstancia referida, y desde el último aullido, pasamos dos horas esperando en el monte mudo; dos horas con todos sus interminables minutos, tan largo cada uno de ellos, como una vida entera.

Al caer la noche emprendimos el regreso hacia el río. Y arrancábamos ya la canoa del barro, cuando nuestros perros fueron surgiendo del monte, cansados y taciturnos, sin explicarnos qué habían visto para haber aullado de aquel modo.

H. Q.

DIBUJO DE MACAYA



Demasiado tarde

Los que solían verlos siempre juntos, siempre conversando con el calor que prestan el alma joven y los temas interesantes, los miraban pasar con un dejo de envidia en el fondo de los ojos. Y no era para menos: ella, esbelta, rubia, inteligente, apasionada él, luciendo siempre, por entre el sobrio desaliño de sus maneras, las dos alas de una reputación rápidamente difundida.

— Serán felices — decía la gente. — Se entienden demasiado para no serlo.

Y ellos pasaban dejando tras sí el halo vaporoso de la felicidad que les atribuían.

Pero no era tan exacto el miraje de los extraños; se querían, es claro; pero a solas y cada uno para sí, ellos presentían que algo vago e indefinido negaba a la sordina el dulce pronóstico del mundo.

Unos cuantos meses de íntimo trato habíanlos conducido a esas horas de abandono, sin «pose», en que la camaradería y el afecto hacen que el alma se presente sin dobleces, en la familiaridad envidiable de dos que ya no tienen por qué mentir, pero que no por eso han renunciado a las sutilezas del ingenio.

— ¡Ah, qué preciosa está hoy esta negra fea! — solía decirle.

Ella lo miraba entornando los ojos y lo ponía en un brete, con esta sola palabra:

— ¿Hoy?

— Digo que hoy está «eso» más visible que otras veces — respondía él semiturbado.

— Cállese, usted no puede decir tal cosa.

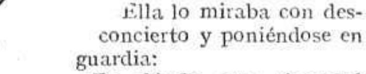
— ¿Que no puedo?

— Puedes, claro que puedes; pero lo que yo afirmo es que cuando un hombre tiene dos milímetros de vidrio delante de los ojos, pierde el derecho de opinar sobre la belleza.

— En otras palabras: que soy un ciego.

— ¿Y si fuera así?

— Diría — y pesaba una a una, con lentitud desesperante, las palabras — que, como es un hecho que eres hermosa, y yo así lo siento, en alguna otra parte de nosotros debe residir algo que aprecie la belleza.



Ella lo miraba con desconcierto y poniéndose en guardia:

— ¿En dónde, por ejemplo?

— En los labios, quizá...

Y estaba vencida — vencida con todas sus armas — porque ésa era una estocada, no a la inteligencia, sino a la mujer.

Pero, a pesar de esos ratos — verdaderos manchones de placer y olvido, — había entre ambos ese «no sé qué» a que antes me he referido, que marcaba como un abismo profundo.

Américo, a los veinticinco años, no había logrado disciplinar aun su temperamento un «si es no es» soñador y negligente, mientras que en Beatriz, a la misma edad, despuntaba ya a cada instante, limpia y filosa, aquella línea de su espíritu que la había hecho abrazar con pasión el profesorado en matemáticas. Pero, aun así, toda su álgebra no le bastaba para medir el profundo pozo de lógica humana, viva, palpitante, que se había posesionado sola y sin leyes del alma ágil del amigo. En ella, muchos síntomas de rigidez e intolerancia denunciaban la cultura libresca no bien asimilada, transparentándose en ese envaramiento escolástico, falto de soltura, propio de quien no ha abandonado aún la tutela del pensamiento ajeno. Y de ahí nacían muchas tiranteces y muchas desconsoladoras incomprensiones.

Cuando, frente al amor, se razona o se habla de derechos y deberes, él se acongoja; cada congoja es una herida y cada herida hace en él el efecto de una enfermedad frecuente en una buena salud: una obra de carcoma... ¿Qué extraño, pues, que un día se hallaran los dos cara a cara, airados, convencidos de que tenían algo que defender uno del otro, y pensando más en necios prejuicios que en la felicidad que les naufragaba?

Fué una tontería, pero que tomó contornos de montaña, por el carácter de ambos y por ciertas desinteligencias que últimamente los habían distanciado: una noche de baile; una amiga que se entretiene durante cuatro horas enteras con él, y una cronista minuciosa y parcial. Eso fué todo: el comienzo y el fin. Luego, un hombre, por el solo hecho de sentirse tal, y más ante una mujer amada hasta el delirio, no desciende a explicarse. (Hay cosas puramente mascu-

lmas que la mujer jamás podrá entender). Dos fuerzas que se enfrentan, dos orgullos que se acometen. ¡Ninguno de los dos cedió! Y pocas horas después, de todo aquel futuro de amor no quedaba otra cosa que una mujer que escondía su desgarrón en su altivez y en una falsa idea de dignidad, y un hombre que, hosco y ceñudo frente al irremediable desplome de sus sueños, marchaba lento y pesado, sintiendo gravitar sobre sus hombros todo un imperio de infortunios.



Tres días y tres noches esperó, encerrado en un mutismo hermético. Y nada, ni la más leve señal de arrepentimiento o de perdón. Entonces comprendió que era cierto:

—¡Esto se acabó! — se dijo, y metiendo en un paquete todo cuanto halló de pertenencia de ella, se lo devolvió.

Y si alguna esperanza conservaba todavía, la perdió cuando, al día siguiente, encontró arriba de la mesa un sobre con este contenido: «Yo no tengo nada que devolverle, a no ser su estima y sus manifestaciones de afecto, en las que ya no creo. Lo demás, cartas, libros, etc., lo he destruído. Quédese tranquilo: ni un sobre, ni una flor seca, ni una sola letra se salvó; las llamas se encargaron de todo».



Entonces sí que empezó a sufrir. Hasta allí se había defendido con una actitud hostil y sombría, pero ahora empezaba el dolor, el vacío, la sensación de soledad, la santa tristeza por la novia amada y perdida sin remedio... Y pudo decir entonces, parodiando la célebre frase del romano: «Orgullo, que has destruído mi dicha, no eres más que humo».

Una cosa le salvó: su afán de artista. Las noches interminables le hicieron buscar una válvula de escape en historiar su amor, y en la obra de semanas y semanas, quedó concluída una novela, a trechos alegre y jovial, a trechos amarga, y finalizada por aquella pueril cosa que los distanció. Fué «su» historia, la de los dos, con toda la pasión que los había unido y toda la desdicha que los había separado... Nada quitó, nada agregó; sólo los personajes perdieron su identidad en las brumas de un delicado anonimato; después, todo... todo... sueños, esperanzas, proyectos, ¡todo lo que había muerto para ambos!

Pasaron dos años largos. La historia aquella, bastante tiempo después de su creación, se publicó, y fué rápidamente difundida. Tenía el don mágico: el sentimiento, y halló fácil entrada en infinidad de almas buenas.

Beatriz también la leyó, y eso en excepcionales circunstancias de espíritu. La mayor vida, el dolor que había probado y las horas de reflexión que le deparó, habían modificado profundamente sus ideas. Ya no era la chica inteligente que discutía con igual suficiencia y aplomo los fueros femeninos, los versos del poeta tal o las consecuencias de la revolución rusa. Tampoco decía ya que «el deber del hombre era erguirse contra la fatalidad y mejorarse a pesar de todo y de todos.» Ni condenaba ahora a los que caían, ni a los que, sencillamente, humildemente, vivían recorriendo su camino a su manera... Se había convertido en algo más precioso: era una mujer. Y, al leer aquellas páginas que hablaban del pedazo más hermoso, y, al mismo tiempo, más amargo de su vida, lloró. Lloró, comprendiendo que nunca, jamás había sabido amar, porque el amor era un inmenso, un inacabable afán de decir: «Te perdono». Y ella, cuando él pecó — si pecó, — no supo ni quiso perdonar.

Desde entonces, una idea fija la obsesionó día y noche, torturándola, agitándola y no dejándole ni una hora de sosiego. A veces se decidía, y, con la «echarpe» de piel sobre los hombros, llegaba hasta la puerta de la calle. Pero no más allá. Y desde ahí retrocedía, descorazonada, vencida aún por su necio orgullo de mujer.

Pero cierta vez ya no pudo frenar su secreta ansia, y salió.

Miró la calle, y, al pensar en lo que iba a hacer, le pareció ver que sobre las paredes de las casas había pintado un gran signo interrogante y una gran esperanza...



Al ver acercarse aquella mujer que un día había amado tanto, Américo sintió renovarse en su interior algo de lo que fué la agonía de sus últimos

tiempos. Se estrecharon las manos, y luego del trivial diálogo que explicaba el encuentro, quedaron sumidos en un embarazoso silencio.



Desde «cierta» vez, nunca más se habían vuelto a ver...

— ¿Y si revisáramos — había dicho ella, en un momento propicio — las causas de nuestro rompimiento?

— ¿Será prudente o siquiera grato?

— Creo que sí — insistió animándose. — ¡Nos separamos tan dolorosamente!...

— Cierto, ¡tan dolorosamente!...

— Tú, sobre todo, lo que habrás sufrido... ¡eres tan profundo!

— Sí, mi parte no fué escasa — repuso, tratando de bromear; pero la risa se le olvidó y volvió al silencio, con la frente desfigurada por una red de surcos.

Callaron un instante.

— En fin, Beatriz, — agregó — ¡qué se le va a hacer!; las cosas no siempre resultan como uno desea.

Volvieron a callar hasta que la voz de ella, que se animaba de una extraña serenidad, preguntó:

— ¿Recuerdas, Américo, aquella noche..., la última?

— Me acuerdo de todo, Beatriz...

— ...Como un mes más tarde, hablando con Adela, me enteré de toda la verdad, de la verdad que a mí me habían desfigurado y que tú no quisiste rectificar. Entonces, comprendí mi culpa, mi inútil severidad, tu justo silencio... ¡Tantas cosas comprendí que antes no había comprendido!...

Como ella callara, él interrogó:

— ¿Y después?

— Después... — suspirando — después, un maldito orgullo me emparedó...

— Y callaste, ¿no es cierto?

— Sí, callé, mientras tú sufrías.

— ¡Y por orgullo, Beatriz, hiciste eso con mi vida! ¡Qué poco me has querido!

— ¡Américo!...

— Te olvidaste, por orgullo, de las dulces palabras de Jesús: «Para un gran amor habrá siempre un gran perdón». ¡Ah, Beatriz, Beatriz, qué mezquino fué tu amor por mí, que cuando me creyó culpable no me ofreció una mano para levantarme, y cuando me vió inocente no tuvo fuerzas para arrojarte, arrepentida, en mis brazos!

Se hizo el silencio.

— Sí — dijo ella luego, con lentitud — todo eso hice, pero Dios sabe que desde entonces el remordimiento me quitó muchas veces el sueño. Puedes estar seguro de que pagué cara mi cobardía.

— Te creo, Beatriz, pero no te arrepientas; el dolor sangra, pero limpia.

— Limpia, sí — dijo, pensativa, — y enseña...

— De todos modos, amiga, aquello pasó ya, ¿no es verdad?, y, como dicen unos versos, «detrás de la tempestad, viene la calma». Y hoy... — y la miró.

Pero no; ante aquella mujer, con el rostro demudado por la ansiedad, no era posible hablar de paz, y si ya no lo hubiera adivinado, eso hubiera sido la revelación del nuevo desgarrón que les amargaba.

Y en su calma, en aquella calma conseguida a fuerza de tesonera paciencia, cayó la gota ácida de este inesperado veneno.

Pero había que hablar, decir algo; la tímida voz suplicante había preguntado ya, por segunda vez:

— ¿Y hoy, Américo?

— Déjame contarte un cuento — respondió, poniendo en la voz todo el afecto de que se sintió capaz. — Según dice un poeta, cierta vez había en un jardín una rosa sedienta. Acertó a pasar por allí una nube hinchada de agua y la rosa imploró: «¡Aguaa, gua, que me muero de sed!» La nube miró hacia abajo y repuso, sin sentir la menor conmoción: «Imposible, hermosa; si fuera a atender a tanta súplica como me llega, ¿qué quedaría de mí?» Y siguió su marcha. Pero, al atardecer, arrepentida de su cerrado egoísmo, volvió, y, al llegar sobre el jardín, se deshizo en fina y benéfica lluvia. Mas ya era tarde, demasiado tarde, pues la rosa había muerto de sed.

Hubo no sé cuántos minutos de un doloroso silencio. Las dos cabezas bajas; las dos frentes sombrías, los dos corazones asesinados por el sufrimiento.

— Ahora, después de haber comprendido — dijo ella, roncamente — sólo deseo saber una cosa: ¿cuándo escribiste esa historia?

El comprendió, a su vez, el alcance de la pregunta y contestó:

— Poco después de la noche aquella.

— ¡Ah, no es cosa reciente, entonces!

— No, Beatriz... Después, el tiempo, la distancia, tu silencio, la vida misma...

— Sí, sí, no expliques nada.

Suspiró con ansia y le tendió la mano:

— Toda el agua que la rosa ansiaba — dijo — y toda la frescura que jamás pudo desear, venían en la nube para ella, pero, ¡demasiado tarde!...

El retuvo, entre las suyas, la mano que le tendía:

— ¿Llegarás alguna vez a perdonarme, Beatriz?

— ¡No habría de perdonarte, amigo! ¿A quién debía perdonar, sino?

Vaciló aún un segundo y, al fin, ya decidida, exclamó:

— Dime adiós...

La voz se le quebró con un sollozo traicionero y se fué, llevando la derrota en toda su actitud. La miró alejarse hasta que la angulosidad de la calle se la arrebató; y entonces, triste y anegado en una pena que hasta allí no había conocido, pensó:

—No la volveré a amar, quizá, pero no la olvidaré nunca; ella ha descubierto el modo de estar siempre aquí — Y, con la mano en el costado, como complemento de sus palabras, se fué, también, a vivir su vida...



Hoy, siempre hoy...



NADA hay comparable a una noche serena en pleno océano; nada determina una sensación tan intensa de infinito. Nuestra pequeñez, nuestra insignificancia, se nos presenta con la crudeza de las verdades que el Yo — ingenua fantasía — hace inaccesibles en fuerza de optimismo. El mar es como la mujer: siempre igual y siempre distinto... Por eso atrae...

En cubierta, apoyado sobre la borda, embelesado en el maravilloso juguetear de las olas, habíame olvidado de todo. ¡Oh, encanto de la soledad!... ¡Cómo la quimera tejía y destejía el porvenir!... Ante el flujo y reflujo de las aguas verdinegras, recortadas en espuma, los grandes interrogantes que hace miles y miles de años el hombre trata de esclarecer en vano — Principio y Fin — se nos aparecen rodeados de una supersticiosa incertidumbre. ¿De dónde venimos?... ¿Hacia dónde vamos?... Y cuando la imaginación se agudiza por penetrar el arcano, tenemos la ventura de que alguien nos despierte de nuestro sueño.

— *Andiamo fra i due misteri: cielo e mare.*

Una mano suave se apoyó en mi hombro. Iba a responder, pero el doctor Giovanni Borella me lo impidió:

— *Non prestargli importanza. Sono tutte fantasie.*

Y sonrió, como temeroso de haber dicho una inconveniencia.

El doctor Giovanni Borella, médico de a bordo, con catorce menciones por acciones de guerra, era un hombre encantador. De estatura mediana, delgado, tez aceitunada, pelo abundante, ojos de ensueño y boca amplia, sensual, que siempre dibujaba una sonrisa bajo la maraña de su bigote negro, daba la impresión de un tzíngano que hubiera trocado su chaqueta escarlata por la negra y oro de la marina italiana. Este hombre, que gustaba de la soledad, denunciaba sin esfuerzo un espíritu romántico y sentimental. Pero ya estaba prevenido al respecto. "Es un escéptico", me había dicho el comandante en tono de misterio, y luego, complementando el informe, con la espontaneidad comunicativa que nos posee a bordo, agregó: "Se trata de un médico de talento, cuyo nombre podría llegar a ser glorioso. En la guerra se batió como un bravo; parecía que iba en pos de la muerte... Sí, sí, aquí debe haber drama íntimo; de lo contrario no se explicaría que con porvenir tan brillante y con fortuna, hubiera renunciado a la vida plácida para elegir esta carrera penosa y, para él, obscura."

Estas palabras habían interesado mi curiosidad por este hombre tan singular, tan él, que en todos sus actos, hasta en los más nimios, afirmaba su personalidad. Por eso la circunstancia que ahora me lo ponía delante me pareció propicia para un diálogo en el que podía asomar la confidencia.

— ¿Es usted poeta? — le pregunté de pronto.

— ¿Yo poeta? — sonrió. — Yo no soy nada. Quizá un pobre hombre a quien le ha faltado el valor de pegarse un tiro. Bien mirado, ¿cree usted que esto vale la pena?

— ¿Qué es esto?

— Esto, vivir...

Pregunta inoportuna. En otras circunstancias, es posible que hubiera concordado con la apreciación, pero el momento, la "mise en scene", este viaje que realizaba hacia tierras por mí ignoradas, me habían comunicado unas ansias de vivir que ni aun por el placer de aventurar una frase, me habría atrevido a ocultar.

— ¿Y por qué no vale la pena?

Me miró. Y luego dijo:

— Mas ¿qué es la vida?... Nada... Una mentira que pierde su encanto apenas se esclarece.

Y de pronto, como si hubiera terminado de ordenar sus recuerdos, y, quizá, impulsado por la necesidad de buscar consuelo en su propio dolor,

se dió con entusiasmo a la confidencia:

—En la vida, cuando no se tiene el valor de suprimirla, no hay otra solución que ésta: viajar, siempre viajar... Nunca dejar que la ilusión se torne en realidad... Nuevos amigos, nuevos amores, gustarlos con ansias locas, y cuando exaltan, interrumpirlos. No dejar nunca que sobrevenga el desencanto. Y mañana, pasado y pasado, lo mismo. Ir apurando la vida calcidoscópicamente, cultivar la mentira con amoroso afán y luego buscar solaz en el recuerdo, siempre dulce, siempre grato, porque la "partenza" impide que el engaño se aclare...

—Pero ¿no cree usted en la verdad?

—La detesto. Es innoble. No tiene belleza, carece de originalidad: es vulgar. Sólo sirve para repetirnos lo que nosotros sabemos y daríamos todo por olvidar: que no somos nada...

—¿Es usted escéptico?

—No lo sé. Tampoco me preocupa el saberlo. Pero no creo ser malo. ¿No ha reparado usted en que toda la gente de mar es buena?

—Efectivamente.

—¿Y sabe por qué es buena?... Porque carece de ambición. Nadie aspira a nada. Todos están conformes con su suerte. No hay maniáticos que sueñen en salvar a la humanidad, ni tontos que se preocupen en ser útiles, ni vacuos que se empeñen en alcanzar espacio en la historia. Por eso son más buenos que ustedes y también ¿por qué no decirlo? menos desdichados. ¿Y los hombres de tierra en el mar? Observe usted el pasaje. Parece que en todos los espíritus se hubiera operado un cambio: todos gentiles, bondadosos, caballerescos. En la mesa de juego nunca se pierde una ficha... ¡Pero si hasta son dulcemente ingenuos!... ¿Quién de ellos renuncia después del primer viaje a reflejar sus impresiones? ¿Quién se resiste a decirnos que la Giralda está en Sevilla, la torre en Pisa, la Acrópolis en Atenas, la Scala en Milán y las pirámides en Egipto?... ¿Quiere usted mayor candor infantil? Es que todo el odio, todo el rencor que engendra la lucha, queda en tierra. En el mar no hay rivales...

Yo aventuré:

—Usted es un hombre que sufre o que, por lo menos, ha debido sufrir mucho...

—No; ya no. He aprendido a olvidar y a no esperar. La vida no puede darnos lo que no tiene: felicidad.

—¿Y el amor?

—Es de hoy. Ilusión ayer; desencanto mañana. Todo igual. Por eso es necesario adaptarse: vivir el hoy, olvidarse de ayer y no esperar del mañana. Tal es el secreto. Nadie se explica por qué yo he abandonado todo para buscar refugio en la vida nómada. Lo hice respondiendo a mi inquietud espiritual: no estar nunca en ninguna parte y estar en todas. Ignorar qué tierra se pisará mañana, ni qué brazos aprisionarán nuestro cuello, ni qué amigo nos ofrecerá su copa... Ir siempre hacia lo desconocido sin *impaciencias, sin prevenciones*... Y, luego, encontrar la muerte en cualquier mar, en cualquier latitud... Y sonreír también en el postrer instante, como cuando el barco leva anclas en pos de extrañas tierras...

Estas palabras las dijo así, con calor, y luego quedamos en silencio...

Horas más tarde estábamos los dos en la mesa de juego, y mi amigo jugaba con impasibilidad admirable en forma desorbitada, y, ya ganara o perdiera, no contraía un músculo ni un gesto le alteraba el rostro.

Al día siguiente tocamos en el puerto de mi destino, y me despedí de este soñador impenitente con fraternal abrazo.

Ni el tiempo ni las múltiples atenciones de mi vivir intenso hiciéronme olvidar a este sibarita desencantado, por quien, confieso, siento secreta envidia. Ayer, casualmente ¡cuál no sería mi sorpresa!, recibí noticias suyas: el doctor Giovanni Borella, desde Constantinopla, me participa sus esponsales con una armenia "bella como el sol". Pero en la postdata explica: "No se conduela por mi suerte, caro amigo; me caso el 9, pero el 14 parto, solo, para Sanghai. Lo dicho: ni ayer, ni mañana; hoy, siempre hoy..."

Carlos Alberto Silva



DIBUJO DE
REQUENA ESCALADA.

Fuerte, enhiesto, es el titán,
el cacique de la Flora,
que se empenacha en la aurora
y ruge en el huracán.
Sus hojas formando van
arriba, una verde isleta,
y cuando la brisa inquieta
lo mece lánguidamente,
bajo su dosel se siente
el fresco de una glorieta.

Coloso que nada sabe
del populacho del monte,
habla con el horizonte,
el sol, el viento y el ave.
Con su aspecto adusto y grave
de caduco centenario,
es un monje solitario,
que, *contemplando* la altura,
halla en la inmensa llanura
la majestad de un santuario.

A su amparo, la contienda
armada, forjó sus planes,
y los grandes capitanes
establecieron su tienda.
El engendró la leyenda
pastoril, en sus albores;
colmó, de los "payadores"
la voz, de notas bizarras,
y el alma de las guitarras
de delirantes amores.

En la primavera es huerto
que brinda al gaucho su aroma,
y es, cuando se alza en la loma,
centinela del desierto.
Su ramaje es un concierto
de quejas, ecos y trinos;
su tronco, en los torbellinos,
apenas si se estremece,
y a la distancia parece
el eje de los caminos.

Hoy le rinde sus honores
la falange nacional,
y una flor tradicional
ha hallado, al fin, en sus flores.
Orna los alrededores
de la ciudad, los jardines,
entre asfaltos y adoquines;
pero ¡ay! le faltan los lampos
del libre cielo, y los campos
cubiertos de "macachines".

Recepción en el Círculo Militar.







Diversas instantáneas obtenidas durante la recepción ofrecida a las familias de los socios por la comisión directiva de la prestigiosa institución en homenaje a la fecha patria. Constituyó esta fiesta, repetida anualmente, un significado acontecimiento social.

En el Club de Flores.





Señoritas de la mejor sociedad del aristocrático "faubourg" que asistieron al baile de gala del Club de Flores, y que, como siempre, puso de relieve el merecido renombre que estas reuniones gozan.

En el Club Colegiales.



Señoritas y caballeros que se dieron cita en los amplios salones de la institución social durante la velada de gala con que se festejó la fecha patria del 9 de Julio.

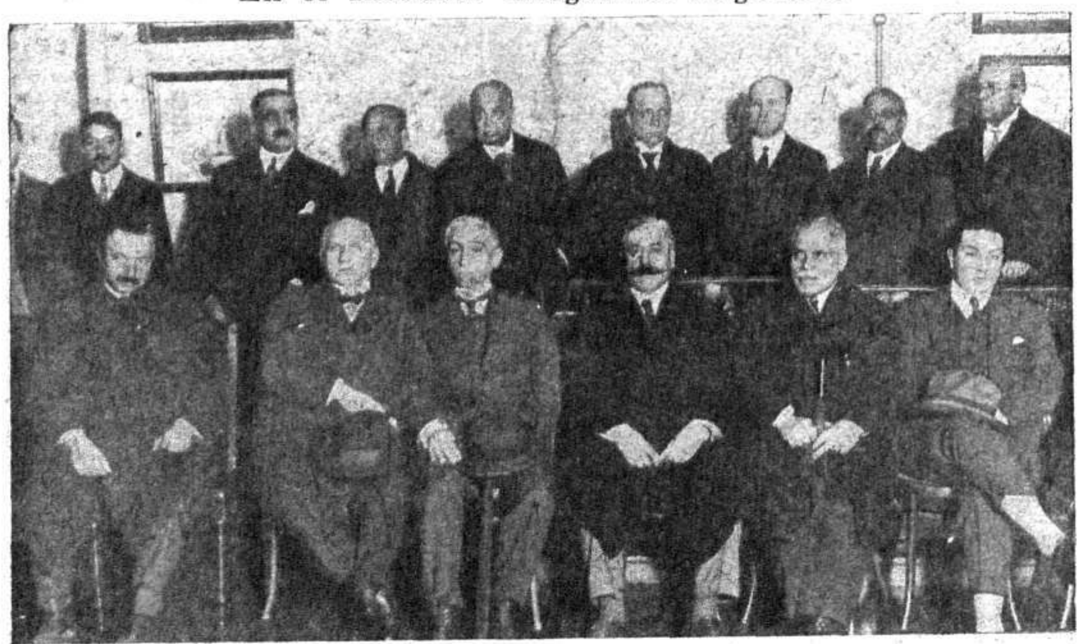
Desfile de obreras de la Liga Patriótica



Cabeza de la columna, compuesta por las autoridades de la Liga, congregada frente a la Pirámide de Mayo, donde las obreras de las escuelas entonaron, acompañadas por el público, el Himno Nacional.

Las obreras que concurren a las escuelas de la Liga patrocinadas por la comisión de señoritas, desfilando por la plaza del Congreso. A un costado, el presidente de la institución, doctor Manuel Carlés.

En el Instituto Geográfico Argentino



Miembros del Instituto, que rindieron un homenaje al ingeniero Valentín Virasoro, ex vicepresidente de la sociedad. Presidió la sesión el doctor Carlos F. Melo, y el ingeniero Francisco Seguí pronunció un conceptuoso discurso.

Distribución de premios en el Cuartel de Bomberos



El jefe de policía, señor Jacinto Fernández, procediendo a la distribución de los premios a los bomberos, durante el acto que anualmente organiza, en la fecha patria, la revista "Seguros y Bancos, Ferrocarriles y Comercio".

Tres de los bomberos que recibieron medallas y diplomas por diversos actos de arrojo. Después de esta ceremonia, la numerosa concurrencia presenció una interesante demostración de la labor del cuerpo en casos de incendio y salvamento.

Inauguración

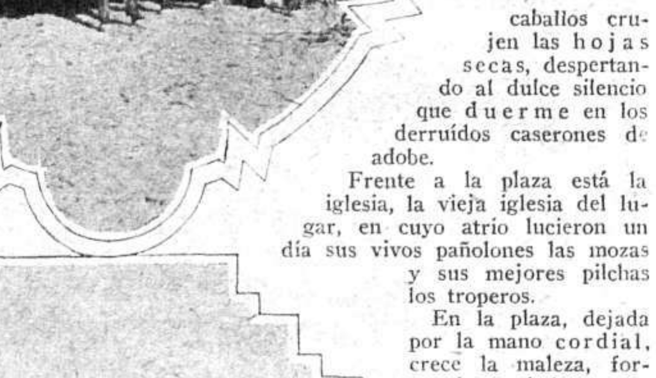


Parte de la distinguida concurrencia que asistió a la ceremonia de librarse al público las instalaciones de la nueva clínica ginecológica que funciona bajo la competente dirección de los doctores Daniel A. Rojas y Ricardo Schwarcz.



POR TIERRAS PEHUENCHES

LA ALDEHUELA DEL OLVIDO



Te escribo desde el fondo de estos valles australes para fijar mis impresiones; estas impresiones profundas, vigorosas e inolvidables, que voy recibiendo en mi constante peregrinar.

Hoy quiero hablarte de una aldea lejana, perdida en un rincón de estas soleadas tierras cuyanas. Es la villa 25 de Mayo. El antiguo fortín de estas comarcas que sueñan junto al Atuel y al Diamante.

Ayer pasé por este pueblo en ruinas, camino de Los Reyumos. Me detuve en él, como llamado de pronto a quedarme por una extraña voz. Al entrar en sus calles polvorientas, orilladas de carolinos enormes y viejas acacias, se siente una profunda sensación de quietud y abandono. Parece que el tiempo hubiese venido aquí a descansar de su incesante marcha, y que hubiera roto su clepsidra por inútil.

Las vetustas casas de adobe están completamente en ruinas, mostrando las abiertas bocazas de sus grietas. Aquí y allí sólo han quedado en pie entre las murallas una que otra herrumbrosa ventana de retorcidos herrajes.

Sus calles — ¡oh las calles de este pueblecito serrano! — bostezan su pardo tedio bajo la amarillenta hojarasca otoñal.

Al paso de nuestros caballos crujen las hojas secas, despertando al dulce silencio que duerme en los derruídos caserones de adobe.

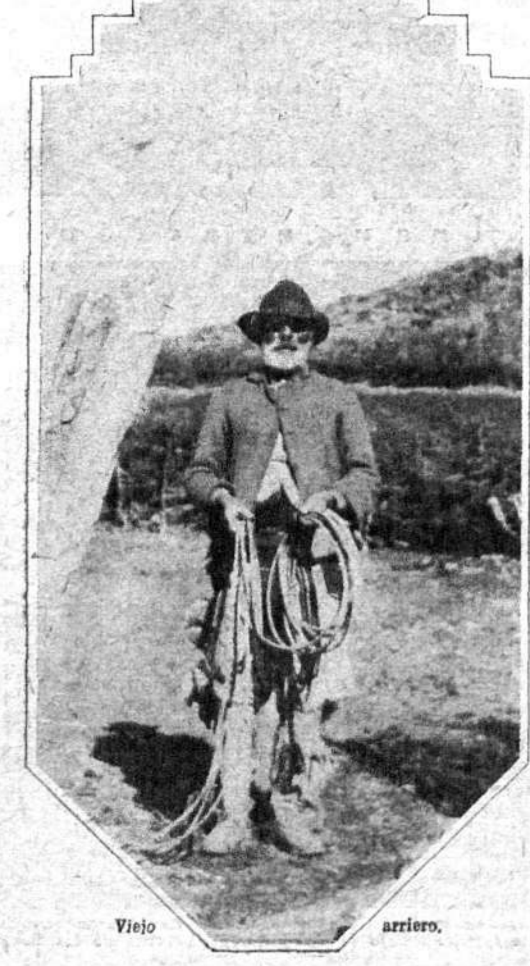
Frente a la plaza está la iglesia, la vieja iglesia del lugar, en cuyo atrio lucieron un día sus vivos pañolones las mozas y sus mejores pilchas los troperos.

En la plaza, dejada por la mano cordial, crece la maleza, formando verdaderas marañas. Sus senderos están tapizados de hierba, de la húmeda hierba que amortigua nuestros pasos y que hace que caminemos sin ruido como los fantasmas.

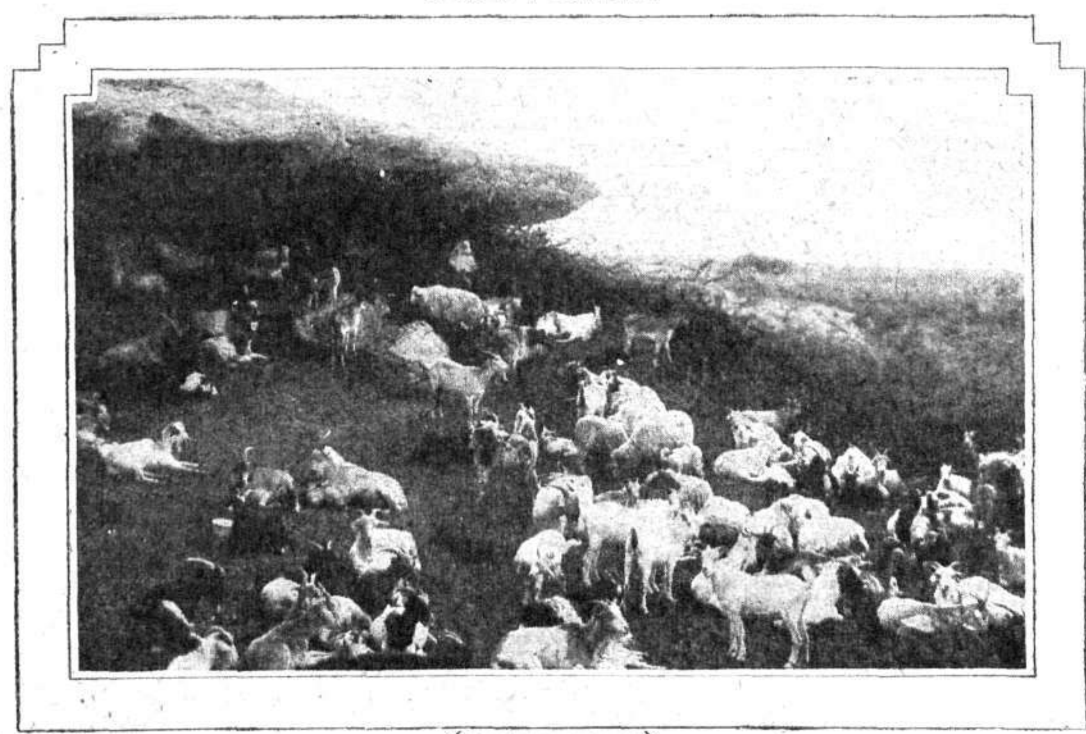
En todo el pueblo, regularmente vasto, sólo quedan pocas casas habitadas. El resto es ruina pura. Los lugareños nos ven llegar, y nos miran con asombro. ¡Traemos buenos caballos enjaezados, buena ropa y repletas alforjas, en cruz sobre las ancas! ¡Y ellos están allí, mudos, polvorientos como las calles de su pueblo desolado!

A un lado del pueblo está el viejo fortín secular, frente a los cerros bermejos, fragosos y atormentados de "El Agua de los Terneros".

El viejo fortín de las proezas pehuenches, que vió los fieros rostros broncíneos, y los brazos armados de arco y flecha, y que oyó resonar el alarido tremendo en la profunda noche de la mon-



Viejo arriero.



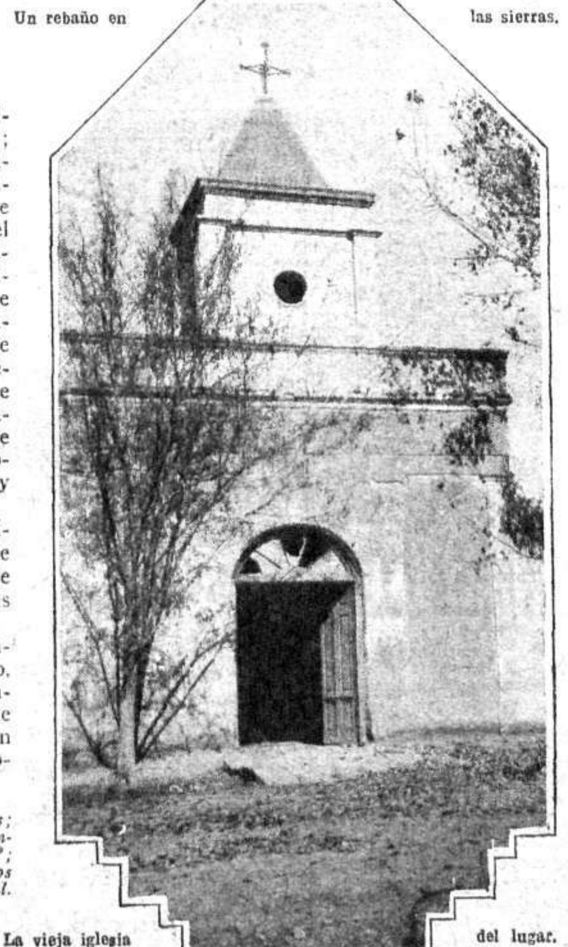
Un rebaño en las sierras.

taña. He vagado en silencio por todas partes; he entrado en las casas en ruinas, en la capilla desierta; me he echado a reposar del viaje sobre las hierbezuelas y aspirado intensamente el aroma de las hojas secas quemadas por un grupo de niños; y aquí me tienes, como saturado de una melancolía inefable, y se me hace que tengo el alma espolvoreada de quietud y bienaventuranza.

El tibio sol mendocino pone reflejos de oro en las ramas de los álamos y de las acacias amarillas.

Ahora los niños, junto al fuego aromoso, cantan una añeja canción lugareña, que hiende los aires con un pausado vuelo de palomas:

Yo tengo unos ojos negros;
¿quién me los quiere comprar?;
los vendo por embusteros
porque me han pagado mal.



La vieja iglesia del lugar.

¡Oh este pueblo! ¡Yo quisiera que lo contemplaras un día, para ver su doble sueño reflejado en los lagos montañeses de tus ojos! ¡Quisiera, como ayer y como siempre, tenerlo junto a mí, y decirte una vez más que el sol de mi tierra es hermoso, que no hay un cielo más diáfano que el de mis montañas!

Tenerte aquí, en este lugar remoto de la tierra, sobre las hojas secas y olorosas, y pensar que todo esto ha sido hecho nada más que para nosotros.

El río Diamante, claro y luminoso bajo la gloria otoñal, arrulla el suelo del villorrio ruinoso y dormido. Lejos, entre las ramas desnudas de los árboles, como un paisaje de ensueño, vense las montañas nevadas.

Alfredo R. Bufano

Cómo nos ven las mariposas

Muchos insectos, entre ellos las mariposas, poseen la vista de los rayos X, es decir, que pueden ver con la ayuda de estos rayos, invisibles para nosotros. Así lo ha asegurado recientemente el sabio profesor Otto Birnlein, según el cual, si la luz del día contiene la cantidad suficiente de estos rayos para que las mariposas puedan ver distintamente, el mundo será para ellas muy diferente de cómo es para nosotros, puesto que verán a través de la ropa y de la carne, y apareceremos a sus ojos como esqueletos andando, rodeados de una suerte de penumbra translúcida que representará los músculos y la piel.

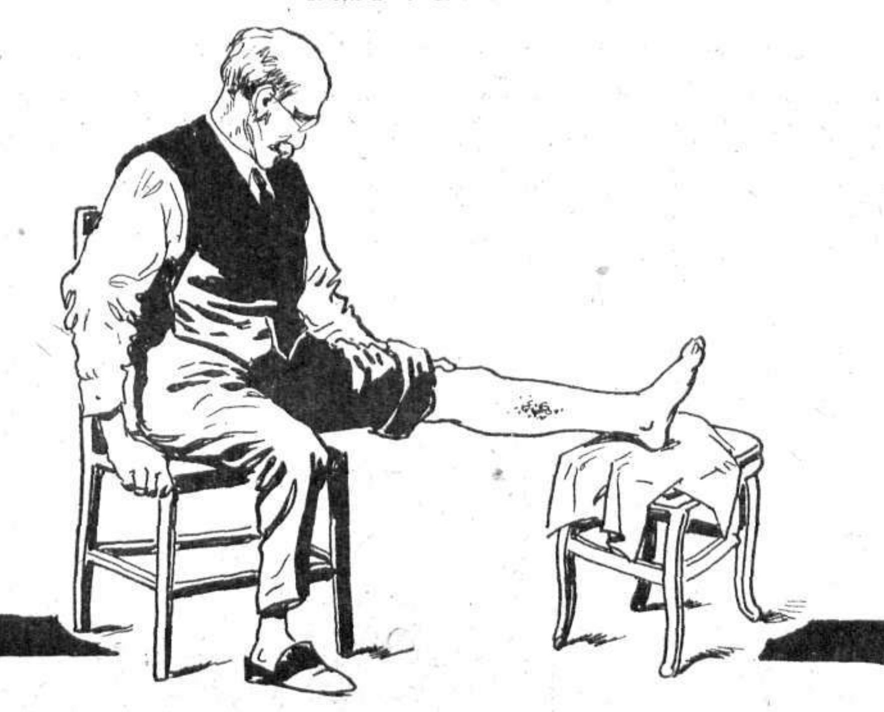
Una persona que gozase de esta singular manera de ver las cosas, al pasar por una calle céntrica de cualquier ciudad vería la multitud como una procesión de esqueletos, cuyos huesos se destacarían, negros como el azabache, sobre la envoltura de la carne y los demás órganos, envoltura transparante y brillante cual si estuviera hecha de cristal. Por fuera de esta envoltura cristalina, formaría la ropa otra capa translúcida, en la que se verían destacarse aquí y allá los objetos de metal, los aceros del corsé de las mujeres (las pocas que aun lo usan, se entiende), las horquillas, los alfilerones de los sombreros y, en los hombres, el reloj, el cortaplumas, las monedas, la contera del bastón y otras menudencias. De los paraguas y sombrillas no se vería más que el varillaje, y a los agentes de policía se les reconocería por los botones, las chapas metálicas del casco y el revólver.

De un coche o de un carro no veríamos más que las piezas de hierro, y los caballos serían también trotadores esqueletos con alguna hebilla aquí y allá.

El profesor Birnlein ha probado la vista de centenares de insectos con toda clase de rayos luminosos, y ha descubierto que muchos de ellos pueden ver con los rayos ultravioletas.



La jugadora de foot-ball.—Chicas, sigan mi ejemplo. El hombre es una bola vacía que hay que manejar con los pies...



Algunas aplicaciones térmicas modernas de la electricidad

El empleo de la electricidad para el alumbrado y como fuerza motriz se ha generalizado con sorprendente rapidez. El motor eléctrico conectado a los alambres de una red ha suplantado, puede decirse, completamente, no sólo a la máquina de vapor, sino aun a los motores de explosión de las pequeñas industrias. La locomotora de vapor ha encontrado su rival en la locomotora eléctrica, más útil en muchos casos. El alumbrado eléctrico ha desterrado casi por completo los focos de gas, aun los de sistema de gas comprimido, de reciente creación.

El calor desarrollado por la corriente eléctrica encuentra asimismo diversas aplicaciones en agricultura. Citaremos, entre otras, la desecación de la hierba para su conservación; la electricidad evitaría así el largo y dispendioso trabajo de la henificación, sobre todo en los países que tienen que luchar con condiciones atmosféricas desfavorables. Serviría también para la pasteurización de la leche; un aparato de 100 kilowatts, tan pequeño que puede instalarse encima de una mesa, puede pasteurizar 2.000 litros de leche por hora, con la ventaja de no alterar en nada su sabor. Y es de advertir que la distribución de la electricidad para usos agrícolas constituye en general un problema mucho más sencillo que el de otro sistema.

Otro orden de aplicaciones térmicas es la calefacción de edificios; las iglesias y las escuelas en particular se prestan a la adopción de este sistema mediante la colocación de pequeñas placas de calefacción delante de cada asiento, como se practica ya en varias ciudades de Europa. Es el mejor procedimiento desde el punto de vista higiénico y también del técnico, pues con el sistema de estufas y caloríferos el aire caliente sube y va a ceder inútilmente su calor a las partes altas, estableciendo de paso en las bajas una corriente de aire frío. La experiencia de cuatro años en una escuela de Amsterdam muestra que el coste es inferior al de la calefacción por cok o por gas. Una aplicación bastante curiosa de las placas de calefacción eléctrica, es la de proteger del frío los pies de los agentes encargados de la dirección de la circulación rodada; y tanto éxito ha tenido esta idea, que en algunas ciudades se benefician de ella los vendedores de los mercados. Los hornos eléctricos para la cocción de los productos de pastelería, se multiplican rápidamente, pues son más económicos que los de carbón o de gas, y al mismo tiempo sumamente limpios. Son, además, de instalación fácil, pues no exigen la tubería de evacuación de los gases de combustión.

También se va introduciendo poco a poco la cocción eléctrica de los alimentos, tanto entre los particulares como en las fondas y restaurants y en los buques.



Calienta-pies eléctrico para agentes de policía

DISCOS DOBLES "NACIONAL"

SON LA EXPRESION MAS GENUINA DEL CANTO Y LA MUSICA CRIOLLOS

GRAN PREMIO EN LA "EXPOSICION DE LA INDUSTRIA ARGENTINA"

"SILBANDO..."

TANGO CANCION
POR
AZUCENA MAIZANI
DISCO Nº 11016

LAS NOVEDADES DE LA SEMANA Y LOS ULTIMOS GRANDES EXITOS

Discos Dobles "NACIONAL" de 25 cm. a $ 3.25

DUO GARDEL-RAZZANO. Con acomp. de 4 guitarras.

18131
- **La canción del Ukuele.** *Fox-Trot. (Solo Gardel).* Avilés-Conrad.
- **Mi guitarra.** Tango. (Solo Gardel). Caruso-D. Greco.

18132
- **Caricias.** Tango. (Solo Gardel). Caruso-M. I. G.
- **Salve patria.** Estilo. (Solo Gardel). Cárdenas-Barbieri.

Discos Dobles "NACIONAL" de 25 cm. a $ 3.00

ORQUESTA R. FIRPO. Típica y Jazz-Band.

6364
- **Purgatorio.** Tango. Típica. García Zavaléta.
- **Coon-can.** Fox-Trot. Jazz-Band. García Zavaleta-M. de Hoz.

6365
- **Ojos culpables.** Tango. Típica. Gerónimo Fattori.
- **Por el llano.** Tango. Típica. Rafael Rossi.

ORQUESTA F. CANARO. Típica y Jazz-Band.

4080
- **Estrellita.** Tango. Típica. E. Marcucci.
- **Syncopation.** Fox-Trot. Jazz-Band. H. Cahill.

4081
- **Ramas secas.** Tango. Típica. Luis Ricardi.
- **Mi querido Agustín.** *Fox-Trot. Jazz-Band.* José Bohr.

JUAN MAGLIO. Orquesta Típica "PACHO"

7446
- **Ave cantora.** Tango. Rafael Rossi.
- **Don Horacio.** Tango. Angel Danessi.

E. YRIBARREN. American Jazz-Band

8068
- **Holaa... señorita.** Shimmy. A. de Bassi.
- **La Belote.** Nueva java. M. Ivain.

ORQUESTA F. LOMUTO. Típica y Jazz-Band.

7621
- **June night.** Fox-trot. Jazz-Band. Boer-Friend.
- **Saudades.** Tango. *Típica.* E. *Rovatti.*

ADOLFO R. AVILES. Jazz-Band.

8209
- **Los tres besos.** Shimmy. A. Sureda.
- **Mi rubia.** Pasodoble. G. del Barrio.

Disco Doble "NACIONAL" de 25 cm. a $ 3.25

AZUCENA MAIZANI. Con ORQUESTA CANARO.

11016
- **SILBANDO.** Tango. Canción. Cátulo Castillo-Piana.
- **Acuarelita de arrabal.** Tango. Castillo-González Castillo.

IGNACIO CORSINI. Con 3 guitarras.

18138
- **Campana de plata.** Tango. Linning-Flores.
- **El moño colorado.** Estilo. Linning-Flores.

Disco Doble "NACIONAL" de 25 cm. a $ 3.00

MARIO A. PARDO. Con acomp. de guitarra.

6591
- **Virgencita.** Tango. Lozano-Moreno.
- **Todo florece.** Zamba. Bastardi-Mafria.

Una calle, un farol, ella y él,
y llegando sigilosa
la sombra del hombre aquel
a quien traicionó
una vez la ingrata moza.



Púa "CONDOR" (Marca Reg.) ES LA MEJOR Y LA MAS POPULAR
Exija la palabra "Cóndor" en cada púa. Caja de 200 $ 1

MAX GLÜCKSMANN



Nuevos Discos Nacional

BUENOS AIRES
CALLAO y B. MITRE
FLORIDA y LAVALLE

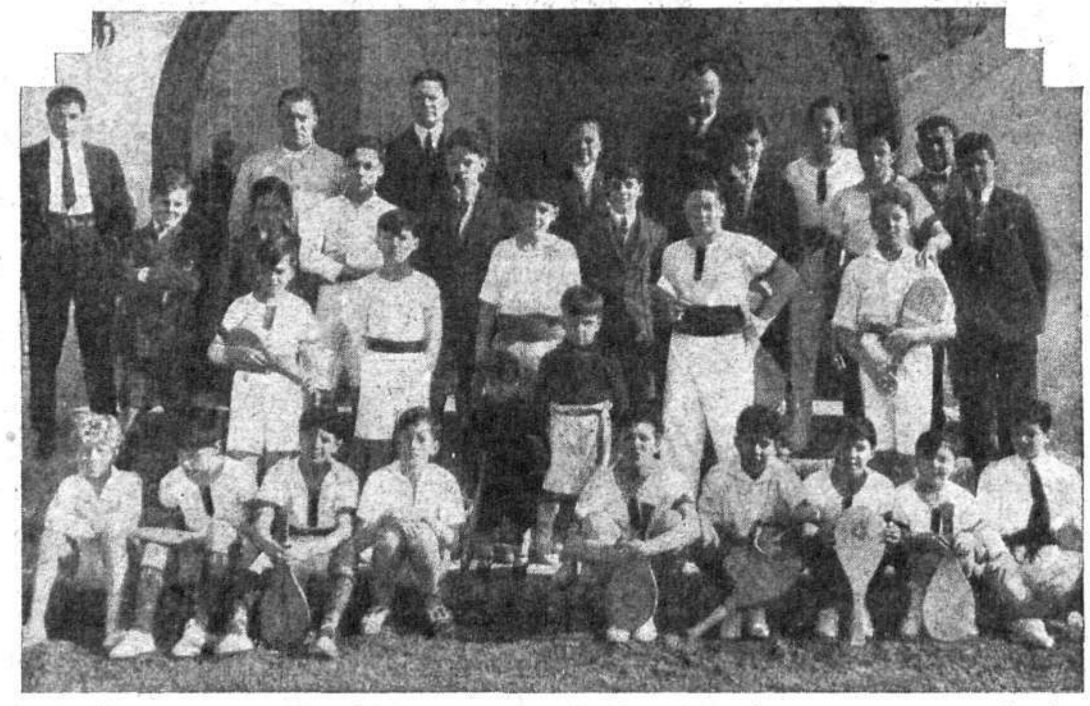


ROSARIO
CORDOBA 1048/52
MONTEVIDEO
18 DE JULIO 966



Nuevos Discos Nacional

NOTAS GRAFICAS



Grupo de niños, hijos de socios del club Rosarino, que intervinieron en un interesante campeonato de pelota organizado por las autoridades de dicha institución.



Núcleo de delegados al XIII Congreso de la Federación Agraria Argentina, que realizaron una visita a los frigoríficos instalados en esta ciudad.



Parte de los colonos que tomaron parte en el mismo Congreso de la Federación Agraria, fotografiados en el local de la Sociedad Rural.



Señoritas y caballeros que participaron en el torneo de "tennis" organizado por el Club de Gimnasia y Esgrima, en el momento de comenzar la distribución de los trofeos a los ganadores.

D E R O S A R I O



El intendente, doctor Pignetto, el cónsul británico y miembros de la comisión de homenaje a Jorge Stephenson rodeando la placa conmemorativa que será enviada próximamente a Londres.



Los esposos Novero, personas muy vinculadas en ésta, festejaron sus bodas de plata con una recepción, en la que hicieron acto de presencia numerosas personas de su amistad.



El doctor Joaquín Lagos, director de nuestro prestigioso colega "La Capital", rodeado por el jefe político, señor Ricardone y otras personalidades, a su llegada a Rosario, después de su viaje por Europa.

Renán y el amor

El concepto que cada pensador tiene del amor se halla estrechamente ligado al conjunto de las ideas filosóficas.

Para Schopenhauer el amor no es más que una manifestación del genio de la especie que se impone al hombre. Para Nietzche, el amor no es sino un medio de superarse a sí mismo y de crear un superhombre.

Para Renán, en cambio, el amor tiene algo de místico y de religioso, y es la pruba de la existencia de Dios y de los vínculos del hombre con el universo.

Según Renán, el amor es para las almas bien nacidas, una revelación, y alcanzan la sublimidad de un misterío religioso. Amar significa cumplir el acto adorador por excelencia, que da alas al alma elevándola por encima de sus límites corporales.



Lulú, recibiendo la visita.—¿Sabe usted?... Una vez estuve yo muy enferma...
La visitante. —¿Ah, sí? ¿Cuándo fué eso?
Lulú. —¡Ah! Hace muchísimo tiempo... No recuerdo si ya había nacido...

En "Patricio", en "Roberto y Beatriz", en el "Broyeur de lín" y hasta en su tan discutida "Abbese de Joaurre", Renán se complace en señalar repetidamente entre religión y amor.

Pero, sobre todo, en las obras filosóficas formuló claramente su teoría.

El amor es la mejor demostración de la existencia de Dios, y el primero de los grandes instintos reveladores que dominan toda la creación y parecen decretados por su voluntad suprema.

En cuanto a la belleza femenil, Renán cree que la mujer hermosa tiene en sí misma, en su persona, perfección que el genio intenta fatigosamente realizar a través de una existencia entera de indignaciones y de esfuerzos.

El amor excusa muchas cosas, pero el amor propio, ninguna.

Paul de Kock.



Un nuevo descubrimiento arqueológico

Un Utica Túner un nuevo y admirable hallazgo ha llegado a poder de los arqueólogos excavadores en los campos situados cerca de esta ciudad. El descubrimiento fué hecho ante un grupo de personas que incluían algunos de los nombres más aristocráticos de Europa: era un sarcófago púnico, dentro del cual se encontraron dos platillos de latón, una cadena de campanitas de plata y algo de *rouge* en tres matices. Esto es lo que ha sobrevivido desde antes de la Era Cristiana. Pero de la joven que llevaba tales cosas, la joven para quien estaban destinadas a hacer más atractiva y más bella, por sus labios y sus carrillos, que bien pudieron haber influenciado para cambiar los destinos de la antigua Utica, no queda nada, como no fueran apenas reconocibles sus cenizas. De los dedos, que por una maravillosa agilidad fueron quizá muchas veces admirados, no queda una seña; no existe de la gran bailarina ni siquiera el esqueleto; apenas si era visible el polvo, quizá el suficiente para que la ciencia *poetizando* afirme que perteneció a una ignorada joven de Utica, que, según todas las indicaciones, fué una bailarina.

El contenido de la tumba de esta Salomé fenicia es de los más ricos que se hayan encontrado en el norte de Africa, excepto Egipto. Una estimación rápida fija su valor como antigüedad en más de cien mil francos (menos de diez mil pesos mejicanos, al cambio corriente).

Había un collar con ciento cincuenta estrellas de oro, un hermoso anillo de oro con un dios helénico cortado en camafeo, una cadena de amuletos y un escarabajo griego. Había, además, dos vasos de iridiscente cristal y dos aretes de oro, notables por las esculturas que los adornaban, en un diámetro de cinco centímetros, y de un oro pesado y macizo, cuyo uso no ha sido determinado. Todo lo que se menciona es de un arte y de una calidad superior a cuanto se haya encontrado antes aquí mismo, durante las excavaciones realizadas en el Africa Púnica.

Algunas otras cosas fueron encontradas: dos frascos de perfume, cuya esencia ya había desaparecido.

La pequeña danzarina — pequeña, porque la línea de sus cenizas no llega a más de metro y medio de largo — tuvo como asamblea en su "aparición final", un grupo notable: la gran duquesa María Pavlova de Rusia, el duque de Clermont-Tonnerre, el marqués de Guisa, el príncipe y la princesa Jean de Faucigny-Lucinge, el barón y la baronesa Rodolphe Derlanguer, el conde Felipe d'Estailleur, los condes Jean y Jacques Chabannes la Palice, actuales propietarios de Utica, el conde Byron de Prorok, los esposos Lascelles Maxwell y su hija Kathyn, de Nueva York.



El.—¿Te agrada jugar al pocker?
Ella.—Sí...Pero vos no sos "pierna".

El latín como lengua internacional

La importancia de una lengua internacional es reconocida por todos, así como sus innegables ventajas para facilitar las relaciones comerciales entre naciones de diferente idioma, pero quizá no se ha fijado bastante la atención en su conveniencia desde el punto de vista científico. Los trabajos de gran número de sociedades técnicas y científicas se hallan sumamente dificultados, por su elevado coste de impresión y publicación; y la adopción de un lenguaje único para la comunicación mutua de los resúmenes de trabajos científicos de esas sociedades, así como de memorias y tratados de excepcional importancia, representaría indudablemente un ahorro de coste y de trabajo.

En un reciente número de los *Proceedings of the American Philosophical Society*, el profesor de la Universidad de Pensilvania, Mr. R. G. Kent, ha publicado un interesante artículo sobre este asunto, en el cual, después de recordar que el latín era de uso general entre los hombres de ciencia de los siglos XVI, XVII y XIII, y de discutir el valor de los diferentes lenguajes que se han propuesto como idioma internacional, aboga por la adopción del latín como lengua universal, a lo menos para trabajos científicos.

El latín posee un vocabulario que es esencialmente internacional y una terminología técnica ya muy extendida y capaz de mayor extensión. Aunque la sencillez y consiguiente facilidad en ser aprendido sean cualidades muy convenientes para un lenguaje internacional, con todo, es aún más importante la fijeza de significación, reconocida indiscutiblemente como norma por diferentes naciones. El latín, por este motivo, por sus desinencias, por su construcción, por su precisión al indicar las relaciones entre sus palabras, por su fonética y por ser, además de la lengua propia, la que se estudia más en los establecimientos de enseñanza de Europa y América, sería la que presentaría más ventajas para su adopción como lengua internacional; y, además, evitaría ciertas susceptibilidades nacionales, avivadas aún por la pasada guerra.



La pasante preguntona. — Y dígame, agente: ¿para qué usa esa correa en la barba?
El agente. — Para sostenerme la mandíbula cansada de contestar zonceras...



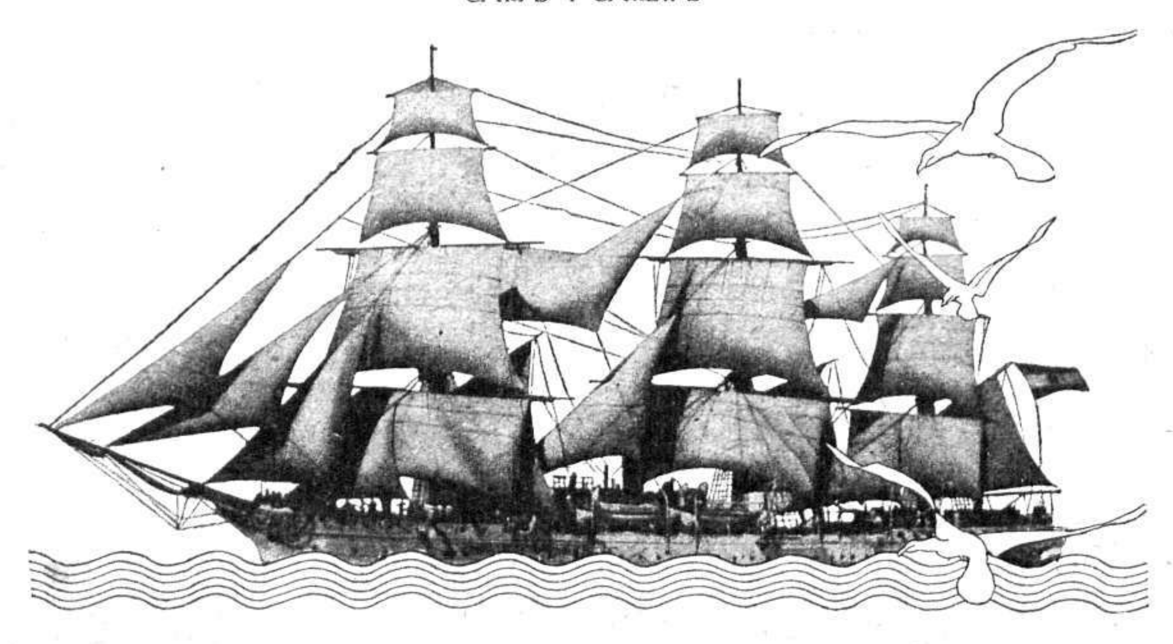
DOMECQ

TRES CEPAS

Bebida sin igual para la estación

Su excelente calidad es confirmada por sus largos años de existencia y por la opinión unánime de los entendidos.

IMPORTADORES: MERELLO HNOS BUENOS-AIRES



A bordo de la "Sarmiento"

ANTAÑO Y HOGAÑO



La ciudad del Salvador, erigida el año de 1549, defendió su autonomía local y mantuvo sus vinculaciones con la metrópoli portuguesa a costa de sangrientas batallas. Los indígenas del interior cayeron reiteradas veces, en son de exterminio, sobre los primeros habitantes. También arribaron a sus costas, con propósitos decididos de conquista, escuadras holandesas y navíos franceses. Pero, después de alternativas diferentes, el vecindario y los marinos de Bahía pudieron rechazar a los poderosos corsarios que sólo transitoriamente ejercieron dominio sobre aquel poblado.

La ciudad de antaño, con los rasgos típicos de la colonia, con sus templos, fortalezas y baluartes, con sus peculiaridades africanas e indígenas, con su carácter y régimen de vida, se mezcla con la ciudad contemporánea, de casas, calles, jardines y edificios nuevos, de actividades y costumbres sociales modernas.

Un espacioso boulevard asfaltado, que en dirección paralela a la ribera recorre en toda su amplitud la altiplanicie de la ciudad, desemboca, ya en el suburbio, en una explanada que da sobre el mar y que, después de bordear los accidentes de la orilla, termina en la parte superior de una meseta donde sobre un plinto de piedra se levanta la inmortal figura del Salvador que tiende la diestra sobre la entrada del mar, que se interna como treinta leguas en el contienente.

A ambos lados de la avenida, en la planta urbana, surgen amplios edificios, adornados de jardines. Abandonando la gran calle y torciendo hacia cualquiera de los caminos transversales, se introduce uno en seguida en vericuetos de la vieja ciudad, en callejones sucios y pintorescos, ahogados por altas casas.

Los pavimentos son de piedra. Nos metemos en una calleja. Esta unas veces se ensancha, y otras, se angosta caprichosamente; ora se empina con aspereza para llegar en pronta recta a la cima de una loma, ora, curvándose, bordea la base circular de un pequeño collado. Involuntariamente, nos inquieta, como problemática, la resistencia del automóvil Ford que nos conduce por tan difíciles altibajos... Hay edificios cuya planta baja presenta una sucesión no interrumpida de entradas iguales. El umbral de una puerta está a escasos centímetros del de la vecina.

En los pequeños almacenes — y tales son la mayor parte, fuera de las tiendas establecidas en el puerto o en la avenida,—luce un llamativo derroche de adornos y colores. Triunfa soberana la atracción que la gente de raza negra siente por las notas vivas de tinte chillón. De cuando en cuando, a la vuelta de una esquina, al aire libre y sobre el piso, funciona alguna feria popular. Allí hay porotos, maníes, bananas, tabaco y otros artículos de menor importancia. No se vende carne. Y si por casualidad figura alguna pieza, únicamente caen bajo tal denominación los despojos desechados de alguna carnicería principal.

Al atardecer, como obedeciendo a un uso obligatorio, las familias se vuelcan en la acera y allí se apeñuscan, indolentes y curiosas, para ver a los que pasan.

II

EL BUEN CARRETERO

Para una población de 300.000 habitantes que se distribuyen por diversos y dilatados barrios, la organización de medios de transporte resulta a todas luces insuficiente. Para atender el movimiento de un núcleo tan numeroso, la ciudad sólo cuenta con 150 tranvías y 600 automóviles. Tal cifra in-

dica que la inmensa mayoría de los ciudadanos hace sus viajes a pie. Resulta asimismo deficiente el servicio de vehículos destinados a llevar cargas. La estadística establece la existencia de 1400 carros. Así se designan unas armazones pequeñas de tablas y maderas, en forma de cajón más largo que ancho, sobre un eje de dos ruedas. Casi siempre tira de las varas un mulo. Es el cuadrúpedo preferido, por superar al caballo y al burro en fuerza, resistencia y sufrimiento. Si falta ganado mular, el jumento ocupa su puesto. No se ven chatas, ni carretas, ni camiones. La conducción de mercaderías desde los andenes del puerto a cualquier paraje de la ciudad se efectúa por medio de los carros descriptos. El oficio de conductor — que aquí consiste en guiar a la bestia, acompañándola de a pie y ayudándola en los pasos críticos — está monopolizado por la gente de color. El carretero lleva los pies descalzos o, cuando más, defendidas las plantas con suelas sujetas a manera de sandalia. Va trajeado miserablemente y muestra retazos de oscura piel a través de los jirones de la indumentaria. A la hora de mayor trajín los he visto marchar junto al mulo, por una de las calles del puerto, en fila interminable. Los he sorprendido, después de largas horas de faena, abrumados de calor, y a pesar de todo, visiblemente contentos. No gritan protestas, ni arman peleas, ni usan el procaz vocabulario de la calle. Se comportan con tal discreción que nada tiene que ver con ellos la consabida sentencia: "Obra y jura como un carretero", aplicada a los que hablan y gesticulan de manera descompuesta.

III

LA RAZA HUMILDE

Los individuos de raza africana cuéntanse aquí en abrumadora mayoría numérica. Pero su influencia es nula, porque, carentes de instrucción, viven en un estado de evidente incapacidad moral e intelectual. La ley que declaró abolida la esclavitud no podía transformar de golpe la condición de las personas, sobre quienes gravitaban las consecuencias de una servidumbre cuatro veces secular, adaptándolas al ejercicio consciente y total de los nuevos derechos. Concluyó, es cierto, el tráfico legal de hombres, pero aun continúa, en la cruel realidad de la vida, un servilismo forzoso, profundamente aflictivo. El negro y el indígena componen una clase popular numerosa, que por la fuerza de la rutina rivaliza en el trabajo pesado con las bestias de carga y que, a pesar de la copiosa riqueza del suelo, no puede salir de la miseria.

A las 7 de la mañana, atracando a los costados de la "Sarmiento", con sus lanchones rebosantes de carbón, apareció una cuadrilla de trabajadores. La fatigosa tarea de trasegar el mineral a las carboneras duró veinte horas consecutivas. No hubo descanso ni para tomar el alimento indispensable.

Mientras las bolsas y cestos se iban llenando, los negros, envueltos en nubes de polvo, masticaban su escasa porción de porotos y fruta.

Esos hombres realizaron la ímproba labor de trasladar y estibar doscientas treinta toneladas, recibiendo en recompensa de tamaño esfuerzo doce mil reis (cuatro pesos de nuestro papel moneda).

A poca distancia, sobre uno de los malecones del puerto, la misma poderosa empresa utiliza en la mortificante tarea de cargar chatas, a pobres mujeres negras, a cambio de un mezquino salario de hambre.

La raza humilde reclama leyes justicieras que amparen su trabajo y que le aseguren su adecuada remuneración, que le garanticen un mínimum de bienestar e independencia, a fin de que sean posibles la vida y la educación de la prole.

— Si estos elementos se intruyen — se me dice, — y llegan a la práctica consciente de sus derechos, que hoy, sólo en teoría, son iguales a los del blanco, su raza dominará por completo la situación. La gente obscura absorberá al blanco, y se habrá producido la conquista o la transformación al revés.

Sin desconocer la suma entidad del problema, se nos ocurre que los gobernantes bahienses — especialmente los actuales, hombres de talento, acción y autoridad reconocidos, — tienen en sus manos el modo de propiciar y favorecer la inmigración del europeo, arraigándolo, luego, en la tierra, por medio de beneficios positivos. Con la construcción de caminos, que facilitarán el transporte de productos, con la multiplicación de escuelas de instrucción primaria y gratuita, con justicia barata y segura policía, con una previsora y generosa legislación social se habrá llevado a cabo un considerable mejoramiento material y moral del elemento nativo y se habrá obtenido la anhelada radicación de los buenos extranjeros.

IV

PANORAMA

En la parada superior del elevador — encargado de comunicar en pocos segundos el plano del puerto con la ciudad alta, — disfruto, como desde un espléndido balcón, del panorama de la tarde que agoniza sobre la inmensa bahía. Las lanchas pescadoras que regresan al puerto en grupos caprichosos, perfilan nítidamente sus alas en el resplandor carmesí del horizonte. Nubes espesas cubren al astro. Los bordes de la sombra enciéndense de oro y púrpura. Detrás del velo opaco se adivina una lucha titánica en la que por momentos parece triunfar el sol con un sangriento chispear de vibrantes destellos. Los fúlgidos matices pierden brillo y se atenúan hasta diluirse en una vaga claridad.

Sólo quedan dispersos, como restos de la batalla entre la luz y la noche, casi al ras de la línea de la costa, jirones de púrpura y puñados de rubíes.

Dionisio R. Napal

En navegación, a bordo de la "Sarmiento".

Mayo 12 de 1925.

El amor

El amor nace muchas veces sin causa y muere sin motivo; filtrase como un perfume y se evapora como el aliento en no sé dónde, y se desvanece no sé cómo.

Nivelador de clases, eleva hasta el trono de Rusia a una cantinera revolucionaria, trastorna al mundo más que la geografía política y los cataclismos geológicos. Por él destruyóse Troya, sucumbe Muley Hacem con el valeroso pueblo sarraceno que se había defendido cerca de ocho siglos, y pierde un imperio Marco Antonio.

Ante su poder, el altivo humilla la cerviz, el arrogante se posterna, el débil se hace fuerte, audaz el tímido, grande el pequeño, héroe el grande. Por amor cae a los pies de Leonor de Guzmán, el orgulloso Alfonso; Pedro el Cruel se amansa ante María Padilla; Felipe el Hermoso es juguete de Gabriela d'Entraigues; el austero, el sombrío, el prudente Felipe II, comete las mayores imprudencias por la princesa de Eboli, esclavo de una pasión que da origen a cruentas guerras entre castellanos y aragoneses; el famoso Luis XIV pierde la majestad de su edad y la majestad de rey ante Amelia de Fontanges.


La nenita de la casa: —¿Está usted quemando sus cartas de amor, don Teófilo, como Nora hizo esta mañana?

El amor es creyente; pídele sus alas a la fe, ansioso de encontrar el misterioso mundo de ultratumba, porque no se resigna a perder para siempre a su ídolo religioso, porque en su exaltación pretende divinizar lo humano.

Mientras orean nuestra frente ráfagas de amor, el corazón es un jardín inagotable; sobre las mustias flores crecen nuevas, frescas y fragantes. La azulada campanilla que nace en trepadora parietaria de viejo torreón, no tiene menos color por haber brotado entre ruinas.

El amor es síntesis de todas las energías; sin su poderoso aliento seríamos autómatas.

El amor es el más prodigioso de los taumaturgos; realiza milagros tan asombroso como inexplicables. Es radiante aurora cuyo vívido resplandor ilumina con nuevos tintes el paisaje de la vida, aromosa esencia que embalsama nuestros días, estrella que alumbra los abismos y oasis de todos los infortunios.

Para qué sirve el regaliz

El regaliz es una de las plantas que más importancia tienen entre las que se dan en nuestros climas. Con las raíces del regaliz se hacen cepillos para los dientes, que suelen teñirse de rojo para darles un aspecto más agradable. A veces se recubren con un barniz, y también se hacen pinceles para la fabricación de telas pintadas.

Sirve el regaliz para dulcificar las tisanas; la infusión acuosa de la bebida llamada en Francia *coco*, porque se servía antiguamente en tazas hechas con la cáscara de aquel fruto; los cosacos beben tisanas de regaliz para evitar el mareo cuando atraviesan el mar Azof, y se prepara, por fin, con dicha raíz, el *extracto* que circula en el comercio.

El extracto de regaliz del comercio procede principalmente de España y Sicilia, presentándose en la forma de fragmentos de tres a cuatro centímetros de longitud, cilíndricos, y a veces aromatizados con aceite esencial de anís y recubiertos con hojas de laurel.

Lor cerveceros ingleses usan el jugo de regaliz para dar color y corregir el gusto amargo de la cerveza. En pintura puede emplearse para dar tintas de color pardo, y mezclado con otros ingredientes, sirve para imitar la tinta de China.

Los veterinarios prescriben el polvo de regaliz para combatir la tos en los animales, y las enfermedades del pecho, administrándose ordinariamente con miel y polvos de altea. Los persas extraen de la raíz un licor alcohólico muy agradable.



La abuela. — ¿Te divertiste en la visita, Perico?
Perico. — ¡Muchísimo! Bailamos todo el tiempo...

En Francia se ha hecho un papel con esta raíz, más blanco y más barato que el fabricado con trapo.

En el extranjero se falsifica el regaliz con polvos de guayaco. Este fraude se reconoce tratando el producto con alcohol frío de treinta y cuatro grados. Al contacto del cloro, el licor alcohólico toma color azul o verde si el regaliz está adulterado.

El extracto suele mezclarse con tierra amarilla, pero basta para descubrirla humedecer un poco el polvo con el aliento, puesto que se percibe en seguida un olor arcilloso si existe la adulteración.

Para que el extracto sea bueno, es preciso que no tenga gusto a quemado, que la fractura sea negra y brillante y que no sea viscoso.



El tiempo resbala insensiblemente

sin dejar huellas ni arrugas sobre el cutis de toda mujer que usa el

Jabón Heno de Pravia

Es jabón puro, muy espumoso, de intenso y exquisito perfume. Estimula la cohesión de los tejidos, dando a la piel tersura, suavidad y fragancia.

DE VENTA EN LOS PRINCIPALES ESTABLECIMIENTOS DE AMÉRICA

REPRESENTANTE GENERAL PARA ARGENTINA Y URUGUAY:
JORGE E. CHADWICK
ESMERALDA, 132
BUENOS AIRES

Perfumería Gal
MADRID

Los CAFÉS *de* BARRIO

Leonardo A. Bazzano



Por tabla, hombre, por tabla!

— Picada es más segura, y te armás.

— Dos tablas, y reunión en fija. Fino sobre la colorada.

— ¡Caramba! Dejen jugar.

El de la última frase era el interesado, el que, bien entizado el taco, iba a realizar su tiro.

La sala no era muy amplia. Se habían instalado en ella sólo dos billares.

Acostumbraban a reunirse ahí varios jóvenes del barrio, de los que algunos habían obtenido la llave de la puerta de su casa, recientemente, y otros regresaban a sus cuartos saltando las paredes o las verjas del jardín de su domicilio.

¡Eran unos calaveras! Les decían «piropos» a las chicas del barrio, con rellenos de groserías, más para que los celebraran los compañeros que para impresionar a las «pibas».

— ¡Retroceso! Picá la bola abajo.

— Tirala de fino; dos tablas.

— Cabe un paso-bola. Más seguro.

— ¡Caramba! Dejen jugar. Después pierdo, y la «vela» la pago yo.

— Esas son las gracias que das, después de que uno te enseña.

— Si le enseñan a él, me van a embromar a mí. Que no se enseñe nada; que cada cual juegue como sepa.

— ¡Caray... con el partidito de la madrugada!

— Van a tener que pagarle la copa al vigilante.

— ¿Por qué?

— Porque, ya lo dijo: la gente menuda no puede andar por los cafés después de las doce.

— Las veinticuatro, che, se dice ahora.

— ¡Echale canela al «cocktail»!

— Che, haga el favor; no estorbe el tiro.

— ¡Baranda y bola! ¿No ve que está amurada?

— Déjelo, amigo; usted no se meta.

— Bueno, vamos; tire, que la hora corre.

— ¡Claro, hombre; ya sabe que «tatita» no le da más que cincuenta centavos los domingos.

— ¡No se pase!

— Sí, che, no se pase... que no va a alcanzarle para pagar.

— ¡Juá, juá, juá! ¡Qué zapallo!

Tira dos tablas y la saca de fino.

— Este se la da a Hoppe y a Schaffer.

— No embromen, porque llamo al patrón y los hago echar.

Esto ocurría todas las noches en el café de «Los dos amigos», y ocurriría, seguramente, en otros muchos cafés ubicados lejos del centro.

Los cafés de barrio son algo así como clubs parroquiales, viveros de futuros comités políticos. En ellos la muchachada hace su aprendizaje político y se inicia en la vida de calle, en la vida independiente. Es el primer paso que da, roto el cascarón.

El café de barrio es un sitio de observación. Se ve todo el vecindario. Parte por dentro y mucho por fuera. A través de los vidrios amplios, porque el lujo comercial del centro se desparrama por la ciudad, se ven pasar las jovencitas del barrio, gran parte carne de milonga, y las menos, futuras madres pobres.

Se ven pasar, también, los vecinos más pudientes. Y pasan para que la muchachada los vea y los vote en las próximas elecciones comunales. Y no es que tengan ningún proyecto en carpeta, ni siquiera una idea. Quisieran ser concejales para «figurar».

— ¡Pero bárbaro! ¿Qué vas a hacer? Baranda primero, y después bola y armadito.

— Si se arma hace... hasta tres.

— ¡Juá, juá, juá!

— Hagan el favor. ¿Quieren dejarme tranquilo?

— ¡Cuidao con ése! Tira la faca.

— Tira la «manga».

— Es pariente de Mangudo.

— Che, Fernández...

— No me hablen al tiro. ¡Qué embromar! Ahí tienen. ¡Una carambola que estaba hecha!

— ¡Una papa!

— ¡Y casi resulta un zapallo!

— Che, Fernández, ¿por qué no ponés una academia? Apuntame.

— ¡Que son graciosos!... No tener un circo para contratarlos de payasos...

— Mirá qué «picada».

— Con efecto... al mostrador.

— Al paño de la mesa.

— Cuidado que pica Juan.

— Abarajen la bola.

— ¿A que no salta?

— ¿A que salta?

Y Juan, que va a tirar, se agacha de pronto.

— Che, éste se va a esconder antes de hacer el tiro. Tirá, primero, y después te atajás de vergüenza.

Juan se levanta lentamente, mirando hacia la calle.

— ¿Qué hay?

— Nada. El viejo. Ya pasó.

— Bueno, tirá rápido. Mañana es domingo, y tengo un «pícnic».

— No vayas.

— ¿Y quién cuida a la «piba»?

— ¡La cuido yo!

— Andá, comprate una careta.

— Cuidao, muchachos, que va la última... Fernández, estás muerto. No se puede errar.

— ¡Ya estuvo! Aprontá la «menega».

Todas las noches ocurría la misma escena. El perdedor pagaba, le «armaban un fideo», y luego cada uno iba a su casa.

A la noche siguiente volvían a reunirse.

El café de «Los dos amigos» prosperaba. Por lo menos, se mantenía. Tenía un enemigo. Un cinematógrafo, que a veces alternaba con números de variedades. Y en esos casos la «muchachada» olvidaba el café.

Los cafés de barrio son los resabios de aldea que aún le quedan a Buenos Aires.

Constituyen una nota de color en la gran urbe. El progreso acabará con ellos. Los largará «por baranda».




9ª SINFONÍA
DE
BEETHOVEN
COMPLETA
EN 8 DISCOS DOBLES
DE 30 ctms
$ 48
DOS
COSAS
que se
COMPLEMENTAN
LA MÚSICA
SUBLIME DEL GRAN
MAESTRO
Y LA
CONCERTOLA
QUE LA REPRODUCE MAGISTRALMENTE
Desde $ 38.50 hasta $ 1250.- ofrecemos en 35 modelos distintos, en todos los estilos y para todos los gustos, cuanto de mejor hay en máquinas parlantes.
CATALOGO GRATIS, FACILIDADES DE PAGO EN APARATOS DE PRECIO
CASA AMERICA
SOCIEDAD ANONIMA Lda
AVENIDA DE MAYO 979 — BUENOS AIRES

El cinematógrafo contemplado por los perros

Un periódico londinense llevó a la práctica hace poco un proyecto que antes había explicado a sus lectores. Se trataba de dar una exhibición cinematográfica a los perros. A dicho objeto se preparó uno de los salones del periódico, realizándose las necesarias instalaciones de máquinas y pantalla.

Las películas que fueron elegidas eran todas en colores, sacadas del natural, retratando la vida y costumbres de diversos animales.

Los espectadores eran los siguientes: tres perros de caza, un *bull-terrier*, un *bull-dog*, tres daneses y cuatro *fox-terriers*.

Es curiosa la conducta que observaron los espectadores a medida que fueron desfilando por la pantalla los diversos animales retratados. Al aparecer el elefante, todos los perros comenzaron a ladrar furiosamente, y sólo con muchas dificultades se logró impedir que los *fox-terriers* se arrojaran sobre la pantalla y la destrozaran a dentelladas. Efecto parecido produjo la aparición del rinoceronte. El concierto de ladridos se produjo con gran intensidad.

Pero la escena culminante se produjo al proyectarse en la tela una vista en que varios pájaros, después de haber realizado diferentes vuelos, se arrojaban a tierra. No hubo forma humana posible de contener a los perros.

Furiosamente se arrojaron todos sobre la pantalla y la destrozaron a mordiscos. Como trofeo del victorioso combate, cada perro volvió después trayendo un pedazo de tela en los dientes.



A los 20 — *A los 30* — *¡A los 40!*

LA REACCION MASCULINA AL GRITO DE "¡SOCORRO!"

"CASA PALMA"

GRANDES ESTABLECIMIENTOS SUDAMERICANOS DE CALZADOS

BUENOS AIRES:
Carlos Pellegrini, 78. — Corrientes, 838.
Dirigir correspondencia a CORRIENTES, 838.

SOLICITE CATALOGO N.° 21



MODELO N.° 434
En broché negro y marrón.

$ 14.90

MODELO N.° 402
En cabritilla camello, pasacinta dorado. En cabritilla negra, pasacinta *charol*. En cabritilla marrón, pasacinta dorado. En cabritilla charolada, pasacinta dorado. Taco de 5 ½ ctms. únicamente.

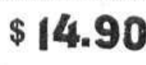
$ 14.90



MODELO N.° 445
En gun metal negro y de color. Tacos 5 ctms. CON PUNTERA. En gun metal negro y de color. Tacos 3 ½ ctms.

$ 14.90

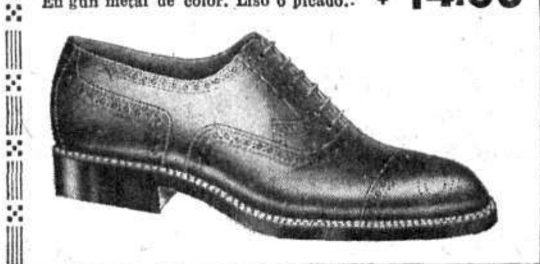
MODELO N.° 437
En cabritilla negra, talonera gamuza negra. Capellada cabritilla charolada, talonera gamuza negra. Pasacinta plateado.



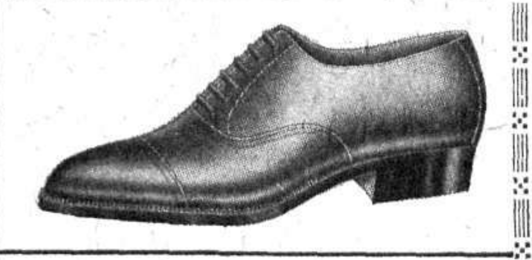
$ 14.90



MODELO N.° 326
En gun metal negro. En becerro negro. En gun metal de color. Liso o picado.. **$ 14.90**



MODELO N.° 325
En cabritilla charolada y negra. En gun metal negro y de color, liso o picado. **$ 14.90**





MODELO N.° 330
En gun metal negro, caña mate, gabardina gris o beige, liso o picado.

$ 14.90

MODELO N.° 331
En gun metal negro, caña de gabardina gris y vistas de cuero marrón, con cordones o botones.

$ 14.90

CASA EN ROSARIO: SAN MARTIN, 835.

A las madres

En una mañana del mes de abril del presente año, me dirigía hacia Ponce por la carretera de Guayama. Era por cierto una mañana muy fría y todos los infelices que iban y venían a buscar el pan de cada día, tiritaban de frío. Ya cerca de las seis me encontraba próximo al "Portugués", cuando bajo una enorme ceiba que allí majestuosamente se alza para proteger al transeunte cansado, con su sombra, de sus inmensas raíces que, cual gigantescas serpientes, se extienden en su derredor, salió un anciano y se dirigió hacia mí.

Al ver su poblada barba blanca y su largo cabello caído sobre sus hombros, sentí miedo y creí habérmelas con un genio de los de *Las mil y una noches*. Acercóse a mí y después de un corto silencio, sacó de un bolsillo de su antiquísima chaqueta un bulto y dijo:

— "¿Ves esto, buen muchacho?"

" Este pequeño bulto es mi labor de ciento veinte años; contiene una colección, que sólo daré a aquella persona que la sepa aprovechar.

" He visto en ti buenos sentimientos; por lo tanto, te diré su contenido y, para terminar mi misión, te haré dueño del mismo si eres merecedor de él. Contiene:

" Desvelos, martirio, emociones, amor, resignación, pureza, paciencia, abnegación, dulzura, perdón, ideales, cariño, bondad, ternura, delicadeza, generosidad y buenos sentimientos.

" ¡Dí! ¿Qué harías con él?"

— Pienso, señor—le contesté,—que únicamente podría hacer con vuestra colección una sola cosa: *"El corazón de una madre"*.

— "Eres bueno" — me dijo, y, entregándome el bulto, desapareció entre las raíces de la corpulenta ceiba. — JUAN A. V. RAMÍREZ.



—Mamita, voy a pedir una bicicleta. Te lo advierto para que comiences a economizar.

Los satélites de Saturno

giran eternamente en torno del planeta, sin acercársele nunca...



Así tambien los diferentes aceites comestibles, ruedan por el mundo sin lograr aproximarse nunca al

Olio Sasso

EL ACEITE PREFERIDO EN TODO EL MUNDO

UNICO IMPORT. C. V. BERNARD BUENOS AIRES



El AMIGO *del* MARIDO



Mi querida Carolina: te prevengo que tenemos a comer esta noche al amigo Abel Damar.

Luis Clary, que entraba en su casa, dijo estas palabras en un tono demasiado desembarazado para ser sincero.

Carolina exclamó:

—¡*Todavía!* ¡*Oh, Luis, lo haces a propósito!* No te basta que ese señor venga, desde que nos casamos, todos los jueves; es necesario que le invites así, sin previo aviso. Tú sabes cómo me disgusta eso...

—Naturalmente, una mujer joven no puede soportar nunca a los amigos del marido que lo fueron desde la infancia.

—No eres justo. He recibido perfectamente a todos tus amigos que son gentes corteses y bien educadas... Abel Damar...

—Es mi mejor amigo, el más viejo, un hombre de una inteligencia bien visible, de una amistad sólida, sincera...

—En efecto, bajo el pretexto de sinceridad te manda las cosas más desagradables, te critica todo, se mete en lo que no le importa...

—Te vengas de ese pobre Abel porque no te hizo jamás la corte —dijo sonriente Luis — ¡Qué quieres! Para él, la mujer de un amigo es sagrada.

Carolina hizo un movimiento de hombros:

—No digas tonteras. Constato únicamente que no es amable conmigo. El señor Abel Damar me disgusta profundamente; su presencia me es odiosa, y tú, sin cesar, me lo pones delante de los ojos...

—Pero, querida... Encontré a Abel cerca de la Bolsa, y lo invité impensadamente... ¡Vamos! Haz un pequeño esfuerzo, sopórtalo y hazme un placer...

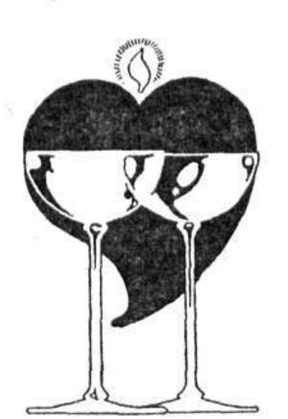
Carolina no respondió. Sentíase herida porque su marido, después de cuatro años de matrimonio, no fuera capaz de sacrificarle ese odioso amigo que parecía complacerse en tornarse cada vez más antipático por la cruda insolencia de sus maneras y la indiferencia desdeñosa con la que trataba a la joven señora. Venía a ver a Luis, y nada más; tenían ambos largas conversaciones sobre temas estéticos o filosóficos que Carolina entendía poco, y durante las cuales se aburría cruelmente.

Era cierto, también, que Carolina se sentía mortificada porque este señor Abel, sin educación, jamás pareció alimentar ninguna admiración hacia su belleza fina y atrayente que ella sabía, mediante hábiles "toilettes", realzar con arte y sencillez. Todos los otros amigos del matrimonio Clary hacían la corte a la joven señora, ciertamente dentro de los límites estrictos del respeto más profundo, y nunca se sintió ofendida por una declaración demasiado volcánica... Pero esta tranquilidad y placidez del insoportable Damar era más insultante que la más ardiente súplica pasional. ¡Ah, le odiaba al señor ese!...



Carolina pensaba estas cosas viendo a Abel Damar tomar su café después de comer, mientras hablaba de los egipcios con Luis Clary.

"¡Qué antipático — se decía Carolina — ese aire frío, ese gesto presuntuoso que hace a cada palabra! Y no estaría tan mal si aparentara ser un poco más vivo. Es distinguido, tiene rasgos regulares, los ojos inteligentes, pero con su



aspecto brusco y empacado, ¡qué hombre insoportable!...

En este momento, Abel Damar levantó los ojos y se percibió que Carolina le miraba. Desvió su mirada. — "¡Idiota, grosero! — pensó Carolina. — ¡Le detesto! Y mi marido que cada vez me lo impone más. ¡Qué bestias con sus dichosas conversaciones serias! ¡Cómo me aburro entre los dos!"

Luego de haberse formulado tan netamente este pensamiento, permaneció un poco cohibida. Sí; su marido actualmente la aburría, casi tanto como Abel Damar. Tenía ya bastante. Era necesario concluir con esa situación. ¿Cómo? Una idea repentina la hizo sonreír y enrojecer un poco. Obligar a Damar a hacerle la corte, ser con él coqueta y provocativa en vez de mostrarse como hasta ahora fría y hostil... ¿Y si Damar resistía? Carolina sonrió, vanidosamente: no resistiría. Sin llegar a los abandonos definitivos — por nada de este mundo engañaría a su marido, — iría lo suficientemente lejos para que Damar mantuviese todas las esperanzas, se creyera amado y cometiera imprudencias comprometedoras... Entonces ella enteraría a su marido, le mostraría todas las pruebas, le prevendría de una cita que tendría con su enamorado en sitio público — un museo desierto, por ejemplo. — Así estaría vengada de su marido que le imponía a Damar y se vengaría de Damar que parecía no reparar en su belleza. Y por fin se sentiría libre de ese ser insoportable.

Encantada con este plan, al que encontraba maquiavélico, Carolina miró de nuevo a Damar que estaba sentado frente a ella; le miró largamente. Damar volvió los ojos hacia ella; ella no desvió los suyos. El pareció satisfecho.

"Esto marcha, se dijo Carolina, muy divertida.

Cinco o seis veces durante la velada se miraron y la mirada de Damar, profunda y admirada, llegó a ser casi acariciadora. Visiblemente Damar estaba sorprendido e impresionado, y en su docta charla se transparentaron esta sorpresa y esta impresión. Al despedirse, la pequeña mano de Carolina quedó entre las suyas un poco más del tiempo debido.

"Esto es colosal — se decía Damar al entrar en su casa. — Es evidente que le he gustado... ¡Y yo que la creía tonta, sosa y hostil! Disimulaba por virtud, pero el amor la descubre... ¡Vamos! Es necesario que le haga comprender que la culpa la tendrá este Clary que nos deja solos..."

Abel Damar se sentía prodigiosamente infatuado de haber suscitado un sentimiento amoroso en la deliciosa Carolina. El jueves siguiente respondió con una energía pasional y lánguida a las miradas de ella y a las presiones de su mano. Un día después Carolina recibió una carta inflamada.

"Ya te tengo" — pensó la joven. Después vaciló: ¿mostraría esta carta a su marido sin esperar más? ¡No! La carta no era muy explícita. Luis Clary estaba tan confiado, tan seguro de su amigo que eran necesarias pruebas más contundentes. Y Carolina se decidió a llevar adelante su aventura hasta que se produjera una prueba como ella la quería: palpable y elocuente, tal como para que su marido no pudiera alimentar la más mínima duda.

Abel Damar le escribía muy a menudo y con un ardor apasionado, increíble en un hombre de apariencia tan fría y glacial.

Por fin, Carolina creyó que el momento oportuno había llegado. El jueves por la noche, accediendo a los ruegos inflamados de Damar, concluyó por darle una cita para el día siguiente, en el Bosque... Entonces prevendría a su marido... Cenó con buen apetito entre Luis, plácido y confiado, y Damar, agitado por una alegría mal disimulada.

A las nueve, después del café, precisamente cuando los asuntos más graves comenzaban a tratarse entre los dos amigos, Luis Clary se levantó repentinamente.

— Discúlpenme — dijo a su mujer y a su amigo. —Tengo que pasar por el club. Estaré de vuelta antes de las once. — Y añadió con una risita burlona: — No se peleen, ¿eh?...

Y se fué. En ese mismo momento Damar cayó a los pies de Carolina. La cita acordada le daba derecho a todas las audacias, pensaba. Cubrió de besos a la joven señora. Sin saber lo que hacía, ella le correspondió de igual manera. El acontecimiento fué tan inesperado que la encontró sin fuerzas para resistir... Damar triunfaba...

Un cuarto de hora más tarde Carolina pensó que su plan estaba echado a perder. No podía denunciar a Damar a su marido. Al pensar en éste sintió remordimientos y un poco de irritación. Al fin y al cabo, ¿para qué le metía al amigo por los ojos?

Mientras tanto, Abel Damar la aturdía con sus protestas de amor y de gratitud, y ella, poco a poco, le escuchaba sin disgusto...

FEDERICO BOUTET

TRADUCIDO ESPECIALMENTE PARA CARAS Y CARETAS POR C. E. M.

El cartón asfaltado en la agricultura

Ch. Eckart, antiguo director de la estación experimental de la *Unión de azucareras de Hawai*, ha tenido la idea de recubrir con cartón asfaltado las tierras de labor, con el objeto de aumentar su fertilidad. Este recubrimiento del suelo con una hoja de cartón impermeable y de color obscuro, tiene, efectivamente, algunas ventajas, confirmadas plenamente por varias experiencias hechas ya en grande escala, o sea en extensiones de muchos kilómetros cuadrados.

El primer efecto beneficioso es aumentar la absorción del calor solar, y por lo mismo la temperatura del suelo experimenta también un ligero aumento, unos dos o tres grados, que favorece mucho la actividad de todas las funciones de nutrición: de aquí el nombre de *thermogen*, dado a este producto por la *Borber Asphalt Paving Co.*, que se dedica a su fabricación. Sabido es, en efecto, que los cuerpos de color negro tienen un gran poder absorbente sobre el calor luminoso como el sol; en cambio, durante las noches las pérdidas por irradiación son menores. Además, con esta protección se hace menos activa la evaporación de la humedad contenida en el suelo, como lo vemos cotidianamente en nuestros jardines, donde al levantar una piedra encontramos que la tierra de debajo conserva bastante frescura, aun en los días más calurosos. En tercer lugar, se impide o dificulta notablemente el desarrollo de las malas yerbas. Finalmente, el agua de lluvia se aprovecha mejor, pues es conducida casi totalmente junto a la misma planta; y en caso de fuertes aguaceros, se forma menos cantidad de barro, el cual al secarse y endurecerse luego por el calor del sol, impide la vida y la acción beneficiosa de las bacterias fertilizadoras del suelo.

La práctica de este notable procedimiento es bastante sencilla. Las piezas del *thermogen*, tal como vienen de la fábrica, se montan en un eje con dos ruedas, y se desarrollan en largas tiras paralelas bastante juntas, sobre el suelo, previamente arado y rastrillado.

El trabajo de colocación es insignificante, y el rendimiento se ve aumentado en veinte o veinticinco por ciento.



ORIGEN DE UNA MODA
El que llega de las playas, donde se habituó a hablar así con las damas.



L. C. Smith & Bros.
Nº8 L. C. Smith & Bros. Typewriter Co. Nº8
Smith-Silenciosa
(La máquina del comerciante moderno)
Montada sobre municiones.
La "SMITH SILENCIOSA" resiste el trabajo más fuerte y exigente, proporciona una gran satisfacción al dactilógrafo al escribir en ella por su suavidad y rapidez. Produce el trabajo más perfecto y alineado que puede desearse, debido a la construcción exclusiva sobre 15 MUNICIONES DE ACERO EN CADA BARRA DE TIPOS, obteniéndose así mayor rapidez y economía que con cualquiera otra máquina, por su perfecto mecanismo INTEGRAMENTE MONTADO SOBRE MUNICIONES.
Entregamos cualquiera de los modelos, equipados con TABULADOR DECIMAL, (especial para facturas y planillas) sin recargo alguno en el precio.
SOLICITENOS FOLLETOS ILUSTRADOS, LOS ENVIAMOS GRATIS.
Si está usted establecido en esta capital, solicítenos una demostración de la SMITH-SILENCIOSA, o del EDISON-DICK, en sus oficinas, sin compromiso alguno.
ROSARIO Pratt & Cia. CORDOBA
626, Sarmiento, 636. — Buenos Aires
EDISON DICK
(La ametralladora de los negocios)
El mimeógrafo EDISON - DICK representa una verdadera imprenta para el comerciante, pues los servicios que presta son numerosos y positivamente útiles, permitiendo así estar en comunicación diaria con su numerosa clientela.
El EDISON - DICK constituye una economía notable para la rápida reproducción de los escritos a mano o a máquina, como tambien para la impresión de circulares, cotizaciones de precios, folletos, catálogos, etc.
En el EDISON - DICK se emplea el nuevo papel MIMEOTYPE, que no se arruga ni se deteriora con la acción del tiempo, ni necesita humedecerse para reproducir los escritos que en él hay grabados.
Pida catálogos descriptivos.

El canto de la cigarra

Según el naturalista Bomare, no es su voz la que hacen oír las cigarras, sino dos instrumentos que son dignos de atención por lo curiosos: Debajo del vientre del macho, y después de sus seis patas, se observan dos casquetes escamos que el animal abre o cierra a voluntad; estos casquetes cubren cavidades que se pueden llamar *timbales*, a causa de su semejanza con este instrumento. En cada uno de esos timbales se observan varias cavidades divididas por membranas. También se ve en ellos un triángulo escamoso muy sólido. La membrana que hay debajo del triángulo es fina, muy extendida, y presenta los colores más vivos del arco iris. Se puede ver esta membrana aún después de seco el animal. El examen anatómico ha hecho descubrir dos músculos vigorosos que, contrayéndose y aflojándose alternativamente y con celeridad, hacen ya cóncava, ya convexa, una membrana resonante, llena de arrugas, y con la rigidez de un pergamino seco. El aire agitado por esta membrana se encuentra modificado en las diferentes concavidades de que hemos hablado. Este mecanismo es una cosa bien demostrada, puesto que tirando de estos músculos se hace cantar a una cigarra, aunque esté muerta, con tal de que dicha parte esté fresca todavía. Un papel arrollado, y frotado suavemente sobre el timbal, lo hace sonar.



La visitante.—¿De modo que no ha olvidado su loro el lenguaje grosero?
La solterona.—No. Pero ahora no piensa lo que dice...



Cutis Fresco

La frescura del cutis no se logra ni con cremas ni con afeites, ni con polvos. Con ellos se disfraza y se envejece la piel en lugar de rejuvenecerla.

Usando a diario el Jabón de Sales Naturales de "La Toja", se mantiene el cutis en una juvenil tersura que da la sensación de la fruta fresca, lozana.

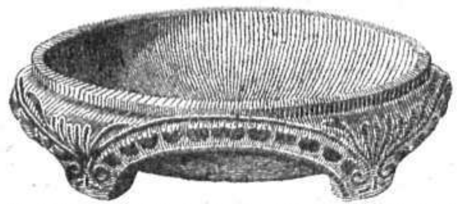
JABÓN DE LA TOJA

El más barato de los jabones finos y posiblemente el más fino de los jabones de tocador.

CONCESIONARIOS
POLLEDO & Cía
Bme Mitre 1352
Buenos Aires

$ 5.—

Por cinco pesos le enviaremos **Una docena de jabones de "La Toja", más el regalo de la jabonera** aquí diseñada, libre de gasto a cualquier punto de la República. Es una excelente oportunidad, en caso de que le fuera incómodo enviar a comprarlo.



Esta hermosa jabonera de terracota la enviamos contra remesa de

12 etiquetas de jabones de "La Toja"

más 20 centavos en estampillas para el franqueo

CORTE ESTE CUPON

Señores Polledo y Cía. — Bartolomé Mitre 1352 — Buenos Aires

Sírvanse enviar a nombre de...

....

a...

....

Una docena de jabones de "La Toja" y una jabonera de regalo.
Remito adjunto Cinco pesos en (billete) (giro postal) (estampillas).

Agencia de Propaganda "ECO" - Sarmiento, 643 - Bs. As.

RECUERDOS

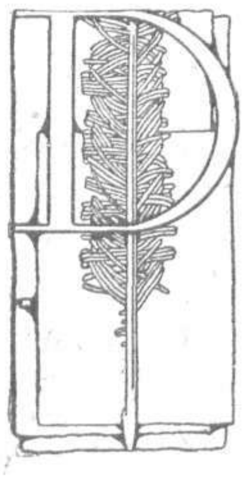
DE LA

VIDA LITERARIA



HISPANOAMERICANISMO DE CASTELAR





De cómo conocí a don Emilio Castelar y de las buenas relaciones que con él cultivé, es algo curioso. Curioso no por lo que a mí personalmente ataña, se comprende, sino porque refleja una faz de su carácter y es claro exponente de la afectuosa cordialidad con que, en la Península, son recibidos los hijos de América, particularmente en el seno de los grandes intelectuales, condición doblemente simpática.

Trasladado de Francia a España, con el cargo de secretario de la legación de mi país, que por entonces desempeñaba — hace treinta o treinta y un años, — antes de abandonar a París, fuí a despedirme de mi buen amigo, el eminente crítico cubano Enrique Pineyro, aquel espíritu sutil, sereno, que tan a fondo ha logrado bucear en el alma tormentosa de Byron, y con galanura ática nos ha dado a conocer el delicado temperamento de su compatriota Juan Clemente Zenea.

Como, en medio de la conversación, le manifestara mi deseo de conocer a Castelar, me dijo:

— Carta de presentación no le ofrezco; no creo en ellas. Le prometo, sí, escribir hoy mismo a don Emilio. Me distingue con su amistad. Cuando llegue a Madrid, pídale una entrevista, que él ya sabrá quién es usted. Déjelo eso a mi cargo.

La palabra de aquel caballero, chapado a lo castellano rancio, no era de ofrecimiento cortés, sino de realidad efectiva. Yo lo sabía. Así, tan pronto como me arreglé en la Coronada Villa, no tuve reparo en enviar una esquela al soberbio tribuno, solicitándole la honra de presentarle mis respetos.

Pasaba esto a mediados del mes de mayo. La contestación no se hizo esperar. Desgraciadamente, encarnaba para mí una contrariedad. Me citaba para las tres o cuatro de la tarde del día 17, cumpleaños del Rey precisamente, y oportunidad en que, por virtud de mi puesto, tenía obligación de asistir a las ceremonias de palacio.

Me animaba un gran interés por conocer la corte de España, por ver de cerca a la Regenta, tan prestigiada y respetada en toda Europa, y, sobre todo, y más que todo, por saber lo que había de cierto respecto del *rey niño*, como se le llamaba a don Alfonso por aquellos tiempos. Decían algunos que era retrasado, con una cabeza muy grande, casi hidrocefálica. Otros, al contrario, lo reputaban como un prodigio de precocidad y de gracia.

Todo esto me tiraba con fuerza hacia el palacio de Oriente, pero ¿por qué no decirlo? me atraía más la visita a don Emilio Castelar. ¡Había alimentado nuestras jóvenes democracias americanas con ideales tan puros y tan admirablemente expuestos, que los soñadores libres casi lo endiosábamos!

Dejé a la suerte, esa incomparable resolvedora de problemas difíciles, que resolviera el mío.

Medio nervioso, fuí a la recepción oficial, con la idea de que se terminara pronto. Tuve gratas sorpresas. Me impresionó, con impresión amable, doña María Cristina, modesta en su apostura severa y grave. De fisonomía poco

movible, algo hierática, con un poco de estatuario, provocaba a un reverente respeto. Había oído decir que era una notable matemática, y su aspecto cuadraba con la impecable exactitud del número.

En cuanto al heredero, era delgado, muy pálido, de ojos vivos, cuerpo flexible y bien proporcionado. Un niño como todos los niños. Vestía un trajecito blanco, tirando a crema, encimado de amplio cuello de encajes, zapatos con hebillas y media corta. Se aburría en el trono. Familiarizado con aquellos actos, monótonos de suyo, a su edad y con su temperamento, debían parecerle fastidiosos. La Reina, de cuando en cuando, sintiéndolo removerse, lo envolvía de reojo en una mirada cariñosamente autoritaria, encaminada a moderar su infantil y natural inquietud.

Llegó la hora del saludo reglamentario. Mi jefe de legación, era el decano de los ministros diplomáticos, y ocupábamos, por lo mismo, lugar inmediato a los embajadores. Eso me permitió hacerme de un dato importante. Tuve ocasión de oír al *rey niño*, en sus cortos años, hablar con el de Inglaterra, el de Alemania, el de Francia, en sus propios idiomas. Vi al Príncipe tal como era y admiré a la Reina como buena madre y excelente educadora.

Una vez concluído el besamanos, saboreé mi libertad. Como quien se despoja de un vestido que arde, me quité el uniforme. Cambié de indumentaria y volé a casa de Castelar, que me parece vivía en Serrano 44.

Cerca de una docena de personas rodeaba al viejo político, personalidades, debo decir, porque así supe después que eran muchas de ellas. Me recibió amablemente y después de preguntarme por don Enrique Pineyro y hacer referencia a su carta, me dijo:

— Y bien, ¿cómo van por su país? ¿Cómo marcha aquello?

Ocupaba yo un asiento en el extremo opuesto del sofá en que, solo, se hallaba sentado el tribuno. La pregunta me agradó. Tenía oportunidad, sin buscarla, de hablar algo en bien de mi patria.

— Guatemala — insinué — marcha ahora admirablemente. Nuestra carta fundamental es muy amplia. Usted, probablemente, la conoce. Las leyes, en general, son justicieras y progresistas...

Con un gesto ligeramente irónico, me interrumpió, con estas palabras:

— Yo creo que ustedes son jorobados que se visten en la casa de un buen sastre. El vestido es excelente, pero se ve la joroba.

A mis veintidós años era un mozo inquieto, acaso impulsivo, y sin pararme a meditar lo que decía, contesté:

— Desgraciadamente la joroba es hereditaria.

Arrojada la frase, me arrepentí, y hasta hubiera querido recogerla.

Me hallé cohibido. Calmó, sin embargo, mi preocupación, la amable sonrisa que advertí en todos los labios, y, sobre todo, la expresión benévola que asomó a los grandes y obscuros ojos de Castelar, que exclamó, con acento casi familiar:

— Amigo Soto, venga por acá — y me señalaba el puesto vacío en el sofá. — Tiene usted razón. Por eso lo he dicho. Creo que usted y yo nos vamos a entender.

Entretanto, había recobrado, con creces, mi autodominio.

Ocupé mi nuevo asiento, y agregué:

— Permítame, señor; no he terminado. En honor a la justicia, debo decir, y de ello me enorgullezco, que también todas nuestras cualidades, mucho mayores que los defectos, proceden de la misma herencia.

— Es cierto. América latina es el reflejo de España. Estoy convencido de ello, y me alegro — murmuró arqueando sus anchas y pobladas cejas.

Pocos días después, agradeciéndome un libro que le había remitido, me escribía al final de una atenta carta:

«Lo espero todos los días de siete a ocho de la noche, excepto los domingos, que no como en casa».

Ya puede suponerse cómo aprovecharía yo el ofrecimiento. Le vi con gran frecuencia y puedo decir que nunca dejó de caer nuestra conversación sobre los pueblos hispanoamericanos. Todo lo que a ellos se refería le interesaba. Las razas primitivas, las costumbres, la literatura, los productos propios, las artes, hasta los apellidos y los entronques de familia. Me agobiaba a preguntas, hechas con el interés del que habla de algo que le afecta simpáticamente.

Más tarde tuve el gusto de comprobar un interés idéntico, afectivo y generoso, en la gran mayoría de los hombres notables a quienes tuve la fortuna de conocer y tratar en España.

SOTO HALL



La necesidad de una ciencia pura

Si la fisiología fuera estudiada como una ciencia pura, lejos de los hospitales y de las escuelas de medicina, por hombres poseyendo una imaginación creativa y el espíritu de los descubridores de los principios fundamentales de la física y de la química, los secretos de las funciones del cuerpo de que todavía carecemos, serían traídos a la luz. Estos descubrimientos indirectamente conducirían al médico a comprender la naturaleza de la enfermedad de los órganos cuyas funciones son incompletamente conocidas en la actualidad, y a prevenir aquéllas. Al mismo tiempo, un instituto de ciencia pura, donde los fisiólogos, los psicólogos y los químicos pudieran dedicarse a la investigación de los problemas fundamentales, podría crear las condiciones propias para la elevación de la ciencia que ocupará la cúspide en la jerarquía de los conocimientos humanos, la ciencia de la materia pensante y de la energía.

El desarrollo de esta nueva psicología es nuestra única esperanza de mejorar la calidad de los seres humanos. Pero será una inmensa labor, porque la estructura del sistema nervioso central, como fué revelada por el ilustre Ramón y Cajal, es de una infinita complexidad. Es probable que los descubrimientos que abrán este campo a la investigación científica, serán hechos sobre las fronteras de la fisiología y de la psíquica y requerirán el entero desarrollo de nuevos métodos por algún hombre de genio. La moderna psicología, a pesar de su progreso, tendrá la misma relación a esta suprema ciencia, como la alquimia a la química en nuestros días.

Nuestro conocimiento de la fisiología cerebral se encuentra en estado embrionario. Estamos todavía enteramente ignorantes de las propiedades de las células nerviosas, la naturaleza de la energía nerviosa y la significancia del fenómeno telepático. Nadie sospecha la manera en que la memoria, la inteligencia, el valor, el juicio y la imaginación están relacionados con las células del cerebro. La posible afinidad de ciertas estructuras del cerebro para las substancias químicas secretadas por las glándulas endocrinarias y otras telas, nunca ha sido estudiada. El valor no es probablemente una propiedad inherente de algunas células nerviosas, sino que puede ser debido al efecto de las glándulas sexuales sobre aquellas células.

Es obvio que las funciones del cerebro deben ser mejor comprendidas, con el fin de que, sin deteriorización moral o intelectual, la raza humana pueda adaptarse a las nuevas condiciones de vida, impuestas sobre al civilización moderna.



Él. — ¡No! Este no es el retrato de Encarnación... Es el de mi suegra...
Ella. — ¡Ah, ya me decía yo que nunca fué tan fea nuestra amiga!

CANAS

Sólo con unas fricciones de

AGUA DE COLONIA

"La Carmela"

los cabellos canosos recobran su color original; rubio, castaño o moreno, exactamente.

Este producto, de fama mundial, es de uso muy agradable y *absolutamente inofensivo,* bajo nuestra garantía. Tiene la ventaja de que se aplica al peinarse, como una loción cualquiera, sin necesidad de lavados ni precauciones de ningún género, y no mancha ni engrasa la piel ni la ropa. Extirpa la caspa más rebelde en cinco días. Pruebe con un frasco. Nos agradecerá el consejo.

En venta en todas las tiendas, farmacias y perfumerías.

Precio del frasco: $ 8.— **Interior: $ 8.50**

Desconfíe de los frascos que le ofrezcan a menos de $ 8.-

Sólo son legítimos los frascos que llevan la estampilla fiscal con el nombre J. L. CONDE y Cía., pegada en el cuello como en este facsímile.

J. L. CONDE & Cía.

Carlos Pellegrini, 435 — Buenos Aires

En venta en el Uruguay: Soriano, 780. MONTEVIDEO. — En el Paraguay: Gral. Díaz, 402. ASUNCION. — En Bolivia: SUCRE.

La Moda para OTOÑO e INVIERNO

está contenida en la hermosa colección de modelos que presentan las Nuevas Carteras "MARTI".

140 FIGURINES de vestidos, blusas, chaquetas, capas, tapados, trajes "tailleur", etc., etc., con sus **Y** **140 PATRONES** correspondientes trazados a tamaño natural y graduados para todos los talles desde el 42 hasta el 60 .... $ 5.—

Cartera Ropa Interior de Señoras, cada una .... $ 4.—
» Para Niñas, cada una .... » 3.—
» Para Ropa Interior de Niñas o de Varones, cada una .... » 3.—
Ajuar completo para recién nacido y bebé, cada uno .... » 3.—

Tenemos, además, sesenta Carteras distintas con toda clase de prendas.

EN VENTA:

J. L. CONDE & Cía. — Carlos Pellegrini, 435 — Buenos Aires
y en la "Sedería Valdiviana", Bernardo de Irigoyen, 982, Buenos Aires



El canario en el fondo de las minas

El canario es un excelente reactivo para delatar la presencia del grisú. Los canarios son muy sensibles a la acción del grisú, y se sirve de estos pájaros para constatar la presencia de dicho gas en las galerías de las minas.

Como se sabe, el hombre es incapaz de darse cuenta, por medio de sus sentidos, de la presencia del óxido de carburo y de otros gases deletéreos esparcidos en la atmósfera.

De aquí se sigue que los salvadores que quieren prestar socorro a las víctimas de un accidente de mina se exponen a la asfixia si penetran en una galería en la que el aire está envenenado.

Se sabe, por otra parte, que ciertos seres vivientes, como los ratones y los canarios, son muy sensibles a la acción de estos gases. Por ejemplo, se ha tomado la costumbre, en la navegación submarina, de proveerse de canarios, que manifiestan su malestar en cuanto el aire no renovado se hace malsano. Del mismo modo se ha puesto este pájaro al servicio de los pozos y de las galerías de las minas, con objeto de percatarse a tiempo de las emanaciones deletéreas que se produzcan en ellos.

Hasta ahora se le llevaba al pájaro en una jaula ordinaria, y el resultado era forzosamente incompleto, pues el pajarito caía víctima de un síncope desde el momento que aspiraba la menor cantidad de gas, y no podía, por consiguiente, volver a suministrar más informaciones.

Un invento, que acaba de ensayarse en Inglaterra con un éxito completo, viene a hacer frente a este inconveniente.

—¿Sólo un huevo, Tomás?
Tomás.—Vea, niña: las gallinas sólo ponen cuando los huevos están baratos...

El pájaro está encerrado en una caja hermética de un armazón de aluminio, con sus cuatro paredes de mica, una de ellas móvil, a manera de puerta.

Cuando los salvadores quieren cerciorarse del estado de la atmósfera en una galería, abren esta puertecilla. El más ligero rastro de óxido de carbono abate al canario que cae sin conocimiento. Se cierra inmediatamente la puerta.

Se abre entonces una pequeña válvula dispuesta en uno de los extremos de un tubo de acero colocado encima de la jaula, tubo que contiene oxígeno.

En cuanto una poca cantidad de oxígeno penetra en la caja, el pájaro recobra sus sentidos y puede repetirse la experiencia tantas cuantas veces lo exijan las circunstancias.

Los resultados son idénticos si al canario se le reemplaza por un ratoncito blanco.

Es innegable que esta nueva invención proporcionará grandes servicios a los mineros, contribuyendo a economizar no pocas humanas existencias.

Hacemos votos porque este pequeño artículo llame la atención de las compañías mineras y las incite a experimentar este nuevo sistema.

Notas Sociales

Las noches de Colón constituyen hoy una de las notas más interesantes de la *season* que culmina por sus mil distintas actividades; pero los elementos más destacados de nuestra sociedad han sido consecuentes esta vez con la brillante tradición porteña, y a ejemplo suyo, la reacción de nuestro público ha sido completa... La primera noche de Colón nos ha hecho, pues, revivir las que hicieron realmente época en pasadas temporadas. Sin embargo, la moda inexorable, que impone ahora tan sobria sencillez a las cabecitas femeninas, ha desterrado de la sala deslumbradora la suntuosidad y la elegancia con que se lucían no ha mucho, en realidad, las diademas de pedrería, la nube vaporosa de finísimos *aigrettes*, o la gracia de las flores en la obscura y dorada cabellera.

Se ha adoptado últimamente en nuestros círculos aristocráticos la costumbre — muy simpática, por cierto, — de celebrar almuerzos o comidas íntimas, con un número limitado de parejas. La noticia de recientes esponsales, o la del viaje de personalidades muy brillantes dentro de determinados círculos, resulta un pretexto encantador para reunirse en derredor de una mesa exquisitamente puesta y servida... Pero a veces el hombre propone y el diablo es el que dispone... Porque suele suceder que entre los mismos astros de primera magnitud que rigen los acontecimientos de nuestra figuración mundana, la malicia de las gentes llega a descubrir un punto débil: el de la vanidad. Entonces, cuando lo ha encontrado, se deleita en mortificar esa pequeña falla, para la que debíamos de guardar siempre una risueña indulgencia... No se daría entonces el caso de señalar con un apodo lleno de malignidad a un matrimonio *super chic*, cuya única ambición se cifra — según se asegura — en ser el reflejo viviente de personalidades mundanas que, perteneciendo a su mismo círculo, mantienen en él el cetro del *snobismo*. *Las d'enfrente*, se titula un sainete nacional muy difundido, y de acuerdo con los mejores amigos de la aristocrática pareja, *Los d'enfrente* es el apodo con que se la nombra en todas partes.

El murmullo de las voces femeninas insinúa también otra noticia que no ha cundido aún, y cuya primicia ha de causar no poca sensación entre las figuras juveniles de nuestra sociedad. Y es que se trata de una personalidad tan familiar como atrayente, ya sea para algunas damas muy brillantes de nuestra aristocracia, como para las jovencitas entusiastas, soñadoras. Ellas han sabido demostrarle, en su *serata d'onore* recientemente celebrada, su cálida y expresiva admiración... Considero que no es necesario insistir mucho sobre los rasgos del simpático artista que ha sabido interpretar los sentimientos más íntimos y delicados del espíritu, los trasportes más vehementes de la pasión humana, tan elocuentes, cuando es el verbo musical por excelencia el que transmite, del corazón a los labios, sus palabras aladas y fascinadoras. La interesante figura femenina que ha sabido atraer al galán irresistible hasta la conquista real y definitiva, lleva el mismo nombre de una flor que hemos consagrado como el símbolo más perfecto de la modestia femenina, pero cuyo perfume, intenso y penetrante, atrae con irresistible sugestión. Muy alta y rubia, resuelta y conquistadora, lleva un apellido de origen sajón que, combinado con el que forma desde hace largos años importante razón social, representa una de las empresas comerciales más fuertes y progresistas de esta ciudad del ruido: empresa que levanta fantásticos palacios en el corazón mismo de nuestra cosmópolis, con la misma facilidad con que surgen los palacios de pórfiro y de jarpe, en los feéricos relatos de nuestra infancia. Instalada actualmente en uno de nuestros hoteles de lujo, se asegura que allí recibe la visita diaria del joven y aplaudido actor. Indudablemente — y a pesar del apellido netamente sajón, — las figuras femeninas de esa familia sufren la sugestión de la luminosa patria del Dante: la mayor de las hermanas se ha vinculado ya, por su enlace, con familias muy representativas de la nobleza italiana. Hoy la esbelta figura del nombre suave y romántico se vincula a los elementos más brillantes de su vida teatral.

Mientras tanto, más de una mirada juvenil ha de velarse involuntariamente, al conocer la noticia reservada tan rigurosamente por los interesantes protagonistas de este nuevo *romanzo*... Ha llegado el entreacto, y vibran aún en el recinto deslumbrador los acentos melodiosos de la música de Verdi; se escucha ahora libremente el murmullo de las voces femeninas, que nos hablan de ciertas crónicas recibidas desde el viejo mundo por algunas de nuestras elegantes espectadoras; crónicas que a todas nos interesan, puesto que ellas reflejan aspectos de vida porteña, trasplantados al ambiente parisino. Se anuncia, pues, que una bellísima y opulenta dama — compatriota nuestra — ha iniciado las gestiones pertinentes para conseguir la anulación de su matrimonio, que fuera celebrado no ha mucho y con desastrosas consecuencias para ella... Dado que el prudente esposo aduce — para conservar, sin duda, su situación de príncipe consorte — que las leyes de su patria no admiten el divorcio, la opulenta dama arrostrará todas las dolorosas fases del asunto...

El comentario se extiende luego sobre distintos aspectos de la vida cosmopolita en aquellos grandes centros, y se extiende, sin reservas de ningún género, en ese aristocrático circulillo femenino, en el que se encuentran figuras tan juveniles que podría decirse de ellas que recién empiezan a vivir.

—Hay una moral nueva—dice, para documentarme, una dama complaciente...

LA DAMA DUENDE

Buenos Aires, julio 8/925.



DIANA ROSA COLUMBA

Distinguida señorita recientemente fallecida, causando su deceso penosa impresión.



OFELIA B. G. L. DE ARAYA

Culta y bondadosa dama rosarina cuyo fallecimiento ha sido muy lamentado.

Laura, la musa de Petrarca

Laura de Novés, antes que hermosa y célebre por sus talentos, es una figura femenina que ha pasado a la posteridad, como sólo pasan las almas grandes, ceñida la frente altiva con las luces de una virtud excepcionalísima.

Vió Laura la luz primera en Francia, en la ciudad de Aviñón, por los años de 1307 ó 1308, y muy joven, "llevando libre el corazón" (*según su biógrafo D'Aragny*), se unió a Hugo de Sade, riquísimo y noble, pero con el que no pudo ser feliz nunca.

Ya casada y madre, la vió Petrarca en los comienzos de su brillante carrera, y verla y enamorarse profundamente de ella, todo fué uno.

Creyendo que la conquista de su corazón tendría efecto más o menos pronto, el poeta comenzó a desbordar el suyo en sonetos vibrantes de pasión, con lo que, a la vez que pensaba halagar a la mujer amada, empezó a atraer sobre su entonces modesta personalidad de poeta enamorado, la fama, y poco después la gloria.

Todo en vano, y de tal manera hacia Petrarca por vencer la frialdad con que Laura acogía esas manifestaciones, que sus versos inspirados por la musa triste de la desesperación, al cantar las perfecciones de la dueña de su alma, despertaron en toda Francia general curiosidad por conocer aquella mujer singularísima, a la que no abandonaban las súplicas del único hombre que, después de Virgilio y de Horacio, hubo merecido en Roma los honores de la coronación.

De todas partes, pues, corrían las gentes a Aviñón, para conocer a Laura de Novés a la que Petrarca, por más que el tiempo pasara, veía siempre joven y siempre adorada, aunque la plata ondease entre el rico dorado del cabello (dice el poeta en una de sus odas), y su belleza, pura, se hubiera marchitado un tanto siendo madre de numerosísima familia.

Es un problema que ha quedado sin resolver, el de si Laura quiso al poeta, pero es creíble que así fuera, pues lo conoció en el apogeo de su juventud y del nimbo de gloria que lo circundaba, envolviéndola en sus rayos a ella misma, porque la pasión de Petrarca era del dominio público y nadie había (dice D'Aragny) que rindiéndole a él un homenaje, no se creyera en el deber de rendírselo a Laura.

Laura de Novés triunfó de todas las seducciones, de todos los elogios y adulaciones que la rodeaban, como el numen inspirador del mayor poeta de su tiempo.

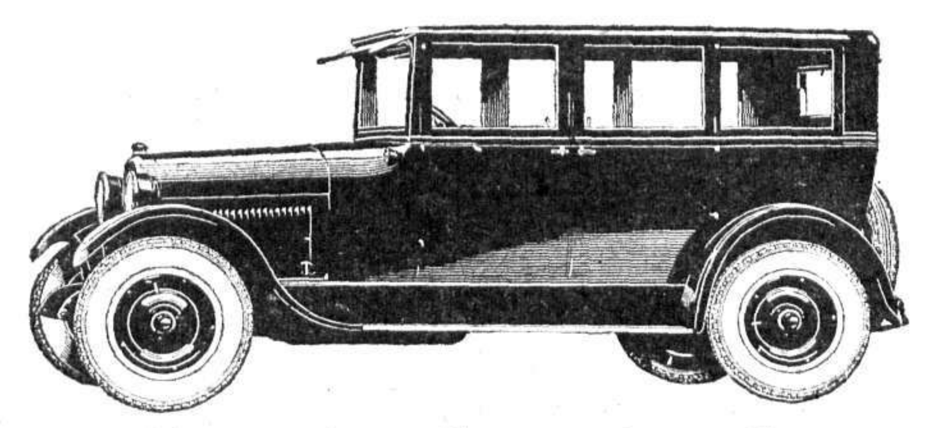
Ella se llevó al cielo el martirio de su amor como mujer, y la pureza intachable de su virtud como esposa.

Dos siglos después de su muerte, pasando por Aviñón el rey de Francia, Francisco I, visitó su tumba y mandó colocar este epitafio sobre el mármol que la cubría:

Mirad a breve espacio reducida
Suma de inmenso afán y eterna (fama.
Pluma y saber, y lira esclarecida
Venció en su amante la dichosa (dama.
¡Alma gentil! ¡Incomparable vida!
¡Silencio humilde, adoración re- (clama!



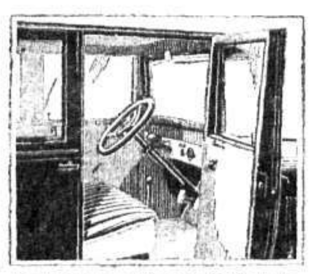
— Papá, creo que tenés el baño listo.



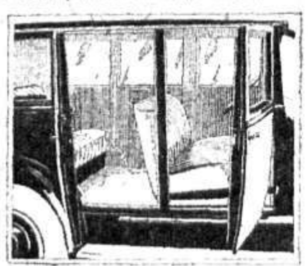
Ha llegado el nuevo Sedán

R. E. O.

Modelo "20.° Aniversario"



Las anchas puertas y el fácil acceso, conocidas características de los modelos anteriores, se conservan en este coche. Fuertes risagras y topes de goma ajustables, mantienen las puertas rígidas, eliminando el traqueteo. Los asientos, amplios y mullidos, con respaldos altos e inclinados en un grado perfectamente estudiado, aseguran un confort positivo en largos viajes.



El Sedán R. E. O. Modelo "20.° aniversario", con su espaciosa carrocería de cuatro puertas, suspensión baja y de gran belleza de líneas, montada sobre el chassis R. E. O. Standard de Pasajeros, con una distancia entre ejes de 3.05 metros, equipado con el potente Motor R. E. O. de seis Cilindros y neumáticos balloon, no es simplemente un coche cerrado, sino un verdadero Sedán espacioso y provisto de todas las cualidades de confort que concurren a proporcionar un verdadero placer en cualquier estación.

Lo que hace de este coche un verdadero "Standard del Auto de Valor" es el chassis, resultado de veinte años de estudio y perfeccionamiento, lo que permite a la R. E. O. Motor Car Company, presentar un producto de calidad, construido según los más modernos procedimientos y en cantidad suficiente para asegurar un precio de costo mínimo.

Representantes Generales

DARTIGUELONGUE & TOULOUSE

Motos HARLEY-DAVIDSON; Bicicletas ALCYON.

ESMERALDA, 142 — **BUENOS AIRES**

Solicítenos la Agencia para su localidad.



—Yo soy muy tolerante. Sagarna lo aconseja
—También yo, porque tengo espíritu de almeja.

—A mí no me fastidia que venga un papanatas
a darme setecientas ochenta y nueve latas.

—Son muchas.
—¿Que son muchas? Me tiene sin cuidado.
—¡Son más de setecientas!
—Lo sé. Las he contado.

Sagarna es mi modelo. Seré muy tolerante.
—Así hace el que presume de fino y elegante.

—*Si veo que, rabiosa, protesta la mucama,*
me tapo los oídos con algodón en rama

y dejo que rezongue y rompa lo que quiera.
La pobre tiene a ratos caprichos de soltera.

—Yo sufro a unas vecinas que, haciendo firuletes,
me cantan por la noche milongas y motetes.

Con toda mansedumbre las oigo y no me indigno.
Me acuerdo de Sagarna y al punto me resigno.

—Gran cosa es, compañero, la amable tolerancia.
—Y tiene su perfume.
—Y tiene su fragancia.

—A mí, antes, me aburría charlando el peluquero
y hoy, gracias a Sagarna, le escucho y le tolero.

—El mío, que hace meses que escribe una tragedia
me enseña muchas cosas. Es una enciclopedia.

El sábado me dijo: "No hay otro, aquí ni en Varna,
tan místico. Hay madera de apóstol en Sagarna."

—De apóstol que tolera, calmoso, a todo el mundo:
al vate resignado y al vate furibundo,

al mustio pedagogo que lleva una levita
del tiempo de Pericles y al dómine que grita,

al joven dibujante, al tipo que perora,
al padre de una chica, genial recitadora,

al hombre desgreñado, que puede en un momento
hacer una docena de estatuas de cemento,

al músico terrible que ha escrito mil zarzuelas
y quiere que se canten en todas las escuelas,

al médico que clama contra los dientes flojos,
autor de una anagnosia para los niños cojos,

a todos los que brillan por sabios y por buenos,
a todos los que piden dos cátedras lo menos.

—Sagarna, cachazudo, nos dice: "Sea breve".
—Sagarna es tolerante.
—Sagarna me conmueve.

—Sagarna al más solista recibe bondadoso.
—Sagarna es admirable.
—Sagarna es prodigioso.

—Algunos profesores declaran: "Le adoramos.
Con tal que él nos tolere, también le toleramos."

—*Yo trato de imitarle. Tolero a mi sobrino,*
quien, si le doy dinero, me tiene por cretino.

Tolero a mis amigas, que dudan de mi aseo,
y dicen que soy tonto y dicen que soy feo.

Tolero a mis amigos que, cuando viene a mano,
sostienen que mi prosa es prosa de escribano.

—Y yo también tolero. Tolero a mi consorte
que es algo rara el día que sopla viento norte.

Tolero ¡hasta a mi jefe! Aun cuando no me agrada
que, al irme yo, murmuré: "No sirve para nada."

—Sagarna lo aconseja.
—Sagarna es mi modelo.
"Tengamos tolerancia", le dice a don Marcelo.

—¡Qué porvenir glorioso le espera a la nación
entre la tolerancia y la declamación!



Elogio de la soledad de la mujer

Cuando queráis pedir un don de divinidad, pedid dos horas completamente vuestras: ciento veinte minutos de soledad despierta y absoluta, en el espacio de cada día. Y estad segura de que recibiréis un don magnífico. Observad que cuando más menesterosa de espíritu es la mujer, más enemiga es también de la soledad.

La hipocresía, la mentira, la calumnia, nacen de la sociedad de unos con otros, no del aislamiento. La soledad es la verdad perfecta. Cuando estamos solas, cuando creemos que ningún ojo curioso nos atisba y nos vigila, somos puras de sinceridad.

Nuestro rostro toma su expresión real: nos quitamos de la boca la sonrisa de falso agrado, de las pupilas el brillo falso de la alegría o del orgullo. Estamos con el alma desnuda y, como cuando nos despojamos de la ropa en el secreto de nuestro cuarto de baño y andamos por él tranquilas, seguras de que nadie nos ve las partes de nuestro cuerpo, así en la soledad no sentimos tampoco encogimiento ni reserva: somos como somos ¡estamos desnudas! con la boca seria y los ojos vagos. ¡Oh, qué descanso!

Yo conozco a una alma recta y obediente a quien una época de activa correspondencia social había empezado a envenenar. Se ponía opaca, perdía sus virtudes nativas, también daba cabida en sí misma a la mentira, la fatuidad y el engaño. Pero aun andaba cerca del bien.

Apenas tornaba a la soledad, la conciencia de sus menudas ruindades la avergonzaba fuertemente. Y quiso reaccionar, no engañar, no mentir, no envanecerse más, recuperar la limpieza que había perdido. Mas al principio no dió con el remedio. En cuanto volvía a encontrarse en el medio propicio, donde la verdad resulta procería, donde el recogimiento es torpeza, la rectitud ridiculez y el desenfado es gracia; donde hay que ponerse a tono con las otras, para no ser entre ellas un lunar, volvía a hacerse pequeña, fatua. Sin embargo, ya os he dicho que esa alma aún no estaba intoxicada del todo. Y cada vez crecía más su malestar, experimentaba la sensación dolorosa, molesta del que empieza a sentir los síntomas de una enfermedad grave. Entonces, llena de vergüenza, resolvió curarse y tornó definitivamente a su vida solitaria con la fruición del que hunde el cuerpo lleno de barro y polvo, en baño de agua clarísima. Así ha vuelto a encontrarse a sí misma.

Juana de Ibarborou.



—El doctor me ordena cambio de clima.
—¡Muy oportuno! He visto el barómetro marcando buen tiempo en tanto que el termómetro sube.


Un resfrío
atajado a tiempo
es un enorme peligro que se deja a un lado. GIBSON tiene buenas especialidades para combatir los
Resfríos, la tos y la ronquera
folleto de las cuales le enviará gratis y franco a solicitud; pero si su médico le ha prescripto una fórmula determinada, tráigala para que se la preparemos. Las recetas preparadas por GIBSON resultan siempre como el médico las quiere.
FARMACIA Y DROGUERIA
DIEGO GIBSON
DEFENSA, 192 — BUENOS AIRES
Unica Sucursal: FLORIDA, 159, Pasaje Güemes



La estrecha relación que existe entre su bienestar y el

Oporto Dom Luiz

se evidencia al observar el gusto con que lo toman desde los niños de corta edad hasta los adultos de edad avanzada, procurando en todos los casos un estímulo vital de sorprendentes resultados.

AÑO XXVIII | BUENOS AIRES, 18 DE JULIO DE 1925 | N.º 1398

CARAS Y CARETAS

JOSÉ S. ÁLVAREZ
FUNDADOR



FIGURAS DE ACTUALIDAD
POR ALONSO

Doctor Lucas Luna Olmos

JUEZ íntegro, de grandes relieves morales, activo y excelentemente conceptuado en los círculos del foro argentino, su reciente ascenso para ocupar el cargo de camarista ha sido considerado como un legítimo premio a su vida totalmente consagrada a la magistratura.

Página Infantil

Rafael Requena



Lelia Renée y Gloria Iris Vinelli

Willy y Teté Schlueb Hontas

CONCURSO de BELLEZA de CARAS Y CARETAS



SEÑORITA ANA MERCEDES PUIG.—SANTA FE.

SEÑORITA LITA RIMOLDI.—CAPITAL FEDERAL.

STA. REGINA MOLINA. — CAPITAL FEDERAL.

Comenzamos desde este número a publicar en la tapa una de las numerosas fotografías artísticas que obran en nuestro poder, y continuaremos publicando en ese lugar a todas las que se destaquen por su excelencia, no obstante que las hayamos dado ya en el interior de la revista, en negro.

SEÑORITA AMELIA BERTONORI. — SANTA FE.

SEÑORA AMELIA B. DE CETKOVICH. — TERRITORIO DEL CHACO.



A HERRERO DUCLOUX LE PLACE ESTUDIAR EN ESE BANCO RÚSTICO, BAJO UNA INSCRIPCIÓN EN CHINO QUE QUIERE DECIR: «FELICIDAD».

Con EL HERRERO Oyéndole

Es químico. Pero no tiene esa corteza impenetrable del hombre de las fórmulas. Al contrario: es amable, verboso, lleno de imaginación. Si no fuera que a ratos deja caer sus latines, suelta sin jactancia algún tecnicismo imprescindible, parecería estarse conversando con un literato. Como su apellido lo indica, circula por sus venas sangre del doble tronco hispano galo, en una armónica mezcla de pasión y flexibilidad. No sé si esta combinación se podría analizar químicamente, pero psíquicamente es indudable que resulta un compuesto muy bien distribuído.

—Hablemos algo de su labor, como hombre de laboratorio y de cátedra... — le digo por empezar.

—Mi mayor honor en la ciencia del país es haber sido el primer doctor en química que se graduó aquí. Mi más íntima satisfacción, el orgullo de mi larga carrera, es haber preparado a casi todos los químicos argentinos, que hoy día dirigen la mayor parte de los establecimientos nacionales... Por eso, en cuanto llego a cualquier ciudad de la república, andando de viaje, me sale a recibir algún antiguo discípulo, me lleva con él, y por lo general termino dándoles una conferencia... Me llaman maestro, y yo creía serlo hasta que fuí a Europa y visité los laboratorios de Francia, Alemania e Inglaterra... No, hijitos, les dije: soy un átomo, un discípulo de discípulos... Allí yo no podría hacer otra cosa que aprender. Pero esto no nos desanime: ¡nuestras ciencias químicas están llegando a un grado de florecimiento portentoso!

—Así es que usted lleva ya casi veinticinco años de enseñanza... ¿Nunca se le ocurrió hacer una escapada, encerrarse con sus retortas y probetas, y tentar la experiencia de un descubrimiento?

—Mi misión era sumamente perentoria y sagrada. Me debía a la enseñanza; ésta, por lo demás, me ha absorbido de tal modo, con tan diaria y constante atención, que los años han huído vertiginosamente. El número de jóvenes y muchachas que han salido de mis manos, es ya respetable...

—¿Qué tal resulta la mujer en el estudio de la química?

—¡Inmejorable!... Es algo especialmente creado para ella... Muchas veces yo les digo a mis discípulos: bueno, aquí lo que se precisa es una mano de mujer... Pero tiene un inconveniente... ¡el matrimonio! Todas mis discípulas se han casado y, al otro día, han dejado por completo los estudios, los experimentos... ¡Hubo una época en que me resultaba a tres matrimonios por año!

—¡Estupendo! Si la muchachas se enteran, se va a centuplicar el número de estudiantes femeninos... ¡Inesperada sorpresa de la química!

—¡Si estudian conmigo, seguro que se casan!... — afirma riendo.

Herrero Ducloux ha expuesto el fruto de sus estudios y



LA SEÑORA MARÍA LUISA FONROUGE DE HERRERO DUCLOUX, CON SUS NIÑOS MENORES, EN EL GRATO SOLAZ DE LA QUINTA.

Doctor DUCLOUX Hablar

experiencias científicas en numerosos libros, folletos y opúsculos, que no es del caso examinar. Como filósofo, un tanto pesimistas y sarcástico, ha dado la expresión de su pensamiento en condesadas reflexiones, algunas muy penetrantes y sugeridoras.

Tiene también una novela. En ella combina las dos inteligencias que hay en él, uniendo el *imaginativo al hombre de laboratorio*. El personaje de su novela, convencido de que la avidez de riqueza es la llaga que devora a la humanidad, da con la manera de reducir el oro a una herrumbre inútil, descomponiéndolo químicamente... Si el procedimiento fuera aplicable por medio de los rayos X... ¡cuidado, señores banqueros!

—¿Qué hombres ha querido usted o admirado mayormente en su vida?

—Son dos los hombres que han despertado mi cariño y admiración. El primero, Juan J. S. Kile, un profesor, a quien la ciencia del país le debe el fruto de una labor modesta y valiosa. Luego, Joaquín V. González, el hombre más completo de pensamiento y acción que haya aparecido en estos últimos tiempos...



UN RINCÓN DE LA CASA CONSAGRADO A LA RADIOTELEFONÍA.

Noto que su semblante se torna grave, y comprendo que una sincera y profunda emoción mueve sus palabras.

Herrero Ducloux desea que yo conozca su refugio en horas de descansada labor. Como sabemos, vive en La Plata, y a cuatro kilómetros de la ciudad posee una quinta maravillosa. Se llama "La Soledad", como su hijita, y a ella vamos en un vertiginoso viaje de automóvil, que nuestro químico conduce con una maestría, a ratos no exenta de temeridad. He dicho una quinta maravillosa y lo es, porque hay en ella todas las variedades de plantas concebibles. Allí los pinos y abetos, los largos caminos de robles, las misteriosas alamedas... hasta una planta de alcornoque, a quien los chicos han bautizado con el nombre de cierto ex ministro de Instrucción Pública... Y los rosales, los frutales, las casuarinas... Y como ocurrente humorada, la quinta y los edificios llevan su nombre en letras chinescas. Por eso, cuando uno discurre bajo tupidos bosquecillos de bambúes y entre la fronda aparece de golpe algún quiosquito blanco, salpicado de caracteres cuneiformes, la mirada busca sin querer algún rostro aceitunado, de ojos oblicuos, de vestido multicolor, como aparecen en las latas de te... Herrero Ducloux es feliz. Su esposa, la señora doña María Luisa Fonrouge, temperamento artístico y espíritu cultivado, le secunda en esta obra de cultura y naturaleza.

—Todos estos rosales han sido plantados por sus propias manos...—me dice con íntima satisfacción.

Luego los hijos. Tres varones; el mayor, Enrique como el padre. Los otros, uno Kelvin, y el otro, Abel, nombre de sabios. Y la pequeña, Soledad, "Solita", que a los cinco años sostiene con su papá largas conversaciones en alemán...

ENTRE LA TUPIDA FRONDA DE SU QUINTA «LA SOLEDAD», A LA VERA PROPICIA DE UN ÍDOLO INCÁSICO.

ERNESTO MARIO BARREDA



GASPAR CORNILLE, VICEPRESIDENTE DEL DIRECTORIO.



SEÑORA HELVECIA A., VIUDA DE CORTEJARENA, PRESIDENTA DEL DIRECTORIO.



SEÑOR MARTINIANO ANTONINI, SUBDIRECTOR.



SEÑOR CARLOS ETCHEVERRY, ADMINISTRADOR.



SEÑOR ENRIQUE DIOSDADO, SECRETARIO DE ACTAS.



SEÑOR HUMBERTO COSENTINO, SECRETARIO DE LA DIRECCIÓN.



SEÑOR ISMAEL BUCICH ESCOBAR, SECRETARIO GENERAL.



SECCIÓN DE LINOTIPOS.

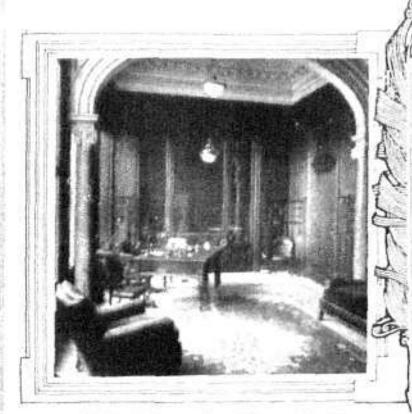




UNA DE LAS GRANDES ROTATIVAS.

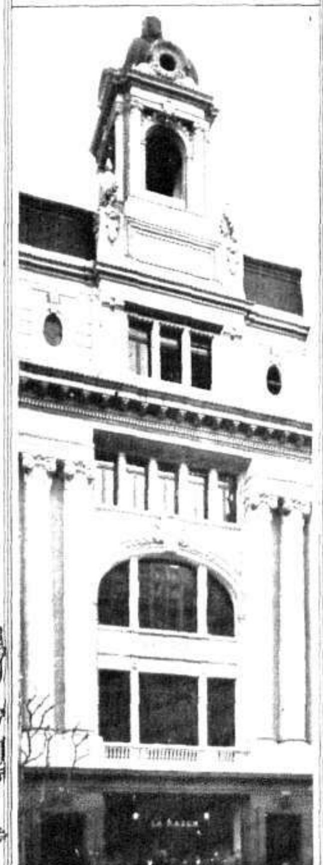


EN SU NUEVO PALACIO

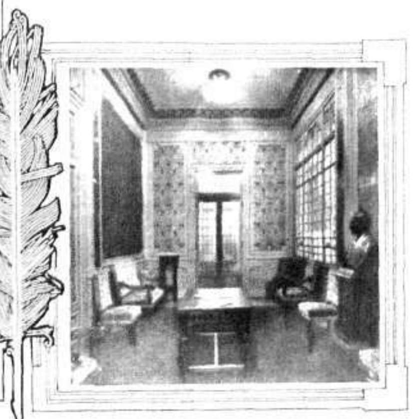


VISTA PARCIAL DEL DESPACHO DEL DIRECTOR.





FRENTE DEL PALACIO, SOBRE LA AVENIDA DE MAYO.



ANTESALA DE LA DIRECCIÓN.



UESTRO estimado colega de la tarde inaugura oficialmente el cómodo y suntuoso edificio que acaba de construir especialmente en el corazón de la avenida de Mayo. La nueva "casa", como la llama con modestia el colega, puede nombrarse "palacio" sin que con ello se incurra en exageración cordial. Nada faltará allí al gran rotativo para desarrollar sus ímpetus progresivos y ser, cada vez más, un fiel exponente de la cultura nacional y de cada uno de los vitales intereses que coadyuvan en ella.

Cuatro lustros han bastado al gran diario vespertino para — digámoslo así — sobrepasarse a sí mismo. Tales son sus resortes, tal el entusiasmo que hoy multiplica y sostiene latente ese pujante animador que es Sojo. Para este modelo del hombre que sabe pasar de la bella idea a la acción fecunda, no existe el mañana, la espera desfalleciente y lánguida. Apenas si la sensación del imposible logra preocuparle. Sojo lo hace todo factible, y lo que es más importante: lo hace ver así a cuantos le secundan en cualquier cosa que emprenda. Y es que mueve el alma del director de "La Razón" una idealidad maravillosa, la más dinámica de las idealidades que han de dar la actividad al mundo, a este nuevo mundo, en particular, donde la Argentina ocupa el primer puesto. A Sojo lo anima el patriotismo inteligente; el patriotismo que mira lejos y claro.

Colaboran con el director valores genuinos, entre los que se destacan el administrador, Carlos Raúl Etcheverry; el subdirector Martiniano Edmundo Antonini; el secretario general Ismael Bucich Escobar; el secretario de la dirección Humberto Cosentino, sin hablar del cuerpo de redactores cada uno de cuyos nombres es un prestigio.

"La Razón", constituída no hace mucho en Sociedad Anónima, tiene como presidenta a la inteligente y dignísima viuda del inolvidable doctor Cortejarena, doña Helvecia Antonini V. de Cortejarena, siendo miembros del directorio, como directores titulares, los señores doctor Angel L. Sojo y Gaspar Cornille; como directores suplentes los señores Carlos R. Etcheverry y M. E. Antonini; como Síndico el señor Horacio Taddeo, síndico suplente Héctor C. Quesada, hijo; y como secretario de actas el señor Enrique Diosdado.

Saludamos, pues, el fausto acontecimiento, tan grato y tan honroso para la alta prensa nacional; y hacemos los votos más sinceros porque "La Razón" siga victoriosamente hacia el cumplimiento de sus patrióticos destinos.

DOCTOR ÁNGEL L. SOJO, DIRECTOR DE «LA RAZÓN».

UN DETALLE DE LA VASTA BIBLIOTECA.



POR DONDE ENTRA EL DINERO: EL PÚBLICO, DESPUÉS DE TRABAJAR, COMPRA UNOS MOMENTOS DE ALEGRÍA.

Cómo se prepara



EL BLOQUE MASCULINO, LOS ACTORES DE LA COMPAÑÍA DE REVISTAS, SE RESISTEN A DEJARSE ARRASTRAR POR LA ONDA BATACLANESCA.

ANTES de la guerra, la revista era un género teatral, de vanguardia. En París se estuvo cultivando, a través del tiempo, en una transformación progresiva que, desde el cascabeleante "Can-Can", evolucionó hasta el desnudo artístico. Londres, Berlín y Nueva York competían en lujo escénico con el París luminoso, de las músicas fáciles, mujeres lindas, profusión de luces y tonalidades alegres. Pasó la guerra, tamizando las costumbres, y lo que antes fué un refinamiento artístico y audaz, hoy es un género aceptado dentro de la vida nor-

ENSAYANDO UN «SKETCH». ¿CÓMO NO HA DE REÍRSE EL PÚBLICO SI LOS ARTISTAS, AL ENSAYAR, RÍEN DE SUS RESPECTIVOS «MACCHIETTOS»?

LOS «DIVOS» ENSAYAN ANTE LA CONTEMPLACIÓN DE AUTORES Y DIRECTORES. «LAS PRIMERAS FIGURAS» ARMONIZAN SUS CANCIONES CON LA MÚSICA CASCABELEANTE.

EL METRÓNOMO HUMANO, METIDO EN LA CONCHA, COMO UN MOLUSCO, EL APUNTADOR ES LA PROVIDENCIA DE LOS ARTISTAS.

Una revista teatral

LA «TABLILLA» FATAL DE LAS MULTAS, EL DOCUMENTO QUE VEN LAS BATACLANAS CON TERROR.

mal, sin ningún inconveniente. La revista constituye en los momentos actuales *la carrera más reñida* del ingenio humano. El público, acostumbrándose a la prodigalidad de las presentaciones escénicas, no se satisface ya con una idea; es necesario que, en una revista, las ideas abunden, se entrechoquen, se mezclen en una infernal armonía, como los acordes endemoniados de la "jazz-band". El autor o los autores de una revista *necesitan, además de su propia* obra, pletórica de ingenio, la colaboración necesaria de los pintores, sastres, maquinistas, electricistas, utileros; todo un enjambre de personas que convergen, des- desde sus profesiones al nú-

UN POCO MÁS DE BELLEZA. EN EL CAMARÍN, LAS LINDAS BATACLANAS ACENTÚAN, CON LOS COLORES, LA BELLEZA DE SUS FIGURAS.



CON INFANTIL CURIOSIDAD LAS BATACLANAS CONTEMPLAN CÓMO EL «MAESTRO» DESCIFRA UNA PARTITURA.

«¡AVISADOR!... ¡CAFÉ!» MIENTRAS SE ENSAYA, LAS ALEGRES CHICAS DEL BATACLÁN RODEAN AL «AVISADOR» PARA ARREBATARLE EL CAFÉ.



APRENDIENDO UN BAILABLE. VESTIDAS ABSURDAMENTE, LAS BATACLANAS ENSAYAN LOS BAILABLES.

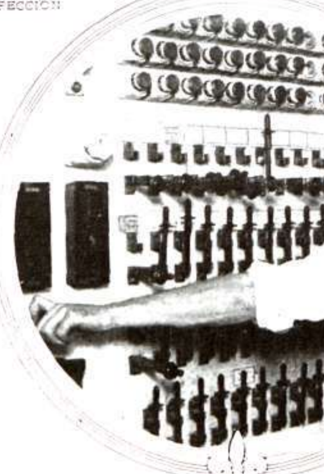


DESDE LA PENUMBRA EL «HOMBRE DE LOS REFLECTORES» LANZA SUS RAYOS.



LAS QUE NO SALEN A LA «PASARELA», HUMILDEMENTE, ARTISTAS DE LA CONFECCIÓN CONSTRUYEN LOS VESTIDOS PINTORESCOS QUE EL PÚBLICO ADMIRA.

ALLÁ ARRIBA, SOBRE EL ESCENARIO, HOMBRES DECIDIDOS, QUE EL PÚBLICO IGNORA, MUEVEN LOS DECORADOS.



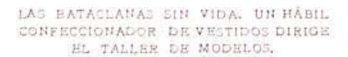
UN TODOPODEROSO TERRENAL. AL CONJURO DE SU VOLUNTAD, EL ELECTRICISTA HACE SURGIR LA LUZ A SU ANTOJO... SEGÚN LAS INDICACIONES.



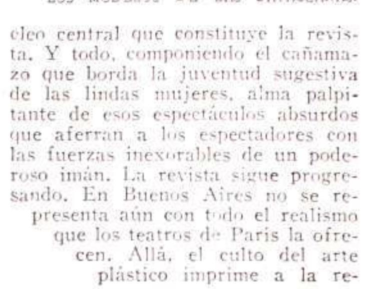
LOS ESPÍRITUS DEL FOSO. ALLÁ DEBAJO DEL ESCENARIO, HAY TAMBIÉN HOMBRES MOVIENDO EL PISO.



EL CREADOR DE LOS MODELOS. UN ARTISTA QUE EL PÚBLICO NO VE, IMAGINA LOS MODELOS DE LAS BATACLANAS.



LAS BATACLANAS SIN VIDA. UN HÁBIL CONFECCIONADOR DE VESTIDOS DIRIGE EL TALLER DE MODELOS.



cleo central que constituye la revista. Y todo, componiendo el cañamazo que borda la juventud sugestiva de las lindas mujeres, alma palpitante de esos espectáculos absurdos que aferran a los espectadores con las fuerzas inexorables de un poderoso imán. La revista sigue progresando. En Buenos Aires no se representa aún con todo el realismo que los teatros de París la ofrecen. Allá, el culto del arte plástico imprime a la revista la necesidad de ofrecer al público los torsos desnudos de las mujeres estatuarias que forman en las filas nutridas del Bataclán.

Una revista es muy difícil de hacer. No basta, en ese género teatral, que un autor escriba y unos artistas representen lo que el autor escribió. En la revista hay que combinar elementos hetereogéneos, para componer un todo armónico. Es un mosaico complicadísimo y multiforme.



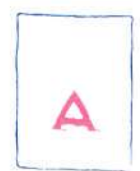
POR DONDE SALE EL DINERO. LA EMPRESA PAGA A LAS BATACLANAS.

ADELARDO FERNÁNDEZ ARIAS

Fotos de Vargas Machuca

MARCELO RUGGERO

ALBUM DE ARTISTAS



Argentino, hijo de padres italianos, nació en la capital en 1886. Intentó muy joven dedicarse al teatro, que era su pasión y se trasladó, llamado por unos aficionados, a Carmelo (R. O.). Fracasó lamentablemente y tuvo que contentarse con ser el cocinero de la "troupe". Insistió, sin embargo, y en 1911, don Jerónimo Podestá le hacía debutar en el Nacional, sin sueldo. Desafinaba terriblemente, circunstancia ésta que ponía en peligro su estabilidad como corista. Para colmo de males, el actor Pomar, involuntariamente, le asestó una profunda cuchillada durante un simulacro de pelea. Un año sin trabajar y luego reapareció con Vittone-Pomar. Comenzó a ganar sueldo ¡cincuenta pesos!... Ocho años estuvo con esta compañía que dejó, ganando doscientos pesos, para ir a la Comedia con Ballerini. Después de actuar con De Rosas en el Excelsior y de realizar una proficua jira por el interior, pasó otra vez al Nacional, con Carcavallo. Allí, con el "Carpentiero" de "Tu cuna fué un conventillo", puede decirse que comenzó realmente a perfilarse como un notable cómico. La huelga teatral interrumpió su actuación, llevándolo con un puñado de compañeros por los pequeños teatros de barrio. Costó un triunfo separarlo de sus "muchachos" para llevarlo al Porteño donde debutó hace tres años con Arata - Mancini, actuando ahora en la gran compañía de revistas de ese teatro. Desde entonces el público porteño le ha hecho uno de sus cómicos preferidos. Lo merece. Es, entre nuestros actores, de los pocos que tienen personalidad propia.

A la simpatiquísima revista "Caras y Caretas" que ya admiraba cuando no pensaba ser actor.
Marcelo Ruggero

EL CELEBRADO CÓMICO EN SU HILARANTE Y FELIZ INTERPRETACIÓN DE "PASCALE BATISTA" EN LA REVISTA "ATENCIÓN A LA LARGADA"

...¡Y no es feo el tipo!...

UN ENCUENTRO INESPERADO

POR ALONSO

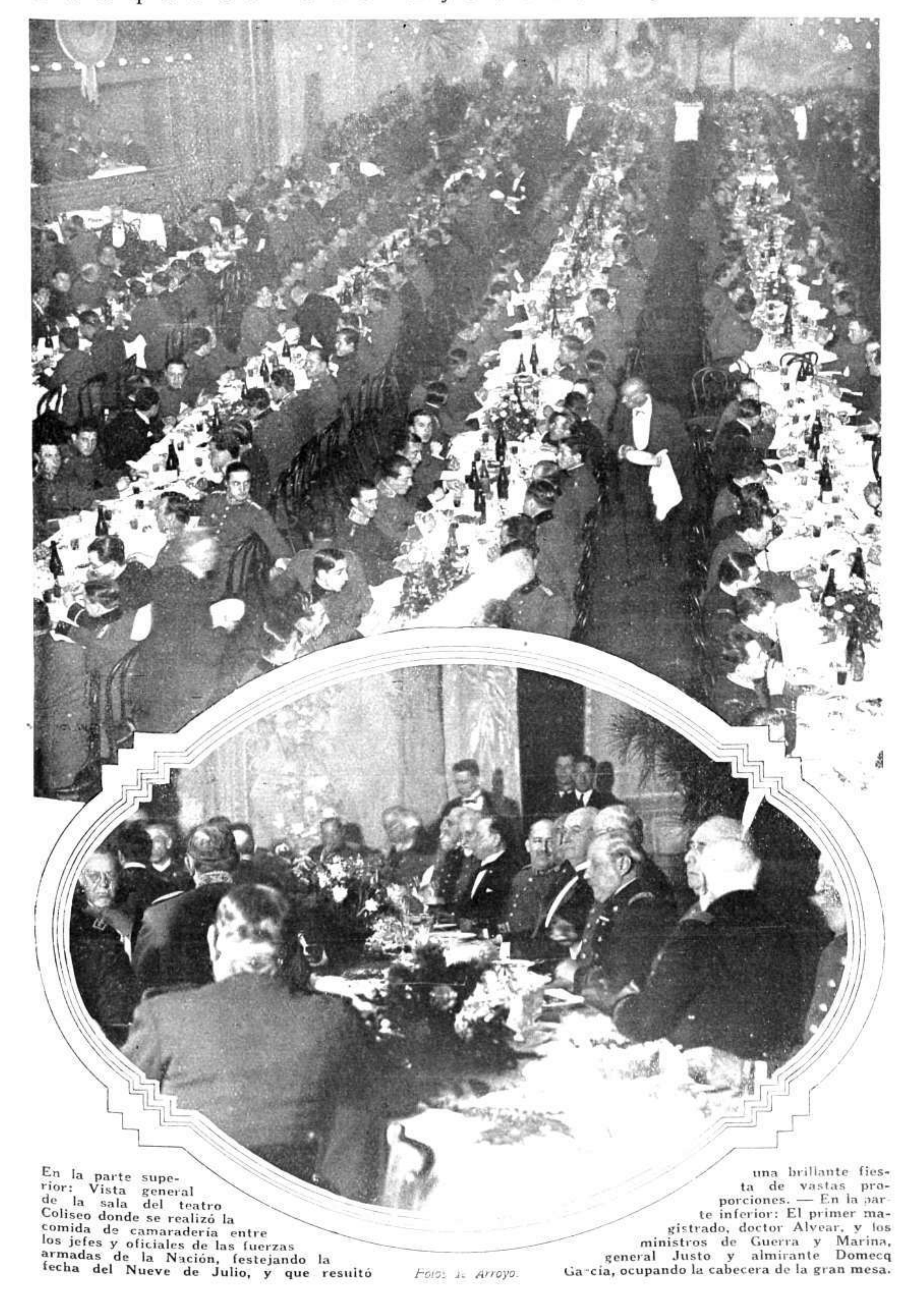


Alvear — ¿Y la fusión?

Hipólito — Buena, gracias, ¿y la suya?

ACTUALIDADES

Banquete del Ejército y Armada



En la parte superior: Vista general de la sala del teatro Coliseo donde se realizó la comida de camaradería entre los jefes y oficiales de las fuerzas armadas de la Nación, festejando la fecha del Nueve de Julio, y que resultó una brillante fiesta de vastas proporciones. — En la parte inferior: El primer magistrado, doctor Alvear, y los ministros de Guerra y Marina, general Justo y almirante Domecq García, ocupando la cabecera de la gran mesa.

Fots: L. Arroyo.

Rotary Club



Vista general de la mesa del banquete organizado por la comisión directiva de la prestigiosa entidad, en la que figura como huésped de honor el intendente municipal doctor Carlos Noel.

En honor del doctor Angel L. Sojo



El directorio de "El Diario Español" organizó un homenaje en honor del director de nuestro colega "La Razón", con motivo de la entrega del pergamino con que le obsequió la Asociación de la Prensa de Madrid por su destacada actuación en la capital de la madre patria.

En obsequio de los premiados en el Concurso Literario Municipal



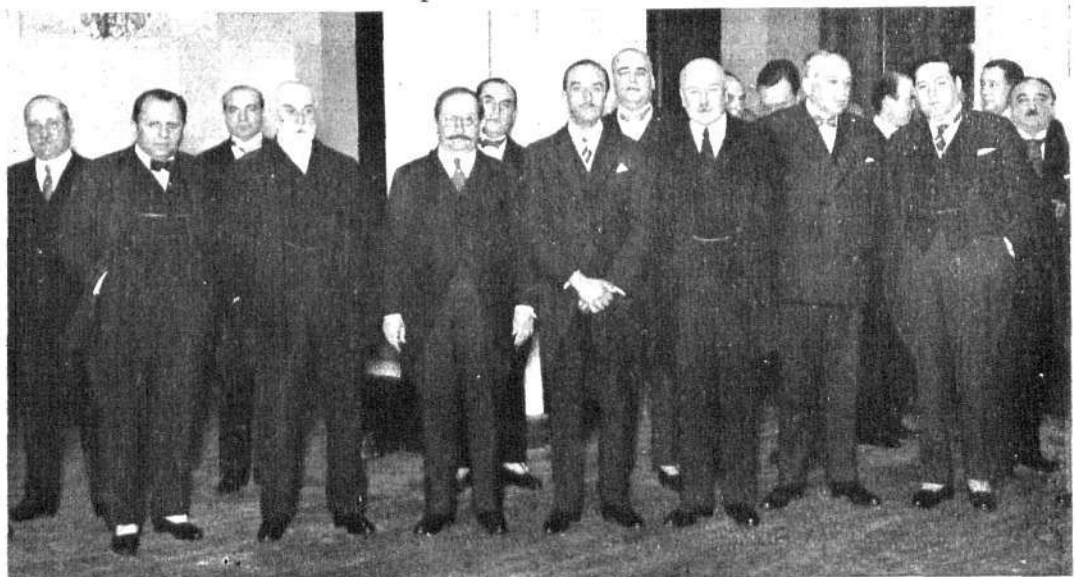
El ministro de Instrucción Pública, doctor Sagarna, y el intendente municipal, doctor Noel, presidiendo la mesa del banquete ofrecido a los escritores señores Roberto Giusti, Arturo Marasso, B. González Arrili, Enrique Méndez Calzada, Pablo Rojas Paz y Fermín Estrella Gutiérrez, laureados en el último concurso literario municipal.

Celebración de la fiesta nacional norteamericana



El ministro de Relaciones Exteriores, doctor Gallardo, ocupando la cabecera de la mesa durante la comida que la Sociedad Americana del Río de la Plata dió festejando el 4 de Julio, a la que concurrió todo lo más distinguido de la colonia y numerosas damas y caballeros de nuestra sociedad.

Diplomáticas



El obsequiado, don Manuel de Freire y Santander, rodeado por los ministros del Ejecutivo y personalidades de nuestros círculos diplomáticos que le cumplimentaron con motivo de emprender próximamente viaje a su patria.

En el Club del Progreso



La asamblea convocada en el seno de la conocida institución social reunió a un considerable núcleo de socios cuyos votos dieron el triunfo a la comisión anterior, que aparece en la fotografía.

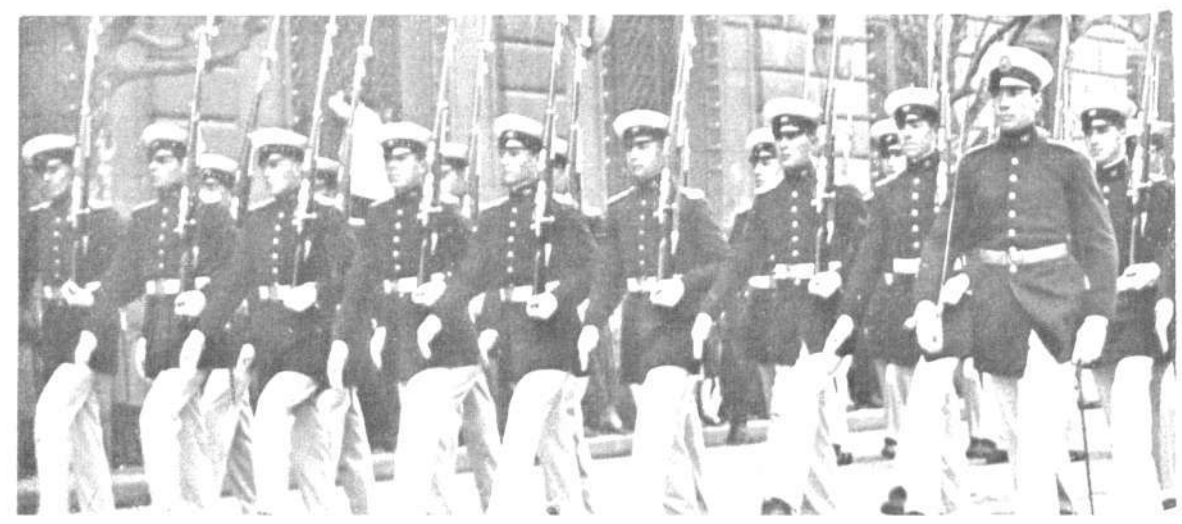
Celebración de
El tedéum y



El primer mandatario de la Nación, doctor Marcelo T. de Alvear; el vicepresidente, señor Elpidio González; el ministro del Interior y demás comitiva dirigiéndose a la Catedral.



La sección de caballería de la Escuela Militar des cones de la Casa Rosada, donde una numerosa concu los jóvenes



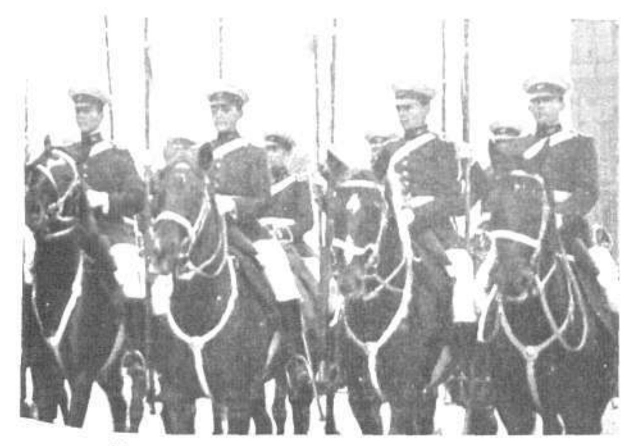
Para el pueblo que todos los años se congrega al paso de las instituciones arma Escuela Militar, especialmente de su infantería, cuya brillan



La Escuela Naval constituye el otro punto fuerte de los desfiles y compite con escuadra de mar atraen todas las miradas y su paso deja un murmullo de aplauso

la fiesta patria

desfile militar



filando con su corrección habitual delante de los balrrencia premió con grandes aplausos la apostura de cadetes.



El comandante de las fuerzas navales que tomaron parte en el desfile, capitán de navío Braña, acompañado por sus dos ayudantes encabeza la columna a su mando.



das del *país*, uno de los atractivos que más le interesan es el desfile de la te preparación, marcialidad y corrección, son ya proverbiales.



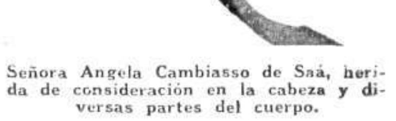
su colega la Militar, en la admiración popular. Los futuros oficiales de nuestra entre las filas apretadas de espectadores a lo largo del trayecto del desfile.

Emocionante de un gran



Minutos después de producido el tremendo derrumbamiento, los bomberos llegan para proceder al salvamento de las víctimas que en el primer momento de confusión se supusieron numerosas. He aquí una fotografía de las fuerzas empeñadas en su labor.





Señora Angela Cambiasso de Saá, herida de consideración en la cabeza y diversas partes del cuerpo.



Señora Ardente Tognetti de Bascone, herida en el muslo.



Los heroicos bomberos, entre la nube de polvo que aun no se había disipado, rescatan de entre los escombros a la primera víctima encontrada a los pocos minutos de producida la catástrofe que sembró el pánico entre los que se encontraban en el local de "El Tropezón", situado en las calles Callao y Cangallo.

derrumbamiento edificio



Lorenzo Bascone, que resultó con heridas graves el hombro izquierdo.



Francisco Saá, herido en la pierna derecha.



Los bomberos en plena tarea removiendo los escombros a la busca de las víctimas que, según opinión de los testigos presenciales del hecho, habían quedado debajo de los materiales derrumbados. Felizmente, el número de aquellas no respondió a la magnitud de la catástrofe.



Vista general de los trabajos emprendidos a la mañana siguiente. El derrumbamiento de parte del comedor del restaurant "El Tropezón" y algunas de las piezas del hotel "Callao", produjo entre el público la consternación consiguiente, pues en el primer instante se creyó que el número de víctimas era considerable.

Confraternidad americana



El comandante del crucero brasileño "Barroso" y la plana mayor del buque, posando para "Caras y Caretas" a bordo de la nave del país hermano, que llegó a nuestro puerto para asistir a los festejos patrios, en representación oficial del gobierno.

Autógrafo del comandante del crucero brasileño "Barroso" capitán de fragata J. de Castro Silva.

Tengo por la República Argentina, y por su pueblo, una sincera amistad, y soy un admirador de su gloriosa marina, que como la de mi vieja patria, está poderosamente llamada a realizar una gran obra patriótica con la confraternidad Argentino-Brasileña. Buenos Aires, (Barroso) 10-7-925.

J. de Castro Silva
C. de fragata

Autógrafo del comandante del crucero uruguayo "Uruguay" capitán de fragata Gustavo Schoereder.

En el aniversario del memorable Congreso de Tucumán, me es grato presentar mis saludos y augurios de grandeza a la Nación Argentina, por intermedio del prestigioso semanario CARAS Y CARETAS, *en el que han colaborado las más altas intelectualidades uruguayas.*

R. O. U. "Uruguay", julio 9/25.

Cap. de Frag. Gustavo Schoereder



El jefe del barco de guerra del país hermano, crucero "Uruguay", con el ministro, doctor Daniel Muñoz, y la oficialidad, quienes han sido objeto de múltiples atenciones durante su estada en ésta para representar a su país en las fiestas del 9 de Julio.

En la Embajada de España



Almuerzo de confraternidad hispanoargentina, en el que se comentó con entusiasmo la gran exposición internacional de Sevilla, a realizarse en 1927. En la foto se hallan: el marqués de Amposta, el consejero de la embajada, señor Dánvila; el doctor Angel L. Sojo, director de "La Razón"; el señor Juan Alonso, nuestro director; el señor Martín Noel, presidente de la Comisión Nacional de Bellas Artes; doctor Tomás de Estrada, señor Augusto Aranda, señor Sebastián Urquijo, señor A. Manzanera, representante de "Blanco y Negro", y el señor Nicolás [illegible]



A UN INSTANTE

Dame tus lauros, dame tus rosas,
Tu inexplicable murmullo tierno,
Tu cetro cándido, tus mariposas
Y tus sonrisas, ante lo eterno.

Quiero que mi alma libre concentre
Tu transitiva belleza pura,
Como las joyas de azur de un vientre
De bayadera la noche obscura.

El tiempo móvil en sus mitades
Espada etérea, tú dividiste.
En mí fué un éxtasis divino y triste
Entre rumores de eternidades.

Toda en mi espíritu tu luz derrama,
Solar instante, que en tu camino
Abre rotunda boca de llama
La esfinge pálida del fiel Destino.

La esfinge hipnótica de la Armonía
Astral — ¡oh ardiente camino terso!; —
Esa que oculta que la alegría
Es el motivo del Universo.

Por ti, tras párpados como fatales
Pétalos negros casi caídos,
Miran mis ojos morir los males
Y cunden lágrimas por mis sentidos.

¡Oh en mí tu impulso voraz al modo
De loca sangre! Por lo profundo
Me habla la mística voz del Gran Todo
Y se abre en rosas de luz el mundo.

ARTURO VÁZQUEZ CE

DIBUJO DE REQUENA ESCALADA.



LA CERRADURA SECRETA



Mis clientes tienen una costumbre agradable, que yo aliento, de visitarme repentinamente, no como profesional, sino como amigo cuando les acontece algún hecho importante. Y me lo cuentan todo... Sabiendo que escribo, en mis momentos de ocio, me ofrecen, así, documentos humanos, sin ninguna reserva, como si dijesen: «Anda por mi pensamiento, haz de cuenta que estás en tu casa y, si encontraras alguna cosa que pudiera servir a algún infeliz, no te detengas».

Y lo más gracioso es que, si ellos leen la historia, son capaces de decir: «Esto se parece bastante a lo que a mí me sucedió».

Cuando mi viejo amigo Selwyn Burns se hizo un financista infatuado en el «West», murió súbitamente de pneumonía, con uno o dos procesos criminales esperando su convalecencia. Sus dos hijos, Thomas y Mary, estaban en buen camino para ganarse la vida, sin ayuda de nadie. Thomas era inventor mecánico y había, hacía poco tiempo, sacado patente para una cerradura de seguridad, que estaba tratando de colocar en el mercado.

Mary, que desde hacía algún tiempo sospechaba las operaciones violentas y desaprensivas de su padre, había aprendido dactilografía y estenografía. Residiendo algunos años en Méjico, en donde Burns poseía varias minas, la joven habíase familiarizado con el español. Así, cuando más tarde llegó al Este y se dirigió a mí para aconsejarse sobre la obtención de un empleo, pensé inmediatamente en mi joven amigo Richard Saltus.

Esto pasaba en el verano de 1917, y Richard estaba trabajando con todo afán en el abastecimiento de cobre, nitratos y manganeso, al Gobierno, de las minas de su compañía peruana. Existía una doble razón para que yo deseara que Richard tomase a Mary como empleada: la primera, porque era una muchacha con una apariencia y un tipo de belleza de esos que atraen la atención masculina, y estaba yo seguro de que, con Richard, encontraríase fuera de peligro; la segunda, porque su conocimiento del español la valorizaba a los ojos del mismo Richard, para la correspondencia sudamericana, pudiendo alcanzar, por lo tanto, un buen salario.

De consiguiente, me encargué de todos los trámites, y, poco tiempo después, Mary era secretaria particular de Richard y vivía confortablemente en un hotel de señoras, en la calle donde entonces funcionaba mi escritorio. Thomas, el hermano, había venido también a Nueva York, estableciendo una agencia de pequeñas cajas de seguridad que eran adoptadas por las familias, a quienes garantizaban contra los ladrones nocturnos y contra el fuego. Al muchacho le aguardaba un buen porvenir, aun cuando no estuviese todavía libre de deudas.

Ahora bien; una noche, Richard Saltus vino a verme, pareciendo muy preocupado. Parecía también indeciso, y eso fué lo que más me sorprendió porque, en una vida entera de convivencia con él no me acordaba de haberle visto embarazado, y además, porque nunca ninguna persona se sintió cohibida en mi presencia. Desde luego, yo había ayudado a Richard a iniciarse en este mundo de cuidados hacía unos treinta y dos años, en la vieja casa Saltus, del parque Gramercy, donde él continuaba residiendo desde la muerte de su madre.

—¿Qué le sucede? —le pregunté. —¿La fiebre de los negocios?

—No, señor —respondió. —Es cierto que he recibido instancias perentorias de Wáshington para que active mi trabajo con persistencia; pero no es eso lo que me preocupa. Necesito verme libre de la señorita Burns.

—¿De veras?

—Debo confesarle, doctor, que cuando se cruza mi mirada con la de esa muchacha, no puedo pensar en mi trabajo.

—Entonces, ¿se ha enamorado usted de ella?

—¡No, no! Sin embargo, poco a poco, ella ejerce sobre mí una tal atracción física, que no me es posible resistir. La voz, la presencia y un algo que ella exhala de su cuerpo cuando estamos juntos...

—¿Le gusta Mary?



Richard me miró sorprendido.

— ¿Que si me gusta? Claro que sí. A todos les agrada. Todos los hombres del escritorio, hasta Jimmy, el ordenanza, se mueren de amor por ella. Y todos tratarán probablemente de envenenarme, o todos me abandonarán, si la despido.

— ¿No la puede destinar a otro trabajo? — le pregunté. — Haga de ella un magnífico presente a Clarke o Jephson.

Richard movió la cabeza negativamente.

— Ella continuaría en el escritorio de la misma manera y estaría constantemente conmigo, por una razón o por otra. Monopolicé *La Peruana*, y justamente por eso tiene más valor la señorita Burns, no sólo por su perfecto conocimiento del español, sino porque comprende y descifra el carácter latino-americano y sabe todas las pequeñas sutilezas a usar con aquella clientela.

— Me parece, Richard — le dije, — que la señorita Burns es una secretaria de valor inestimable, y que no debe perderla sólo por la inquietud de sus encantos físicos.

— ¡Inquietarme! La palabra es dura — corrigió Saltus. — Comprendo que es estúpido, o tal vez peor..., pero hay un algo en esa criatura, que me altera. No puedo dejar, ni aun en este instante, de estar alterado. Necesito despedirla inmediatamente.

Comenzó a pasearse impacientemente a lo largo de mi despacho.

— ¿Tiene usted alguna queja de ella?

— ¿Queja? No, ciertamente que no. ¿De qué podría quejarme? La admiro, la estimo. Mal la conozco en la intimidad, pero sé que posee carácter, buen sentido, que es delicada. También me agrada el hermano; fuí a verle, hace días, y le compré una de sus cerraduras de seguridad para mi gabinete, en casa. Trabajo allí muchas horas, para librarme del barullo del escritorio y del infernal martilleo de las máquinas de escribir.

Richard continuó paseando, con su varonil figura alterada.

— La señorita Burns también trabaja allí algunas veces ¿no? — indagué.

Richard se detuve un instante.

— Sí, señor. ¿Cómo lo sabe?

— Ella vino aquí... Me dijo la proposición de usted, de que trabajara también en su casa. Le afirmé que nadie se acomodaba mucho a los convencionalismos, en estos tiempos, cuando una gran idea es puesta en ejecución, y que ella estaba tan segura en la casa de usted, Richard, como conmigo en mi escritorio.

— ¡Gracias, doctor! Es un alto elogio. Ella dijo verdad. Reaccioné, después. No podía continuar. ¿Comprende? No porque yo no tuviera confianza en mí mismo, ni una indignidad así cabría tampoco en mi modo de ser. Pero, teniéndola allí, la cabeza henchíaseme de locos pensamientos, y no podía concentrarme en mi trabajo.

— ¿Y, qué pensamientos eran esos?

— Pedirla en casamiento o liberarme de esta situación angustiosa. A veces, el deseo de hacerla mía, era tan fuerte — cuando estaba junto a mí — que me sentía verdaderamente aturdido.

— ¿Y, por qué no la pide en casamiento? Pregúntele si quiere... arriésguese...

— ¡Pero yo no quiero casarme! Yo no estoy créalo, enamorado de ella. Me siento bastante lúcido para comprenderlo. Por lo tanto, tengo que buscarle otro trabajo. No ha de costarme mucho.

— Escúcheme, Richard. Mucho me pesaría si ella fuera a caer en manos de algún otro hombre menos honrado y escrupuloso que usted, y que consiguiera hacerse amar de ella.

Un destello de ferocidad brilló en los ojos de Richard. Me conmoví.

— ¡La mataría! — me contestó.

— Bien, pues, eso será justamente lo que le sucederá si usted la despide. Esa muchacha no es una muñeca. Tiene un temperamento propio... y ninguna experiencia de los hombres malos. Usted no es únicamente su jefe, sino también su protector, de una manera pasiva, meramente para precaverla contra cualquier celada de los demás.

Richard Saltus pareció meditar un momento. En seguida, preguntó:

— ¿Por qué vino ella al Este?

— Porque todo el mundo sabe en Slope que si el padre viviera todavía, estaría en presidio, por ilícita apropiación de fondos. No era claramente un ladrón, pero procedía ilegalmente.

Richard me miró un poco admirado.

— ¡Oh, yo ignoraba eso! Conque, entonces, el padre... ¡Pobre muchacha!... ¡Pobre señorita Burns!...

— Hay mucha perversidad en el caso de usted. Porque Mary Burns ha llegado a ser empleada suya, su secretaria, usted la despide con un «arrégleses», dejándola sin defensa, y después, porque ya la sabe infamada, siente un irresistible impulso de piedad, e intenta suavizar el mal. En eso consiste la perversidad. Si la hubiese hallado en la sociedad, no pensaría de igual modo.

— ¡Por Dios, doctor! ¡Creo que tengo razón!

— Bien. ¿*Entonces, por qué no convive con ella*, fuera de las horas de servicio?

— Si la llevase a paseo, a comer, al teatro, ¿qué diría la gente?

— ¿Qué le importa a la gente? Todos hacen lo mismo, y con tanta decencia como usted lo haría. Los dos han trabajado juntos, durante seis meses, y es ya tiempo de trabar conocimiento. ¿Puede comer conmigo mañana a la noche, en el Sherry?

— ¡Cómo no! Con sumo placer.

— Bueno, ahora voy a ver si puedo hablar con Mary.

Y me dirigí al teléfono.

El éxito que mi teoría había preparado, fué malogrado por el destino, porque, pocos días más tarde, la señorita Burns vino a verme, y, al primer golpe de vista, me di cuenta de que algo desagradable sucedía.

— ¡Hola! ¿Qué hay de nuevo? ¿Ha visto usted alguna culebra o es que Richard ha pedido su mano?

— Ni una cosa ni otra — respondió ella, desanimada —. Es mucho peor: se va al Perú.

— ¡Qué tontería! ¿Y por qué?

— Para enterarse allí de la marcha de unos negocios, y desenvolver otros.

Se puso a mirarme, pensativa, y ya no me admiré tanto de que Richard se sintiera perturbado bajo la radiación de aquellos bellos ojos cenicientos, ornados de largas pestañas negras.

— No parece usted muy contenta con su ida, Mary — observé —. Espero que en ningún caso se habrá enamorado de él.

Su firme y fija mirada no se desvió un milímetro.

— Sin embargo, es verdad, doctor — me respondió la joven —. Le amo, casi por distracción.

— En ese caso — dije, de mal humor —, él es un perfecto idiota en no casarse con usted y llevársela consigo. Se lo diría, si no tuviera mañana mismo que salir para dar una vuelta por los hospitales militares canadienses... ¿Cuánto tiempo tiene él intención de quedarse allí?

Mary suspiró:

— Dice que no lo sabe, que puede ser tres meses o tres años. Pero ha sido muy bueno conmigo. Me ha aumentado el sueldo y me ha nombrado jefa del departamento de correspondencia..., puesto creado ayer. Después, me ha pedido que me mudase a su propia casa el mismo día en que él embarcase, y que cuidara de sus cosas durante su ausencia. ¿Le parece que debo hacerlo, doctor?

Yo mal sabía lo que iba a responder. Richard me había dicho que necesitaba recoger dinero, ante todo y que, como era muy económico, de buen grado preferiría que su casa estuviera ocupada y no cerrada, durante su permanencia en el Perú. Había sido siempre un hombre muy apegado a la vida doméstica, sintiendo horror por los desórdenes y mudanzas. Además, quería conservar a Parker, el criado, y a la mujer de éste, que era la cocinera, una vieja pareja de sirvientes adictos a su familia. Sin duda, había sabiamente pensado que es mucho mejor, hasta para los mejores criados, tener algunas obligaciones, aunque ligeras bajo una mirada vigilante, y así, parte por su propia conveniencia, parte por obsequiar a Mary (ya que hasta los más modestos hoteles y casas de pensión habíanse tornado extraordinariamente caros), le había hecho aquella propuesta, que parecía completamente razonable.

— No veo ningún inconveniente, querida mía — le respondí por fin —. Yo conozco a esos criados desde hace unos veinte años, son gente buena, respetable... gente chapada a la antigua. Richard va a salir del país y resuelve darle el trabajo de celadora. Tanto mejor. Sí, le doy mi aprobación. Pero, debo decir: «Richard es el rey de los estúpidos».

— En ese caso, iré a vivir allá, amigo mío. — Y se retiró poco después.

No me quedaba la menor duda de que Richard había bendecido abiertamente la necesidad (si era realmente tanta, lo que yo dudaba) de ir al Perú, porque esto le salvaba de las emociones, de los suspiros y lágrimas, de tener a Mary bajo la misma atmósfera. Cuando un hombre de negocios, que es un caballero fuerte de sentimientos, descubre que el continuo trato con una mujer, empleada suya, principia a perturbarle y a desviarle la atención del trabajo, tiene sólo dos caminos a seguir: debe casarse con ella, o despedirla.

Otros intentarían conquistarla. Y hasta otros, de más baja moral, procurarían en ella, el placer de un día. Pero Richard, no.

Y me explicó, con la mayor franqueza, su caso, en los pocos momentos que me habló aquella noche. Esta vez se hallaba tranquilo, aunque un poco abatido, porque detestaba alterar sus hábitos.

— Le afirmo, doctor, que no estoy enamorado de ella. Nunca he amado a ninguna mujer, ni probablemente la amaré. No soy tipo para eso, y miro el matrimonio con horror... eso, desde luego, en *cuanto al presente*.

— Muy bien — le retruqué —, mira usted el matrimonio con horror, pero sentirá mayor horror cuando vea que perdió usted la oportunidad, porque Mary se haya casado. No le aconsejo que se haga un novio sensiblero, sentado todo el día a los pies de la novia, componiendo madrigales. Pero si se casara usted mañana con ella y se la llevara pasado al Perú, eso no impediría que usted se tornase un trabajador mejor en pro de un resultado glorioso.

Pensó. Y después, alzando la cabeza, dijo:

— Aunque ella quisiera casarse conmigo, lo que no es cierto, aunque yo la amase, tendría que esperar... Todo, sin embargo, desaparecerá, tan pronto como Mary no esté a mi lado. Pero ningún hombre tiene el derecho de pedir a una mujer que se case con él, cuando su corazón le dice que la atracción que ella ejerce es física y únicamente física.

— ¿Está seguro de ello? Entonces, tome su estudiada decisión y no me venga después a llorar por su destino perdido. Parto mañana para el Canadá. Adiós, y buen viaje.

El caso se complicó mientras yo me hallaba en Quebec, arreglando unas pequeñas cosas, y donde tenía que pasar unos cuantos días.

Por este motivo, tengo que recurrir a mi método favorito de reconstrucción, para que pueda ser apreciado el drama que se desarrolló, en toda su intensidad.

El navío que llevaba a Richard, partió a la una de la tarde. Mientras, suavemente, se deslizaba río abajo, el joven comenzó a pensar en los numerosos e insignificantes pormenores de los dos últimos días de su rápida, súbita, inmediata e inexplicable partida.

Ninguno de los asuntos, desde luego, tenía importancia particular, y la mayor parte podía ser tratada por carta. Se acordó, por ejemplo, que había dejado veinte mil dólares, en bonos de la Libertad, comprados y pagados, y encerrados en el pequeño cofre de su casa, y pensó que, así, no habiendo sido registrados, cualquier persona podía negociarlos. Pero como este detalle sólo era conocido por él, y como creía que el invento de Thomas, el hermano de Mary, era tan seguro como el inventor aseguraba, no pensó más en el asunto y consideró dichos valores tan bien guardados como en una tumba.

Se acordó de su casa, confiada a Mary, y de su perturbación, cuando la miró en los ojos, al despedirse. Ella debía instalarse allí, aquella misma tarde, y la veía, con el pensamiento, con un sentimiento que oprimía su corazón. En aquel momento, el vapor había llegado frente a Statuo, y él comenzó a pensar que tal vez había cometido un tremendo disparate.

Reflexionando quizás en alguna de las palabras que yo le dijera, intentó calcular lo que sentiría si a su regreso la encontrara casada. Rehusábase a admitir su pasión por Mary, pero sólo al imaginar que cualquier hombre la poseyera, sentía una gran rabia que le sacudía los nervios.

Siendo esencialmente un hombre de negocios, es probable que intentase resolver el problema por el lado comercial. Si quisiera casarse más tarde—reflexionaba—¿dónde encontrar una mujer como Mary?

El vapor descendía lentamente a Upper Bay, en dirección a Comp Kins Ville, esto por una razón que no estaba anunciada. Allí paró y ancló. Tal vez una contraorden oficial o una orden de policía por cualesquiera de las numerosas razones a que está sujeto el tráfico fluvial y marítimo.

Transcurrió la tarde y sirvieron la comida. Cayó la noche y, a las diez, todavía no había orden de partida. Durante todo ese tiempo, Richard no cesó de ser atormentado por la convicción creciente de que estaba cometiendo un error, que podía muy bien ser el precio de su felicidad. Empero, era tan fija su precisión y el método de juzgar los pensamientos violentos y apasionados, que sólo a las once, cuando un remolcador atracó al navío, se le ocurrió aprovechar aquella demora. No estaba obligado a seguir viaje en aquel vapor; la prisa por ir a tratar sus negocios, no era tan grande. ¿Qué perdería tomando aquel remolcador y volviendo para atrás y poniendo en ejecución, si fuera posible, lo que él sentía que era la única cosa capaz de devolver a su espíritu la paz y la tranquilidad? El comisario de a bordo no supo informarle sobre cuándo partiría el navío, pero le dijo que, de allí a quince días, pasaría otro y que, sin dificultad, transferirían el pasaje. Richard explicó que, en la prisa de partir, había olvidado un negocio importante. Diez minutos más tarde, maletas y baúles estaban a bordo del remolcador y volvían para atrás. Después de una pequeña explicación con la oficialidad, le fué permitido desembarcar.

Habiéndose Mary instalado en su casa, donde con certeza dormía a aquella hora, no debía volver allí. Pero estaba exaltado, presa de una gran perturbación... Si pudiese verla inmediatamente, así, trémulo y conmovido, sus probabilidades de éxito serían mayores que esperando la serenidad. Y tenía perfectamente razón. Imagínense un hombre metódico, que hubiese partido para un país extranjero, surgiendo a aquella hora, en aquel estado de exaltación, y diciendo: «Querida, a las once, súbitamente, descubrí que no podía vivir sin ti, y desembarqué para pedirte que seas mi mujer».

¿Podría semejante propuesta dejar de conmover a una muchacha, aun a la más insensible?

Richard decidió ir a su casa y llamar a Parker, el viejo criado. Mandaría prevenir a la señorita Burns de su vuelta, y le pediría que le concediese algunos minutos de atención, antes de ir al club, donde permanecería hasta el nuevo viaje.

Ordenó al chofer que parase y se dirigió allí, a pasos lentos, sofocando la emoción. Echó mano de la llave que llevaba consigo, abrió el portón, entró y se dirigió a llamar a Parker. En esto, en un trozo de espejo mural, enfrente, vió brillar un hilo de luz.

¿Quién descendía de la escalera, a aquellas hora, iluminándose con una lamparita de pila seca? Los cuartos de los criados estaban abajo, y si Mary quisiera un libro o cualquier objeto de la biblioteca, no tenía más que apretar el botón del rellano alto de la escalera, y el vestíbulo de la planta baja quedaría completamente iluminado. Parker, un criado tan meticuloso, debería haberle mostrado el mecanismo.

Era un ladrón, indudablemente; debía ser un ladrón que, habiéndose enterado de su marcha, había resuelto entrar en aquella primera noche de ausencia del dueño. La lámpara brilló nuevamente, y Richard se ocultó detrás de un diván. Cuando miró de nuevo, vió un hilo de luz por la rendija de la puerta del vestíbulo.

—¡Ahora va a ver! —se dijo Ricardo, y descendió, corriendo, los pocos escalones que le separaban de la puerta de la calle, fué al taxi, abrió el maletín, sacó una pistola automática y una potente lámpara de mano y, volviendo hacia atrás, subió, entró y cerró con cuidado la puerta. Después, se deslizó por el corredor en dirección al comedor, al fondo, y apareció entre los pesados cortinajes que separaban esta habitación de la biblioteca.

El ladrón no había perdido el tiempo en quitar

el cuadro del escondrijo de la pared, y, a la débil claridad de su lámpara diminuta, Richard pudo ver una mano tanteando el secreto del cofre. La luz era muy débil como para que él reconociera al ladrón, y Richard, curioso de ver si el invento del hermano de Mary tenía los méritos que él proclamaba, esperó para ver el éxito que el ladrón obtenía.

No tuvo mucho que esperar. El ladrón era evidentemente perito en su técnica criminal, porque, en seguida, la portezuela redonda se abrió. Richard extendió la mano por detrás del cortinaje y oprimió el conmutador que le era familiar. En el mispmo instante, la biblioteca se iluminó por comleto.

Hubo un grito sofocado, casi un suspiro; al claror, surgió una figura blanca, erecta, y, encarando a Richard, estaba Mary, con el cabello suelto y envuelta en una camisa de noche, sobre la que caíale un fino peinador de seda.

Los detalles de la indumentaria pasaron por un momento inadvertidos. La primera cosa que le hirió fué la tremenda y diabólica situación. Para un hombre indignado y afligido, durante tantos meses—la fiebre crecía gradualmente y poco a poco tornábase en delirio, — para un hombre así, que volvía con el ciego instinto de hallar la cura en su propia casa, resultábale doblemente doloroso comprobar la culpabilidad de la dueña de sus pensamientos.

Richard sentíase incapaz de continuar una existencia real, sin aquella muchacha. La amaba, y, al volver para pedirle que se casara con él, la sorprendía en un acto de pillaje de sus bienes, y esto con una habilidad y finura que denotaban la práctica de estos hechos. No faltaban los guantes, para no dejar las impresiones digitales.

Por un momento, quedaron el uno frente al otro, en profundo silencio. Richard, esperando sin duda una explosión o una crisis de nervios de parte de ella. Pero Mary parecía petrificada, absolutamente muda y sin movimiento. Los brazos caídos a lo largo del cuerpo, los labios entreabiertos, los grandes ojos llenos de terror, parecía un espectro del ser bien amado. Después, sintiendo que le flaqueaban las piernas, se acercó para apoyar las manos en el respaldo de un butacón. A este movimiento, cayéronsele los guantes, que fueron a parar sobre la alfombra.

Fué Richard quien rompió el silencio.

— Parece que es usted una profesional, como su hermano. Sin duda es de familia. Supongo que él le enseñó el golpe. Pero, en realidad, no precisaba servirse de los guantes; nadie hubiera notado las huellas y, además, hubiera podido limpiarlas en cualquier ocasión.

Ella parecía no comprender. La voz áspera y silbante de Richard parecía no impresionarla. El hallaba natural que su secretaria hubiese enmudecido. ¿Qué podía decir? Acordóse súbitamente de lo que yo le informara sobre el padre, y sacó la conclusión de que debería ser una tara criminal hereditaria. ¿Cómo podía ser de otra manera? Tal vez su hermano fuera también un malhechor y estuviese entrenado en el arte de abrir cofres.

— No se puede contar mucho con los negocios marítimos en estos tiempos de agitación mundial — profirió él sarcásticamente —. El vapor salió, pero, por una razón o por otra, suspendió el viaje en Comp Kins Ville. Decidí volver. No era por sospecha... Yo nunca hubiera creído que esto pudiera suceder más que en las novelas absurdas. Tenía otra razón diferente. ¿Puedo decir lo que me hizo volver?.

Ella asintió con la cabeza, mirándole todavía con aquella su expresión fascinadora. Richard reparó entonces, por primera vez, en su *deshabillé*, en el ebúrneo contorno de la garganta y de los hombros, en la opulencia del seno y en el brillo refulgente de su fisonomía. La extraordinaria y excitante belleza de Mary le hirió como una saeta y despertó en él los instintos salvajes.

— Quiero decirle por qué volví. En el momento en que el vapor levó anclas descubrí que no podía vivir sin Mary Burns. Comprendí inmediatamente que ella era tan necesaria a mi existencia como el alimento, el agua o el fuego. Vi que había sido un loco perdiendo una cosa sin la cual no me era posible vivir. Y, al llegar a Comp Kins Ville, siéndome imposible el descanso, resolví interrumpir el viaje y volví hacia aquí, con la intención de decirle a Parker que rogase a usted bajara por unos minutos. Quería pedirle, Mary, que fuera usted mi esposa.

Mary levantó la cabeza y se fijó en él, no con expresión de miedo o súplica, sino con una singular expresión encantadora, de ensueño.

— ¿Quería usted casarse conmigo? — preguntó ella, con voz lenta y casi sin timbre.

— Sí — respondió él —, fué eso lo que me hizo volver. Yo no sabía si aceptaría usted o no, o si ya tenía algún otro compromiso. Prescindí de toda reflexión... Basé mi esperanza en la mirada que creí verle cuando le rogué que viniera a vivir a esta casa. Parece que interpreté mal aquella mirada. Pensé que quizá fuera por mí... y no por mis bienes...

Ella escondió el rostro entre las manos, y la luz cayó sobre los brazos torneados y los hombros desnudos.

— Yo la quería a usted para esposa honrada — continuó él — y no para esclava deshonrada.

Mary se estremeció, como si hubiera sido apedreada, y continuó mirándole, confusa, horrorizada.

— Quiero decir — insistió Richard —, que esta acción suya... este arte, profesión o como se quiera llamar, la ponen a usted en mi poder...

Dirigióse rápidamente hacia donde ella estaba y la sujetó por los brazos con sus manos fuertes.

Con gran admiración suya, Mary no resistió. El esperaba rechazo, y hasta lucha, porque conocía a la muchacha fuerte. Ella le miraba de frente, con una especie de mudo llamado, acercándose más a él, y, con una mirada fija, de criatura medrosa, parecía pedirle consuelo y protección. Le impresionó tanta angustia, y, en aquel momento, sintióse propenso a ablandar la irritación y a no pensar en lo que ella era. La amaba... Bastaba con eso...

Sus labios se encontraron con los de ella y se unieron en un beso largo, de una ternura infinita.

Tomóla en sus brazos musculosos, y la llevó al piso de arriba, al cuarto que ella ocupaba en la mansión. La echó sobre su cama, le cubrió el cuerpo con una colcha de seda y corrió al comedor, en busca de «brandy». Mary no estaba completamente desmayada. Richard le levantó la cabeza y la hizo trasegar un poco de licor.

— ¿Se siente mejor? —preguntó—. ¿Puede comprender lo que le voy a decir?

Mary asintió con la cabeza, mientras tenía los hermosos ojos clavados en él.

— Entonces, escuche; ningún peligro la amenaza, ni por la ley, ni por mí. Antes me hallaba un poco excitado. Pero yo tenía razón cuando le dije que era usted mi esclava. Pero es de otra manera. Está libre, ¿comprende? Libre y, dentro de poco, más libre todavía. Ahora, me voy. Buenas noches...

quédese aquí, hasta q... yo vuelva mañana.

Ella no respondió, pero a Richard le pareció oír «buenas no...s», cuando salió de la alcoba. ...a la biblioteca, cerró la puerta del Abajo, vol... ...locó el cuadro encima, sin importarle cofre ...tenido. Después, salió, entró en el «taxi» y se dirigió al club.

A la mañana siguiente, se despertó de un sueño pesado. Nunca se había sentido tan profundamente exhausto, física y mentalmente, e invirtió algunos minutos en coordinar los acontecimientos de la noche anterior. Cuando lo consiguió, fué con una especie de amarga melancolía:

—¡Imaginarla una ladrona! ¿Quién hubiera podido concebir una cosa tan horrible? Debe ser un defecto moral hereditario... una manía. Alguna de esas taras grotescas, de que tanto se habla. Ella no necesitaba robar. ¡Una ladrona!...

La reacción nerviosa le extenuó profundamente. Tenía necesidad de tomar una determinación que le llevara un poco de paz a su cerebro. En aquel momento, las campanas de la catedral comenzaron a sonar, y aquellos sones le trajeron una especie de alivio, de consuelo:

— Jesucristo perdonó al ladrón común, y prometió que estaría con él en el paraíso. Pues bien, yo perdono a la pobre muchacha...

Fortificado por esta reflexión, se levantó, se vistió, y tomó su café. Eran apenas las diez de la mañana. Resolvió ir primero a las oficinas, en donde diría que había determinado esperar otro vapor. Sus socios podían pensar lo que quisieran. Vería el correo y después, más calmado, iría por la tarde a la entrevista con Mary. Le había pedido que se quedase en casa hasta que él volviera; ella le obedecería con certeza. Probablemente, ella estaría sufriendo, por su violencia de la noche pasada.

Al entrar en el escritorio, la primera persona a quien encontró fué al señor Jephson, el socio más viejo, que no demostró sorpresa al verle.

— Richard — dijo el señor Jephson, — hay mucha falta de vapores ahora. ¿Qué idea fué la suya de suspender el viaje?

— ¡Ah! ¿Le contaron ya lo que sucedió? — preguntó Richard negligentemente. — Decidí esperar el siguiente. En el último instante pensé en concluir unas cosas que tenía en trámite... asuntos míos particulares...

— La señorita Burns telefoneó, hace aproximadamente una hora, que usted había pasado por su casa y que había ido a pasar la noche en el club. Supongo que trajo usted esos contratos.

— ¿Qué contratos?

— Los últimos contratos del gobierno para el... — El señor Jephson se detuvo, mirando espantado, hacia su joven socio, porque Richard había palidecido súbitamente.

— ¿Quiere usted decir, Richard, que no los tiene?...

— No sé de lo qué está hablando. La señorita Burns no me dijo nada. ¿Contratos? La verdad, los últimos contratos hechos con el gobierno están en mi cofre.

— Sí, y nadie puede abrirlo sino usted o el hombre que inventó la cerradura. Ahora bien, el hombre está en Denver y los funcionarios de Wáshington deben catalogar sus papeles, para que el viento no se los lleve. Los habían extraviado y ahora nos solicitan a nosotros que les suministremos unas copias, urgentemente. ¿No le dijo nada de esto la señorita Burns? Ella esperaba abrir la cerradura. El hermano le enseñó el secreto, pero hasta las diez de la noche pasada no había conseguido su propósito... Pero, ¿qué es?... ¿Qué le sucede?... ¿Adónde va usted?...

María se había levantado y estaba sentada en una butaca, en *negligé*, con el cabello apenas sujeto y no conservando en su semblante rastro alguno de la tormenta de la noche pasada, fuera de una pequeña sombra en sus bellos ojos pardos.

Puede imaginarse su ansiedad y su mirada casi asustada hacia Richard, cuando él entró. Richard se arrojó a sus pies, junto a la butaca, y le besó la mano, en tanto que ella se inclinaba y le pasaba la otra por el rostro.

— ¡Oh, Mary..., Mary!... ¿por qué no me dijo usted?...

— No pude, Richard. Quedé sofocada... intenté hablar... la voz no venía... Me sentía como ahogada.

— ¿Me odia?

— Le adoro.

Y, después de todo..., feliz, Mary sintió que debía su ventura a su hermano, que le había revelado el secreto de la cerradura.

— Escuche, Richard — dijo ella —. Cuando Thomas trabajaba en el perfeccionamiento de su invento, vivíamos juntos. El me explicó todos los mecanismos y hacía de mí una especie de pseudoratero. El se desesperaba muchas veces y perdía la confianza. Yo abría la cerradura con la mayor facilidad... Mi tacto sutil se tornaba más sutil a través del guante. «Cuestión de temperamento», decía Thomas.

Richard sonrió:

— Facilita la opresión del botón, supongo yo.

— Sí. Entretanto, la noche pasada, trabajé durante casi tres horas, sin resultado. Después, me fuí a la cama, pero no pude dormir. ¿Adivina por qué?

— ¡Querida mía!

— Así, después de una hora, resolví volver a probar. Y, entonces...

Le miró fijamente, en los ojos.

— Veo claramente — balbuceó Richard, después de vencer el encanto de aquella mirada, — y cuando nos casemos, habré de encerrar mi felicidad con una llave de oro...

— ¡¿Casados?! Pero yo creía que iba a ser su esclava, Richard...

Richard le cubrió la boca con un beso.

— Ahora, amor mío, el esclavo soy yo..



HENRY C. ROWLAND

VERSIÓN DE JOSÉ BLAYA LOZANO



La

Dos trajes de otoño que permiten afrontar los primeros fríos. Telas de fantasía, contrastando con pieles de "petit gris" y de "loutre".



Moda

Bernard es creador de este abrigo de raso bordado, adornado con piel y del traje de paño lacre, combinado con raso negro.

UNA TRAGEDIA EN SIJOTA-ALIN



Se unió a nosotros un joven cosaco.

Viajando por la comarca del Usuri, visité no sólo los recónditos *fang-tzu* de los solitarios buscadores rusos y chinos del misterioso *ginseng* y del ambicionado oro, así como los de los cazadores de cebellinas, martas, ciervos y osos, sino también rústicas aldeas, la mayor parte de labradores cosacos y ukranianos trasplantados allí desde las márgenes del Dnieper y del Dniester. Estas aldeas, si se separan del ferrocarril que une a Vladivostok con Havarovsk, se componen, a lo más, de cincuenta casas diseminadas en una vasta área y a considerable distancia unas de otras.

En estos lugarejos, perdidos en el bosque o situados junto a rápidos torrentes montañosos, la vida es completamente distinta a la de los que se hallan próximos a la línea férrea y a la de las grandes poblaciones. Imperan en ellos, sin ninguna clase de reglas formales, leyes extrañas y una moral peculiar, sujetas a la evidente influencia del modo de ser de los nómadas mongoles. No es raro que en tan pintorescos escenarios se desarrollen conmovedores dramas íntimos. Una vez fuí testigo de ellos durante una excursión a caballo, que hice de la estación de Tchernigoff a las costas de la bahía Tetinjo.

Nuestro camino atravesaba una zona muy forestal y cruzaba la posición central de la cordillera llamada Sijota-Alin. Estábamos a 35 millas de la costa, cuando se unió a nosotros un joven cosaco que se dirigía a su casa, en la que disfrutaría de un permiso de cuatro semanas para restablecerse de las graves heridas que recibiera luchando con los *hunghuizes*, perteneciendo a un destacamento en la frontera de Manchuria. Era un mozo delgado y pálido; tenía fiebre y escupía sangre, y en sus grandes y abiertos ojos se notaba una expresión de continuo temor. El taciturno joven cosaco estaba destinado a una prematura muerte. Viajó en nuestra compañía algunos días, y poco a poco se mostró conmigo más comunicativo, quizá porque le mediciné con interés, dándole quinina, y por las noches, si no podía dormir, una cuantas gotas de valeriana. Me dijo que hacía tres años que no había estado en su casa, de la que tanto se acordaba, y me habló, con emoción, de la placidez de su aldea, cuyo caserío se esparcía en un robledal a orillas de un río rápido y profundo, lleno de hoyas y remolinos. Se recreó especialmente en la descripción de una laguna con su marco de espadañales y junqueras y sus hermosas cañarroyas, que parecían hechas de terciopelo.

—¡Oh, si usted viera ese lago! — exclamó entusiasmado; — es precioso, sobre todo en las noches de luna. Sentado uno en su ribazo, entre los alcornoques y mirándole dormido en el resplandor lunar, parece de plata. A veces, círculos y rayas surcan en su apariencia bruñida superficie; las hacen el movimiento de un pez o el chapuzón de un pato retrasado, alterando la lisura de la extensión de fundida plata. ¡Qué hermoso es!

Mirando el rostro macilento y los soñadores ojos del cosaco, sonreí y le pregunté.

— Seguramente no estaba usted solo cuando se sentaba a contemplar el lago de plata.

Bajó la cabeza y, al cabo de un instante de silencio, murmuró:

— Estaba con mi novia. La quiero más que a mi vida. Al separarme de ella para ir al servicio, juró que me esperaría. Ahora sólo me falta un año para cumplir, y luego volveré a mi tierra y me casaré con ella.

— Que Dios les conceda la felicidad que desean — añadí sin más comentarios.

El país entre el ferrocarril del Usuri y la sierra de Sijota-Alin es interesante desde el punto de vista histórico y etnográfico. Antaño existió en él una elevada cultura, probablemente coreana. El pueblo de Reino Ermitaño fué, en cierta época, valiente y poderoso; pero, por tener vecinos más belicosos y emprendedores — los japoneses y los chinos, — perdió la independencia y su civilización y aun la libertad de su patria. Hallé en los bosques ruinas de murallas y fosos, cimientos de piedra de grandes edificios reducidos a pedazos, quizá templos, palacios o fortalezas. Vestigios del antiguo arte escultórico de aquellos tiempos subsisten en formas de inmensas tortugas de granito, de seis u ocho pies de altura, algunas de las cuales tienen grabadas en los lomos figuras que representan pájaros, flores y otros adornos.

Allí hubo una vida noble y activa, como lo demuestran los restos de los amplios caminos, ahora llenos de tierra y broza, que entonces estaban empedrados con guijarros, y los de bien construídos puentes de piedra, de dos de los cuales vi las ruinas en el Daobi-Ho y sobre un torrente cuyo nombre no pude saber. En nuestros días sólo hay por doquiera una selva salvaje y deshabitada. Ni siquiera encontré los aislados *fang-tzu*, pero sí muchos rebaños de gamos y *kabargas* (*Gazella Cabargamosca*) y de antílopes almizclados.

También vimos las huellas de una *barse* o pantera del Norte, pues descubrimos el cuerpo, aun caliente, de un ciervo con el cuello desgarrado, claros indicios de que acabábamos de ahuyentar a la bestia carnicera. Las marcas de la fiera se destacaban frescas alrededor de la presa, y observándolas, los cosacos convinieron unánimemente en que eran las de una pantera, el terror de los venados, de los caballos y del ganado. Siguiendo las huellas llegamos, por último, a un paraje donde desaparecían.

— Se ha subido a un árbol — dijo el más joven de nuestros guías.

Miramos en torno nuestro las ramas de los robles y cedros más próximos, pero no pudimos distinguir al feroz animal. Fijándonos en todos los árboles a lo largo del sendero, llevábamos andada una milla, cuando divisamos un objeto obscuro que saltó de un roble, corrió a través de un claro del monte y trepó a otro roble solitario con asombrosa celeridad. Los cosacos prepararon sus carabinas

y se apresuraron a rodear el árbol, y yo les seguí con mi «henel» dispuesto. El cosaco enfermo fué el primero que se puso debajo del refugio de la pantera y, sin desmontar, le apuntó e' hizo fuego.

La terrible bestia cayó de las ramas como un pesado saco, muerta de un balazo en la cabeza. Tenía un color pardo obscuro y era un hermoso ejemplar, con manchas amarillas en todo el cuerpo, que medía más de un metro de largo. La cabeza era desproporcionadamente grande y la cola muy larga.

— Ha sido un buen tiro — dije al cosaco.

— Soy de una compañía de tiradores escogidos — me contestó con orgullo. — Sólo pertenecen a ella los que tiran muy bien. Y además, cazo constantemente animales dañinos en los bosques de la Manchuria del Norte; así que tengo alguna práctica.



Estaba con mi novia.

Los cosacos desollaron con habilidad la pantera, y yo adquirí la piel, por diez rublos, para el Museo.

Cuando llegamos a la aldea del cosaco enfermo, me vi precisado a detenerme allí tres días, debido a que mi caballo se había torcido una pata y no podía andar. Dediqué el tiempo a cazar, porque en el lago, tan poéticamente descrito por el mozo enamorado, abundaban las aves acuáticas, que me proporcionaron grato solaz.

Me alojé en la casa del atamán del pueblo, y al principio no supe nada de mi compañero de viaje, que vivía en el extremo del diseminado lugar, a unas dos millas de distancia de donde yo paraba. Diré también que la caza me embargaba por completo y que no cesaba de recorrer las orillas de la laguna y de los numerosos arroyos que a ella afluían. Una tarde, después de puesto el sol, regresaba a mi alojamiento, bastante cansado de mis andanzas por aquellos vericuetos, y me senté en una piedra entre los matorrales de la ribera de un riachuelo, decidido a descansar un rato, puesto que me faltaba una hora de camino para llegar a mi casa.

A punto de reanudar la marcha oí pasos y voces en la orilla opuesta de la corriente. La curiosidad me hizo quedar quieto y prestar atención. Sentí la voz de una mujer, triste y entrecortada por ahogados sollozos, que interrumpía con frecuencia la entonación grave y profundamente conmovida de un hombre. Las voces se aproximaban a mí cada vez más, y, por último, pasaron cerca de mi refugio, por la senda que bordea entre el follaje la otra orilla del arroyo, dirigiéndose al lago.

La mujer hablaba bajo, verdaderamente afligida:

— No me atreví a protestar... Mi madrastra mandó que me casara, y lo hice para no ser una carga en casa. ¡Eramos tan pobres, tan pobres y miserables!...

— Pero tú juraste esperarme — exclamó el hombre con rudeza. Y empezó a toser violentamente. — ¿Lo juraste, si o no?

— Sí, lo juré — contestó la mujer, sintiéndose desfallecer.

— Bien — añadió el hombre con sarcasmo. — ¿Qué ha sido de tu juramento?... Tú, casada. ¡Estoy loco!... ¿Y con quién? ¡Con mi propio padre!... ¡Sí, lo comprendo todo!... El es rico y tiene la mano abierta para su mujercita... Y yo, ¿qué soy? Un pobre soldado... un pordiosero... ¡Cuánto daño me has hecho! Me faltan palabras para expresar lo que padezco por ti. Y, además, me da miedo hablar, porque sería para insultaros y maldeciros.

La mujer dijo algo más, pero no pude oírlo, a causa de que se habían apartado de mí y de que el viento movía los arbustos y cañizales. Salí de mi escondite, desde el que, sin intención, por mi parte, había sorprendido la dolorosa conversación de dos almas infelices, a tiempo de conocer a la atormentada pareja, y vi que el hombre era mi compañero de viaje, el cosaco tísico que, para reponerse de su grave herida, buscaba en su hogar salud, descanso y... amor.

Al día siguiente, un sentimiento de malsana curiosidad me indujo ir a verle. Le encontré en el corral arreglando la rueda de un carro. Se animó un poco al saludarme; pero no tardó en caer de nuevo en su habitual melancolía. Me invitó a tomar te, según la costumbre tradicional en Asia al recibir a un forastero. Entré en la casa, alhajada con lujo y gusto aldeanos. Pesados armarios que contenían toda clase de efectos familiares estaban arrimados a las paredes y cubría la mesa un limpio y bordado mantel. En el rincón de la derecha colgaban varios iconos de plata, imágenes de santos, con la tradicional lamparilla ardiendo día y noche delante de ellos y adornados con vistosas flores de papel. Un gran espejo y varios grabados con marcos negros pendían de las paredes. El piso de tablas enceradas, la mesa y los bancos, todo relucía como una ascua de oro. No cabía duda de que la vida en aquella casa se deslizaba normal y ordenada. Por la puerta abierta de la habitación contigua, se descubrían tapices de fabricación casera que tapaban las paredes y el suelo, y una amplia cama con un montón de almohadones, que comenzaba por uno inmenso y terminaba en uno pequeñito, como para cama de una muñeca. La pila era tan alta que el cojín de arriba casi llegaba a las vigas de cedro del bajo techo. Adornaban las paredes carabinas, revólveres, sables y cuchillos de caza, prueba indudable de que la casa pertenecía a un cosaco, porque los miembros de esta casta militar gustan de las armas sin distinción de clases, y las coleccionan y guardan con esmero en sus domicilios. Antes del bolchevismo, dicha cas-



Los cosacos prepararon sus carabinas y se apresuraron a rodear el árbol.

ta poseía sus tradiciones guerreras, hermoseadas por los reflejos de muchas epopeyas, pues no son otra cosa las historias semilegendarias, semirreales de los cosacos que se trasladaron de las márgenes del Don y del Donetz al Irtch, cerca de los Sayans, al lago Baikal, al Amur y al Usuri, impulsados por sus instintos batalladores.

Cuando penetramos en la casa, el mozo cosaco llamó a su familia. A poco entró una mujer joven, delgada, morena, de pelo rizado y expresivos ojos negros. La palidez de su rostro y el gesto de amargura de sus lindos labios, contraídos, atrajeron mi atención. Llevaba un traje obscuro, y sus dedos arrugaban el delantal con un continuo movimiento nervioso. Una vez en el cuarto echó a mi amigo el cosaco una mirada llena de pesar y terror.


A poco entró una mujer joven

— Es ella — pensé, — la que prometió aguardar a su novio y faltó a su palabra casándose con el padre de éste.

Pronto vino del bosque el viejo. Era un hombretón grueso, de espesa y canosa cabellera y de ojos vivos y alegres. Me saludó gravemente, y, tras de invitarme a comer, me dijo con desagradable ironía:

— Gracias, señor, por haber asistido a este enclenque. La gente de hoy no sirve para nada. Esas heridas no tenían importancia en mi tiempo. A mí me hicieron dos boquetes en el pecho y me metieron una bala en una pierna durante la guerra turca, y ya ve usted lo fuerte que estoy.

Se rió con sorna y añadió:

— Soy joven, más joven que mi hijo, y por eso me casé el año pasado por segunda vez. ¿Supongo que mi hijo le hablaría a usted con orgullo del padre que tiene?

— Le felicito a usted — respondí; — pero hasta ahora no había oído hablar de su matrimonio. Sin embargo, creo que las heridas que usted sufrió no fueron como la que la bala de un chino ha hecho en el pecho de este muchacho. Es una lesión seria de la que se restablecerá lentamente, y debe preocuparse de su salud durante bastante tiempo.

Mientras comíamos, observé que el viejo contemplaba con despecho y sospecha a su callada mujer y las tristes y enflaquecidas facciones de su hijo. Me aterró descubrir aquellos resplandores pérfidos en los animados y despiertos ojos del veterano cosaco, y comprendí que bastaría la más ligera provocación para que se trocase en el de una bestia feroz el corazón del gigante canoso. Era también indudable que el padre aventajaba en vigor físico a su hijo y que le ganaba en malicia. Pasé un mal rato entre aquella gente, y respiré a mis anchas cuando abandoné un hogar sobre el que presentía iba a cernirse una inevitable catástrofe.

Me fuí con la convicción de que en plazo muy próximo estallaría en su vida íntima una tormenta de pasiones, de la que ya se veían las negras nubes, se sentían las ráfagas de impetuoso viento y se vislumbraban en la lejanía los primeros relámpagos seguidos del sordo retumbar de los truenos.

Sin embargo, no pensé que se desencadenaría tan pronto.

La tarde de aquel mismo día me ocupaba en hacer mis preparativos para continuar a la mañana siguiente mi interrumpido viaje, y de repente penetró en mi cuarto el atamán que me daba hospitalidad.

— ¡Señor, querido señor! — gritó, tembloroso y muy apenado. — Venga conmigo en seguida, que acaba de ocurrir una terrible desgracia. Quizá pueda usted ayudarnos. El soldado cosaco que vino aquí con usted se ha suicidado.

Cogí presuroso mi botiquín de campaña y salí con el atamán.

Hallamos al cosaco tendido en un banco de la habitación de afuera, desvanecido, con el rostro cadavéricamente azulado, los labios apretados y en los ojos la inconfundible expresión de la muerte.

Comprendí, al momento, que en poco podía serle útil, porque otro mensajero se me había adelantado.

Le tomé el pulso, y noté que todavía palpitaba; pero cada pulsación era más débil, hasta que cesó para siempre.

Temí decir la verdad, pensando que la mujer causante de todo no podría soportarla, y que su dolor despertara los instintos de fiera en el corazón del sañudo viejo. No la vi por ninguna parte; miré en la alcoba inmediata; tampoco estaba allí.

— ¿Busca usted a mi mujer? — me preguntó el padre del muerto con voz escalofriante. — No está aquí. Salió antes de anochecer y no ha vuelto aún.

— Más vale así — repliqué, — para que no se desespere, porque debo decir a usted que su hijo ha muerto.

El viejo no manifestó el menor pesar, y se limitó a mirarme con ojos chispeantes y a murmurar:

— Esa maldita mujer no se desesperará. Ha envenenado la vida de mi hijo y la mía. Ahora ya no nos traerá más desventuras, porque todo ha terminado para los dos.—El cosaco permaneció silencioso un rato, y luego, llevándose las manos a la cabeza, dijo, con voz apagada y doliente: — ¡Se ha tirado al lago!


F. OSSENDOWSKI


Mientras comíamos, observé que el viejo contemplaba con despecho a su callada mujer.

AMARRETE RECIBE UNA VISITA INESPERADA

A MI AMIGO, BIEN QUERIDO, CARLOS FUNES



Estamos conversando en una salita del departamento que ocupan don Prudencio y Pepita en el hotel, aquí, en San Sebastián. He almorzado con ellos. Hacía tiempo que no veía a Pepita. Está muy guapa, dicho sea en la doble acepción que este término tiene en España y en la Argentina. La vida relativamente sosegada que lleva desde que se adhirió a don Prudencio ha hecho resurgir la buena moza que iba desapareciendo por la acción consumidora de una existencia nocharniega, casinera y farrista. Se ha metido un poco en carnes, ha engordado, sin perder la línea elegante; tiene unos colores de manzana silvestre; y, sobre todo, ha adquirido un aire reposado, tranquilo, señoril; unos ademanes suaves, lánguidos, y se expresa en lenguaje escogido, como una dama de la más alta alcurnia. Y hasta se ruboriza cuando Amarrete suelta alguna de sus pintorescas crudezas campestres.

—¡Prudencio, ten prudencia!...

Estoy asombrado. La mujer es mucho más flexible y rápida en sus evoluciones que el hombre. De un patán no hay forma de hacer un señor sin larguísimo aprendizaje. En cambio, con cuatro trapos a la moda y un poco de roce social, cualquier mucama adquiere las maneras de una dama distinguida. Todos esos pequeños detalles de cultura externa se los asimila la mujer al vuelo. Y, lo mismo que en el ascendente, ocurre en el caso descendente. La mujer es veloz en todo género de adaptaciones, igual de la cima al arroyo que del arroyo a la cima. La historia galante de las antiguas monarquías es buena prueba de que en toda mucama hay una posible competidora de la reina. Y los ministros, a quienes sirvió vasos de agua, se quebrarán el espinazo ante ella. En fin, Pepita se halla transformada.

—Está usted desconocida — le digo.

—¿Cree usted, don Pancho?...

— Completamente.



Pepita: más bella, más elegante, más distinguida y..., con permiso de don Prudencio...

—¡Cómo no, compadre!...

—Más atractiva, con ese aire casi de abadesa que ha tomado usted.

—El potro se va domando — dice Amarrete.

—¡Prudencio! — exclama ella. — ¡Qué comparaciones!...

Y un arrebol hechicero inunda su rostro seductor.

—La macabisa va a dar golpe en Buenos Aires, ¿eh, don Pancho?...

—¡Calla!—dice Pepita, sonriente y roja, dándole, con gesto lánguido, una palmadita en la rodilla.

—Me tenés, hijita, hecho un cadete — añade el viejo Amarrete, atusándose la pera.

—¿Y qué eres más que un cadete? Está cada día más joven — dice ella, dirigiéndose a mí. Y, volviéndose a él, añade: — Pero tienes que quitarte la pera. En Europa todo el mundo anda afeitado.

—¡Eso no!—protesta don Prudencio, como si escuchara la más absurda de las proposiciones; — está bueno que me presente contigo en Buenos Aires; pero, sin pera, no, ¡ca... rancho! Amarrete sin pera sería un escándalo en Buenos Aires. ¡Qué titeo! Se suspendía el remate, lo que entrara en lo de Bullrich. No, Pepita, hacé de mí lo que querás, pero no me toqués la pera.

— Se la cortará — me dice Pepita al oído.

De pronto entra un camarero.

— Un caballero y unas señoritas desean ver al señor Amarrete.

— Que pasen, no más.

— Permítame, señor Amarrete—dice el desconocido, no bien entra, — que le dé un abrazo. (Lo estrecha.) Usted ya no se acordará de mí... ¡Hace tantos años!... Yo soy Zugarrabeitia, Julián Zugarrabeitia...

—¿Vasco?...

— Completamente... Estas son mis hijas, Inés y Rosita...

— Muy lindas.

— Papá nos ha hablado muchas veces de usted — dice Inés, después de saludarlo.

— A todas horas le recordaba—añade Rosa.

— Su tata me honra mucho con ello, pero...

— Claro, no me reconoce—le interrumpe el

señor Zugarrabeitia. — ¡Cómo se va el tiempo, señor Amarrete! Nos conocimos..., espere usted..., fué por los días del abrazo de Roca y don Bartolo, día más, día menos; ahora van para treinta y cinco años. ¡Parece que fué ayer! Usted era casi un muchacho; estaba de martillero en lo de Perrupato y González y...—Amarrete le corta el relato para presentarnos a Pepita y a mí:

—Mi amigo don Pancho Grand...

—¡Hombre, sí! Le he oído mentar — dice, dándome la mano.

—Mi sobrina — añade don Prudencio, presentando a Pepita.

Esta, Inés y Rosita forman un grupo, charlando en el sofá. El señor Zugarrabeitia prosigue su interrumpida narración:

—Pues yo entré en lo de Perrupato y González. Había bajado de la Pampa a Buenos Aires a cobrar una lana. En aquel momento vendía usted diez mil hectáreas en General Pico. La Pampa era entonces un puro médano, sin ferrocarriles ni caminos; un desierto. Usted, con el martillo en la mano, gritaba diciendo que aquellos campos tenían un gran porvenir. Parece, amigo que le estoy oyendo: "Diez mil hectáreas a tres pesos, y treinta años de plazo; es tirado; se compra sin plata; ¡tres, tres, tres!... para los hijos, para los nietos; ¡serán todos millonarios!... ¡tres, tres, tres!... con aguada permanete, ¡es una pichincha, un regalo!... ¡tres, tres, tres!... aprovechen la ocasión; no se les presentará otra: el pueblo está ya trazado; los solares valen más que el campo..., ¡tres, tres, tres!... ¿nadie?; ¿no quieren ser ricos? Diez mil hectáreas, al lado del pueblo que se va a formar, que ya se está formando, con un ferrocarril en proyecto... ¡tres, tres, tres!... ¿No hay quien cubra la base?" Yo pensé: puede ser que este mozo tenga razón. El campo me era conocido, y sabía que el agua estaba cerca no más. Y, como tenía la plata de la lana que había cobrado, me arriesgué y cubrí la base. Usted dijo entonces: "Usted, señor, sabe lo que vendo; usted será millonario." Otro aumentó diez centavos; yo me calenté y aumenté cinco centavos. Usted dijo que no admitía ofertas menos de diez. "Pues métale los diez" — dije yo, por no pasar por misio ante tanta gente. Usted siguió rematando: "Tres veinte, tres veinte, ¿no hay quién dé más? ¡Lo quemo! A la una, ¿no? A las dos, ¿nada? A las tres, ¡lo quemé! ¿Su gracia, señor?" Yo contesté: "Julián Zugarrabeitia." Y usted dijo entonces: "Le felicito, amigo; ha hecho usted una compra macanuda." ¿No lo recuerda usted?...

—No, amigo; he dicho tantas veces eso mismo...

—Cuando se acabó el remate, y después de pagar la seña, mil pesos no más, fuimos a la "Sonámbula" a tomar la copa. ¿No se acuerda?...

—No, amigo. ¿Para qué le voy a engañar? He ido tantas veces a tomar la copa a la "Sonámbula" con los clientes de Perrupato y González...



—Pues bueno, señor Amarrete, todo lo que dijo usted en el remate, que parecía un cuento, ha resultado cierto al cabo de los años.

—Me alegro mucho, señor Zugarra...

—...Beitia, señor Amarrete...

—Y váyase por las muchas veces que resultaría cuento. Porque, amigo, cuando hay que vender, uno charla y charla, aunque sepa que está macaneando. ¿De manera que levantó usted un platal?

—Le debo a usted la fortuna. Y cuando he sabido que andaba por aquí, como yo soy agradecido, me he dicho: pues voy a verle y a darle un abrazo, aunque ya no me recuerde...

—Muchas gracias, y cuente no más con un amigo.

—Lo mismo digo. Mi casa, en San Sebastián, es de usted, y quisiera que nos honrara, así como la sobrina, aceptando venir a compartir nuestra mesa. Y como ha de andar medio cansado de la vida de hotel, allí hay habitaciones que pongo a su disposición.

—Muy agradecido, señor Zugarrabeitia. Pero cuente, cuente cómo se levantó con la compra del remate...

—Pues lo de siempre: la valorización; yo casi no hice nada. Vino el ferrocarril, y el pueblo, y la inmigración, y los agricultores, y más remates, y más trabajo, y más barrullo, y más vida. Arrendé el campo a unos italianos muy trabajadores, a Perrotto y Trota, para agricultura, por cinco años, con la obligación de dejármelo alfalfado. Cumplieron. Ellos hicieron una fortuna, y yo me encontré con un gran campo. Metí vacas. Durante unos años me fué muy bien. La hacienda me producía como doscientos mil pesos anualmente. Pero empezaron a jorobar los frigoríficos. Y lo que vi llegar a los norteamericanos, me dije:

estos trusteros nos van a tragar a los hacendados. Y liquidé la hacienda en el mejor *momento*, antes de venir la baja, y volví a arrendar otra vez el campo para agricultura, a veinte pesos la cuadra,a otros italianos, que parece que son buenos. Les va muy bien y pagan puntualmente...

—¿Así que su renta es macanuda?

—Entre unas y otras cosas, un millón de pesetas. No gastamos ni la quinta parte. Gracias a usted, señor Amarrete. No olvidaré nunca cuando dejó usted caer el martillo, diciendo: "Le felicito, amigo; se lleva usted una pichincha". Así ha resultado. Otro abrazo, señor Amarrete. Yo soy un hombre agradecido.

—¡Y mil, amigo! — exclama don Prudencio, un poco emocionado.

—Una vez que liquidé, como ya no me quedaba nada qué hacer por allá, me vine para Europa con las muchachas. Perdí a la patrona, va para diez años; está enterrada en General Pico. Fué un gran contratiempo. Era una santa. *La pobre no alcanzó* a conocer los mejores tiempos, aunque ya estábamos medio regular cuando murió. En fin..., así es la vida y no queda más que aguantar mecha. Nos instalamos en San Sebastián. Aquí se vive bien: un poco caro, pero no importa, ¡qué diablo! La plata, señor Amarrete, si no sirve para vivir a gusto, no sirve para nada. Esta es una sentencia que repetía siempre mi compadre el escribano Iribarne, que sabía escribir en *El Cívico* de Bahía Blanca. Ya murieron, Iribarne y *El Cívico*: el primero, de una tifóidea, y el segundo, por falta de papel. Pues, como le iba refiriendo, nos radicamos aquí, en San Sebastián; yo soy de un pueblo de la provincia, en la montaña. Vivimos como un año en hotel, siempre con la idea de comprar casa cuando se presentara alguna pichincha. Un día me ofrecieron un *chalet* muy lindo, de un conde medio calavera, a quien, por lo que me dijeron, lo habían pelado en Biarritz, y andaba el hombre con el agua al cuello. Cerramos trato: ochenta mil duros; ya me han ofrecido cien mil, pero no lo largo, porque me gusta, y las muchachas están también muy contentas. Tiene preciosas vistas al mar, jardín, garaje... Y, a propósito, nuestro automóvil está a su disposición. El chófer vendrá todas las mañanas a ponerse a sus órdenes.

—¡De ninguna manera, señor Zugarrabeitia! ¡Muy agradecido a sus bondades!...

—¡No me diga que no, don Prudencio, porque me enojo!...

—¿Cómo quiere, amigo, que yo consienta ¡qué esperanza! en dejar a las niñas de a pie? ¡De ningún modo! ¡Ni se le ocurra, compañero! Además, tengo auto; he alquilado uno por mes. Gracias, gracias. ¿Han oído, señoritas, la locura de su tata?

—No, señor, no es locura; nosotras tenemos el mayor gusto,dice Inés,y le vamos a pedir otra cosa.

—Diga no más, señorita.

—Que se vengan los dos a vivir al "chalet" mientras estén en San Sebastián. Ya le hemos dicho a su sobrina que le prepararemos un cuarto lindísimo, y a usted otro, cerca del que tiene papá...

—¡Eso es otra locura mucho mayor!

—Sería un gran trastorno—dice Pepita, —porque nosotros lo trastornaríamos todo...

—¡Enorme! —exclama Amarrete. —Nada, nada: no se hable más del asunto...

—Como quiera—dice Zugarrabeitia. —Pero conste, amigo don Prudencio, que lo siento. Lo que sí aceptarán es venir a casa, ya sea a almorzar, ya sea a cenar. Yo prepararé el asado; la cocinera sabe hacer la carbonada, y tenemos choclos en lata, que no habrá usted comido hace tiempo. Otra cosa: ¿quiere que le mande yerba? Porque usted tomará mate...

—Bueno, amigo, acepto la yerba, porque ya se me va acabando la que traje, y le prometo ir a almorzar algún día.

—Conformes. — *Dirigiéndose a mí*: — Y si el señor gusta acompañarnos...

—Muchas gracias, señor...

—Irá conmigo — afirma Amarrete.

—Nos retiramos—dice Zugarrabeitia. — Y ya sabe, amigo don Prudencio, cualquier cosa que se le ocurra en San Sebastián, espero que no apelará usted a nadie antes que a mí, porque mi mayor placer será servirle.

Al despedirse, Rosita, la menor, se muestra un poco azorada, como quien desea pedir algo y no se atreve. Por fin, balbuciente, se anima: "Señor, si usted quisiera..."

—No haga usted caso—interrumpe el padre; —es un capricho, una niñada...

—Hable no más, hijita—dice don Prudencio, cariñosamente, animándola.

—Pues... si conservara usted el martillo y... quisiera regalármelo... yo lo guardaría en una cajita, o en un estuche lindo que mandaría hacer...

—¡Pero, hijita, cómo no! — exclama, riéndose, Amarrete. — Lo tiene el martillero actual de Bullrich. Supongo que lo conserva, porque dice que es su mascota. Cuente, mi hijita, con él, en cuanto yo vaya a Buenos Aires. ¡Nunca en mejores manos!...

Don Prudencio, Pepita y yo nos quedamos un rato comentando la visita de Zugarrabeitia y sus hijas.

— Parece cosa de película — dice Pepita.

—Nada más real — respondo, disponiéndome a partir.

—Le acompaño unas cuadras—me dice Amarrete;—pasaremos por el telégrafo; tengo que hacer un telegrama a Buenos Aires.

Llegamos a las oficinas. Amarrete redacta el telegrama, y me lo da a leer. Dice así: "Bullrich-Buenos Aires: envíenme rápido por paquete postal martillo usé yo para rematar. Salud. *Amarrete*."

—Van a creer — me dice — que estoy loco.

—No se preocupe — contesto;—ya lo explicaré todo en CARAS Y CARETAS. Y a nadie le extrañará la opulencia de Zugarrabeitia ni el capricho de la ingenua y espiritual Rosita...

FRANCISCO GRANDMONTAGNE



LA GARZA Y EL CAIMAN



CÓMO una garza real, triste y maravillosa,
la tarde se ha posado en el juncal sedeño,
e inmóvil, en hierática actitud majestuosa,
se abisma en la perfecta plenitud de su sueño.

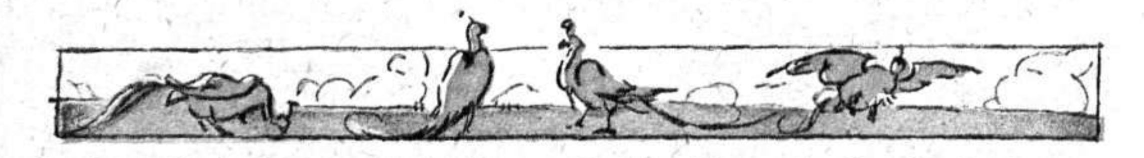
Es la hora serena de suavidad intacta
en que el alma recobra su blancura perdida,
y deshecha en la gracia de una belleza abstracta,
cae en pétalos blancos sobre el agua dormida...

Mas en las ondas quietas, los últimos reflejos
huyen sobrecogidos de alarma repentina...
y entonces, en la ciénaga que se oculta a lo lejos,
el Caimán de la Noche se despierta y camina.

El lodo disimula su viscosa presencia,
mientras boga en silencio por el negro juncal...
hasta que al fin, de pronto, víctima de su ausencia,
presa queda en sus fauces la pobre Garza Real.

Así en el alma humana el drama se condensa,
y cotidianamente enfrentándose están
el furor de la bestia, con el ave indefensa... —
la muerte es de la Garza, *y el triunfo*, del Caimán.

Fernán Félix de Amador



DIBUJO DE FAR AGNO

FREIXAS Y CÍA

1771 - Islas Malvinas

En virtud de una real orden dictada en Madrid el 7 de febrero de 1771, el comandante Orduña hace entrega el 15 de septiembre del mismo año, al capitán de la fragata de guerra inglesa llamada "Juno", del puerto de Egmont, situada en una de las islas Malvinas, por haberlo acordado así los gobiernos español e inglés.

Este puerto fué cedido a Inglaterra como una reparación, a causa de que por orden del virrey del Rio de la Plata, Bucarelli, lo habia hecho desalojar a cañonazos, pues los súbditos ingleses se habían apoderado de él mientras las islas estaban sin guarnición.

Lema-Apellido

Es sabido que en el escudo de armas de la familia Belgrano figuran tres hermosas espigas de trigo con el lema "Bel-grano". Fué el rey del Piamonte quién ennobleció con un titulo a esa familia, que ya poseia por sus hazañas militares y por sus vastos dominios, los más altos títulos de consideración a todos sus conciudadanos.

Costumbres Birmanas

La libertad de elegir esposo es absoluta para la mujer birmana, cuya educación supera en mucho a la del hombre. Los padres dejan libres a sus hijas en su elección, no intervienen en ninguna forma para inclinarlas a favor de éste o de aquél. Desde tiempo inmemorial la mujer birmana posee el derecho de propiedad, y lo que adquiere durante su matrimonio forma parte de sus bienes propios.

El divorcio se realiza en Birmania de la manera más simple: cuando los esposos han adquirido la certidumbre de que la vida en común les es imposible, la mujer compra dos cirios de cera iguales, especialmente fabricados para estos casos. El marido y la mujer, simultáneamente encienden un cirio cada uno. Llenos de ansiedad observan ambas luces: el cirio que se extingue antes indica cual es el esposo que tiene que abandonar la casa, el cual sólo puede llevarse la ropa puesta.

ACEITE - BAU



El aceite de confianza que tenemos es el Bau: siendo legitimo, no se puede vender a menor precio.

Para conocer la edad de una persona

I	II	III	IV	V	VI
1	2	4	8	16	32
3	3	5	9	17	33
5	6	6	10	18	34
7	7	7	11	19	35
9	10	12	12	20	36
11	11	13	13	21	37
13	14	14	14	22	38
15	15	15	15	23	39
17	18	20	24	24	40
19	19	21	25	25	41
21	22	22	26	26	42
23	23	23	27	27	43
25	26	28	28	28	44
27	27	29	29	29	45
29	30	30	30	30	46
31	31	31	31	31	47
33	34	36	40	48	48
35	35	37	41	49	49
37	38	38	42	50	50
39	39	39	43	51	51
41	42	44	44	52	52
43	43	45	45	53	53
45	46	46	46	54	54
47	47	47	47	55	55
49	50	52	56	56	56
51	51	53	57	57	57
53	54	54	58	58	58
55	55	55	59	59	59
57	58	60	60	60	60
59	59	61	61	61	61
61	62	62	62	62	62
63	63	63	63	63	63

Invitese a la persona en cuestión a decir en cuál o en cuáles de estas columnas está indicada su edad. Súmese las primeras cifras de cada una de estas columnas, y el juego estará hecho.

Ejemplo: Supongamos que se trata de alguien que cuenta 30 años. Encontrándose el número 30 en las columnas **II, III, IV** y **V**, tendremos:

$2 + 4 + 8 + 16 = 30$

De esta manera, si la persona preguntada cae en este sabio lazo matemático, se conocerá su edad.



Concentración

El éxito es el fruto de la concentración.

Tres generaciones dedicadas únicamente a concentrar esfuerzos ilimitados en el ramo de aceite de oliva, para perfeccionarlo, resolvieron la calidad suprema, el Aceite - Bau.

Si la casa del Aceite - Bau hubiese dispersado sus esfuerzós en vez de concentrarlos, jamás hubiera triunfado en un solo ramo.

El éxito es el fruto de la concentración.

ACEITE BAU

De Avellaneda



Gran festival organizado por el Comité de la Juventud Unión Cívica Radical, en el salón de la calle Arenales.

Reparto de víveres a los niños y familias menesterosas, que hace semanalmente en su local, el Ejército de Salvación.



NOTA COMICA DEL **GLAUDA** VERMOUTH ARGENTINO

— ¿Y es bueno tu nuevo patrón?
— Malo no es, pero a mí me carga mucho.

De Coghan




Núcleo de distinguidas señoritas que concurrió a la interesante fiesta social realizada en el domicilio de la familia de Casas en honor de sus relaciones.

LA MANO DE LA DESPOSADA

Modas extrañas están apareciendo en Londres. Arreglado el casamiento de los enamorados, se dice por el mundo entero que el feliz conquistador obtuvo la mano de la pretendida. Y ahora, en Londres, la prometida traduce materialmente esta expresión, ofreciendo a su futuro el molde de yeso de su mano derecha, sin que falte el anillo esponsal en relieve. Este moldaje cuesta tres libras esterlinas y quizás el precio sea un inconveniente para que la popularidad de la mano de yeso pase también a Sur América, donde las manos, sin embargo, son más pequeñas que en Londres.

Enamorados rusos están ofreciendo a sus futuras mitades las estatuitas de éstas en plata, de seis a siete pulgadas, cuyo precio aristocrático sube a veinte libras esterlinas. La estatuita de yeso sólo vale la mitad.

Si esta moda se arraiga en cien o doscientos años más, ha de ser muy interesante visitar la mansión de una familia histórica, pues tan curioso como la galería de los cuadros de familia, ha de ser la vitrina que encierre las miniaturas de las desposadas. Cada mansión acabará por ser un museo con colecciones de figuras rivales a las que se descubrieron en Tanagra.



TEATROS Y MUSICA

"El hombre del Sud", de los señores Florencio Parravicini y Carlos Schaeffer Gallo, y "Un cansado de la vida", de don Julio F. Escobar.



Entre dos exhumaciones de sainetes y después de tentar los antiguos éxitos del género, la compañía Cicarelli-Corsini ha puesto en la escena del teatro Apolo un esbozo dramático de los señores Florencio Parravicini y Carlos Shaeffer Gallo, titulado "El hombre del Sud", y la comedia corta de don Julio F. Escobar. "Un cansado de la vida". Estas composiciones tienen cualidades tan diversas que se destacan por ellas del cartel común, pues que se advierte en la primera la evidente intención de poner ante el público metropolitano un cuadro de la extraña mezcla de gentes que viven en las comarcas del sur; se nota, en la segunda, la vuelta del cabaret a la escena, y su propio acercamiento revela cuánto interesa más una que otra, y cuánto gana la que no usa los socorridos expedientes de atracción empleados por el "teatro chico" para forzar el aplauso. La diversidad de su construcción justifica el comentario conjunto.

"El hombre del Sud" nos proporciona un retazo de la vida en los lejanos territorios patagónicos, donde la rudeza del ambiente templa los caracteres hasta darles rasgos feroces. Ambrosio es un joven trabajador de la región, maltratado y vejado por todos a causa de una timidez enfermiza y ridícula, que lo hace temblar a las crueles amenazas de esos hombres, acostumbrados a jugarse la existencia a cada paso, pero que se siente arrebatado por una suerte de furor vesánico apenas bebe un trago de alcohol. El bandido Lara le ha quitado la prometida, los pacíficos pobladores se complacen en infundirle terror con sus grandes cuchillos, y hasta el tabernero ruso se atreve a jugarle malas pasadas para diversión de los espectadores. El pobre Ambrosio todo lo soporta a fin de impedirse a sí mismo la repetición de un drama en que fué protagonista: en cierta ocasión el alcohol lo arrastró a cometer un crimen, y ese recuerdo lo tortura más que su fama de cobarde. Pero Nel, la hija de mister Charles, inglés acaudalado que comercia con todos los productos de esas zonas, le reprocha su carácter, y el joven, prendado de la hermosa *cow-girl*, sabedor de que el propio Lara va a robarla, bebe largamente, se transforma en un loco furioso, se traba en lucha con el bandido, y cuando éste huye llevándose a la muchacha, parte en su persecución, lo retorna atado de pies y manos y lo entrega a la justicia, para escuchar el anuncio del matrimonio de Nel con un compatriota estanciero, y para caer, al fin, muerto por una herida recibida en la refriega.

El tipo del tabernero ruso, perdido en aquellas tierras, entre gente de la más baja estofa, de la cual ha aprendido el lenguaje pintoresco, es una figura que substituye al legendario cocoliche, y presta gran relieve al cuadro. Otros personajes secundarios ofrecen igualmente no poco interés, y el ambiente en que se desarrolla la acción, si no es original y nuevo, tiene la virtud de cautivar la atención por su parecido con el de la California de las cintas cinematográficas.

"Un cansado de la vida" es, en cambio, la pieza menos acertada entre la ya abundante producción del señor Escobar. Un librero honrado y pundonoroso en extremo, se encuentra en tales dificultades pecuniarias que decide poner fin a su existencia, y por los consejos de un amigo, se resuelve a tomar un seguro de vida para dejar pan a sus hijos, y hasta vende su propio cadáver a un empresario de piezas anatómicas. La situación macabra presta ocasión para realizar toda clase de chistes con los trámites de la operación; pero esto no significaría nada, si no se le ocurriera al amigo trasladar la escena a un cabaret, a fin de buscar la muerte del librero a manos de los concurrentes habituales de esos sitios de recreo. Allá van, y después de probar que los guapos de café sólo bravean con las mujeres, después de oír cantar un "shimmy" y un tango, después de triunfar ante el bello sexo y de hacerse dueño de la situación, una noticia del diario le anuncia que las mercaderías de su comercio subirán de precio por una circunstancia cualquiera, y que le sonríe la fortuna.

La fantasía de una creación teatral, por excesiva que se la exija, no permite, sin incurrir en violencia, que el auditorio se ría de un padre que se suicida por salvar a sus hijos. La situación es lúgubre, la angustia de la muerte no admite chascarrillos, y sin embargo, el protagonista pasea su terror durante tres actos entre el regocijo indiferente de un mundo para él desconocido. Y sobre esto, vuelve el cabaret, el burdo recurso del cabaret, para la exhibición de los conocidos números de variedades, con el irremediable tango por joya final.

En las dos composiciones revelan excelentes dotes interpretativas las señoras Bernal, Rinaldi y Delgado, y los señores Cicarelli, Corsini, Bono, Rosingana y Lusiardo.

"Bajo la garra", de Gregorio de Laferrére.

La compañía de doña Blanca Podestá ha repuesto una de las obras teatrales más hondas y menos conocidas del repertorio nacional; el drama en tres actos "Bajo la garra", del malogrado escritor Gregorio de Laferrére.

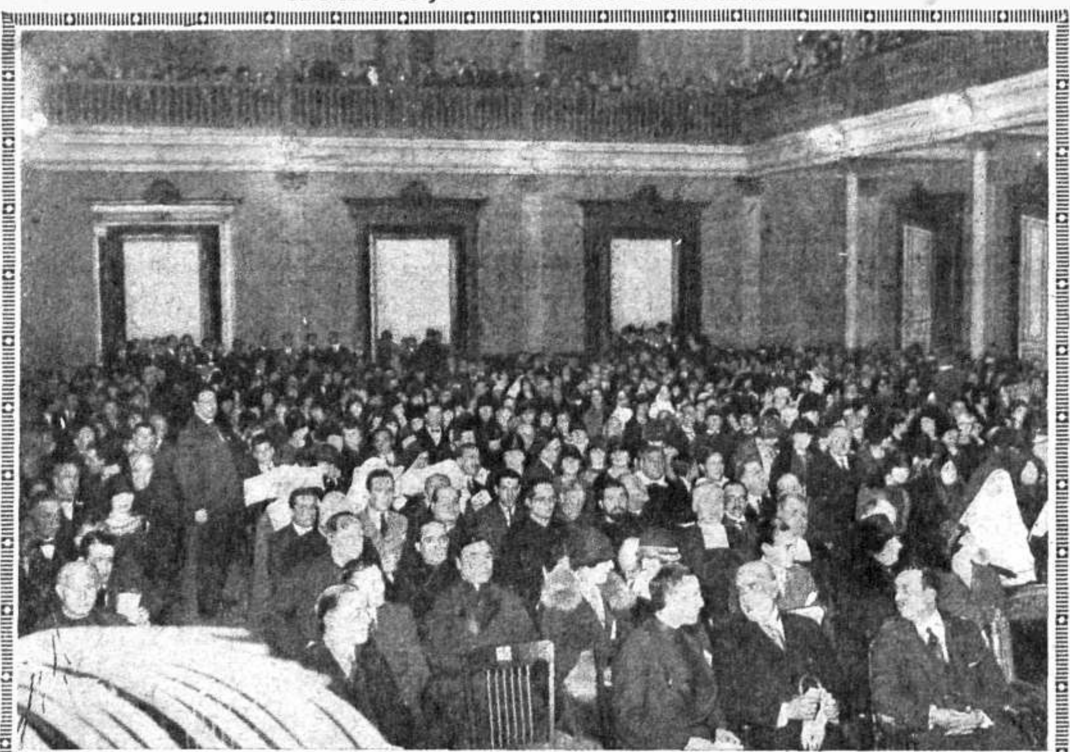
Las comedias del mismo autor, "Jettatore" y "Locos de verano", permanecieron en los carteles de nuestros teatros durante muchos años, y aun suelen reaparecer de tiempo en tiempo en las épocas de penuria escénica; pero "Bajo la garra", composición vigorosa de alta significación literaria y social, no había vuelto a las tablas desde que la estrenó la compañía de don Gerónimo Podestá, en el teatro Nacional, en 1906.

La exhumación ha sido un acierto de la dirección de esa empresa. La pintura de costumbres no ha perdido, en los veinte años transcurridos, nada de su colorido y de su verdad, y el conflicto psicológico que le sirve de argumento principal es tan actual y tan interesante como cuando Laferrére lo concibió, puesto que se funda en una observación precisa de los caracteres, y está expresado con una habilidad admirable del movimiento y de la acción escénica. Don Enrique García Velloso bien lo hizo advertir en el discurso que precedió la primera representación, llamando a la pieza "obra perfecta en la gradación reposada de su asunto, cuyas situaciones dramáticas y cómicas están sagazmente servidas por un diálogo que pasa de lo frívolo a lo transcendental y de la mordacidad ejemplificadora en su misma crueldad satírica, a la emoción que oprime y a la angustia que estremece en su terrible desenlace".

Se destacan en la realización las señoras Podestá, Vidal y Senisterra, y los señores Zama, Casamayor, Rocha y Ferraris.

J O S E O J E D A

Homenaje al Sumo Pontífice



Aspecto del salón de actos del Colegio del Salvador, durante el desarrollo de la fiesta organizada por la Liga Argentina de la Juventud Católica, en homenaje al Sumo Pontífice.





GRAMOFONO "SPORT"

FABRICACION ALEMANA — CATALOGO GRATIS

Se remite con 6 piezas y 200 púas a cualquier punto de la República.

POR SOLO **$ 28.—** LIBRE DE TODO GASTO



Caja 32 ½ × 27 × 17 cms. de metal charolado de muy buen efecto de sonoridad.

Pedidos a "CASA CHICA" de A. Ward
CALLE SALTA N.° 674-676 BUENOS AIRES

ACEPTAMOS estampillas «Pour la Noblesse» y «43» valor 2 ctvs. c/una

ENCONTRO UN REMEDIO RAPIDO PARA LOS DESARREGLOS URINARIOS

EL DOLOR FUE ALIVIADO INSTANTANEAMENTE

Muchas veces la enfermedad de los Riñones es indicada primeramente por algún desarreglo urinario, y los síntomas no dejan lugar a equivocación. La retención de la orina, un deseo de orinar demasiado a menudo, falta de control sobre la Vejiga, sedimento en los orines acompañado tal vez por dolores ardientes o irritación, son síntomas que nadie debe descuidar, y sin embargo muchas personas sufren terriblemente por ello durante años. Yo tuve la prueba de esto en el caso de un amigo que había sido curado últimamente con las Píldoras De Witt, quien me dijo que antes de tomarlas había sufrido de una manera horrible y no podía encontrar ningún remedio para aliviarse, pero que las Píldoras De Witt no solamente lo aliviaron instantáneamente, sino que le curaron completamente. Tal remedio, indudablemente, merece ser bien conocido. Además, las Píldoras De Witt son baratas y son vendidas por todos los Boticarios.

W. J. S.

De San Martín



Grupo de ferroviarios que celebró con una fiesta de camaradería el 35° aniversario de la fundación de la Fraternidad Ferroviaria

MEDITACION SOBRE LA MUERTE

Nos rodea en el vacío y silencioso espacio la sombra de los misterios. Pero bendigámosla, porque no veríamos sin ella las luminosas ideas, como sin la noche no veríamos los astros innumerables. Quien trate de conocer el misterio por la *razón pura*, y no por la fe religiosa, parécese a quien quisiera conocer las estrellas por el tacto y no por la vista. Del sepulcro no volverá nadie, jamás, pero en el sepulcro se avivan las esperanzas en nuestra segura inmortalidad. Somos los hombres como los árboles, que por sus raíces absorben el estiércol de la tierra y por sus hojas el éter de los cielos. El ataúd que mirado desde nuestra vida hiede, pues únicamente guarda podre y gusanos, mirado desde la eterna vida futura, es como cuna henchida de flores y rodeada de ángeles. Por eso asisto yo a los entierros con esperanza y a las bodas con tristeza, porque si el amor engendra siempre mortales, engendra la muerte siempre inmortales. Y los más dignos de la inmortalidad bienaventurada, los predilectos del Eterno, son los mártires.

Emilio Castelar.

Cuando usted necesite comprar algún artículo de mueblería, adquiéralo en nuestros

GRANDES ALMACENES DE MUEBLES

Se beneficiará en el precio y tendrá amplio margen de elección.



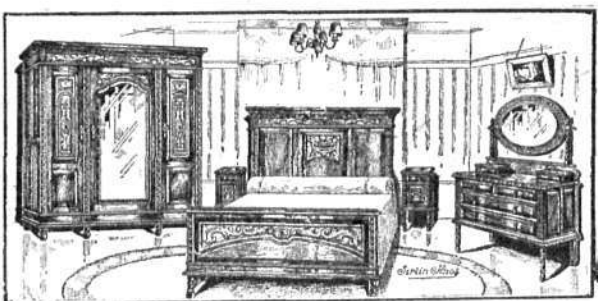
Hamaca de VIENA, marca Kohn, para niños, importada, a

$ 23

ESTANTE BIBLIOTECA, de cedro-caoba, construcción esmerada, artículo importado, dimensiones: alto 140 ctms., ancho 80 ctms......... $ **65.—**

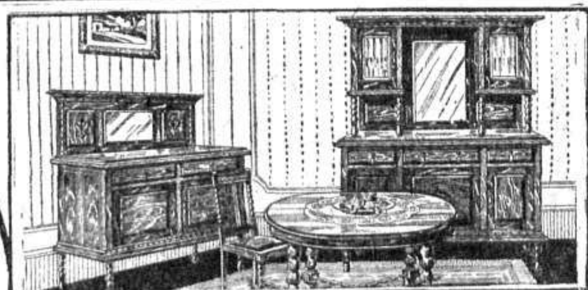


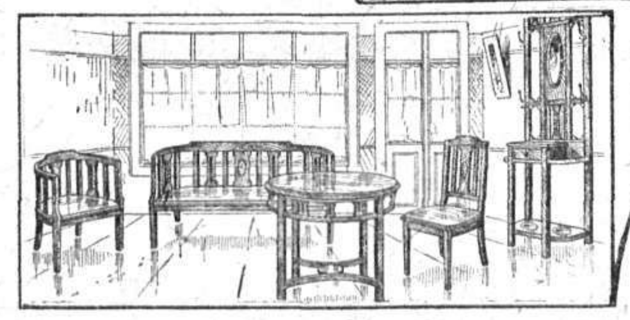
SILLA de **Viena,** importada, asientos y respaldos estampados, artículo muy reforzado. **La media docena,** a pesos .... **40.—**



JUEGO de DORMITORIO estilo "Jacobino", tallado alto relieve, construído en cedro, acabado en color patinado, herrajes empavonados; compuesto de 1 ropero, amplio formato, 3 cuerpos, metros 1,65; 1 cómoda "toilette", 2 mesas de luz, 1 cama matrimonial con elástico reforzado y 2 sillitas, a pesos.............. **680.—**

JUEGO de COMEDOR, construído en roble norteamericano, estilo "Jacobino", lunas y cristales Saint-Gobain, tapa de mármol color seleccionado; compuesto de 1 aparador con *vitrinas laterales, 1 trinchante,* 6 sillas tapizadas y 1 mesa de extensión, ovalada. El juego completo de las 9 piezas, a pesos.............. **680.—**





JUEGO VESTIBULO, construído en roble norteamericano, color claro o patinado obscuro, respaldos curvados y tallados; compuesto de 1 sofá, 2 sillones, 2 sillas, 1 mesa y 1 percha; ganchos de bronce, luna biselada. El juego completo de las 7 piezas... $ **175.—**



Corrientes, 1172.-80 --- Buenos Aires.
GRANDES ALMACENES DE MUEBLES

SILLON rodante, para enfermo, importado, norteamericano, llantas de goma, respaldos y "pieceras" movibles, a

$ 195.-

De Juárez



El R. P. Frelle rodeado por las señoritas pertenecientes a la congregación Hijas de María, que lo secundaron en su benéfica tarea de repartir víveres y ropas entre los niños pobres de esta localidad.

VADEMÉCUM DOMÉSTICO

Para limpiar los cristales de los escaparates y vitrinas conviene emplear una composición de magnesia calcinada, humedecida con bencina o alcohol, porque no deja residuos en las junturas de los marcos.

—Para ennegrecer el calzado de color, se lava bien con jabón y agua de sosa, se deja secar, se frota luego con una raja de papa cruda y una vez seco se le da betún como de costumbre.

—Para aumentar el brillo de los cuellos y de las pecheras, se disuelve un puñadito de goma arábiga en un cuartillo de agua caliente, y una vez fría la disolución, se embotella para echar una cucharada grande a cada cuartillo de almidón. Con la goma hay que echar también tres gotas de trementina.

—Las telas de color no deben plancharse con planchas demasiado calientes. El calor excesivo destruye el color, lo mismo que el sol.

—El agua de arroz sirve para almidonar muselina y tejidos de color obscuro.





LGUIEN golpeaba las manos. Yo había puesto mi cama bajo un paraíso sombroso, en el patio del hotel, cerca de un panzudo samuhú.

— Patrón — dijo por fin, uno.

¿Quién podía ser? Yo había tenido un peón de mano, allá en el centro de Formosa.

— Patrón, soy yo.

Al improviso me acordé de Saiboloc, un hachero mozo. Me incorporé.

— ¿Y qué hay, che... a esta hora?

— Nada, patrón.

— ¿Cómo nada? ¿Y venís a despertarme?

Se daba cuenta que no le reconocía. Se quitó el sombrero y dijo:

— Saiboloc, patrón.

— ¡Hoola!

No avanzó un paso, quedóse cerca de mi cama, como diciéndome: Mándame a donde quieras; yo soy tu peón. ¿No te acuerdas cuando te llevé a pescar en los esteros? Con vos cazamos charatas. Yo te di de regalo ricos cogollos de carandaí, yo te di miel de catec.

— ¿Y qué tal la suerte, Saiboloc? ¿Ganaste mucho dinero?

— Nada, patrón... nada: el toba siempre pobre. Ahora... dolor a la espalda, dolor a la espalda de día y de noche.

— ¿Y de qué?

— No sé.

— Del hacha, será.

— No sé, patrón. Dolor a la espalda, de día y de noche.

— Del hacha, Saiboloc. ¡También esa gente desalmada les hacía trabajar como bestias!

— Y el toba siempre pobre. Ropa... nada; mirá, che, patrón.

Fuímos a mi pieza; él caminaba detrás, con el sombrero pajizo en la mano. Encendí el quinqué.

— Ropa, nada.

Tenía el pecho seco y desnudo.

—¡Pero, che!...

Cuando yo le conocí, dos años antes, allá en la sombría y húmeda selva formoseña, era un mozo todo salud y fuerza.

Desmochaba troncos de quebracho, de concierto con Tuyuyú. Ganaba hasta treinta pesos mensuales; ¡pero qué manera de trabajar! ¡Qué soles! ¿Y el viento norte? ¿Y el vapor de la tierra sombrosa?

—Estás hecho un esqueleto...

—Sí.

—El hacha, che...

—No sé, patrón.

—El hacha, hombre. ¡Qué gente desalmada! Pero amigo, cada uno debe buscar lo que más le conviene; si un patrón le paga poco y le trata mal, dejarlo...

—¿Y después?...

—Después, a buscar trabajo en otra parte.

¿Dónde habían ido a parar su salud y su fuerza? Cuando me dió la mano huesuda, no sé qué sentí.

—¡Pero, che!...

Si lo hubiera llevado yo a mi tierra, de sol bravío como la suya, de altos montes y de claros ríos y de ríos negros, Saiboloc sería otro. "Llevame, patrón, a tu tierra", me decía entonces. Ahora, hecho un cadáver...

—El toba siempre pobre. Ropa, nada, nada. Don Martín echó a "nosotros", y no dió plata, ni dió ropa, ni dió pan.

—¡Don Martín!...

Era la una de la mañana. El sereno del hotel se había levantado a escuchar lo que conversábamos.

—¡Don Martín!

—Echó a "nosotros", sin ropa, sin plata y sin pan. Forchej y Naatuchic, también sin trabajo.

Los tres tobas, hacheros jóvenes, me habían servido de guía y habíanme enseñado frases de su idioma.

No sé qué vi en sus pómulos tabaco cuando le pregunté por sus padres.

—¿Y Saiboloc, el viejo?

—No lo conocí.

—¿Y la Leelenac?

—Ella se murió cuando me llevaron los Padres de las Misiones.

—¿No lo conociste, al viejo?

—No, che, patrón: los cristianos le cortaron la cabeza y los brazos.

Miraba el suelo.

De la maleta saqué un terno usado.

—Aquí tienes ropa. Pero che, estás hecho un esqueleto. ¡Quítate la ropa que traes puesta! ¿No le tienes miedo a la muerte?

—Para la muerte, Naatuchic, el médico viejo, cantaba ayer en el toldo de Tagaichic:

"Cavem chipagan.
Cavem chipagan"...

Se calzó el saco.

—De día y de noche, dolor a la espalda. Naatuchic dice que el mal es viejo y que no sabe el remedio. Y no hay trabajo ahora para el toba enfermo...

Salimos afuera. Yo me acosté; él se puso en cuclillas junto al tronco del samuhú de negra sombra.

II

Qué alegría sintió al verse vestido con mi terno!

—¿Y dónde es tu tierra, patrón?

—Lejos... Tucumán.

—¿Tucumán?

—Allí también hay montes tupidos y cañaverales.

—Cañaverales...

—Y ríos de trecho en trecho.

—Bueno, bueno.

Tan contento estaba que ya quería emprender viaje. El se hubiera ido a pie, a pie, como no. Sesenta leguas, cien leguas... ¿No iban a pie hasta los ingenios de azúcar de Salta y Jujuy?

Le prometí llevarlo: iríamos a Buenos Aires en un velero y luego en tren, hasta Tucumán.

Decía yo para mi coleto: ¿Pero para qué me podrá servir este toba enfermo? ¿De peón, de mozo de mano? Tenía ganas de trabajar; pero... ¿y el cuerpo? Saiboloc parecía un cadáver. ¡Qué cuencas las de sus ojos negros!; ¡qué palidez la de sus labios!; ¡qué tristeza la de su cara! Enfermo... y de un mal contagioso y sin remedio. ¡Que no tocaran sus manos el pan de nuestra mesa!

El día de la partida llegó al hotel obscuro, obscuro. Me tentó la cabeza para recordarme.

—Patrón...

—Sí... ya... ya.

Traía consigo el arco, las flechas y la negra lanza de su amigo Chinatoj.

III

Yo descansaba a mi placer en el coy de un marinero. No había niebla sobre el río. El velero empezó a orzar y la vela inflada parecía que iba a tocar la inquieta superficie del agua.

Tahué se aproximó a Saiboloc que se estaba boca abajo, sobre un tablón de cubierta.

—¿Te has muerto, ya, ch'amigo? Estos indios no mueren así nomás...

Y con el pie desnudo le enmarañó el cabello, le tentó la cara. Ya de tarde le había visto cara de finado.

"Dolor a la espalda"... Algo más que un dolor a la espalda... "Llevame a tu tierra, patrón". Pero... así, en ese estado, cuando ya no servía para nada... ¿Acaso no era preferible morir bajo un samuhú del bosque nativo? ¿No era mejor dejarse llevar por las rojizas aguas del Bermejo o por las impetuosas del Pilcomayo?

—Estos indios no mueren así nomás.

Con el pie le dió vuelta.

"¿Dónde es tu tierra?"...

Le cogió por las piernas, le arrastró.

—¿Pa qué vamos a llevar esto?... Ya está frío...

En las aguas se oyó: ¡Chocón!

Y Tahué exclamó:

—No hay mejor sepultura que la panza del pirá... (1)

—

(1) Pez.

FAUSTO BURGOS

Conferencia



El ministro de Instrucción Pública, doctor Sagarna, pronunciando su interesante conferencia en el acto realizado en el salón de las Damas Católicas, bajo los auspicios de la Biblioteca Nacional de Mujeres.



LEA Y RECUERDE ESTAS OFERTAS

N.º — 3005

HERMOSA GUITARRA VALENCIANA

legítima, caja en nogal de los Pirineos, boca artística, tapa en Abeto de los Alpes. Con método y embalaje gratis.

$ 39.-

Esta misma guitarra con clavijero mecánico pesos . . **42.-**

Otros modelos de guitarras Nacionales y Españolas, desde $ 12.—

Catálogo Ilustrado N.º 23. — REMITIMOS GRATIS.

N.º 4102. bis —

Regio VIOLIN

modelo de auténtico

STRADIVARIUS

buen barniz sombreado. Con arco fino, pez, estuche y embalaje gratis.

$ 45.50

Otros modelos desde $ 25.—

Catálogo Ilustrado N.º 24, remitimos gratis.







ACORDEONES

de la afamada marca

PIEMONTE

Semitonados verdadero sistema ITALIANO

N.º 6050 — 12 bajos y 31 voces pesos **85.-**

N.º 6051 — 16 bajos y 31 voces pesos **95.-**

N.º 6052. — 24 bajos y 34 voces pesos **150.-**

N.º 6053. — 36 bajos y 34 voces . . . . $ **170.-**

N.º 6054. — 48 bajos y 34 voces pesos **190.-**

Cada ACORDEON lo entregamos en elegante y sólido estuche-valija. Ofrecemos todos los demás modelos de acordeones a precios de fábrica.

Solicite el Catálogo Ilustrado N.º 26.

Maestropiano

reune en sí dos instrumentos perfectos o sea: Un regio PIANO para estudio y CONCIERTO y un

AUTOPIANO moderno.

Nuestro MODELO de propaganda . . . . **$ 1.600.-**

al contado con banquito y 6 rollos.

Catálogo N.º 31 de MAESTROPIANOS Y ROLLOS notas, remitimos gratis.

FACILIDADES DE PAGO

CASA AMERICA

SOCIEDAD ANONIMA Lda.

AVENIDA DE MAYO, 979 — BUENOS AIRES

Niños desaparecidos



Isaías Aisen, 13 años de edad, rubio, alto y delgado, domiciliado en la calle 24 de Noviembre 1190.



Luis Micheli, 14 años de edad, desapareció hace 6 meses de la escuela San Miguel, en General Roca (territorio del Río Negro), domiciliado Caracas 2355.

CARAS Y CARETAS, confiada en el éxito obtenido en otros casos similares, ruega a los lectores que puedan dar datos sobre el paradero de estos dos menores, lo hagan en la brevedad posible a nuestra Redacción, Chacabuco 151, Buenos Aires, o al domicilio de sus desconsoladas familias.

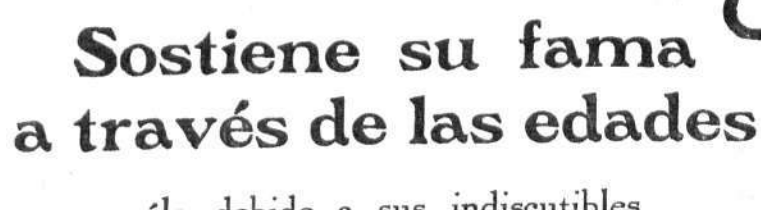
Origen de algunas frases célebres

Similia simílibus curantur. (Lo semejante cura lo semejante.)

Es el canon fundamental de la escuela homeopática, pregonado por Samuel Hahnemann — que vivió de 1755 a 1843 — en un célebre libro "Organon der Heilkunst", publicado en 1810. El principio opuesto es el de la medicina "alopática", concretado en las palabras latinas "Contraria contrariis". Ambos principios habían sido enunciados ya por Tom Erastus, en su libro "Disputat et epis, medicae", publicado en 1595, y por el danés Stahl en 1738; mas parece indudable que uno y otro se inspiraron para repetir esos principios, en un capítulo de Hipócrates, quien sostuvo que las enfermedades son a veces producidas por causas semejantes, y entonces se curan con cosas análogas, y que en otras casos son ocasionadas por causas contrarias, debiendo tratárselas entonces con remedios contrarios también.

Nec (o "non") plus ultra. (No más allá.)

Según la tradición, esas palabras fueron inscriptas por Hércules en las dos columnas que levantó en Calpe y en Abila para indicar que allí estaban los confines del mundo. Sobre esas columnas se ha escrito mucho, siendo la mención más antigua la que hizo Píndaro, según el cual a nadie era dado ir más allá de ellas. Después que Cristóbal Colón, desmintiendo lo que afirmaba esa frase, hubo descubierto el Nuevo Mundo, Carlos V modificó la inscripción para adaptarla a uno de sus escudos de armas, en el cual aparecían las columnas de Hércules y, entre ellas, una ancha cinta con la inscripción "Plus ultra", es decir, más allá,



sólo debido a sus indiscutibles méritos como bebida útil y agradable y cuyos efectos saludables han sido experimentados por millones y millones de seres.

Aperitivo-Digestivo-Estomacal

FERNET-BRANCA

Importadores: HOFER y Cía. — Buenos Aires.

S.

De Caseros



Grupo de vecinos que asistió a la fiesta realizada en el domicilio del señor Valdez, celebrando su reciente jubilación.

DAR

Todo hombre que te busca va a pedirte algo: el rico aburrido, la amenidad de tu conversación; el pobre, tu dinero; el triste, un consuelo; el débil, un estímulo; el que lucha, una ayuda moral.

Todo hombre que te busca, de seguro va a pedirte algo.

¡Y tú osas impacientarte! ¡Y tú osas pensar: qué fastidio!

¡Infeliz! La ley escondida que reparte misteriosamente las excelencias se ha dignado otorgarte el privilegio de los privilegios, el bien de los bienes, la prerrogativa de las prerrogativas: ¡dar! ¡Tú puedes dar!

¡En cuantas horas tiene el día, tú das, aunque sea una sonrisa, aunque sea un apretón de manos, aunque sea una palabra de aliento! ¡En cuantas horas tiene el día te pareces a El, que no es sino dación perpetua, difusión perpetua y regalo perpetuo!

Debieras caer de rodillas ante el Padre y decirle: "¡Gracias porque puedo dar, Padre mío! ¡Nunca más pasará por mi semblante la sombra de una impaciencia!

"¡En verdad, os digo, que vale más dar que recibir!" — enseñó Cristo.

Amado Nervo.







Si Viera Ud. una Máquina
Burroughs
En Construcción

Ha unos cuarenta años que William Seward Burroughs construyó la primera máquina de sumar de uso práctico en el comercio. Trazó sus planos en placas de metal y localizó sus centros a través de un microscopio. Su trabajo fué de una precisión perfecta.

La Burroughs Adding Machine Company ha mantenido siempre los ideales de precisión del inventor durante los cuarenta años de su existencia. Cada máquina Burroughs se construye con el mayor cuidado y precisión, pieza por pieza, y pasa por un gran número de inspecciones y pruebas durante el proceso de su construcción. Todo el material que entra en su manufactura es de primera calidad y la mano de obra es perfecta.

De ahí que una máquina Burroughs dure, puede decirse, lo que dura el negocio en que se usa, y haya un gran número de máquinas Burroughs todavía en uso después de haberlo estado por más de veinticinco años. Lo que constituye una de las razones por las cuales las máquinas Burroughs son hoy las predilectas del comercio.

Para cualquier información sírvase ponerse a la voz con nosotros. Ninguna obligación de su parte.

Compañía Burroughs Argentina
1443, Tucumán - - Buenos Aires



La mujer y la casa

MODO DE HACER LAS COMPRAS

Toda mujer debe conocer el arte de comprar las provisiones para la familia, y esto debe adquirirse en la juventud y en el hogar doméstico; porque después que pesa sobre ella la responsabilidad del manejo de una casa, no es ya el tiempo a propósito para ese aprendizaje. Todos los conocimientos relativos a los artículos necesarios para la existencia, y a los quehaceres domésticos, se han de adquirir en los primeros años de la vida, antes de cumplir los veinte, de modo que cuando las jóvenes lleguen a esa edad se encuentren en estado de asumir las responsabilidades del manejo de una casa de familia.

Nada es de tanta importancia como la conveniente elección de los comestibles. La persona que decide cuáles han de ser los alimentos y bebidas de una familia y la manera de prepararlos, es también la que hasta cierto punto decide de la salud de dicha familia. Según la opinión de la mayoría de los médicos, la falta de templanza en la comida es una de las causas más prolíficas de las enfermedades y de la muerte, y tan perjudicial como el no comer lo suficiente. Dando esto por sentado, resultará que la mujer que elige con tacto los alimentos para su familia, y conoce el modo de prepararlos, teniendo en cuenta las leyes de la higiene, hará también desaparecer uno de los mayores peligros que amenazan la vida de aquellos cuyo cuidado le está confiado.

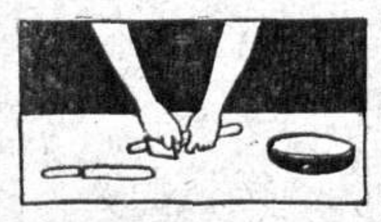


Hay dos modos de hacer las compras: primero, de una manera desordenada y despilfarradora, debido con frecuencia a la ignorancia; y, segundo, de una manera sensata y económica. A veces los comestibles más baratos son los más sanos y nutritivos, pero para conseguir las mejores clases tenemos que saber cómo escogerlos, procurando que sean frescos, buenos y apropiados para nuestras necesidades. Ante todo, debemos evitar el sistema funesto de comprar al fiado, porque las deudas son siempre causa de inquietudes y disgustos.

En próximos capítulos continuaremos sobre este asunto.

CONOCIMIENTOS UTILES

Cubiertos de plata. — Los cubiertos de plata quedan perfectamente limpios, desapareciendo de ellos las manchas producidas por el uso, si se les frota ligeramente todos los días, al lavarlos, con un pañito suave mojado con una pasta de blanco de España y amoníaco. Quedan brillantes y como nuevos.



Para quitar la caspa. — Frotar bien el cráneo con medio limón por las noches, y en pocos días desaparecerá.

Para avivar el fuego. — Cuando el fuego no arde bien y se quiere que se avive, basta echar algunos tapones viejos de botella, para conseguirlo.

El corcho seco es excelente para tener el fuego muy encendido.

DE LA MUJER

—Nada hay tan pernicioso como una coqueta desocupada.

Bastus.

—Hay mujeres que dominan a sus maridos por sus buenas cualidades, y otras, con sus defectos.

—La mujer debe gobernar la casa y el marido la caja.

—Hay mujeres que viven disimulando eternamente sus defectos, y hombres tan necios que, viviendo al lado de ellas, jamás se los conocen.

Lucio V. Mansilla.

—Las mujeres están dotadas de una *irritabilidad* más pronta y de una sensibilidad más exquisita.

Gall.

—El tedio de la mujer hace grandes estragos en la paz doméstica; enemigo invisible y poderoso, parece como que se identifica con la existencia que envenena, y se presenta con el poder de la fatalidad.

—Es una inmensa desdicha para la mujer el dar mucha importancia a lo que tiene poca, poniéndose bajo el yugo de las cosas pequeñas. Como son tantas, la desgracia puede venirle de muchas partes, y a veces sin voluntad o sin remordimiento del que la envía.

Concepción Arenal.

NOVEDAD



Muy a la moda este pequeño paraguas de diferentes colores, predominando entre ellos el de color castaño; las orillas ostentan un bordado multicolor; el puño es de cuerno color marfil.

IVONNE

De Salliqueló



Equipos de los clubs Jorge Newbery y Atlético Everton, que jugaron un interesante partido de football, venciendo el primero por 2 goals a 0.

DANTE

Imaginaos a Alighieri, lleno ya de su visión, camino del destierro, peregrino implacable, arrojado por la pasión y por la miseria, de tierra en tierra, de refugio en refugio, a través de los campos, a través de los montes, a lo largo de los ríos, a lo largo de los mares, en todas las estaciones, sofocado por la dulzura de la primavera, sacudido por la crudeza del invierno, siempre alerta, abiertos los ojos voraces, ansioso por el trabajo interior donde estaba en formación la obra gigantesca. Imaginad la plenitud de aquella alma, en el contraste de las necesidades comunes y de las infladas aspiraciones que le salían al revolver un camino, sobre un cique, en una colina, en la espesura de una selva, en un prado lleno del canto de las alondras.

Por el trámite de los sentimientos la vida, múltiple y uniforme, se le precipitaba en el espíritu, transfigurando en imágenes vivientes las ideas abstractas de que se hallaba repleto. Por cualquiera parte, bajo el peso doloroso, brotaban manantiales imprevistos de poesía. Las voces, las apariencias y las esencias de los elementos entraban en el culto trabajo y lo aumentaban en sonidos, en líneas, en colores, en movimientos, en misterios innumerables. El fuego, el aire, el agua y la tierra colaboraban en el poema sagrado, fundían en el total de la doctrina, la caldeaban, la hacían tenue, la regalaban, la cubrían de hojas y de flores... Abrid este libro cristiano, imaginad alzada, enfrente, la estatua de un dios griego. ¿No veis brotar de uno y otro la nube o la luz, los relámpagos o los vientos del cielo?

Gabriel D'Annunzio.


Para los dolores musculares: reumatismo, ciática, lumbago, caídas, golpes, torceduras, etc.
Amilal
es el bálsamo reparador.
$ 1.80 el frasco.
En las Farmacias.

Bodas de oro y plata



Los esposos Ballada-Giacomone rodeados por sus descendientes el día que festejaron sus bodas de oro matrimoniales. - San Fernando.



Los señores Jose, Nicolás y Alberto [illegible]irpo, y sus esposas, las señoras Amparo, Carmen y Leonor Rosell, que celebraron el 25.° aniversario de su enlace. — Capital.



Los esposos Servio-Salaberrieta, que festejaron sus bodas de plata. — Pergamino.



Bodas de plata. Sr. Juan C. Cáceres y señora.— Lomas F. C. S.

RADIOTELEFONIA

LAS LÁMPARAS DE DOBLE REJA O TETRODOS
I. SU FUNCIONAMIENTO Y VENTAJAS

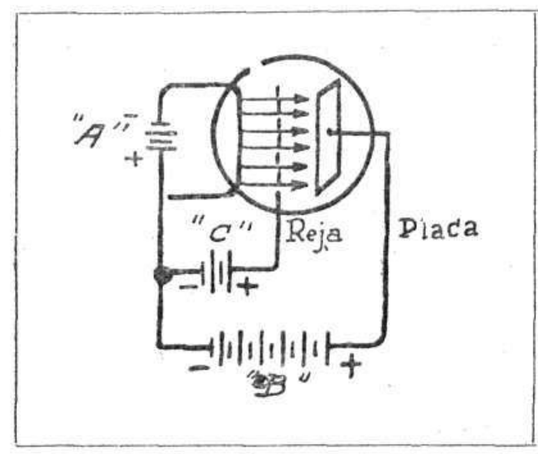


Fig. 1

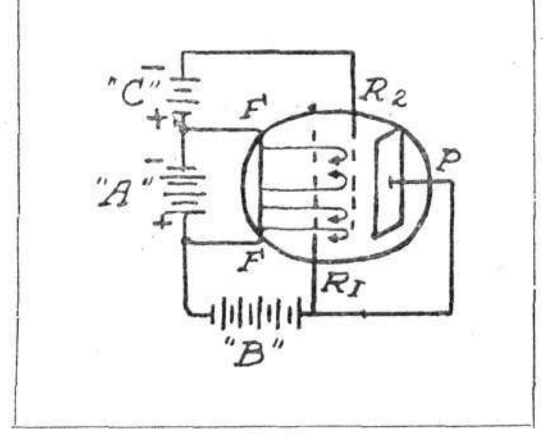


Fig. 3

El empleo de las lámparas de doble reja es casi desconocido entre la mayoría de los aficionados, quienes creen generalmente que se trata de circuitos complicados y delicados de manejar, aplicables únicamente en los ensayos del laboratorio. En realidad es todo lo contrario, pues, como verán nuestros lectores, en los próximos artículos publicaremos circuitos para tetrodos tan sencillos y perfectos en su funcionamiento que no deberán dejar de ensayarlos.

Para explicar su funcionamiento supondremos conocido el de la lámpara de tres electrodos, pues ha sido divulgado ya infinidad de veces en libros, diarios y revistas.

En la figura 1 se aplica un potencial positivo a la reja de una lámpara audión; esto aumenta la corriente de electrones o la emisión electrónica del filamento, pues a la atracción positiva de la placa se suma la de la reja; pero ésta no se opone al paso de los electrones que, debido a la enorme velocidad adquirida, siguen su curso, resultando aumentada la corriente de placa en forma notable. Si ponemos la reja y la placa al mismo potencial positivo, con respecto al filamento (fig. 2), empleando la misma batería, será necesario muy poco potencial para obtener una corriente de placa igual a la que antes se obtenía cuando la reja no ayudaba la emisión de electrones del filamento. Es decir, que si con 80 volts en placa, sin dar potencial a la reja, teníamos una corriente en el circuito placa filamento de 4 miliamperes, podremos obtener el mismo resultado poniendo la reja y la placa a un potencial de 8 a 10 volts positivos. Supongamos que en estas condiciones introducimos una segunda reja (R2 de la figura 3) entre la primera reja y la placa; si le damos un potencial negativo, con respecto al filamento, tiende a rechazar los electrones y por lo tanto disminuye la corriente de filamento-placa. Esta segunda reja R2, se comporta como la reja corriente de la lámpara de tres electrodos, pues controla el paso de los electrones.

En realidad la reja R1 sólo ayuda la emisión de electrones del filamento; por esto se le llama reja auxiliar. Sin embargo, en muchos circuitos se la puede utilizar como reja auxiliar y como segundo control de la corriente filamento-placa.

Se llega así a resultados inesperados, como ser: disminución de los controles en los receptores; menor número de lámparas para el mismo resultado; eliminación casi absoluta de la batería "B" de placa, reemplazada por una de 8 a 10 volts formada por dos pilas secas para lámpara eléctrica de bolsillo conectadas en serie. De esto se desprende otra ventaja: la eliminación de los ruidos parásitos producidos en las baterías, ya sea por mala calidad o cuando se emplea una batería algo vieja. Como el precio de la batería de 8 a 10 volts es muy reducido (varía entre 0.90 y 1.20 pesos por cada pila de 4 ½ volts) se la puede substituír más frecuentemente por una nueva.

En el próximo artículo trataremos un receptor basado en el empleo de la lámpara de doble reja o tetrodo.

Fig. 2

JORGE A. DUCLOUT

PERFUMERIA

ATKINSON

LONDRES



Los perfumes de nuestra marca gozan de fama mundial y son los preferidos, por su inimitable perfección.

LOCIONES - EXTRACTOS - POLVOS



1/4 de litro de

AGUA DE COLONIA ATKINSON

surte más efecto que UN LITRO de agua alcoholizada con esencia mala.

El JABON ATKINSON es el que posee la condición de suavizar la piel y evitar los efectos que el frío produce en los cutis delicados.



Solicite los productos
de
ATKINSON
en las casas más importantes del ramo de
PERFUMERIA



De Godoy



La señorita Ana Icich, rodeada por un núcleo de amigas que la hizo objeto de una demostración de aprecio, festejando su próximo enlace.

—¡Tomá Seneguina y dejáte de toser!

De José C. Paz




Organizado por un caracterizado núcleo de vecinos realizóse en esta localidad el homenaje popular tributado al señor Pedro Irigoin, realizándose con este motivo un interesante programa de festejos.

UN PRINCIPE QUE SOLICITA BUENA ESPOSA

EL PRINCIPE H. VON OEHRINGEN, PUBLICA UN ANUNCIO EN BUDAPEST

Berlín. — "Se necesita una mujer que quiera ser una verdadera princesa. Su edad, su aspecto, si es gruesa, si es delgada, nada de eso importa. Lo mismo se admite a las mujeres de una clase que a las de otra. Lo único que se exige es que tenga suficiente dinero para hacer frente a las necesidades de un príncipe que carece de él y que lo necesita con urgencia. Informa: el príncipe Alejandro Hohenlohe Von Oehringen, en el Asilo de Desamparados, a cargo de la policía, Budapest, Hungría."

El príncipe Hohenlohe, de cuya aventura en Budapest, al ser recogido por la policía, desfallecido de hambre en las calles de la capital húngara, se han hecho eco todos los periódicos del mundo, es el que ha sugerido el anuncio de arriba, para encontrar un medio de salir de su miseria. El príncipe ha solicitado también los servicios de un abogado que le asesore cuando llegue la hora de compartir un título de príncipe alemán, copartícipe en uno de los más ilustres apellidos del que fué imperio, con la mujer que le salga al paso, dándole comodidades materiales a cambio de aquél.

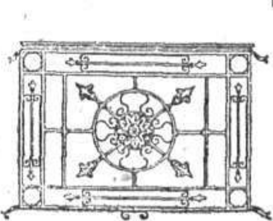
El príncipe Hohenlohe Von Oehringen tiene 53 años actualmente y se casó dos veces. La segunda esposa, que vive en Viena, ha declarado, y se recuerda ahora, que "un poco del príncipe que fué su marido, es demasiado..." La opinión no es muy honrosa para el actual huésped del Asilo de Desamparados de Budaspest. Las autoridades húngaras han informado que expulsaran de su territorio al Hohenlohe a menos que se resuelva su situación, pues le consideran legalmente "carga pública".

GALPONES, TINGLADOS, CHALETS, CASILLAS, PUERTAS Y VENTANAS

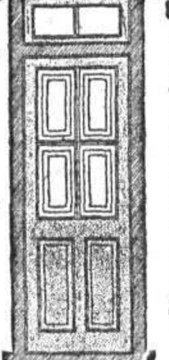
Datos que entresacamos de nuestros catálogos.



BONITO CHALET de dos habitaciones, y galería, desmontable, pesos.................... $ **1.250.-**
Esqueleto tea, bases de quebracho, pared y piso pino spruce.
Todo en tea.................. $ **1.700**



N.° 50
BALCON de 1.20×0.90 $ 40.—
El mismo, con escuadra, » 45.—



N.° 21 A

	Cedro	Ptea
2.60×75	$ 54.—	50.—
2.40×72	» 52.—	48.—

VENTANA N.° 17

	Cedro	P/tea
2×1	$ 60.—	54.—
1.80×1	» 58.—	50.—
1.50×75	» 40.—	35.—
1.20×75	» 36.—	32.—



GALPON REFORZADO

de	4×4×2.40 $ 350		de	7×16×4.00 $ 2.400
»	4×8×2.40 » 660		»	8×16×4.00 » 2.650
»	6×8×3.00 » 1.290		»	10×20×4.00 » 4.000
»	6×16×3.00 » 1.950			

Esqueleto pino tea, bases de quebracho y chapa inglesa.

Pida catálogo. Visite nuestra exposición.

GOROSTEGUI Hnos.

BRASIL, 912. - U. T. 3079, Buen Orden.



Evite dolores fáciles de combatir.

Un dolor de cabeza o de muelas, un ataque reumático o de neuralgia, son motivo suficiente para hacer perder la apacible serenidad de la persona contenta.

En esos casos, **GARDAN**, el potente calmante, alivia rápidamente aquellos dolores, devolviendo la tranquilidad al restablecer la salud.

GARDAN se puede tomar a cualquier hora, aun en ayunas. No afecta al corazón.



Recomendado por las eminencias médicas.

Se venden en cómodos tubitos que contienen 20 dosis, es decir, 10 pastillas c/uno.

Pida GARDAN en todas las farmacias.



Gardán

CALMA EL DOLOR DE CABEZA Y CORTA LA FIEBRE

NO DESCOMPONE EL ESTÓMAGO

De San Pedro

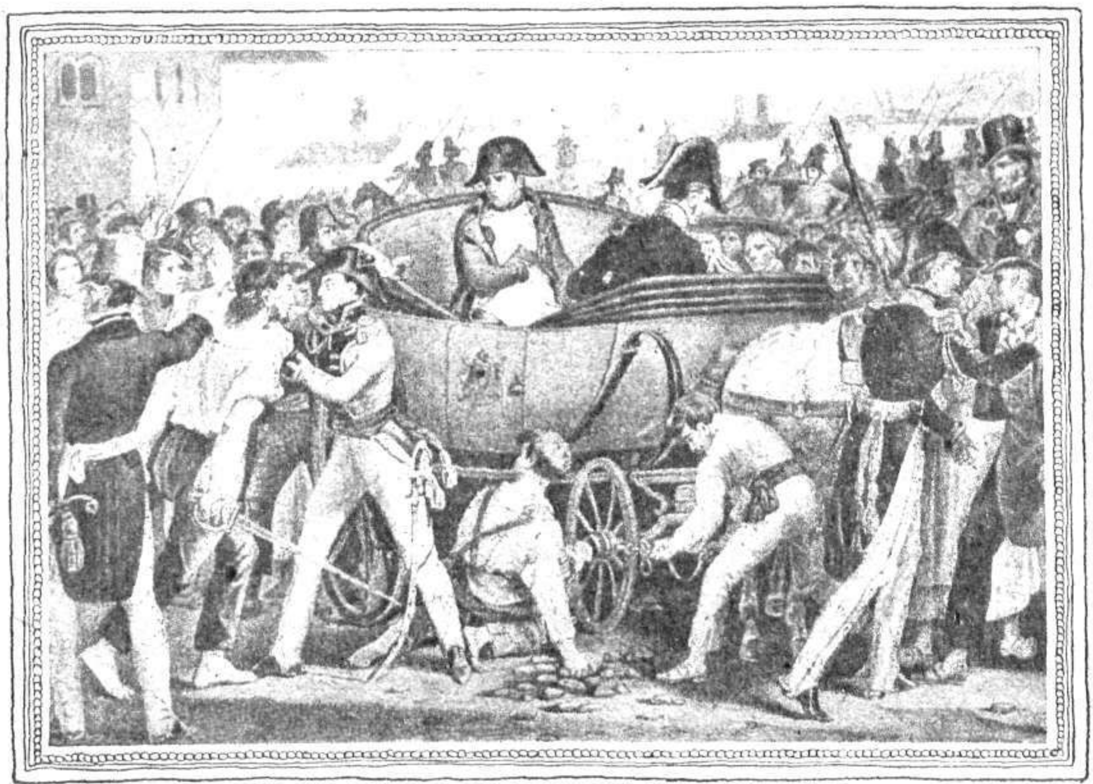


El señor Pedro Luis Bofill, hablando en nombre de la comisión del Patronato Provincial de Menores, al hacer entrega a la comisión local de la escuela de Artes y Oficios inaugurada en esta localidad.

¡QUÉ GANGA!

El famoso novelista británico Rudyard Kippling, es uno de los escritores mejor remunerados del mundo. En cierta época se le pagaba a razón de tres chelines por palabra, es decir, setenta y cinco centavos oro, aproximadamente, y habiéndolo sabido otro escritor se propuso hacerle objeto de una broma que tenía un poco de sátira. Le dirigió, al efecto, una carta, en la cual decía: "Mi querido señor: Muchísimo aprecio sus producciones literarias, pero no siendo, por desgracia, rico, debo privarme del placer de pedirle un largo artículo. Tengo que contentarme, pues, con una simple muestra de su magnífica prosa. Y como no dispongo más que de tres chelines, que encontrará usted adjuntos a la presente, le ruego que me remita una sola palabra escrita por usted".

Kippling, cortés y práctico, tomó la cosa por el lado bueno. Se guaró los tres chelines, y escribiendo en un papel la palabra "gracias", se la remitió al firmante de la carta.



SEGÚN ESTE GRABADO DE ORIGEN BONAPARTISTA, EL EX EMPERADOR SUPO CONSERVAR SU MAJESTUOSA CALMA DURANTE EL INCIDENTE DE ORGÓN.

¿NAPOLEÓN TUVO MIEDO?



APOLEÓN tuvo horas de desaliento, durante las cuales los resortes de su potente espíritu se aflojaban, perdían su habitual lucidez, y, por emplear una expresión familiar, no veía claro. Hay momentos en que este gran temerario, acostumbrado a violentar la esquiva fortuna, no se atreve.

En su juventud prestigiosa, durante la primera campaña de Italia, en Mantúa, había tenido uno de estos instantes de súbito abatimiento. A raíz del osado golpe del 18 brumario, perdió, durante un minuto, toda iniciativa. En Rusia, tapándose los oídos, había dicho a un oficial que le comunicaba lamentables informes: «¡Basta, señor, basta!» En la batalla de Hanan, él que tanta costumbre tenía de exponerse, no pudo, sin embargo, dominar sus nervios, y Macdonald, estupefacto, le vió bajar del caballo y permanecer en una postración absoluta, rehusando salir de un bosquecillo donde se encontraba.

La tarde de Waterloo, no reconoció a sus lanceros escapados del desastre, ni a Colbert, que marchaba a la cabeza, y sin que el pensamiento pareciera corresponder a esta situación, repetía diez veces, veinte veces, el nombre de un general, que, casualmente, recordaba su memoria...

—¿Piré?... ¿Dónde está Piré?

—Sire, lo ignoramos.

—*Bien*... ¿Dónde está Piré?

Las primeras horas de su llegada a París, después de la catástrofe, fueron horas de aniquilamiento. ¿Pero el miedo, el verdadero miedo, lo conoció este hombre extraordinario? Y no ya ante el enemigo y en el estruendo de las batallas, sino en presencia de algunos aldeanos exasperados, ¿temió por la salvación de su existencia material, en condiciones lastimosas? Su maravillosa historia, aun engrandecida con la agonía de Santa Elena, ¿está manchada de una extraña sumisión a las voluntades de un populacho desenfrenado, y llegó él, el héroe, hasta obedecerle profiriendo el grito más extraordinario que pudo salir de su boca?

Y, sin embargo, algunos meses más tarde, debía verificarse la epopeya del regreso de la isla de Elba, ¡la más admirable intrepidez de pensamiento y de acción!

En 1827, apareció en el *London Magazine*, luego en la *Revue Britannique*, el *Diario de un inglés prisionero de guerra en Francia en 1814*. Estas notas tienen mucha vida y movimiento, y no dejan de contribuir, de un modo importante, a la historia del período referido.

Entre otras cosas, dicho inglés había recogido directamente, sobre este hecho extraño, las penosas

pimresiones de su compatriota el coronel Neil Campbell, que acompañó a Napoleón hasta Frejus, en el momento en que el emperador caído, embarcándose en la fragata británica *La Intrépida*, iba a tomar posesión de la irrisoria soberanía que le concedieron las potencias, antes de que pensaran en reemplazar este destierro de Porto-Ferrajo por una cautividad más lejana.



Este testimonio podría ser, a primera vista, sospechoso si el narrador fuera un adversario declarado de Napoleón; pero habla de éste, no solamente con moderación, sino con respeto; no desaprovecha coyuntura alguna para demostrarle su admiración, y, con frecuencia, no se creería que es un enemigo quien escribe.

El momento en que Napoleón perdió verdaderamente toda su sangre fría, ni siquiera lo comenta; se limita a consignar el hecho.

Las primeras etapas de la partida para la isla de Elba: Montargís, Briare, Nevérs, Moulíns, Roanne, no fueron intranquilas para Napoleón. Los comisarios extranjeros que le escoltaban, le testimoniaban una extrema deferencia, y, en los descansos, aun se oyeron algunos gritos de: ¡Viva el emperador! El alcalde de Moulíns, por un sentimiento de delicadeza, al paso del gran vencido, había quitado la escarapela blanca que ostentaba su sombrero.

A partir de Lyón, la multitud estaba frenética; a medida que se avanzó hacia el mediodía, se volvió malintencionada; luego, trocóse en hostil. En Douziére se oyó gritar: «¡Abajo Nicolás!» — frase despreciativa inventada por los realistas, — «¡Abajo el tirano!» Como medida de prudencia, se atravesó Aviñón por la noche; aun así, el coronel Campbell pudo, a duras penas, apaciguar a la irritada muchedumbre.

Pero llegó el día de descanso en la casa de postas de Orgón. Allí fué donde pasó el singular incidente indicado.

Se sabían detalles trágicos de este viaje: Napoleón había cambiado su uniforme por el traje del comisario austriaco Kohler, traje que llevaba la cruz de Santa Teresa, por el sombrero del conde de Waldbourg y por la capa del conde Schonvaloff. Se conocía la escena dramática de la mesonera de la Calade, la cual, habiendo entrado en su casa el emperador, y no reconociéndole, había proferido contra él torrentes de injurias, declarando que, si ella encontrara «al corso», le mataría con sus propias manos. No se ignoraban los ardides empleados, consistentes en hacer pasar por el emperador, en el carruaje donde éste había tomado asiento primeramente, ya a Bertrand, ya a un ayudante de campo de Schonvaloff.

Pero la escena de Orgón es terrible... Allí, a pesar de su disfraz, Napoleón no esquivó a los que le esperaban, amenazadores. Se le arrojan piedras, se le rodea, separado, por un momento, de sus compañeros de viaje, se le arrancan los botones de su traje y se le escupe en el rostro.

Napoleón está lívido; tales ultrajes le desconciertan; las lágrimas brotan de sus ojos. No se defiende, se abandona, balbucea palabras incoherentes, estupefacto ante la ignominia de aquellos insultos.

Y él que ha visto, a menudo, la muerte de cerca, sin embargo, aunque cerniéndose sobre él, ciertamente, de un modo magnífico, es sobrecogido, de repente, de un indecible terror. No tiene una de sus palabras ni uno de sus gestos que volverá a encontrar al regresar a Francia, y con los cuales subyuga a las alu. Deja hacer, protegiendo instintivamente su rostro. Ya no hay nada de imperial en él. *Tiene miedo.*

Entonces, un hombre, un diablo de aldeano, más atrevido aún que los otros, le empuña por el cuello, y a él, el emperador, le da una orden:

— Grita: ¡Viva el rey!

Y Napoleón, huraño, se inclina ante la voluntad rudamente expresada por aquel puñado de rústicos y repite:

— ¡Viva el rey!

— ¡Más fuerte!... ¡Otra vez!... — aúlla la multitud.

Desfalleciente, el que ha sido el amo del mundo, se somete dócilmente, hace un esfuerzo para aumentar su voz, y de nuevo grita:

— ¡Viva el rey!

Los comisarios intentan inútilmente arengar a aquellos foragidos. Una mujer sujeta con un alfiler una escarapela blanca al sombrero de Napoleón. El general Bertrand, que se encuentra en el interior del carruaje, es reducido a la impotencia. Sólo la intervención enérgica de un antiguo caballero de San Luis, el señor de Lambert, pone fin a aquellos actos de salvajismo.

Napoleón se halla aún agitado de un temblor convulso. Espolea su caballo, marcha adelante como un correo, y se advierte que ha retenido como una salvaguarda, la escarapela que le fué impuesta hace un momento. No vuelve en sí, no se recobra, después de este acceso de espanto, hasta llegar al castillo de Bouillidón, donde encuentra a la princesa Borghese... Dos días después, asombrará con su calma, su característica predominante, y con cierta jovialidad, al capitán Usher, que mandaba *La Intrépida.*

La narración de este extraño episodio, de esta humillación suprema del gran hombre, presenta todos los caracteres de la veracidad, puesto que invoca el testimonio de cuatro comisarios extranjeros y de sus oficiales, y porque está hecha sin pasión, y en un sentido general, en cierto modo simpático al emperador.

Parece, pues, que puede admitirse como rigurosamente histórico este grito realista proferido por Napoleón en un momento de desmoralización. Las organizaciones más fuertes tienen instantes de abatimiento, y, por la misma costumbre de lo épico, se encuentran desarmadas ante peligros innobles.

He aquí dicha narración:



Al día siguiente de haber abandonado Napoleón a Fontainebleau, algunos periódicos intentaron, con bromas innobles, debilitar el efecto producido por la gran escena que había precedido a su partida; pero, amigos o enemigos, cuantos no estaban desprovistos de generosidad, quedaron conmovidos.

»Testigo de esta escena, y embargado de un involuntario entusiasmo, el comisario inglés había agitado su sombrero en el aire; y, cuando leyó el relato, la misma Mme. de Stael se había emocionado. Seis horas después del mediodía, los carruajes del emperador llegaron a Montargís, que cruzaron sin detenerse: eran los mismos caballos que le habían conducido desde Fontainebleau. Las postas habían sido



preparadas en la extremidad de la ciudad. Cerca de allí se encontraban, aproximadamente, doscientos hombres, para recibir al emperador. Este les habló de su carruaje; les dió las gracias por sus servicios, y les dijo que, en su imposibilidad de recompensarles, por lo menos no los olvidaría jamás.

»El señor Percy Algernon, que se hallaba presente, me dijo que la emoción de los hombres que formaban parte de este destacamento era tanto mayor cuanto que la compartía el mismo Napoleón, quien, inmediatamente que hubo dejado de hablar, dió a los postillones orden de partir.

»Los soldados habían llorado mientras les hablaba y muchos oficiales, al regresar a la población, rompieron sus espadas.

»El emperador llegó a las ocho a Briare, y pasó la noche en la casa de postas. Al día siguiente, invitó a desayunar al coronel Campbell, a quien hizo muchas preguntas sobre el duque de Wéllington. Mientras el coronel le contestaba, exclamó a menudo:

»— Es como yo.

»Dijo que le agradaría encontrarse con él. Preguntó, en seguida, si tenía mucho talento para arengar a los soldados, y demostró gran sorpresa cuando sir Neil le respondió que el duque de Wellington jamás los arengaba, pues si un general inglés dirigiera un discurso a sus tropas, éstas se burlarían de él. Abandonaron Briare una o dos horas después del mediodía, y llegaron hasta Nevers, donde comieron y durmieron en la posada. Un húsar de su guardia permaneció de centinela en la puerta de la habitación del emperador, donde durmió solo.

»Al otro día, partió entre las seis y las siete de la mañana; él mismo disponía las horas de marcha según lo juzgaba conveniente. Los comisarios le esperaban en la escalera. Cuando llegó el momento de subir al carruaje, la gente del hotel le saludó con gritos de ¡Viva el emperador! No pareció prestar atención alguna. Ciento cincuenta personas, aproximadamente, que se hallaban reunidas en la calle, dieron el mismo grito, sin que él las tuviera más en cuenta. Sea por temor, sea por consideración hacia un gran hombre en desgracia, los habitantes se habían quitado las escarapelas blancas que llevaban la víspera.

»El emperador fué escoltado por cincuenta húsares de su guardia hasta Villeneuve-sur-Allier. Cuando pasó ante un puesto, que estaba ocupado por un destacamento de línea, la tropa formó y los tambores tocaron. No había tropas aliadas ni en la ciudad ni en su escolta.

»Después de su partida, los comisarios volvieron a su departamento para terminar sus despachos. El coronel Pelley, que regresaba de Moulins, donde residía como prisionero de guerra, y que en este momento se encontraba en Nevérs, encargóse de remitir dichos despachos a París, a lord Castlereagh y a otros plenipotenciarios. Este coronel, que es un amigo íntimo de sir Neil Campbell, con quien había cenado en Nevérs, me dijo que los comisarios no podían considerarse como encargados de la guardia de Napoleón, quien habría podido escaparse si hubiera querido, puesto que los centinelas que se colocaban cerca de su habitación no eran sino centinelas de honor.

»Cuando los comisarios abandonaron Nevérs, fueron silbados por los habitantes. El emperador llegó a Moulíns, escoltado por algunos coraceros. En el momento de entrar en la ciudad, el alcalde salía en su carruaje, con otra persona, para ir a pasear.

»Los coraceros se adelantaron, les dijeron que llegaba el emperador y les hicieron quitar sus escarapelas blancas. El emperador atravesó Moulíns sin detenerse ni para cambiar de caballos. Algunos hombres del pueblo gritaron: ¡Viva el emperador! Fué a descansar en Roanne, de donde partió al siguiente día a las diez de la mañana.

»El sábado 23, el señor y la señora Guinot, que regresaban del Mediodía, le vieron en Tarare, mientras cambiaba la posta. Habló a las personas reunidas alrededor de su carruaje como soberano y con aire de imperio. Les preguntó si tenían trabajo y si habían sufrido mucho con la guerra. Algunos individuos gritaron: ¡Viva el emperador! En aquel momento no tenía escolta.

»En Salvagny, la última posta antes de llegar a Lyón, se detuvo para cenar. Habiendo terminado el emperador con los comisarios, se paseó por el camino y entabló conversación con el cura párroco. Le preguntó si su comuna había sufrido mucho con la guerra; luego, mostrándole el cielo, añadió que él conocía antes las constelaciones, pero que las había olvidado, y que le rogaba le dijera cómo se llamaba una que le designó con la mano. Todas estas preguntas fueron hechas en el tono de un hombre cuyo espíritu está perfectamente libre y a quien ninguna preocupación le inquieta.

»No habiendo sabido el sacerdote responder a la última, el emperador le saludó y regresó al mesón.

»La misma noche, hacia las once, llegó a Lyón. No cambió de caballos de posta en el interior de la ciudad, sino que, como medida de prudencia, atravesó el Ródano por el Puente de la Guillotiére y los relevó en el arrabal del mismo nombre, en un lugar llamado Magdalena; algunos carruajes de su comitiva habían atravesado Lyón por la mañana. El pueblo le había esperado todo el día; cuando pasó el puente, algunos individuos gritaron: ¡Viva el emperador! La población de esta gran ciudad le era, en general, muy adicta; pues tenía un recuerdo profundo de cuánto él había hecho para sacarla del estado deplorable en que la habían colocado los sucesos de la Revolución.

»El domingo 24, hacia el mediodía, el emperador encontró un correo cerca de Valence; le hizo detener y le preguntó a quién pertenecía. Como le contestara que al mariscal Augereau, el emperador le dió orden de regresar y anunciar al mariscal que deseaba hablarle. Cuando los carruajes se encontraron, ambos descendieron; el emperador saludó al mariscal quitándose el sombrero; luego le tomó por el brazo, y marcharon juntos, durante cerca de un cuarto de hora, en la dirección de Valence. Napoleón empezó por decirle:

»— ¿Dónde vas? ¿A París, a la corte?

»Augereau contestó:

»— Por el momento voy a Lyón.

»Napoleón continuó:

»— He leído tu proclama; es vulgar. Luis XVIII la juzgará así.

»Dicha proclama, fechada el 16 de abril, había sido, según se asegura, redactada en la alcaldía de Lyón, desde donde fué transmitida a Augereau para firmarla, pues este pobre hombre era incapaz de hacerlo, ni siquiera de escribir.

»Entonces, empezó a tutear al emperador, a reprocharle su insaciable ambición, y añadió:

»— Hay una gran verdad en mi proclama, y es que tú no has sabido morir como soldado.

»A pesar de este altercado, el emperador le dijo:

»— Vete, no te necesito.

»La grosería del mariscal indignó a cuantas personas la presenciaron. Los detalles de esta escena me los contó la mujer del general Letort, hoy la señora de Tracy.



»En Douzière, donde llegó muy avanzada la noche, se empezó a gritar: ¡Abajo Nicolás! ¡Abajo el tirano! ¡Abajo el corso!, y otras injurias. Durante el resto del viaje fué la sola clase de aclamación que oyó. Entró en Aviñón el 25, entre las cinco y las seis de la mañana. Las autoridades civiles hicieron cuanto estuvo en su poder para evitar el tumulto, pues habían sido advertidas que una parte de la población quería exterminarle. Cuando los carruajes se detuvieron para cambiar de caballos, un centenar de individuos rodeó el del emperador, blandiendo sables. Sólo por la ayuda de la guardia nacional, fueron preservados los días de Napoleón. Uno de sus oficiales arengó a aquellos furiosos con gran entereza, y logró calmarlos un poco. En este intervalo los caballos fueron enganchados; la guardia consiguió alejar al pueblo, y los oficiales ordenaron partir a los postillones, lo que ejecutaron a galope tendido.

»Sir Neil Campbell me contó que había llegado a Aviñón a las cuatro de la mañana, y que, aunque aun no era de día, encontró mucha gente reunida. Le dijeron que muchos miles de personas habían esperado a Bonaparte, la víspera, para matarle; y el asesinato del mariscal Brune, que quedó impune, demostró después lo que el populacho de esta ciudad era capaz de hacer. El coronel advirtió con energía que Napoleón había dejado de ser peligroso, que se marchaba de Francia en virtud de un tratado, y que, por otra parte, estaba bajo el poder de los aliados y bajo su protección.

»Cuando los carruajes llegaron a la casa de postas de Orgón, que se halla a la entrada de la ciudad el pueblo estaba reunido en tumulto alrededor de un maniquí vestido de uniforme francés, enteramente cubierto de sangre, y suspendido de un árbol. El populacho de Orgón, que, incluso en esta parte de Francia donde las costumbres son tan rudas, es reconocido por su mal carácter, rodeó el carruaje del emperador y le abrumó con toda clase de ultrajes; las mujeres, sobre todo, sobresalían por su violencia. Cuando los caballos estuvieron enganchados, se suspendió de otro árbol el maniquí, y se le insultó. Aquellos miserables impidieron avanzar el carruaje; subieron por ambos lados, arrancaron la cruz que Napoleón llevaba en su ojal y le escupieron en la cara. Uno de ellos exigió dos veces que gritara: ¡Viva el rey!, *lo cual hizo*. Contra el coche fueron arrojadas muchas piedras, cuyas señales hizo ver el general Bertrand al coronel Campbell. El conde Schonvaloff habló al pueblo con energía y le preguntó si no era vergonzoso insultar a un hombre sin defensa que, después de haber sido el dueño del mundo, se encontraba ahora a merced de ellos. Este discurso produjo el efecto deseado y evitó nuevas violencias. Un antiguo caballero de San Luis, llamado el señor de Lambert, contribuyó igualmente a calmar un poco la ira popular. Debo decir, por lo demás, que los habitantes de Orgón están ahora tan avergonzados de su conducta que, cuando en abril de 1825 les pedí me indicaran el lugar donde la mencionada escena había ocurrido, me respondieron que los hechos no eran exactos y que parecía haber cierta complacencia en calumniar a la ciudad. Cuando Napoleón regresó de la isla de Elba, muchos de ellos huyeron, ante el temor de las venganzas que sus soldados podrían ejecutar. El señor de Saint Perert y el mayor John Vivian, que llegaron a Orgón algunos días después del paso del emperador, hablaron al hombre que se alababa de haberle hecho gritar: ¡Viva el rey!

»Este suceso inquietó tanto a Napoleón que, cuando estuvo a un cuarto de hora de la ciudad cambió su uniforme por una levita azul y un sombrero redondo, con escarapela blanca, dejó su carruaje, montó a caballo, y galopó de avanzada como un correo.

»En Saint-Canat, su carruaje fué rodeado por un populacho furioso, y el general Bertrand, que se encontraba solo, y a quien asaltaron, debió la vida a la conducta enérgica del alcalde.

»El emperador, cuyo coche marchaba delante con el correo, entró en una grande, pero mala posada llamada la Calade, situada a la derecha del camino, y, aproximadamente, a cuatro millas de Aix. Mientras el correo conducía los caballos a la caballeriza, Napoleón pidió una habitación a la hostelera, a quien se había presentado como el coronel Campbell. Esta mujer le mostró una, de techo bajo y muy sombría, diciéndole que era la única de que disponía. El emperador respondió que estaba bien. Mientras arreglaba el cuarto, la mujer le preguntó si había visto a Bonaparte en el camino. Le replicó que no. Acto continuo, según ella misma lo contó algunos días después al mayor Vivián, de quien yo poseo estos detalles, se desató en injurias contra él, diciendo que ella esperaba que, si no había sido despedazado en el camino, se le arrojaría al mar mientras se le condujera a su isla.

»Napoleón se contentó con responder que se decían muchas cosas de él que no eran ciertas.

»Esta conversación le produjo tal efecto al emperador que, cuando los comisarios llegaron a la posada, le encontraron con la cabeza apoyada entre las manos. Al levantarse, sus ojos estaban bañados en lágrimas. Comió en esta posada, y a causa de los peligros a que se veía expuesto, no partió de la Calade hasta media noche. A fin de despistar a los que querían matarle, un ayudante del general Schonvaloff se puso la levita azul y el sombrero redondo con los que había llegado a la Calade el emperador, y éste vistió el uniforme del general Kohler con su cruz de Santa Teresa, el sombrero de viaje del conde de Waldbourg-Truchen, y la capa del conde Schonvaloff. Cuando estuvo ataviado de esta manera, salieron todos juntos, apretados unos contra otros, y, gracias a estas precauciones, la multitud reunida alrededor de la posada no pudo reconocerle. Algunos gendarmes que el alcalde de Aix había enviado, alejaron al pueblo de los carruajes, y todo transcurrió tranquilamente. Durante los Cien Días, esta posada fué saqueada diversas veces por los soldados, y la hostelera obligada a marcharse del país. Napoleón estaba convencido de que cuanto había ocurrido en Orgón era resultado de un complot urdido contra su vida por algunos miembros del nuevo gobierno. Al siguiente día de su llegada a Orgón, comió en el castillo de

Bouillidón, donde encontró a su querida hermana, la princesa Borghése, que allí residía cuidando su salud, y a la que contó los peligros que acababa de correr. El castillo de Bouillidón pertenece al señor Carlos, miembro de la Cámara de diputados.

»El 27 llegaron todos juntos a Frejus, donde encontraron al coronel Campbell, con *La Intrépida*, fragata inglesa mandada por el capitán Tomás Usher.

»El 28, Napoleón se embarcó en *La Intrépida*, que se dió a la vela a las once de la noche. Cuando llegó a bordo, el capitán Usher se descubrió e inclinóse del modo más respetuoso. Las velas estaban desplegadas, y la tripulación saludó a Napoleón tres veces, con aclamaciones. El emperador se conmovió tanto con este inesperado recibimiento, que derramó lágrimas, y dijo que ninguna alabanza de cortesano le había emocionado nunca de tal modo.

»Sir Neil Campbell me aseguró que, durante la travesía, había estado constantemente de buen humor. Solamente cierto día pareció experimentar una impresión muy viva al percibir en el horizonte los Alpes italianos, que le recordaban la gloria de su juventud tan brillante y tan pura. Hablaba con alguna amargura de los franceses en general; pero sólo parecía tener un resentimiento profundo contra el señor de Talleyrand, el duque de Raguse y Bernadotte.

»— Los franceses — decía — me abruman de ultrajes en sus periódicos y en sus libelos, sin recordar que ellos se adelantaban a mi deseo, y que exageraban cuantas medidas de rigor les encargaba ejecutar.

»El capitán Usher quedó sorprendido del gran número de conocimientos náuticos que poseía Napoleón. Este admiraba mucho la severa disciplina mantenida a bordo de *La Intrépida*.

»— Yo he hecho cuanto he podido — decía — para introducir una disciplina semejante en la marina francesa, pero sin éxito; los jefes bromean con sus subordinados, y se deja a los marineros jugar a las cartas y al dominó.

»El emperador se había hecho muy agradable a la tripulación, por su sencillez. Una vez, mientras comían los marineros, se acercó a ellos y probó su rancho.

»— Esos pobres Borbones — exclamó más de una vez durante la travesía — no saben gobernar a los franceses, y no durarán diez meses.

»Por lo demás, hablaba sin rencor y con moderación, y, cuando hacía mención de Luis XVIII, decía casi siempre «el rey».

»*La Intrépida* llegó a la isla de Elba al mediodía del 3 de mayo. El general Drouot fué a ver en seguida al gobernador, y se convino que Napoleón desembarcaría al día siguiente y haría su entrada en Porto-Ferrajo a las dos de la tarde. El día 4, muy de mañana, divisó con su telescopio una bonita casa de campo en el lado opuesto de la bahía, y deseó ir a ella; partió, pues, en la chalupa, acompañado del capitán Usher, del coronel Campbell y del general Bertrand. Una vez llegado a la casa, la encontraron cerrada. Se envió a alguien, en busca de la llave, a Porto-Ferrajo, y, mientras se esperaba, Napoleón demostró una impaciencia infantil por esa pequeña contrariedad. Sir Neil y el capitán Usher se alejaron un instante del emperador, fueron a una viña donde encontraron a un hombre que trabajaba, y con el que entablaron conversación. Este individuo sabía que *La Intrépida* había conducido al emperador, pero ignoraba que estuviera tan cerca. El coronel le sondeó con respecto a Napoleón. Dicho hombre se puso en extremo colérico y, con una pantomima eminentemente italiana, se tomó del cuello y acercó a él su podadora como si quisiera cortarlo, diciendo que así era como él quería servir al emperador. Sin embargo, Sir Neil me dijo que, poco tiempo después de la llegada de Napoleón a la isla, las clases populares le eran muy adictas, a causa del trabajo que les proporcionaba.

»Napoleón regresó a bordo entre las dos y las tres de la tarde; se marchó nuevamente del buque y desembarcó en Porto-Ferrajo. Fué recibido por la población, conducido a la iglesia y, en seguida, al Ayuntamiento, su residencia, donde el coronel Campbell y el capitán Usher comieron con él. El capitán Usher observó que comía con muy buen apetito.

»Los cuatrocientos hombres que habían sido designados al emperador como su guardia por el tratado del 11 de Abril, habían salido de Pithiviérs dos días antes de su partida de Fontainebleau. Pasaron por Lyón, donde los oficiales fueron invitados a una comida magnífica por muchos jóvenes de la ciudad, en el restaurant de los Brottaux. Atravesaron, en seguida, el Monte Cenis, y, en vez de ir a Turín, se dirigieron a Carmagnole y a Savone. A su arribo a este puerto, el general Cambronne envió un aviso a la isla de Elba, que llegó dos días después. Los soldados embarcaron en cinco buques ingleses, que tardaron muchos días en aparejar. Napoleón dijo que el intervalo que había transcurrido entre la llegada del aviso y la de los transportes había sido uno de los momentos más penosos de su vida. Dichos transportes llegaron el 26.

»Los carruajes, los caballos de tiro y los de su caballería fueron desembarcados el día 28, sin el menor accidente, por los marineros ingleses. Napoleón, que estaba presente, demostró gran asombro del modo con que fué ejecutado.

»— Los marineros franceses — dijo — habrían empleado, por lo menos, cuatro días en la misma tarea; todos los coches habrían sido deteriorados y la mitad de los caballos heridos.

»Algunos días después, el capitán Usher abandonó la isla de Elba. El emperador le dió, cuando se despidió de él, una tabaquera de oro, con su retrato rodeado de veinte y dos diamantes, cada uno del valor de cien libras esterlinas.

»El capitán Usher rehusó cinco mil libras esterlinas que le daban por esta tabaquera. Sir Neil Campbell se quedó en la isla de Elba durante todo el tiempo que permaneció Napoleón. Solamente hizo algunos cortos viajes al continente, y fué durante uno de ellos, cuando Napoleón regresó a Francia. Sir Neil dijo que únicamente el general Drouot tenía conocimiento de este proyecto. Los demás no lo supieron sino en el momento en que iba a ser ejecutado, y el mismo Napoleón no pensaba en él quince días antes.

Pero la noticia que recibió de Viena, de que en el Congreso se trataba de trasladarlo a Santa Elena, le determinó a intentar la atrevida empresa.

PAUL GINISTY

TRADUCCIÓN DE J. N.

De Santa Fe



SAN CRISTOBAL. — Grupo de familias que concurrió a la fiesta campestre realizada en la estancia "La Celina", en honor del jefe de policía de este departamento.

PARA SONREÍR SIQUIERA

Entre amigos:

—¿Por qué no diriges la palabra a Pepe?

—Porque fué novio de mi mujer.

—¿Y qué?

—Que me molesta que haya sido más listo que yo.

—Doctor, ¿le han concedido a usted alguna condecoración?

—No, señor, nosotros, los médicos, tenemos muchos enemigos en este mundo.

—¿En este mundo, nada más?... Me parece que más tienen ustedes en el otro.

UN CHISTE

Entre estudiantes:

—¿Qué hacemos esta noche? —dijo uno.

—Tiraré un níquel al aire. Si cae cruz, nos vamos al cine; si cara, a lo de Pepa, y si cae de canto, estudiamos.





CUIDE SU HERNIA

Durante los fríos días de invierno no debe Vd. olvidarse de los peligros que le acarrearán el dejar su hernia en el más completo abandono Un insignificante esfuerzo, un pequeño golpe de tos, puede traer en su estado graves complicaciones de las que no tardará en arrepentirse.

Visítenos sin compromiso alguno y le recomendaremos lo necesario para la completa reducción de su hernia, por más rebelde que ésta sea.

Comp. Doctor HEISER
Avenida de Mayo, 1172 — Buenos Aires
SOLICITE CATALOGO GRATIS

GARANTIA POR 3 AÑOS — $ 15

N.° 580. — AROS en plaqué 18 k. inalterable y químicas finas... $ 5.90

N.° 561. — ¡OCASION! RELOJ de acero o níquel, con 3 tapas, chato, máquina suiza, con escudo de oro y monograma grabado, precio excepcional, $ 15.00

N.° 583. — PLATA, adornos cincelados y perlas imit., pesos....... 3.95

N.° 510. — PLATA 900 para señorita, con el nombre que se desee en esmalte, a................ $ 3.90
De oro 18 k., macizo, esmalte fino a fuego, a.... $ 18.—

GARANTIA 3 AÑOS — $ 7.95

N.° 582. — BONITOS aros de oro garantido y químicas....... $ 15.00

N.° 10. — DESPERTADOR fino, caja niquelada bien observado, campana en el respaldo a gong, muy sonora, alto 15 cmts. Precio increíble...... $ 7.95

N.° 141.—PLATA 900, iniciales que se deseen en esmalte $ 5.00
20 gram. oro 18 k. sellado, con esmalte fino, $ 50.—

N.° 550.— GEMELOS plata 900, con iniciales que se deseen en esmalte, el par pesos............ 4.50
Ench. en oro 18 k. inalterable.......... $ 8.—
De oro 18 k. macizos, $ 24.

ACEPTAMOS EN PAGO CARTONCITOS 45 A 2 CTS. C/U

LA SUIZA AMERICANA

RELOJERIA - P. SEITLER - JOYERIA
BERNARDO DE IRIGOYEN 540 - BUENOS AIRES

De Santa Fe



DEL CAMPILLO. — Nueva comisión directiva del club Los Noctámbulos, de esta localidad, recientemente electa por unanimidad de votos.

De Mercedes



Personal de los ferrocarriles Oeste, Pacífico y Buenos Aires, que festejaron con un picnic de camaradería la elección de uno de sus compañeros para integrar la comisión directiva de la Caja de Jubilaciones de la Fraternidad Ferroviaria.

PERSEVERANCIA

Una de las virtudes que más raras parecen por lo poco que se ejercitan, aunque nadie está imposibilitado de ejercitarla, es la perseverancia o espíritu de continuidad. La poseyeron en grado heroico cuantos hombres eminentes dejaron huella en el mundo, y por su eficacia en el resultado y calidad de la obra emprendida puede compararse el cerebro del estadista, a la espada del soldado y al secreto del inventor. Es la perseverancia al talento lo que el vapor a la locomotora, esto es, la energía por cuyo impulso efectúa la máquina el trabajo mecánico para que fué construída. La mucha perseverancia con poco talento adelantará en los caminos de la vida al mucho talento con poca perseverancia. No es posible desviar su propósito al perseverante. Despojadle de su hacienda y hará espuelas de su pobreza. Encerradlo en una cárcel y escribirá el "Quijote".

Marden.



los dolores y postraciones de que lo hace víctima el

REUMA

Tome

Salvitae



que como disolvente del ácido úrico, antirreumático y laxante, es maravilloso. No afecta al estómago, como sucede con la mayoría de los remedios similares.

EN TODAS LAS FARMACIAS

Depositarios: ILLA & Cía. — Maipú, 73 — Buenos Aires



Agua del Salado

MINERO - MEDICINAL
DE LA PROVINCIA DE SAN JUAN

Para la curación de las enfermedades del estómago, intestinos e hígado.

No es una vulgar combinación química: es un producto recogido en las vertientes de su nombre en la provincia de San Juan, a donde acuden más de 3.000 personas por año a beber el **Agua del Salado** ahí mismo.

El tratamiento (que sólo consiste en beber media o una copa diaria del **Agua del Salado**) es un poco largo, pero la curaciones progresiva y absolutamente segura. Nuestra reputación comercial nos pone a cubierto de la sospecha de que podamos lucrar con la natural angustia de los enfermos. Así, pues, solicitamos de los que padecen algunas de las enfermedades indicadas, quieran consultar con su médico sobre la conveniencia de emplear el **Agua del Salado.**

VENTA EN FARMACIAS

Solicite Prospecto Explicativo.

LARROQUETTE y Cía.

1047, CARLOS PELLEGRINI, 1047
Unión Telefónica 41 - 2094

ANECDOTARIO DEPORTIVO

Un joven ciclista italiano de nombre Marcelo Binda que, hasta 1924, vivía en Niza, en Francia, acaba de ganar la Vuelta de Italia. Se trata de un joven campeón que se ha revelado en esta temporada, maravillando a los aficionados por su energía, su voluntad y su fuerza. Si tenemos en cuenta que en la Vuelta Ciclista de Italia, de 3.500 kilómetros aproximadamente, participaron todos los ases, desde Girardengo a Brunero, de Linari a Belloni, Gremo a Gay, etc., etc., tendremos que reconocer que la victoria de Binda supera todas las otras conseguidas hasta la fecha en la clásica carrera italiana.

La Vuelta de Italia es también una prueba antigua, que se corrió por primera vez en el año 1909, resultando ganador Luis Ganna, y segundo Carlos Galletti, quienes recorrieron los 2.448 kilómetros, en 91 horas, 51 minutos y 17 segundos. En 1910 y 1911, Carlos Galletti ganó esta carrera, que se efectuaba sobre la distancia de 3.027 kilómetros, en diez etapas. En 1912 y 13, los organizadores resolvieron hacer correr la Vuelta de Italia por equipos de cuatro corredores y sobre 2.500 kilómetros, en ocho etapas. Galletti, Pavesi, Micheletto y Gamma, ganaron en 1912, y Oriani, Pavesi, Azzini y Girardengo consiguieron el triunfo el año después. En 1914, la Vuelta de Italia volvió a correrse con el viejo reglamento, y tras una serie de accidentes, abandonos, discusiones y líos, resultó ganador Calzolari, quien recorrió los 3.175 kilómetros en 135 horas, 20 minutos.

Durante el conflicto mundial, la carrera no se disputó, y recién en el año 1919 los organizadores lanzaron otra vez la gran prueba, que tuvo mucho éxito. Girardengo, el *campionísimo*, la ganó netamente, recorriendo los 3025 kilometros en 112 horas y 51 minutos, siendo segundo el belga Buysse, y tercero Belloni. Este último ganó la carrera en 1920, seguido por Gremo y Alavoine, empleando 102 horas y 47 minutos para recorrer los 2.663 kilómetros de la Vuelta de Italia. Mientras Girardengo se había dedicado algo más a la pista, se había revelado el corredor Brunero, quien triunfó en las carreras de 1921 y 1922, haciéndolo, respectivamente, en 120 y 119 horas.

Girardengo volvió a ganar la carrera en 1923, y en 1924, un joven, un tal Enricci, triunfó en una Vuelta de Italia a kilometraje reducido, con la sola participación de los corredores individuales.

Esta vez la Vuelta de Italia se efectuó con la participación de todos los mejores ciclistas, y por esta razón el hermoso triunfo de Binda resulta más grande.



Sabido es que solamente en estos últimos años el box se practica libremente con fallos terminantes y con correspondientes knock outs. En Norteamérica, que no ha sido nunca el país de las restricciones deportivas, el box sufrió en sus comienzos, la guerra que las autoridades le hacían, con el fin de frenar la manía del juego y las luchas... poco honestas que se organizaban entre los blancos y los negros.

Para dar más fuerza a la vigilancia organizada, hubo un tiempo en que las autoridades americanas prohibieron sin más todo match de box, y fué en aquella época que los interesados escapaban lejos de las ciudades para realizar los encuentros entre boxeadores.

En aquel entonces Jimm Corbett era ya campeón del mundo, y debía enfrentarse con Joe Choynsky. Los promotores no sabían cómo defraudar la policía que había prohibido la efectuación del match, y tras reuniones secretas y discusiones de toda especie, se resolvió alquilar un buque liviano, cargar público y boxeadores y marcharse de la ciudad para anclar en la orilla del Río Sacramento. Pero durante el viaje, uno de los contrincantes dejó caer al mar sus guantes... y la comisión, no sabiendo cómo resolver el inconveniente, sorteó el par de guantes de box que quedaba y obligó a uno de los adversarios a pelear con guantes de paseo...

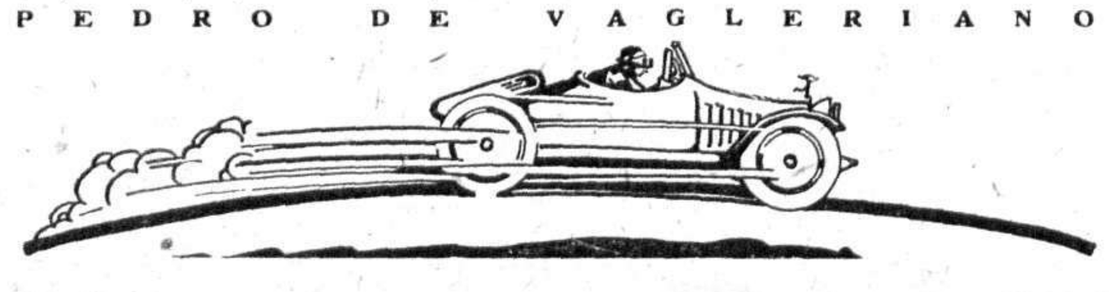
Corbett se había quedado con los guantes de box y puso knock out a Choynsky en 18 rounds.

Este hecho no es aislado, porque, según la historia, resultaría que en el año 1887, el inglés Jem Smith y el americano Jak Kilrain se fueron de noche de París hasta una isla cerca de Rouén, para enfrentarse en un match de box de un número ilimitado de rounds. Los dos púgiles habían ya combatido durante 106 rounds, cuando los gendarmes los sorprendieron llevándolos presos...

Entre los saltarines que se distinguieron por su estilo perfecto y por los *records* que marcaban durante los juegos olímpicos de París, los norteamericanos fueron, sin duda, los que más entusiasmaban a los técnicos, cuyo estudio sobre el distinto modo de saltar interesaba grandemente. No debe extrañar a los deportistas de hoy si los norteamericanos son buenos saltarines, porque desde hace veinte años son detentores de buenos *records*, y en 1904 un aficionado de Boston establecía el *record* del mundo de salto en largo sin impulso. El joven estudiante de Boston, que se llamaba C. R. Ewry, marcó 3 metros, 476 cm., batiendo el *record* del profesional inglés J. Darby, quien poseía desde 1890 el *record*, con 3 metros, 395 centímetros.

Ewry fué el mejor saltarín sin impulso y triunfó en tres olimpiadas, precisamente las de París, San Luis y Londres, sin que nadie pudiese arrebatarle el glorioso triunfo.

PEDRO DE VAGLERIANO



De San Isidro



Festival realizado en el Club Atlético Acasuso, en honor de su presidente, Antonio Lanfranconi.



Comisión provisional protectora de la Escuela número 1.



CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

DIRECCIÓN, REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

151, CHACABUCO, 155, — BUENOS AIRES

TELÉFONOS: Dirección: Unión, 0598 (Aven.) Administración: Unión, 2316 (Aven.)

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

EN LA CAPITAL:		EN EL INTERIOR	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00
Semestre.	» 5.00	Semestre	» 6.00
Año	» 9.00	Año	» 11.00
Núm. suelto	20 ctvs.	Núm. suelto	25 ctvs.
Núm. atrasado.	40 »	Núm. atrasado	50 »

EN EL EXTERIOR:

Trimestre	oro $ 2.00
Semestre	» » 4.00
Año	» » 8.00

Para Bolivia, Brasil, Costa Rica, Colombia, Cuba Estados Unidos de América, España, Ecuador, Filipinas, Honduras, Méjico, Nicaragua, Perú, República Dominicana, San Salvador y Uruguay. Año .... $ oro 5.—

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección aunque se publiquen.

Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial, y se ruega no atender a quien no la presente.

EL ADMINISTRADOR.

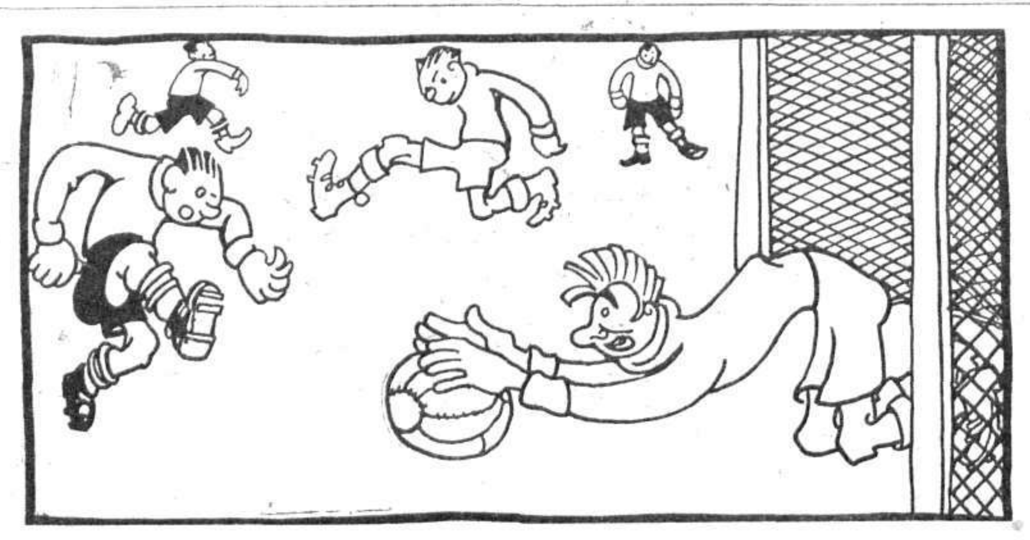


CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección:

Concurso infantil de CARAS Y CARETS. — Chacabuco, 151-155, Buenos Aires.

Se otorgarán CIEN PREMIOS, que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



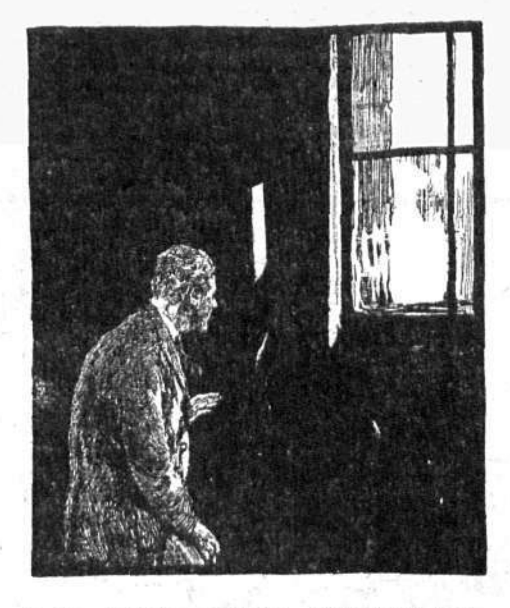
Cupón para el Concurso Infantil de CARAS Y CARETAS. — N.° 120

Nombre y apellido..

Domicilio..

Población..

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.



LA LUZ QUE LLEGABA DESDE LA VENTANA DE LA CASA FRONTERA

Aquello aconteció una tarde, un domingo, al regresar de un largo paseo.

Tulio Buti había alquilado aquella habitación desde hacía dos meses, aproximadamente. Sus propietarios, la señora Bianchi, una apacible anciana de cuño antiguo, y Clotilde, su hija, de edad casi canónica, jamás le veían; tenía por costumbre salir todas las mañanas, al amanecer, para no regresar sino cuando era de noche cerrada; ellas sabían que estaba empleado en el ministerio de Justicia; sabían, igualmente, que poseía su título de abogado; eso era todo.

Nada en la pequeña habitación, más bien estrecha, modestamente amueblada, revelaba el carácter del habitante; hubiérase dicho que deliberadamente, con una constante aplicación, éste había resuelto vivir como un extraño, como en un cuarto de hotel. Había arreglado su lencería en la cómoda, es verdad y hasta colgado algunos trajes en el guardarropa; pero, descontado aquello, nada en los muros, nada sobre los otros muebles, ni una caja, ni un libro, ni un retrato; jamás apareció sobre la mesa un objeto cualquiera, ni un sobre roto ni cualquier periódico desplegado; jamás sobre las sillas el más insignificante objeto olvidado: un cuello, una corbata, algo que indicara que en aquella habitación se encontraba, se sentía como en su casa.

Las de Bianchi, la madre y la hija, temían que no les durara mucho el inquilino. No poco trabajo habíales costado alquilar aquella pequeña habitación. Unos cuantos la visitaron, pero nadie la había querido. A la verdad, no era ni muy cómoda ni muy alegre, con aquella única ventana que daba sobre un callejón privado, estrecho, cerrado al tráfico, de donde no llegaba jamás ni aire ni luz, aplastada como estaba por la casa frontera que hacía como de pantalla.

Madre e hija hubieran querido indemnizar a aquel inquilino que tanto se hiciera desear, mediante pequeñas atenciones y cuidados; mientras duró la larga espera muchas fueron las que imaginaron y prepararon: «Le haremos esto... le diremos aquello...» y, así por el estilo; Clotilde, sobre todo, la hija había combinado mil encantadoras atenciones, mil encantadoras gracias, como decía la madre, ¡oh! pero, todo sin premeditación, sin doble intención, sin resultar importuna ni enojosa.

Era en vano. No se dejaba ver nunca.

Si ellas lo hubieran sabido, puede ser, habrían reconocido al punto que sus temores eran infundados. Aquella piecita, sombría, como aplastada por la casa de enfrente, estaba muy de acuerdo con el humor de su inquilino.

En la calle, Tulio Buti siempre andaba solo, aun sin esos dos compañeros inseparables de los solitarios: el cigarro y el bastón. Las manos hundidas en los bolsillos de su gabán, la cabeza como hundida entre los hombros, el entrecejo fruncido, el sombrero encasquetado hasta la nariz, parecía alimentar contra la vida el más sordo de los rencores.

En la oficina, jamás cambiaba una palabra con ninguno de sus compañeros, los cuales aun se hallaban en la disyuntiva de aplicarle el mote de buho o de oso, que mejor le convenía. Nadie lo había visto penetrar en el café, después del trabajo, al atardecer; muchos, en compensación, habíanle visto huir de las calles más concurridas, más iluminadas, para perderse en la penumbra de las largas callejas solitarias, en los barrios apartados, separándose cada vez de los muros para esquivar el círculo luminoso que proyectan los reverberos sobre las aceras.

El más mínimo gesto involuntario, ni la menor contracción de las facciones, ni un movimiento de sus ojos o de sus labios que pudiera traicionar jamás los pensamientos que parecían absorberle el negro dolor en que parecía encerrarse. Pero aquel secreto dolor, los tristes pensamientos que bullían debajo de su frente, estaban como impresos en su fisonomía. La devastación de aquella alma leíase claramente en la angustia perenne de los ojos claros, agudos, en la palidez del demacrado rostro, en la decoloración precoz de la frondosa e inculta barba.

Tulio Buti no escribía ni recibía cartas jamás; no leía los diarios; por más que en la calle encontrara cualquier objeto de pública curiosidad, no se detenía y no se volvía nunca para enterarse del acontecimiento; y, si, de improviso, le sorprendía la lluvia, continuaba su camino, con el mismo paso, cual si nada fuera.

Era imposible saber qué hacía en la vida. Ni él mismo, quizá, lo sabía. La soportaba. Quizá no sospechaba siquiera que se la podía soportar en forma distinta, ni que viviendo diferentemente, era posible aliviar el peso del cansancio y de la tristeza.

No había tenido infancia; no había sido joven, no, jamás. Las salvajes escenas de que fuera testigo en su hogar desde la edad más tierna, provocadas por la brutalidad y la feroz tiranía de su padres en él habían secado — arrancado mejor — todo, los gérmenes de la vida.

Después del fallecimiento de su madre, muerta aun joven por las atrocidades de su marido, la familia desbandóse: una de sus hermanas hízose religiosa, su hermano partió para América, él mismo abandonó el hogar y anduvo errante; y a costa de esfuerzos increíbles llegó a conquistar aquella situación.

En el presente no sufría más. Parecía sufrir: en realidad, el sentido del dolor habíase atrofiado en él. Parecía de continuo absorto en los más penosos pensamientos; pero no, ni siquiera pensaba. Su espíritu permanecía como somo mujado en una especie de espantosa obscuridad, de la que él apenas tenía conciencia por la actitud que experimentaba en su garganta. Cuando durante la noche transitaba

por las calles solitarias, contaba los reverberos, nada más, o contemplaba su sombra, o bien escuchaba el rumor de sus pasos; algunas veces deteníase frente al jardín de alguna «villa» y contemplaba algún ciprés, hermético y sombrío, como él, más nocturno aun que la noche.

Aquel domingo, fatigado por la larga caminata a través de la vía Apia, contra su costumbre, decidió volver a su casa. Era aun temprano para ir a cenar. Preferible era que aguardara en su pieza a que el día muriese y que llegara la hora de cenar.

Para las de Bianchi, madre e hija, aquello fué una sorpresa harto agradable. ¡Oh! ¡Clotildita batió palmas! ¿Cuál de las pequeñas atenciones combinadas, preparadas; cuál de esas gracias y «atenciones» particularmente iría a hacerle al instante? Conciliábulo entre la madre y la hija; mas, de pronto, Clotilde golpea con el pie y se palmea la frente. ¡Oh, mi Dios! ¡Y, la lámpara, la lámpara! Lo primero era llevarle la lámpara, la buena, apartada expresamente, la lámpara de porcelana floreada y un globo esmerilado. La encendió y fué a llamar discretamente en la puerta del inquilino. Tanto temblaba emocionada, que el globo oscilaba y torcía el tubo con riesgo de que se ahumara.

— ¿Se puede? Es la lámpara...

— No gracias — respondió Buti desde el interior, — saldré inmediatamente.

La vieja doncella hizo una pequeña mueca, bajando los párpados, cual si el inquilino hubiera podido verla, e insistió:

— Pero... ¿sabe usted?... La tengo completamente lista... Es para que usted no esté a obscuras.

Buti repitió con dureza:

— No... Gracias.

Estaba sentado en el pequeño diván, detrás de la mesa, y abría, lo más que podía, sus ya dilatados ojos en la penumbra, que en la reducida estancia espesábase poco a poco, mientras que, en los cristales de la ventana, agonizaba tristemente la suprema claridad crepuscular.

¿Cuánto tiempo permaneció así, inerte, los ojos desmesuradamente abiertos, sin pensar, olvidado hasta de las tinieblas que ya le envolvían?

De pronto se hizo la luz...

Estupefacto, paseó su mirada alrededor suyo. Sí, su estancia habíase iluminado de improviso; se había alumbrado con una luz dulce cual un destello misterioso. ¿Qué había, pues? ¿Qué ocurría?

¡Ah! Sí... De la ventana frontera. Una lámpara se había encendido, en aquel instante, en la casa vecina: el hálito de una vida extraña, que penetraba para disipar las tinieblas, el vacío, el desierto de su existencia...

Permaneció largo rato contemplando aquella claridad como una cosa milagrosa y una intensa angustia agarrotóle la garganta cuando observó con cuanta suavidad ella se posaba sobre su lecho, sobre el muro, y luego, también, sobre sus manos pálidas abandonadas sobre la mesa. De aquella angustia, he aquí que surgió el recuerdo del destruído hogar, de su oprimida infancia, de su madre; y fué aquello para él como si la claridad de un alba lejana fulgurara en la noche de su alma.

Se levantó, ganó la ventana, y furtivamente, detrás de los cristales, contempló allá, en la casa de enfrente, aquella ventana desde donde le llegaba la luz.

Vió una pequeña familia reunida en torno de la mesa del comedor: tres niños, el padre ya sentado, la madre aun de pie, ocupándose en servirles, y procurando — podía comprobarlo por los gestos — refrenar la impaciencia de los dos mayores, quienes blandían sus cucharas encaramados sobre las sillas. El más pequeño estiraba el cuello, volvía y revolvía su cabeza rubia: evidentemente, habían ajustado demasiado el nudo de su servilleta: por consiguiente, si mamá no hubiera tenido tanta prisa por servir la sopa, él, din duda, no hubiera sentido la molestia de aquel nudo demasiado opresor. Y, he aquí, en efecto. ¡Oh! ¡Con qué voracidad comenzó a comer! La cuchara íntegra desaparecía en su boca... Y, el padre, perdido entre el humo que se elevaba de su plato, reía. En aquel preciso instante, la madre sentábase a su turno, allá, justo frente a él... Tulio Buti hizo un movimiento instintivo de retroceso: ella, al sentarse, dirigió sus ojos verdes hacia la ventana; pero, él reflexionó que, protegido por la obscuridad, no podía ser visto; permaneció, pues, allí, presenciando la cena de la reducida familia, y olvidando por completo la suya.

A partir de aquel día, todas las noches, al salir de su oficina, en lugar de emprender sus largas caminatas solitarias, encaminábase a su casa; cada noche, así, aguardaba a que, entre las tinieblas de su habitación, la lámpara del vecino lanzara su destello pálido como un alba; y permanecía allí, detrás de los cristales, cual un mendigo, saboreando con una angustia infinita aquella dulce y preciosa intimidad, aquella comodidad familiar, que gozaban los otros, que él, también, cuando niño había disfrutado, durante algunas raras veladas, cuando su madre... su propia madre,... como aquella... Y se echó a llorar.

Sí. La luz que llegaba desde la otra casa obró el milagro. La tenebrosa obscuridad en que, por tan largos años, perdióse su alma, disipóse ante aquella apacible claridad.

Pero, a todo esto, Tulio Buti no pensaba en las extrañas suposiciones que sus sesiones en la obscuridad suscitaban en el ánimo de la propietaria y de su hija.

Por dos veces más Clotilde habíale aun ofrecido la lámpara; en vano. ¡Si, al menos, hubiera encendido la vela! Pero no; ni eso.

¿Es que se hallaba enfermo? Clotilde habíase atrevido a preguntárselo con voz tierna, a través de la puerta, la segunda vez que acudió a ofrecerle la lámpara. El habíale respondido:

— No; estoy muy bien así...

Al final de los fines... ¡Ciertamente, señor, nada había más excusable!... Por el ojo de la cerradura, Clotilde había espiado y, con gran asombro de su parte, vió, ella también, la claridad que llegaba de la casa vecina, justamente del piso que ocupaban los Masci, y a él, ella le vió, de pie, detrás de los cristales de su ventana, ocupado en mirar allá, hacia lo de los Masci...

Entonces Clotilde, agitada y turbada, corrió a anunciar a su madre el gran descubrimiento:

— ¡Está enamorado de Margarita! ¡De Margarita Masci! ¡Enamorado!

Algunos días después, como Tulio Buti se hallara en acecho, vió, con sorpresa, en la sala, en frente, donde la familia como de costumbre hallábase en tren de cenar — pero aquella tarde el padre estaba ausente, — vió entrar a la buena vieja de su casera con su hija y acogidas como amigas antiguas. En un momento dado, Tulio Buti de un salto se retiró de la ventana, todo turbado y anhelante.

La madre y los tres pequeñuelos habían levantado los ojos al mismo tiempo y mirado hacia su ventana. Sin duda alguna, las dos mujeres se habían puesto a hablar de él.

¿Y, entonces? ¡Entonces todo iba a finar en aquello! A la noche siguiente la madrecita y el marido, enterados de que él permanecía misteriosamente en el cuarto frontero, cerrarían los postigos; era posible que, a partir de aquella noche, no le llegara más aquella luz de la que él vivía, aquella luz que

era su inocente voluptuosidad, su reconfortamiento.

Mas, no aconteció así.

Aquella misma noche, cuando la luz fué extinguida, y sumido en las tinieblas, después de haber aguardado aun un poco de tiempo a que la familia se hubiera recogido, dirigióse a abrir con cautela la ventana para renovar el aire, vió la de los vecinos igualmente abierta y poco después (en la penumbra, experimentó un temblor que se parecía al del terror) apareció la mujer, impelida a aquella actitud de curiosidad por lo que las de Bianchi, madre e hija, habíanle dicho.

Muy elevados, ambos edificios que abrían unos frente a otros, a tan escasa distancia, los ojos de sus ventanas, no dejaban aparecer ni una franja de cielo, ni una sombría franja de tierra, de aquella calleja cerrada al cabo por una reja; no dejaban jamás penetrar un rayo de sol, ni un rayo de luna.

Ella no podía estar allí sino por él, y, por consiguiente y con toda seguridad, porque se había percatado de que él mismo se hallaba acodado sobre el alféizar de su ventana, en la obscuridad.

En medio de la noche, podían a duras penas columbrarse. Pero él, desde hacía tiempo, sabía que era hermosa, conocía ya toda la gracia de sus gestos y ademanes, el destello de sus ojos negros, las sonrisas de sus rojos labios.

No obstante, aquella primera vez, a causa de la sorpresa que le desconcertaba y cortaba su respiración con un estremecimiento de inquietud casi insostenible, apenóse más bien que experimentar otro sentimiento, y debió hacer un violento esfuerzo para no retirarse, para aguardar a que ella fuera la primera en apartarse de la ventana.

El ensueño de paz, de amor, de intimidad dulce y preciosa que había acariciado en torno de aquella pequeña familia, del que había, por reflejo, disfrutado él mismo, aquel ensueño se derrumbaba, puesto que, en la sombra, aquella mujer, furtiva, se asomaba a la ventana por un extraño... Mas ¿aquel extraño, no era él? Antes de entrar, antes de cerrar la ventana, ella murmuró:

—¡Buenas noches!

¿Qué habrían, pues, imaginado con respecto a él las otras dos mujeres para despertar e inflamar de tal suerte la curiosidad de esta otra? ¿Qué extraña y poderosa atracción había ejercido sobre ella el misterio de su vida hermética, puesto que, desde el primer momento, dejando a un lado sus pequeños, habíase llegado hasta él, como para hacerle un poco de compañía?

Sí, uno frente a otro, por más que ambos hubieran evitado el mirarse directamente y simulando hallarse en la ventana sin ninguna intención determinada, los dos, los dos — estaba seguro, — habían vibrado angustiados por la espera, la espera de lo desconocido, tan cerca uno de otro, perdidos y envueltos por aquel sortilegio que les acechaba en la penumbra. Cuando, muy tarde, volvió a cerrar su ventana, tuvo la certidumbre de que al día siguiente, una vez extinguida la luz de la lámpara, ella aparecería en la ventana sólo, sólo para él.

Y así ocurrió. Desde aquel día, Tulio Buti no aguardó, desde su ventana, el instante en que se encendiera la luz de la del vecino; con impaciencia, por el contrario, aguardó a que aquella luz se extinguiera.

La pasión del amor, que desconociera hasta entonces, se lanzó voraz, implacable en el corazón de aquel hombre tanto tiempo mantenido al margen de la vida; se apoderó de aquella mujer, la arrancó, la arrastró cual un torbellino.

El mismo día que Buti abandonó el cuartito de las de Bianchi, como una bomba, estalló la noticia de que la señora del tercer piso de la casa vecina, la señora de Masci, había abandonado a su esposo y a los tres hijitos.

La pequeña habitación que, aproximadamente durante cuatro meses había habitado Buti, permaneció vacía; y, por espacido de largas semanas estuvo solitaria la pieza frontera, donde la pequeña familia, cada noche, se reunía para cenar.

Después la luz reapareció sobre la triste mesa, alredor de la cual el padre, derrotado por su desdicha, contemplaba los rostros consternados de los tres pequeños, que no se atrevían a volver los ojos hacia la puerta, por donde, cada noche, entraba la madre con la humeante sopera.

Aquella luz reapareció sobre la triste mesa, retornó a alumbrar dulcemente la pequeña habitación frontera, la habitación desierta.

¿Fué preciso que Tulio Buti y su querida, al cabo de algunos meses de cruel locura, recordaran todo aquello?

Una noche, las de Bianchi, aterradas, vieron aparecer, fuera de sí, todo convulso, a su extraño inquilino. ¿Qué quería? ¡La pequeña habitación si aun no la habían alquilado! ¡No! ¡No para él, no para habitarla! ¡Para ir sólo una hora, siquiera unos minutos, cada noche, a escondidas! ¡Ah! ¡Por piedad, por piedad, para aquella pobre madre que de lejos, sin ser vista, anhelaba volver a ver a sus hijos! ¡Se tomarían todas las precauciones, se disfrazarían si era preciso; aprovecharían, cada noche, el instante en que la escalera estuviera desierta; pagarían el doble, el triple del alquiler por aquellos escasos minutos!

No, las de Bianchi no quisieron consentir; solamente, hasta el día que la habitación fuera alquilada, de vez en cuando... ¡Ah! ¡Siempre que la cosa no trascendiera!... De vez en cuando...

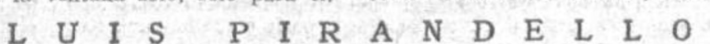
Al día siguiente, como dos ladrones, fueron los dos. Penetraron a la fuerza casi en la pequeña habitación y, entrada la noche, aguardaron hasta que la lámpara de la casa frontera enviara su albo destello... ¡Aquella luz les haría revivir...

¡Y, al fin, la tuvieron!

Mas, Tulio Buti, al principio no la pudo soportar. ¡Qué mala, desconcertante, espectral y helada le parecía ahora la luz! Ella, al contrario, con sollozos que se apagaban en su garganta, presto perdió la calma; se precipitó hacia la ventana, oprimiendo con fuerza su pañuelo contra los labios. Sus pequeños... sus pequeños... sus pequeños... allá... allá estaban... en la mesa, sin saber... Tulio se adelantó para sostenerla, y así, los dos, abrazados, como clavados en el suelo, estuvieron acechando.

LUIS PIRANDELLO

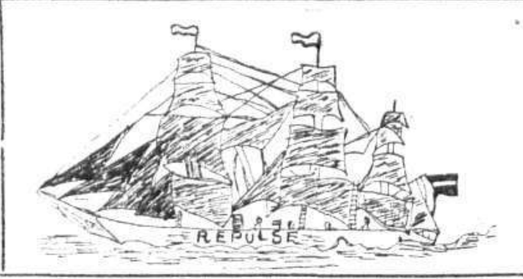
(TRADUCCION DE E. M. DANERO).





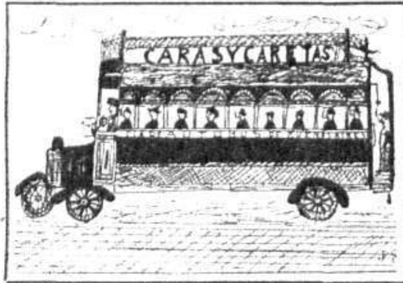

CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES

Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS Chacabuco 151.



2029. — La llegada del Príncipe de Gales.
MIRELIA GÁLVEZ.

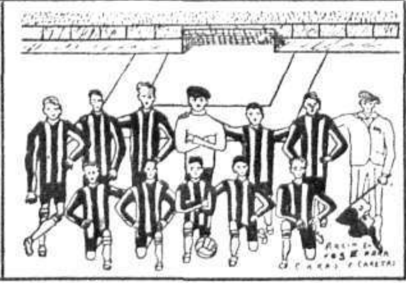
2030. — Una mañana de invierno
JOSÉ H. URQUIA.



2031. — El ómnibus de Vélez Sarsfield.
JOSÉ SANTOMARTINO.



2032. —Remendando mi casa.
ANTONIO DE GIACOMI.



2033. — Racing en pose para Caras y Caretas.
RAMÓN MORETÓN.



Notas varias



Señorita Olinda Loviolo Beltrame, diplomada profesora de piano con medalla de oro. — Capital.



Señorita Ana Viglione, recibida profesora de bordado, después de haber rendido un brillante examen. — Rosario.



Señor Manuel Santoruna, nombrado subcomisario del territorio del Neuquen.



Señor A. Cánepa, ascendido recientemente a comisario del territorio de la Pampa Central.



Señor Rafael Artasor, agente de CARAS y CARETAS desde su fundación, en Chascomús.

Vuelve nuevamente a reflejarse el espíritu bélico en los juguetes

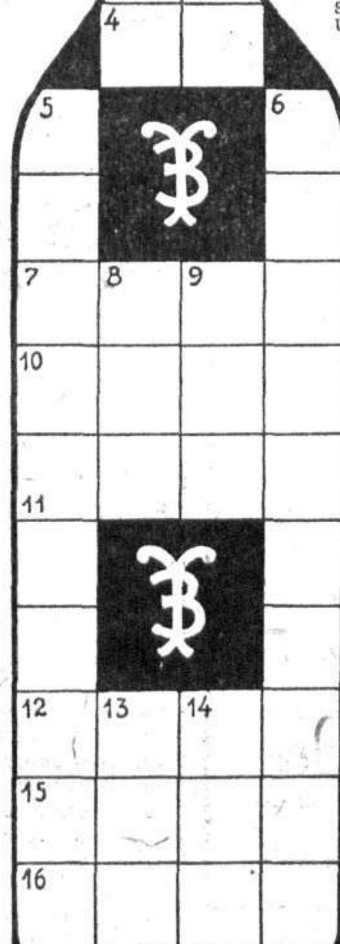
Muy contrario de lo que se venía haciendo desde que se firmó el armisticio, en materia de juguetes, en la actualidad han vuelto a aparecer en los aparadores de las jugueterías, perfectos modelos en bronce, estaño u hoja de lata de arrogantes caballeros de la Edad Media, así como bizarros soldados, jefes y oficiales del mismo material, los cuales eran bastante populares en épocas anteriores al año de 1914. En muchos países como en Inglaterra, Austria y Alemania, todos aquellos juguetes que revelaban a la niñez el carácter bélico de sus antepasados, fueron retirados de los lugares visibles en las tiendas y reemplazados por magníficas figuritas representando niños campesinos, así como infinidad de figuras relacionadas con la agricultura, incluso de vacas, caballos, patos, gallinas con pollos, y otros de los muchos atractivos que hacen deliciosa la vida en el campo. Los objetos que han alcanzado una fuerte demanda en la presente primavera han sido los que representan cazadores con sus vestidos de colores, armados de lanzas y demás implementos de caza. Sin embargo, la fabulosa y crecida demanda que el público está haciendo de los juguetes que representen a los bravos y turbulentos caballeros del siglo XII, hace creer a los comerciantes en juguetes que empiezan a recobrar su popularidad todos aquellos artefactos que reflejan el espíritu bélico de los hijos de Marte.

CRUZADAS "TRAPICHE"

Toda solución debe enviarse en sobre cerrado con firma y dirección del remitente. Las soluciones de este problema, se recibirán hasta el día 27 de Julio de 1925, después de dicha fecha, no serán tenidas en cuenta las soluciones recibidas.

La solución de este problema, se publicará en "CARAS Y CARETAS" en el el número del 30 de Julio de 1925.

BENEGAS Hnos. & Cía. Ltd.
Soc. Anón. Industrial y Comercial
744 - FLORIDA - 744
Buenos Aires





SOLUCION DEL PROBLEMA APARECIDO EN "CARAS Y CARETAS" EL 2 DE JULIO

HORIZONTALES

1 Moverse.
3 El dios primero en la mitología egipcia.
4 Preposición inseparable.
7 Pintor holandés del siglo XVI.
10 Masa de nieve desprendida.
11 Impuesto.
12 Doncella de Creta convertida en hombre por Isis.
15 Une.
16 Tiempo de verbo.

PREMIOS

A los primeros 50 concursantes que nos envíen la solución exacta de este problema, se les obsequiará con un cajón de seis botellas del exquisito e insuperable

"ESPUMOSO TRAPICHE"

VERTICALES

1 País del centro del Sudán.
2 Isla del Adriático cerca de Dalmacia.
5 Lo que son los negocios de venta especial de vinos.
6 Recipientes de maderas.
8 Valle de la Tribu de Judá (Palestina).
9 En singular, capital de Cantón del distrito de Dieppe (Francia).
13 Lo que ya no existe.
14 Rey de Wessex que el siglo I fundó una escuela inglesa en Roma.



P I E N S A Y

EL CALCULO MENTAL

Continuación del número anterior

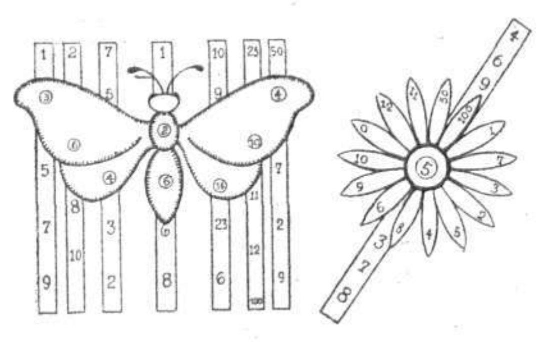
El cálculo abstracto es, podemos decir, la armazón de tirantes sobre la que descansa el gran edificio.

Su importancia es capital.

Desde el grado primero inferior, donde se marcan los primeros pasos, puede, el maestro hábil, tener el grado superior y lleno de interés, en una clase de cálculo.

Es el dibujo quien vendrá en nuestro auxilio, y una mariposa, un gato, una paloma, la casa de un muchachito, una flor, mil cosas sencillas, que darán la nota alegre y evitarán el cansancio.

Veamos su aplicación:



Tiras de papel llenas de cifras, que pasan por las perforaciones hecha en las figuras, como se indica en el grabado, harán variar el cálculo.

(Continuará en el próximo número).

TRIANGULO NUMERICO

Vocal	5
Nota musical	1 2
División de agua	4 5 1
De los botes	1 2 4 9
Arbusto	4 7 1 6 9
Juguete	8 9 4 2 6 5
Venta especial	1 2 4 5 6 5 1
Transacción	8 9 4 2 1 8 7 9
Enfermo	1 2 3 4 5 6 7 8 9
Ambiente de vida	5 8 3 5 6 7 8 9
En las fundiciones	4 5 1 4 7 6 5
Oficio	6 9 1 2 1 9
Moneda alemana	4 5 1 8 9
Capital	1 9 4 5
Nombre de letra	2 4 2
Nota musical	4 7
Vocal	7

ES PRECISO CUIDAR LOS OJOS

Nada perjudica tanto la vista, como la luz artificial, y cuanto más potente es, más daño ocasiona.

Cuando se deben realizar trabajos de noche, es conveniente colocar sobre el foco de luz, una pantalla, para lo que no es preciso invertir dinero, si se tiene un poquito de habilidad.

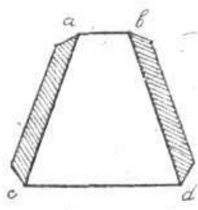


Figura 1ª

Basta cortar seis trozos de cartulina, en la forma que se indica en la figura y engomando las aletas sombreadas, pegar un trozo a otro, prolijamente.

Cada pieza puede ser decorada con dibujos, recortes o calados.

Colóquese, por último, una borla en cada esquina (como se ve en la figura 2), la que puede hacerse de la manera siguiente:

Córtese un triángulo de papel, si es posible aprovechando tapas de revistas que llevan colorido (figura 3).

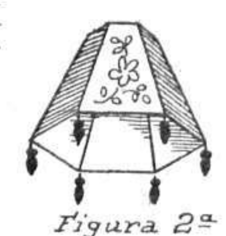

Figura 2ª

Figura 3ª

Figura 4ª

Comience a arrollarse finamente y muy ajustado, a partir del lado *a c*.

Cuando se llegue al punto *b*, tendremos la cuenta, la que engomaremos para asegurarla y darle brillo.

S O L

Buen sol que en lo alto, rodeado de nubecillas de lindo color estás, danos siempre, siempre, tu amable calorcillo y fuerte luz.

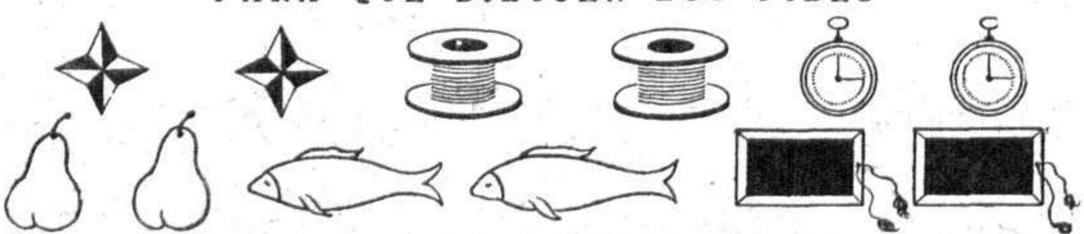
En cambio, te ofrecemos los hombres suave veneración, dulces cantos, buen amor.

Dora nuestros templos con tus rayos, dales más brillo, más luz, más calor.

Y, buen sol, que rodeado de nubecillas en lo alto estás, sé bueno con éstas, tus criaturas, ya que sin ti no podríamos vivir.

Sé bueno con los pobrecitos; no les faltes nunca, buen sol.

PARA QUE DIBUJEN LOS PIBES



A R C A D I A D E

E J E C U T A

M A P A

Pon en orden estos recortes y hallarás el mapa deun pedazo de tu suelo.
Si tienes constancia, puedes coleccionar la serieque en esta hoja aparece y formar, luego, un hermoso mapa de tu patria.

QUIEN DEBE, PAGA

DE NÚÑEZ DE ARCE

Hay quien tiene la imprudencia
de olvidar, torpe y ligero,
o las deudas de dinero,
o sus deudas de conciencia.
Y se forja la ilusión
de que es insolvente, cuando
está el infeliz pagando
con su propia estimación.
Porque todo el que se atreve
a prescindir del deber
se expone siempre a perder
mucho más de lo que debe.

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

Del problema geométrico:

m 0.75 — 0.25 — 0.25 — m 0.75 — 0.25 — 0.25

m 0.75 — m 0.75 — m 0.25 — m 0.25 — m 0.75 — m 0.75

Hay un metro de diferencia.

De los rompe mates: 1.° Entre Ríos.
2.° Emeterio.
3.° Trabajo.

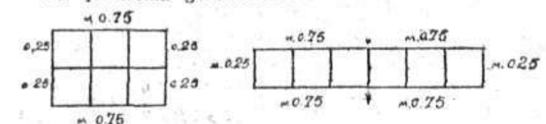
De la charada: Económica.

ENTRETENIMIENTO

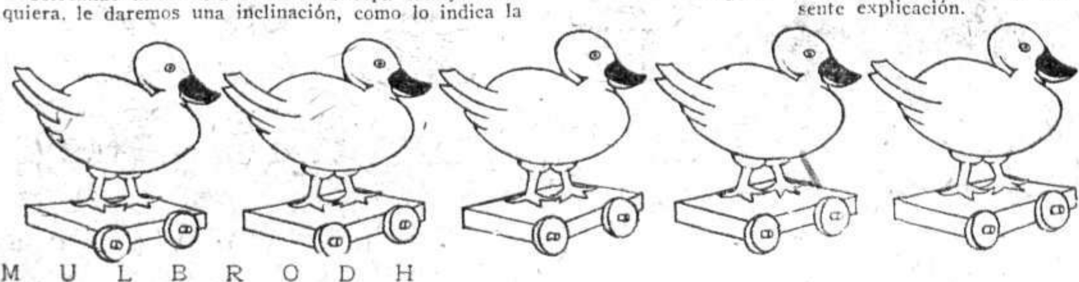
Terminada la comida, un lindo experimento puede entretener a los hermanitos, mientras los papás conversan asuntos que a los niños no interesan.

Aprovéchese para ello el tapón de la botella, dos tenedores de postre o bien livianos y un pedazo de madera bien lisa, que llamaremos la calle de los paseos.

Colocando la madera sobre una copa o caja cualquiera, le daremos una inclinación, como lo indica la figura. Clavando los tenedores al tapón y colocando sobre éste un bonetito de papel, tendremos un señor muy caminador, cuyas piernas estarán formadas por dos alfileres muy parejitos.



El dibujo aclarará la presente explicación.



M U L B R O D H

De Saavedra



Comisión de caracterizados vecinos que tuvo a su cargo la organización del gran festival artístico dado en conmemoración del 115º aniversario patrio y a beneficio de nuestra Biblioteca Popular Cornelio Saavedra.

A F O R I S M O S

Más pierde que lo ganado, quien lo gana mal ganado.

El melón y el casamiento han de ser acertamiento.

Manda y descuida, y no se hará cosa ninguna.

El poco hablar es oro, y el mucho, lodo.

Muy cerca está de negar, quien vacila en contestar.

Peón no vigilado, jornal no ganado.

Juventud descuidada, vejez necesitada.

Para el hombre ocupado, no hay día largo.

Las riquezas son ventajosas por el uso que de ellas se haga.

No basta estar seguro para estar salvado.

De Bahía Blanca



Inauguración de la Sociedad Sportiva. Aspecto del edificio y cancha de tennis.

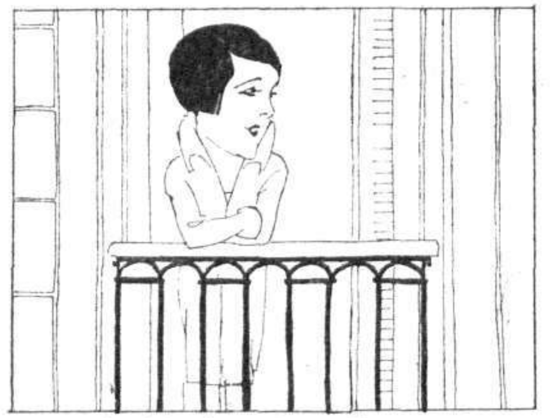






Grupo de distinguidas señoritas que dió realce a la interesante fiesta realizada con motivo de la inauguración de esta entidad deportiva.

A PUNTA DE ¿POR QUIEN?



La vecina del primer piso. — Ese mozo que se pasa todo el día en la esquina, está de plantón por verme a mí.



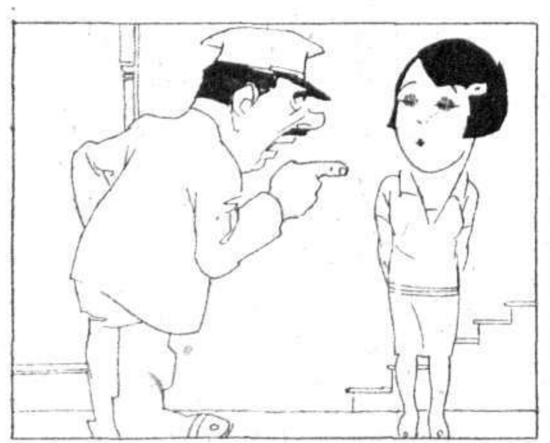
La viuda del segundo piso. — ¡Qué constancia la de ese joven de la esquina! Está loco por mí.



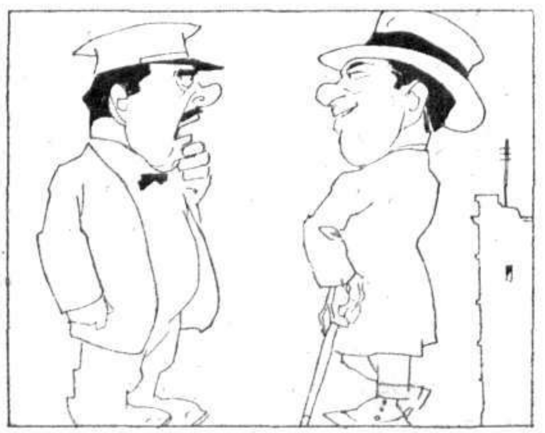
La señora del tercer piso. — Ese pobre muchacho tan simpático debe ignorar que soy casada. ¡Cómo pierde el tiempo mirándome!



En el cuarto piso. Primera hermana. — Te digo que está enamorado de mí.
Segunda hermana. — ¡Qué más quisieras! ¡Bien claro se ve que se muere por mí!

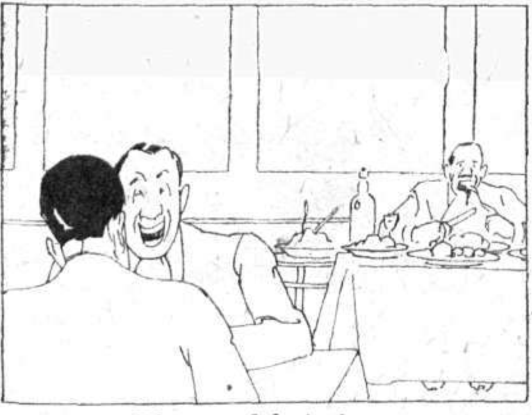


El portero a su hija. — Me imagino que ese tipo te busca no sé con qué intenciones. ¡Si le haces caso, te voy a romper una costilla! Y ahora mismo le voy a decir a ése...



—Disculpe, señor. ¿Se puede saber por qué está siempre mirando esa casa?
El joven de la esquina. — ¡Cómo no! Estoy esperando a ver si se derrumba la casa para ver el efecto que hace.

LAPIZ. POR VALDIVIA



El error del cirujano

—Ese es un inválido de la gran guerra.
—¡Qué modo de comer!
—Es que, al operarlo, le pusieron dos estómagos por equivocación.



Los asustadizos

—Mamá, se me han reventado los sabañones y tengo las manos llenas de grietas.
—¿Grietas? Avisa al cuerpo de bomberos.



Ensayos

Elpidio. — Hay que recibir dignamente al Príncipe de Gales. Para cuando vaya al Senado, estoy aprendiendo a tocar la campanilla en inglés.



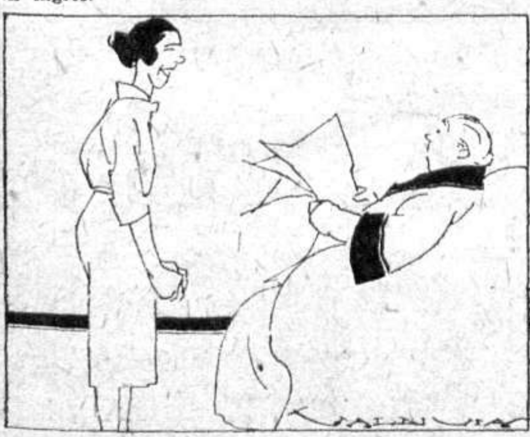
Para evitar catástrofes

—¡Cuidado con el tropezón!



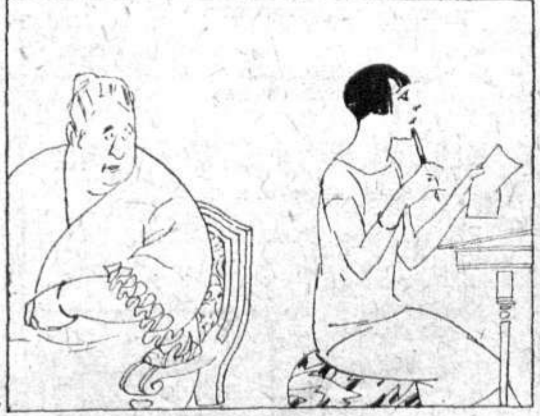
Conmemoraciones

Antipersonalistas. — ¿Fueron ustedes el día 9 a la catedral?
Personalistas. — No; fuimos a la capilla de la calle Brasil.



El debut de la cocinera

—¿Sabe preparar los calamares en su tinta?
—Sí, señora. ¿Con qué tinta los quiere? ¿Negra o colorada?



La primera carta

La niña. — Tengo que contestar a Alberto: ¿Cómo se escribe Alberto? ¿Con v de vaca o con b de burro?
La mamá. — Escríbelo con cualquiera. A tu novio le quedan bien las dos.

Enlaces




Gorini-Difrancisco. — Salliqueló.




Pérez-Panelo. — 9 de Julio.




Tissone-Borgna. — Arenaza.




Totaro-Chinicola. — Ayacucho.




Francessi-Tiani. — Ayacucho.

He aquí los puntos que destacan al mejor Revólver:



El secreto de la incomparable exactitud

de los Revólveres SMITH & WESSON reside en la escrupulosa revisación y prueba a que se somete cada arma, no tolerándose ni una décima de milímetro de desviación en el ajuste de cada pieza.

Los materiales que se emplean en su fabricación, son los mejores que produce la industria.

La mejor defensa personal y del hogar la contituye un Revólver SMITH & WESSON.

Se venden en todas las buenas Armerías.

FABRICANTES:

SMITH & WESSON, Inc.

SPRINGFIELD. — MASSACHUSETTS E. U. A.

De Santiago del Estero



REAL SAYANA. — Personal docente y alumnos de la Escuela Nacional número 88, recientemente creada en esta nueva población del norte.

EL CABALLO ÁRABE

La Arabia produce los caballos más hermosos y más ligeros que se conocen hasta ahora; pero no hay cuidado que no se tomen los árabes para impedir que las razas degeneren. Conocen las generaciones, las alianzas y toda la genealogía de sus caballos; distinguen las razas por nombres diferentes, y hacen tres clases de ellas: la primera es la de los caballos nobles, de raza pura y antigua por ambas líneas; la segunda es la de la raza mediana, pero que se han cuidado mal, y la tercera, es la de los caballos comunes. Nunca hacen cubrir a sus yeguas sino en presencia de testigos, que dan su testimonio firmado y sellado ante el secretario del Emir; y en este testimonio se citan el nombre de la yegua y del caballo padre, y se expone toda su generación; al nacer el potro se da otro testimonio. Estos certificados de origen dan el valor a los caballos, y se entregan al comprador. No hay árabe, por pobre que sea, que no tenga caballos. Las yeguas se prefieren a los caballos, porque resisten mejor a las fatigas, al hambre y la sed. Como cada familia no tiene más que una tienda, los caballos la habitan también junto con ellos.

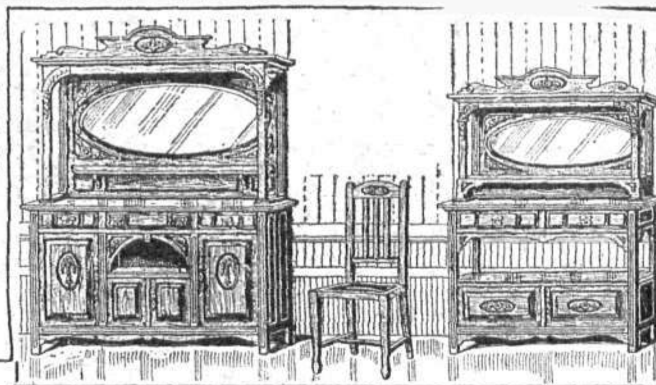
A. ASTRALDI

SARMIENTO 1042
BUENOS AIRES

Regio juego comedor estilo inglés, en color roble de inmejorable calidad, con grandes óvalos biselados y finos herrajes de bronce. Compuesto de aparador, trinchante, mesa de comedor con 1 tabla de agregar, 6 sillas esterilladas, 2 columnas y de regalo un fino reloj c. plata 800

$ 295.—

Embalaje y acarreo gratis.
SOLICITE CATALOGO.





TODO EN ROBLE
de inmejorable calidad

$ 295.—

Moderno juego dormitorio construído todo en roble estacionado de inmejorable calidad, compuesto de ropero tamaño grande, cama de 2 plazas, con elástico patentado, mesa de luz con repisa, toilet cómoda con mármol fino, perchas de ropero, 1 de pared, 1 toallero y de regalo un fino reloj c. plata 800

$ 295.—

Para aumentar su hermosura
Polvos FLORES DE SAN ISIDRO

Contribuyen a realzar los encantos de la belleza femenina. Son los preferidos por las damas elegantes debido a sus cualidades excepcionales. Se elaboran en los colores Blanco, Rachel, Rosa y Morisco.

Cada caja lleva un fino y delicado **OBSEQUIO.**

Precio en la cap. $ 2. Haga su pedido en las principales farmacias o directamente a nuestra casa

Crema LECHUGA

J. Beauchamps

Blanquea y rejuvenece. Hace desaparecer las grietas, dejando la piel tersa y suave.

Se vende en todas las farmacias, perfumerías y tiendas.

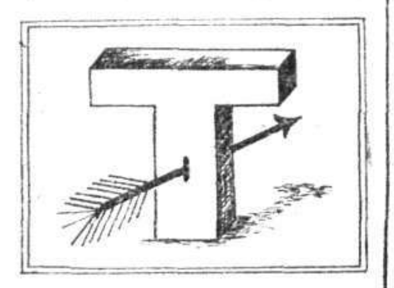
Depositarios:
Farmacia Danesa y Droguería DIAZ KELLY
Cabildo, 2171 - U. T. 0321, Bel.
Buenos Aires





PASATIEMPOS

N.º 1
Comprimido, por Oscar Filippe (ciudad).



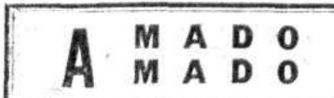
N.º 2
Comprimido, por Luis Viggiano (ciudad).



N.º 3
Comprimido, por Luis Centenari (La Plata F. C. S.).



N.º 4
Comprimido, por Luis Centenari (La Plata F. C. S.)



N.º 5
Acertijo, por Alberto D. Garibaldi (ciudad).

¿Cuál es el verbo de tres consonantes iguales y dos vocales?

CARAS Y CARETAS ha establecido un concurso mensual de juegos de ingenio, para el que se otorgarán cuatro premios en la siguiente forma: dos a los lectores que remitan mayor número de soluciones exactas y otros dos a aquellos a quienes se les publique mayor número de juegos. Ajustarse a las siguientes bases:

1.º En caso de empate los premios serán adjudicados en la forma más equitativa que resuelva la Dirección.

2.º Es requisito indispensable adjuntar a las soluciones el cupón respectivo.

3.º Los juegos deben estar acompañados de firma y domicilio aunque se publiquen con seudónimo, como también de las soluciones correspondientes.

4.º El aspirante a premios por colaboraciones puede optar también a los premios por soluciones.

A LOS SOLUCIONISTAS Y COLABORADORES

Toda serie de soluciones que se envíe debe acompañarse del cupón respectivo que se publica al final de la sección.

Cuando los colaboradores deseen que sus juegos se publiquen con seudónimo, deben hacerlo presente; en este caso, como en los anteriores, es conveniente anotar el domicilio debajo de cada juego.

El concurso de pasatiempos no es sólo para los lectores de la capital; pueden competir también los del interior y exterior.

Al remitir una serie de colaboraciones, cuando cada juego esté hecho en un pliego es conveniente firmar uno por uno, dando las soluciones por separado.

No es necesario adjuntar para las colaboraciones el cupón; tal requisito es sólo indispensable a los solucionistas, a quienes recomendamos, para el más rápido recuento y fallo del concurso, remitir las soluciones de una sola vez, al publicarse la última serie de juegos.

N. de la R. — Toda la correspondencia para esta sección debe remitirse a la sección «Pasatiempos», CARAS Y CARETAS, Chacabuco número 151.

Nota importante. — Los premios pueden retirarse cualquier día hábil en *nuestra Administración*, previa presentación de documentos que acrediten la identidad. Toda correspondencia que se relacione con la entrega de premios, debe dirigirse a nombre de la Administración y no al redactor de esta sección.

Concurso de julio. — Se reciben soluciones hasta el 14 de agosto, inclusive.

A los colaboradores. —Rogamos a los colaboradores tengan muy en cuenta las condiciones establecidas para participar en los concursos, pues nos llegan colaboraciones sin firma, que no pueden tomarse en consideración; recordamos también la conveniencia que cada juego esté firmado al pie, haciéndolo uno por uno cuando se trate de una serie, dejando un pequeño espacio entre aquel y la firma y dirección.

N.º 6
Comprimido, por Alberto D. Garibaldi (ciudad).

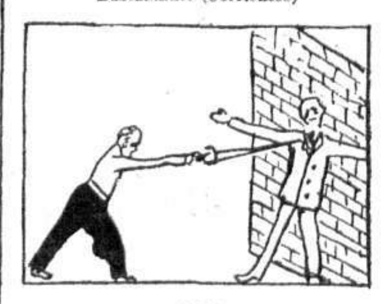


N.º 7
Acróstico, por José J. Lenoz (Témperley, F. C. S.).

× • • • • • • • • •
× • • • • • • • •
× • • • • • •
× • • • • •
× • • • • •
× • • • • • • •
× • • • • • • •

Colocar en las líneas horizontales nombres de ciudades de manera que verticalmente en la línea de cruces se lea el nombre de una provincia argentina.

N.º 8
Frase comprimida, por Jorge Horacio Bustamante (Corrientes)



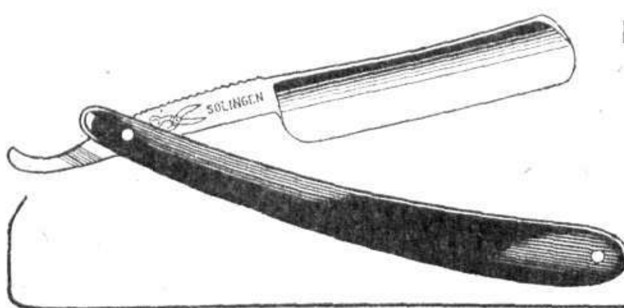
N.º 9
Adivinanza (redacción)

Es muerte carecer de él,
tenerlo siempre no es vida;
el mal y el placer olvida,
y acuerda el mal y el placer.
Apenas se deja ver,
aunque por la vista asoma;
al corpulento desploma;
al más atrevido vence,
al mayor sabio convence,
y al hombre más fiero doma.

CONCURSO DE PASATIEMPOS
JULIO DE 1925
CUPON N. 1398

Cualquiera de nuestros artículos

ya sean de la sección Armería o de Cuchillería, se destacan por su inmejorable calidad y bajo precio.



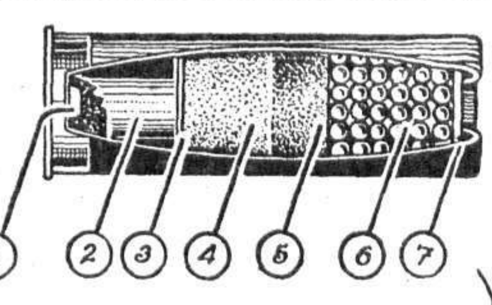
Navajas Marca "Tijera"

Se fabrican especialmente para nosotros en Solingen (Alemania), con acero elegido.

TIPO "A", a.........	$ 3.90
TIPO "B", a.........	» 4.50
TIPO "C", a.........	» 5.50
TIPO "D", a.........	» 6.50
TIPO "E", a.........	» 7.50
TIPO "F", a.........	» 8.00

EL CARTUCHO INFALIBLE

importado directamente por nuestra Casa, de Francia, cargado con pólvora especial T-RASET, suave, que elimina el culatazo.



EXPLICACION DEL CORTE SECCIONAL:

1. — Fulminante grande, de ignición rápida y sensible percusión.
2. — Refuerzo metálico con una preparación única antioxido, que encierra la carga de pólvora e impide la más mínima dilatación o deformación del cartucho.
3. — Taco impermeable (alquitranado de ambos lados), que cubre el refuerzo metálico.
4. — Taco de fieltro ensebado y prensado de DOCE MILIMETROS de espesor.
5. — Segundo taco de fieltro ensebado.
6. — Munición templada (extranjera).
7. — Cartón impermeable, color morado.

CALIBRE 16 EL CIEN $ 13.-



ESCOPETA

belga sin gatillos, calibre 16, fuego central, de dos tiros, caños de ACERO, el izquierdo choke, con CUATRO cierres y seguro automático — probadas con pólvora sin humo. — Modelo fabricado exclusivamente para nuestra Casa. Cada arma lleva su correspondiente certificado de prueba con pólvora sin humo, firmado por el Director del banco de pruebas del Reino de Bélgica. Precio excepcional.... $ **120.—**

Exija, para su propia garantía, nuestro nombre grabado sobre cada arma.

CATALOGO GENERAL

Remitimos al Interior, a quien lo solicite, nuestro Catálogo General, que abarca todos los artículos que tenemos en venta.

CASA

CARLOS RASETTI

FUNDADA EN 1857

F. C. Rasetti & Cía. (Suces.)

SARMIENTO esq. MAIPU

BUENOS AIRES

Pedidos del Interior

Se atienden con especial cuidado, despachándose en el día.- No hagan compras sin antes consultar nuestros precios.

AGRICULTURA

PODA DE LOS FRUTALES

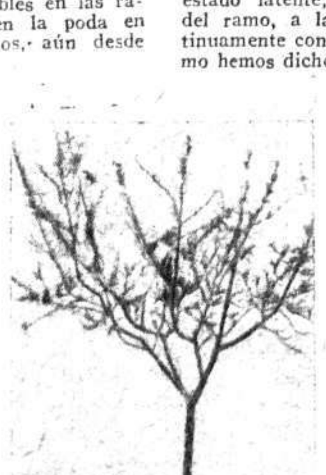
Los árboles frutales, dejados a su expontáneo y natural desarrollo vegetativo, dan generalmente una producción escasa, intermitente y de mediocre calidad; para mejorar, pues, aumentar y regularizar la producción frutal, interviene la acción cultural por medio de la poda por la cual se da al árbol la forma que requiere su especie, se le deja el desarrollo que consienten el clima y el suelo, se distribuyen uniforme y convenientemente sus fuerzas vegetativas y se le lleva hacia el fin industrial de su cultivo, esto es, a la mayor y mejor producción.

Siendo el duraznero, entre los frutales cultivados, el más difuso y conocido, nos ocuparemos hoy de su poda.

Este árbol se adapta a las formas más variadas, pero la más conveniente para nuestras llanuras, es la de medio viento a vaso, la que permite cuidar mejor las plantas, la protege de la acción violenta de los vientos y está más en armonía con su modo natural de vegetación. La poda durante los primeros tres años o cuatro tiende principalmente a dar al árbol la forma que se le destina, teniendo presente que el duraznero sufre por los cortes excesivos y soporta menos que ningún otro los efectos de la poda, que determina la enfermedad comúnmente llamada *goma* y el rápido agotamiento de la planta. Se deberá, pues, limitar los cortes a los más indispensables en las ramas leñosas, abundando más bien en la poda en verde y operando sobre gajos tiernos, aún desde los primeros años.

Duraznero mal podado: carga frutos en la extremidad de sus ramas.

Para formar un medio viento a vaso, una vez plantados los arbolitos de un año, desde el injerto, se dejan sin podar y solamente en diciembre se corta el tronco a ochenta centímetros o un metro de altura, dejando las tres ramas más próximas a la extremidad que servirán para formar la copa. En invierno del año siguiente del segundo, no se poda la planta, e iniciada la primavera, en cuanto los brotes han llegado a tener de diez a quince centímetros de largo, se cortan las tres ramas a veinticinco o treinta centímetros, dejando a cada rama solamente dos brotes laterales, de los mejores y bien situados, suprimiendo todos los demás. Tendremos así seis ramas que van empezando a formar el vaso o cubilete. Al tercer año, en invierno, tampoco se poda y solamente se suprime algún chupón si lo hay o alguna rama seca, y empezada la primavera se cortan las ramas últimas del año anterior, a veinticinco centímetros o treinta de su inserción y se les deja solamente dos brotes laterales, como antes, y bien situados. Tendremos con esto doce ramas bien distribuídas y de largo, proporciones y dirección bastante uniformes. Se habrá, en fin, obtenido el vaso bien formado, sobre todo habiendo cuidado de suprimir o despuntar toda vegetación que se dirija al centro de la copa y que tome una dirección vertical.



Duraznero bien formado en medio viento, a vaso.

Para la poda de producción, hay que tener presente que estas plantas empiezan a florear y producir muy temprano, y como las flores nacen sobre ramas de un año, una vez constituída la planta y adquirida la forma conveniente, desde el tercer año en adelante, el duraznero tiende a cargarse de yemas florales en sus extremidades quedando así desnudas las partes inferiores de las ramas viejas; de ahí que todo el arte de la poda en este período consiste principalmente en combatir esta tendencia exagerada de la planta, de cargar arriba, y mantener, en cambio, lo más posible la producción fructífera, baja y uniformemente distribuída.

Ahora, para conseguirlo, se dejarán siempre intactos los dardos o ramilletes, porque son los ramos fructíferos por excelencia. Los ramos mixtos llevan, por lo general en su base, dos yemas folíferas o de madera; en su parte mediana, yemas de madera y de flores, y en su extremidad, yemas folíferas y a veces también de flores. Si se las deja, pues, en tal estado, las yemas folíferas de la base no se desarrollarán, se mantendrán en estado latente, porque la savia corre a lo largo del ramo, a la extremidad y ésta se alargará continuamente contrariando el objetivo principal que, como hemos dicho, débese lograr siempre. En cambio, si cortamos este ramo, siempre sobre una yema folífera, a sus dos terceras partes, conseguiremos eliminar las yemas terminales que atraen la savia con más fuerza, alimentar bien las yemas del centro o parte mediana, así como las yemas folíferas de la base, las que deben formar, por su buen desarrollo, el ramo para el año venidero, que debe substituír al que entrará en producción y que se deberá suprimir una vez que ha fructificado. En esto consiste, como se ve, la poda de los ramos fructíferos del duraznero; esto es: supresión del ramo que ha producido, recorte del que va a producir y preparación del que producirá el año venidero. Es natural que esta operación se efectúa durante el invierno.

En primavera y verano se hace la poda en verde, despuntando moderadamente, ora los ramos de prolongación, ora los brotes fructíferos. Después de la producción, una vez efectuada la cosecha, se puede también ir preparando la planta para que los cortes de invierno sean lo más reducidos posible. Cada planta y cada ramo presenta casos numerosos y diversos. Por eso van aquí apenas algunas normas.

HUGO MIAELLO
INGENIERO AGRÓNOMO

Problema de palabras cruzadas

Referencias

Problema número 8

LÉASE HORIZONTALMENTE

1. *Embuste gracioso.*
4. *En el barco.*
7. *Preposición.*
8. *En las ovejas.*
11. *Juego.*
13. *Rezar.*
14. *Iniciales de una república sudamericana.*
15. *Superior de un monasterio.*
16. *Apócope de santo.*
17. *Pieza gruesa y curva, de madera o hierro, que forma la proa de la nave.*
18. *Nombre de dos constelaciones.*
20. *Iniciales correspondientes al nombre de un continente.*
23. *Contracción.*
24. *Interjección familiar.*
27. *Toma o recoge alguna cosa.*
29. *Denominación de una clase de batalla.*
31. *Dativo y acusativo de pronombre en segunda persona.*
33. *Antigua prenda militar.*
35. *En los aeroplanos.*
36. *Lo que deben tener agradable los cantantes.*
38. *Medida de superficie.*
39. *Artículo determinado.*
40. *Poco común, poco frecuente (género femenino).*
41. *Ansia de beber.*
42. *Tiempo del verbo "ser", segunda persona.*
44. *En la carnicería.*
45. *Nombre femenino.*
46. *Tiempo del verbo "ser", segunda persona.*

Solución en el número próximo

LÉASE VERTICALMENTE

1. *Se emplea en joyería.*
2. *Rezan.*
3. *Nota musical.*
4. *Lo contrario de viene.*
5. *Animal.*
6. *Adverbio de duda.*
7. *Preposición inseparable.*
9. *Usan las mujeres (plural).*
10. *Negación absoluta de las cosas.*
12. *Nombre femenino.*
19. *Piedra grande.*
21. *Arrugar.*
22. *Nota musical.*
23. *Tiempo del verbo "dar".*
23. bis *Nota musical.*
24. *Partícula inseparable.*
25. *Iniciales correspondientes al nombre y apellido de un navegante.*
26. *Artículo determinado.*
28. *De mala condición o inferior calidad respecto de otra cosa que se compara (plural).*
30. *Islas.*
31. *Olfatear.*
32. *En la casa.*
33. *A un mismo nivel.*
34. *Calidad de género.*
36. *Medida lineal.*
37. *Voz, expresión del sonido que hace un golpe, o del golpe mismo.*
42. *Interjección que se usa para estimular, excitar, etc.*
43. *Pronombre reflexivo.*

EXPLICACION

Cada cifra indica el principio de una palabra, anotándose en las referencias si ésta debe leerse vertical u horizontalmente, correspondiendo una letra por cuadro. Las palabras terminan en el borde o en las casillas blancas, inmediatas a las negras.

Si en una línea horizontal o vertical se hallan varias cifras, debe tomarse como punto de partida, en las horizontales la primera cifra de la izquierda y en las verticales la primera de arriba hacia abajo, sin tener en cuenta para nada las intermedias, que significan el punto de partida de otras tantas palabras en diferente dirección.

A NUESTROS LECTORES

Insertamos las "palabras cruzadas" que se nos remitan, previa revisación y correcciones necesarias, sin más derecho que a la publicación.

Es imprescindible que los colaboradores envíen la solución correspondiente, mencionando las referencias, a fin de facilitar el contral.

En cuanto al tamaño y dificultad, siempre que sean correctas, se publicarán.

SOLUCION DEL NUMERO 7

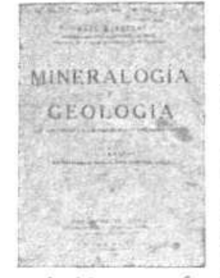


E	D	A	D	■	P	O	C	A
T	■	N	A	V	E	S	■	Y
E	N	■	M	A	R	■	P	E
R	U	D	A	■	U	V	A	S
■	M	I	■	■	■	E	L	■
L	E	O	N	■	L	O	M	A
E	N	■	A	V	E	■	A	L
A	■	I	D	E	A	L	■	T
L	I	R	A	■	S	E	N	A



"CALCOMANÍAS" POR OLIVERIO GIRONDO

Si no fuera que, por desgracia, el adjetivo "original" ha perdido algo de su significación primitiva cuando es aplicado a escritores y poetas, bien podría decirse, sin temor de ser mal entendidos, que el señor Girondo es un poeta original. Su originalidad no está, por cierto, en componer versos sin someterse a ninguna de las reglas establecidas en los respectivos textos de enseñanza; eso ya lo han hecho muchos, y hasta estuvo de moda un tiempo. La originalidad del señor Girondo está, a nuestro juicio, en su manera de sacar substancia poética aun de los más triviales accidentes de la vida, así de la vida de los hombres como de la vida de las cosas. Todos los que no tenemos la fortuna de conocer España, hemos leído muchos libros, en prosa y en verso, acerca de ese país; sin embargo, estos versos del señor Girondo nos presentan aspectos nuevos, o mejor dicho, nos hacen ver y sentir algo que otros escritores y poetas dejaron pasar inadvertido. Es quizá, ello, resultado de una sensibilidad más fina; y una imaginación más aguda, que permite penetrar en los pliegues más recónditos de la realidad, sin deformarla ni envilecerla.



"MINERALOGÍA Y GEOLOGÍA" POR RAÚL BARRERA

Como este libro trata de materias en las cuales somos de una ignorancia verdaderamente paradisíaca, nos limitamos a leer el prólogo o advertencia, y por él nos enteramos de que el autor ha introducido una reforma que considera de grande utilidad. "Escribir sobre Mineralogía y Geología sin dar un gran desarrollo al estudio de la Cristalografía — dice — parece a primera vista un trabajo incompleto, puesto que estamos habituados a comprobar que la mayoría de los autores se ocupan abundantemente de este tema. Yo creo sinceramente que debe darse a la Mineralogía únicamente el desarrollo suficiente y necesario para llegar a la Geología, que es la verdadera ciencia utilizable y de aplicaciones prácticas." Y más adelante: "En la República Argentina, país maravillosamente dotado por la naturaleza en minerales útiles y combustibles sólidos y líquidos, el estudio de las ciencias geológicas debería ocupar un lugar preponderante, y los colegios, escuelas e institutos deberían tener laboratorios cómodos y bien dotados para dar a esa enseñanza el carácter eminentemente práctico que debe tener." Ya quedan enterados quienes pueden satisfacer los anhelos del autor, que no son solamente los anhelos de un maestro sino también de un patriota.



"PINCELADAS FUGACES" POR CLOTILDE SUGERO

Debemos confesar, con el debido respeto, que la literatura de las maestras tiene para nosotros escasos atractivos. Las maestras, en efecto, suelen ponerse bastante pedantonas cuando escriben; les da por hacer los "esprits forts"; se muestran casi siempre inferiores a la obra que su ingenua vanidad las ha movido a escribir. Así es que, cuando en el tartajoso prólogo que un magistrado ha puesto a este pequeño libro, leímos que su autora es directora de escuela en Santiago del Estero, *tentados estuvimos a no leerlo*; mas el imperio del oficio venció, y empezamos su lectura. La hemos concluido y — salvo en lo tocante a los versos — debemos confesar que ha servido para que nos inclinemos a la reconciliación con la literatura de las maestras. La autora es modesta, condición esencial para que la mujer triunfe cualquiera que sea el empeño en que se meta, inteligente, bondadosa, y escribe bastante bien. Hay en su libro páginas muy sentidas, como aquellas en que describe la vida pasada y presente de Santiago; cuentos llenos de emoción sana; disquisiciones fáciles y bien encaminadas sobre asuntos graves, de aquellos que con tanta frecuencia hacen equivocar el camino a más de una escritora célebre, o que cree serlo. Ya nos referimos a los versos que hay en este libro: son de dos clases: los que están escritos como tales versos, y los que están escritos como si fuesen prosa. No alcanzamos a explicarnos en dónde está el ardid de los segundos, porque a poco de descubiertos, se cae en la cuenta de que nada ganan con el disfraz. La prosa de la autora es lo suficientemente sencilla, expresiva y correcta para que se deje llevar de la peligrosa tentación de escribir versos, que siempre están obligados, diremos, a ser mejores que la prosa.



"CORAZONES Y CEREBROS" POR ALBERTO GACHE

No son tan abundantes como debieran, entre nosotros, los libros en que se estudia la obra literaria de ciertos escritores argentinos dignos del recuerdo de la posteridad; es el estudio de los extranjeros el que con más frecuencia tienta a nuestros más aventajados críticos. Ello tiene tal vez explicación en el hecho de que los nuestros están demasiado cerca, por lo cual su labor, y sobre todo su vida, no tienen el encanto peculiar de la distancia, en el espacio o en el tiempo; sea lo que fuere, tal carencia hace doblemente valiosos libros como éste del señor Gache, por cuyas páginas vemos pasar las figuras de Guido y Spano y de Francisco Moreno, de Bartolomé Mitre y Vedia y de Carlos Octavio Bunge, junto a otras, algunas extranjeras, como la de Guimerá, tan llena de simpatía. El señor Gache no es meramente crítico de las obras de los escritores de que se ocupa; traza de ellos retratos muy vivos y coloreados, que ponen a la vista del lector vidas muy interesantes. Tiene así, este libro, algo de los Recuerdos Literarios, que tan abundantes son en otros países como escasos en el nuestro. Todavía guardamos por acá, muy metido en las carnes, el pudor de la vida íntima de los hombres notables, en cualquiera de las actividades humanas, y de ordinario, los juicios que sobre ellos se emiten, carecen por eso de aquel calor que da el conocimiento de la vida misma de los hombres que amamos, o que no amamos, pero que nos interesan. De ahí que el libro del señor Gache tenga un valor particular, además del que le dan los méritos literarios del autor, por todos reconocidos. Sería muy de desear que obras como ésta no fuesen tan raras, para que pudiésemos llegar a los corazones de aquellos hombres con la misma seguridad con que llegamos a sus cerebros.



"PENSAMIENTO" POR HÉCTOR PEDRO BLOMBERG

Nuestra radical incompetencia en materias pedagógicas nos veda pronunciarnos sobre este libro de lectura para niños, debido a la pluma del excelente escritor y poeta que todos sabemos es el autor. Empero, si la pedagogía exige que tales libros sean presentados a los niños en forma atrayente, agradable, bella, puede adelantarse que el del señor Blomberg está perfectamente de acuerdo con ese precepto pedagógico, de importancia fundamental, a juzgar por lo descuidados que suelen ser los pedagogos profesionales al respecto. Hemos hojeado con placer, pues, este libro, y a las pocas páginas hemos encontrado un capítulo llamado "Los libros". Invenciblemente atraídos, hemos leído: "Cada vez que abráis un libro, pensad que representa el trabajo laborioso de un hombre... Respetad los libros, porque son sagrados, por humildes que sean". Así, en teoría, todo eso está bien; pero en la práctica, se nos antoja excesivo inculcar a los niños ese respeto, sin distinciones, por todos los libros. No parece del todo conveniente que los niños crean que todos los libros han sido escritos "para enseñar al que no sabe, para demostrar que sólo la virtud, la verdad, la bondad, la justicia y el trabajo triunfan en la vida". Entre los fetiquismos que más daño han hecho a la humanidad, figura el fetiquismo del libro. Bien es verdad que es menester suponer — atrevida suposición — que los niños nunca tendrán al alcance de sus inocentes ojos, sino libros buenos, como éste.



"EVOLUCIONES DE LA DEMOCRACIA" POR LEONARDO F. NAPOLITANO

Es indudable que la democracia está pasando un mal momento. No es necesario recordar hechos de todos conocidos para demostrarlo. Hay ya quienes han perdido toda esperanza en que los pueblos puedan encontrar en las instituciones democráticas el bienestar, el contento, la seguridad, el impulso que necesitan para no estancarse en su desarrollo. En nuestro país, la democracia no se ha realizado plenamente todavía; pero ello encuentra fácil y acertada explicación cuando se recuerda que ni nosotros ni ninguna de las repúblicas hermanas hemos salido todavía del periodo de preparación para la democracia. Tenemos democracia en ciertos sentidos y en otros no: nuestra ley electoral es democrática, pero la irresponsabilidad ministerial es esencialmente antidemocrática, como lo son también ciertas prácticas administrativas. Pero no debemos descorazonarnos, sino seguir con paciencia y sin violencias inútiles preparando el terreno para el advenimiento de la democracia integral, si acaso es posible realizar tan bello ideal en este pícaro mundo. Debemos también tener siempre presente que es indispensable no confundir democracia con demagogia ni con tiranía de una clase social determinada. En Rusia no hay, como cándidamente creen algunos, democracia, sino tiranía de un pequeño partido, el comunista, que se apoderó por la fuerza del poder. Todas estas cuestiones, nada sencillas por cierto, y cuya resolución exige la meditación y la experiencia de los más calificados, es natural que preocupen a quienes tienen la suerte de no ser indiferentes en política, de amar a su país, de no subordinar a la propia conveniencia los intereses de la comunidad. ¿Cuántos son? No importa el número; sean muchos o pocos — y nos inclinamos a creer que han de ser más de los que parece, — a todos conviene leer el interesantísimo libro escrito por el señor Leonardo Napolitano.

CORDOBA



RIO IV. — Jefes y oficiales del regimiento 14º de Infantería, que tomaron parte en la cacería del zorro organizada por el coronel Lindor S. García.



El artista Salvino Tofanari que exhibe con mucho éxito un conjunto de obras en la Exposición de Artistas Italianos.



GENERAL LEVALLE. — Acto de la colocación de la piedra fundamental del edificio a construirse para la Escuela Nacional número 13.



DEL CAMPILLO. — Parte del numeroso público que asistió al acto de la inauguración del hospital Mona.



RENOVACION DE LAS AUTORIDADES ESTUDIANTILES. — La junta escrutadora de medicina en plena labor.



TEATRO NOVEDADES. — "La locura de don Juan", comedia de Arniches, estrenada con gran éxito por la compañía San Juan.

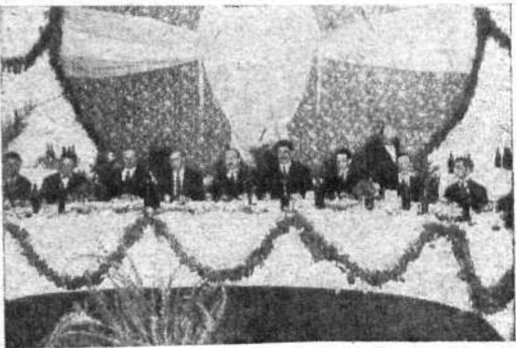
MENDOZA



Núcleo de damas de la Sociedad Pro Glorias Mendocinas, que fué obsequiado con un lunch por el interventor de la Provincia, doctor Mosca.



En la Escuela de Comercio. Banquete dado en honor de los nuevos contadores públicos egresados de ese establecimiento.



El doctor Mosca presidiendo el banquete ofrecido por el gerente de la S. A. Tomba a la delegación parlamentaria que visitó esta provincia.



Aspecto del atrio de la iglesia de Loreto, durante la ceremonia religiosa realizada en homenaje a la memoria de las Patricias Mendocinas.

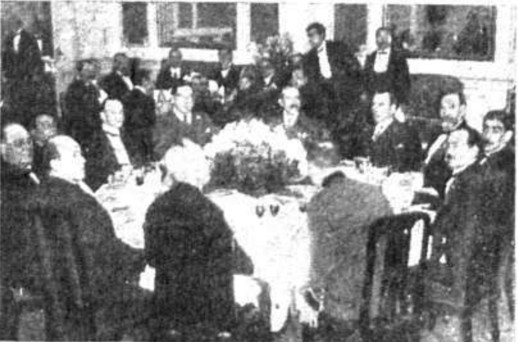


GUAYMALLEN. — Grupo de señoritas que tuvo a su cargo la venta de cédulas en la kermesse benéfica realizada en esta localidad.

MENDOZA



Concurrentes al lunch ofrecido por el prestigioso diario "La Prensa", celebrando la inauguración de su sucursal en esta ciudad.



El doctor Mosca presidiendo el banquete que le fuera ofrecido por todos los jefes políticos de esta provincia.



SAN MARTIN. — Aspecto del salón del Círculo Italiano, durante el baile realizado recientemente con fines benéficos.



El Intervntor Nacional rodeado por los socios del Club Mendoza de Regatas, que le ofrecieron un banquete en los salones de esta entidad.



SAN-JUAN



Miembros de la Sociedad Obreros del Porvenir, que festejaron con un banquete el 50º aniversario de su fundación.



Aspecto de la manifestación que acompañó los restos del Aviador Valdez a su última morada.



Equipos del Club Atlético Juventud, de San Juan, y Gimnasia y Esgrima, de Mendoza, que jugaron un interesante partido de football, venciendo el primero por dos goals a cero.

TUCUMAN





Público congregado en el cementerio del Oeste durante el acto de la inauguración del monumento erigido por el pueblo de Tucumán en honor a la memoria del doctor Raúl Colombres.



El señor David Raskovisky, presidiendo el banquete con que un núcleo de amigos le obsequió, celebrando un grato acontecimiento particular.



Parte de la concurrencia que asistió al te danzante realizado en el Salón Rojo del Casino a beneficio de la Sociedad de Beneficencia.



La tradicional procesión religiosa relizada el día de Corpus Christi.



Niñas que recibieron su primera comunión en la iglesia San Francisco el día de San Antonio.



Concurrentes al almuerzo criollo ofrecido por el presidente del Aero Club Tucumán, celebrando la inauguración de las canchas del "Polo Club".

Comentarios

—Está el presidente cansado sin duda.
¡Qué ruda tarea!
—¿De veras? ¿Es ruda?
—¡Quién puede negarlo! Saluda y pasea.
Pasea y saluda.

* * *

—Tenía una mujer atrabiliaria,
y enviudó.
—Vivirá más descansado
—Está desesperado
porque nadie le lleva la contraria.

* * *

—Hay que ser tolerante,
según dice Sagarna. ¡Qué oportuno!
Yo soy más tolerante que ninguno,
y no encuentro a ninguno que me aguante.
Toleremos a todos sus defectos.
Toleremos a todos sus proyectos.
Se impone tolerar a toda costa
al más aburridor y estrafalario.
Yo soy, si es necesario,
capaz de tolerar a la langosta.
Tolero al diputado fastidioso.
Tolero al senador que me revienta.
Tolero que me cobren una cuenta.
A todos les tolero bondadoso.
Y a mí no me toleran, hace días,
mis estupefacientes fantasías.
Le Bretón habló así. Salió corriendo,
y se fué a proyectar algo estupendo.

* * *

—Piensa que el autobombo es un deporte
en el que es invencible.
—¡Cómo no!
Ayer quiso afeitarse y se cortó.
Hasta cuando se afeita ¡se da un corte!...

— Se pasa el día entero
detrás de las muchachas.
— Es soltero.
— Fingiéndose sincero,
pretende conquistarlas
— Es artero.
— Y le cuenta, al primero
con quien topa, sus triunfos.
— Es latero.
— Es procaz, agresivo y bochinchero.
— No le quepa a usted duda, es patotero.

* * *

— Hace frío.
— Mucho.
Y eso ha de ser malo
para el que es flacucho
como don Gonzalo.
Tiene sabañones
en los intestinos,
y en sus discusiones
con sus dos sobrinos,
grita: «¡Esto es un asco!
Esto duele y quema.
¿Cómo me los rasco?
Ese es el problema.»

* * *

—¿Y ese individuo cabizbajo
que inspira a todos compasión?
—Es un caudillo sin trabajo
que ya no encuentra ocupación.

* * *

— En un cine la vi.
Y, al entrar, me miró
y después la seguí
cuando el cine acabó.
Yo iba siempre detrás,
y a su casa llegué.
Me miró. Y nada más.
¡Oh qué idilio! Ya ve.

NUESTRO NUMERO PROXIMO

Contendrá las siguientes colaboraciones literarias, artículos, novelas y notas: Portada: Del gran concurso de belleza de CARAS Y CARETAS, en colores. Figura de actualidad: M. Albert Thomas, por **Alvarez**. Página infantil y Album de artistas: Vera Vergani, en colores. Caricatura política, por **Valdivia**, en colores. Departamento Nacional del Trabajo, por **Luis César Amadori**. Variaciones del amor: El famoso "dragoneo" montevideano, por **Vicente A. Salaverri**. La enredadera de flor escarlata, por **Horacio Quiroga**. La musicalidad de un madrigal, por **Edmundo Montagne**. Poemas de la quinta llovida, por **Julio Díaz Usandivaras**. El derecho de matar, por **Carlos Alberto Silva**. Aguafuertes del altiplano, por **Josermo Murillo Vacareza**. Renovación, por **E. Carrasquilla Mallarino**. La hermana Magdalena, por **José María Salaverría**. Abriéndose cancha, por **Cruz Orellana**. La fama, por **Herminia Villinger**. Don José, mi vecino, por **Raúl Gabriel Gauna**. Portentosa oferta de la madre naturaleza, por **Francisco Grandmontagne**. Don Eugenio Tello, por **Protasio Lucero**. Kaula, por **Edmund Sorell**. El plomo del pecado, por **Camille Mauclair**. Apellidos argentinos, por **Argantonio**. Los de ayer: José Rivera Indarte, por **Saúl Jacobí**. Ultimos modelos de la moda, en colores. Secciones fijas: Crónicas de Italia, por **el doctor Vaccari**. Notas sociales, por **La Dama Duende**. Moda al día. Cuento infantil. La mujer y la casa. Radiotelefonía. Ganadería y Agricultura. Caricaturas y comentarios de actualidad. Versos de **Luis García**. Auto, Moto y Sports. Pasatiempos, palabras cruzadas y ajedrez. Desde el mirador. Crítica de teatros y música. Anecdotario deportivo. Crítica de libros nacionales. Las más nutridas actualidades gráficas de la Capital Federal, de las provincias y del extranjero. Colaboración artística de: **Alvarez, Macaya, Valdivia, Kupfer, Parpagnoli, Requena Escalada** y **Besares**.